LA TORMENTA QUE DESATAMOS

VANESSA CHAN



narrativa
salamandra

Vanessa Chan

LA TORMENTA QUE DESATAMOS

Traducción del inglés de
Gemma Rovira Ortega

narrativa
salamandra

A mi madre y a mi abuela,
que siempre eligieron la vida

Querido lector:

En Malasia, nuestros abuelos callan para demostrarnos su amor. Concretamente, callan sobre cómo fue su vida entre 1941 y 1945, el periodo en que el Ejército Imperial Japonés invadió Malaya (así se llamaba Malasia antes de la independencia), expulsó a los colonizadores británicos y convirtió una nación pacífica en otra que estaba en guerra con ella misma.

A nuestros abuelos les encanta hablar de un montón de cosas. Nos hablan de su infancia: de los vecinos y amigos con los que jugaban, de los maestros a los que amaban y odiaban, de los fantasmas a los que temían. Nos hablan de su edad adulta: del rubor del primer amor, del terror de la paternidad, de la primera vez que nos tocaron la cara, de sus nietos. Pero casi nunca hablan de aquellos cuatro años de la Segunda Guerra Mundial, y sólo nos cuentan que fueron malos tiempos y que sobrevivieron. Nos dicen que los dejemos tranquilos y que no seamos entrometidos.

Antes de escribir *La tormenta que desatamos*, podía contar con los dedos de una mano los datos que conocía sobre la ocupación japonesa. Sabía que los japoneses, ingeniosamente, nos invadieron desde el norte a través de Tailandia montados en bicicletas, mientras los cañones británicos apuntaban hacia el sur, hacia el mar. Que los japoneses eran brutales y mataban sin piedad. Que dejaban caer panfletos rojos con el lema «Asia para los asiáticos» mientras nos invadían, lo que era a la vez una advertencia y un grito de guerra.

Yo fui la primera nieta de mi familia por el lado paterno, y pasé muchísimo tiempo con mis abuelos, haciéndoles infinidad de preguntas que ellos respondían complacientes. De aquellos interrogatorios infantiles obtuve algunos datos más, la mayoría de mi abuela: cómo protegerte en caso de ataque aéreo («Te tumbas en el suelo y no te levantas hasta que el avión haya acabado de pasar, porque lanzan las bombas un poco más allá trazando una línea diagonal, no cuando están justo encima»); cómo ser el hijo favorito de tu madre («Eres un niño muy guapo, como mi hermano; los japoneses te secuestran durante la guerra y, cuando regresas, dices que no pasó nada»); cómo poner celoso a tu marido («Todos los años, durante veinticinco años, recibes por correo el calendario que te manda un extraño y amable japonés que trabajó contigo en la construcción del ferrocarril durante la guerra»).

Cuando me hice mayor, sonsacarle verdades a mi abuela sobre su adolescencia en la Kuala Lumpur ocupada era como jugar a una búsqueda del tesoro oral. Si le preguntaba cómo era la vida durante la ocupación, ella siempre contestaba: «¡Normal, como la de todo el mundo!»

Pero a lo largo de los años, con una voz monótona con la que sólo exponía los hechos, fue revelándome otras cosas: que los padres tenían muchos problemas para alimentar a sus hijos, que cerraron las escuelas, y que los miembros de la violenta policía secreta japonesa, el Kenpeitai, encarcelaron a los funcionarios británicos en Singapur y sofocaron las rebeliones chinas en la selva.

Me guardé todos esos datos durante años. Creía que tenía otras cosas que hacer y otros sitios donde estar. Necesitaba conservar mis empleos, ganar dinero, contar mis propias historias. Hasta que, en

2019, en una especie de regreso al hogar, empecé a escribir las historias sobre Malasia.

En un taller de escritura, a finales de 2019, redacté lo que en principio era una simple tarea de clase. Trataba sobre una adolescente que se esfuerza para llegar a su casa antes del toque de queda, antes de que los soldados japoneses tomen las calles. Recuerdo los comentarios escritos a mano por la profesora: «Conserva este precioso relato», escribió, «y sigue escribiéndolo».

Eso fue lo que hice. Escribí durante una pandemia mundial en mi pequeño apartamento, mientras intentaba superar la muerte prematura de mi madre y una profunda tristeza por no poder regresar a mi hogar, Malasia. Escribí sobre el dolor heredado, sobre la condición de mujer, sobre madres, hijas y hermanas, y sobre cómo las decisiones que tomamos tienen repercusiones en las generaciones posteriores de nuestra familia y en nuestra comunidad, de formas que muchas veces no habríamos podido predecir. Escribí sobre lo que significa llevar el legado de la colonización en el cuerpo, sobre la atracción que puede ejercer un hombre tóxico, sobre las amistades complicadas, sobre vivir la vida a fragmentos, sobre la ambigüedad del bien y del mal cuando está en juego la supervivencia. Aquella sencilla tarea de redacción es ahora el cuarto capítulo de mi novela.

Espero que disfrutes leyendo *La tormenta que desatamos* y viendo cómo Cecily, Jujube, Abel y Jasmin se abren camino en su mundo. Espero que sientas amor, asombro, pena y alegría mientras lees. Y, sobre todo, espero que recuerdes su historia.

Gracias por leer.

Atentamente,
Vanessa

Cronología

Década de 1820: Los británicos inician su dominio de Malaya, que se prolongará más de cien años, sucediendo a las dos potencias colonizadoras occidentales anteriores, Portugal y Países Bajos.

1936 (noviembre): La Alemania nazi, la Italia fascista y el Japón imperial firman un tratado de amistad.

1937 (agosto): Comienza la batalla de Shanghái. Japón invade China al inicio de la segunda guerra sino-japonesa, provocando la masacre de Nankín, también conocida como «la violación de Nankín».

1941 (diciembre): Empieza la campaña malaya. El Ejército Imperial Japonés, bajo el mando del teniente general Tomoyuki Yamashita, invade Malaya desde el norte, a través de Tailandia. Cuando el país cae, se inicia la ocupación de Malaya y la Segunda Guerra Mundial llega hasta Asia.

1945 (agosto): Estados Unidos lanza dos bombas atómicas sobre las ciudades japonesas de Hiroshima y Nagasaki, provocando cientos de miles de víctimas y causando graves secuelas a largo plazo.

1945 (septiembre): El Ejército Imperial Japonés se rinde y los británicos regresan a Malaya. Finaliza la Segunda Guerra Mundial.

1957 (agosto): Malaya se independiza de Gran Bretaña.

1963 (septiembre): Se crea la Federación de Malasia.


Rangún
BIRMANIA
SIAM
N
FERROCARRIL
DE BIRMANIA
Campo de trabajos forzados
de Kanchanaburi
Bangkok
INDOCHINA
Nom
Pen
Mar de Andamán
Golfo de Siam
Istmo de Kra
al Mar de China Meridional
0 Millas 200 400
0 Kilómetros 400
Estrecho de Malaca
Ipoh
MALAYA
Bintang/Kuala Lumpur
Port Lewisham
INDONESIA
PRISIÓN
DE
CHANGIN
Océano
Índico
SINGAPUR
© 2023 Jeffrey L. Ward

1

Cecily

Bintang, Kuala Lumpur
Febrero de 1945
Malaya ocupada por los japoneses

Habían empezado a desaparecer chicos.

El primero del que Cecily oyó hablar fue uno de los hermanos Chin, el mediano de cinco niños corpulentos, de frente estrecha y hombros anchos; se llamaban Boon Hock, Boon Lam, Boon Khong, Boon Hee y Boon Wai, pero su madre los llamaba a todos Ah Boon, y los chicos tenían que adivinar a cuál de ellos se refería. Durante el dominio británico, los hermanos Chin tenían fama de ricos y crueles. Era habitual verlos formando un corro detrás de la chabacana casa marrón y dorada de los Chin. Habían acorralado a un sirviente; uno de los hermanos empuñaba una vara, y a todos les brillaban los ojos de emoción cada vez que golpeaba con ella al pobre hombre. Cuando llegaron los japoneses, poco antes de la Navidad de 1941, los chicos, desafiantes, miraban con odio a los soldados del Kenpeitai que patrullaban las calles, y a los que se atrevían a acercarse les escupían. Fue el mediano de los hermanos, Boon

Khong, el que desapareció: se esfumó un buen día como si no hubiese existido nunca. Y de pronto los cinco hermanos Chin eran sólo cuatro.

Las vecinas de Cecily se preguntaban qué le habría pasado al chico. La señora Tan especulaba que sencillamente se había escapado. Puan Azreen, siempre tan pesimista, temía que se hubiese metido en una pelea y hubiese acabado en el fondo de alguna alcantarilla, lo que hizo que las otras madres, angustiadas, mirasen en las alcantarillas cuando salían a hacer sus recados, con la duda de si encontrarían al muchacho en ellas. Otras negaban con la cabeza: «Eso le ha pasado por matón, a lo mejor alguien sencillamente se hartó», decían. Cecily observaba a la madre de los hermanos Chin. Sentía curiosidad por ver si la señora Chin se pasaba el día junto a la puerta de su casa esperando noticias o si se dejaba llevar por el histerismo propio de una madre aterrorizada, pero la señora Chin y el resto de los miembros de su familia siempre se mostraban muy discretos. En las raras ocasiones en que salían de la casa, los cuatro chicos rodeaban a sus demacrados padres formando un muro enorme de músculo que los protegía de las miradas de los curiosos.

Cecily sólo se encontró a la señora Chin una vez, muy temprano, en la tienda de ultramarinos. La señora Chin, con lágrimas en la cara, miraba fijamente una bolsa de tiras de calamar seco. Cecily quedó asombrada ante su circunspección: ni sollozos ni estremecimientos, sólo unas mejillas mojadas y brillantes y unos ojos anegados.

—Ya lleva cinco minutos así —dijo tía Mui, la mujer del dueño de la tienda, encantada de poder compartir su descubrimiento con

alguien más.

Transcurridas unas pocas semanas, al no haber más exhibiciones públicas de angustia ni más chismorreos, la gente dejó de hablar de los hermanos Chin. Los vecinos no tardaron en olvidar cuál era el hermano que había desaparecido.

Las siguientes desapariciones se produjeron en rápida sucesión. El chico delgado que trabajaba de barrendero en el cementerio, y que según Cecily robaba las flores que las familias dejaban en las tumbas y luego las vendía en el mercado. El niño regordete de detrás de la tienda de ultramarinos, que se pintarrajeaba la cara con barro y fingía ser cojo atándose la parte de abajo de la pernera del pantalón para mendigar a los transeúntes. El niño con ojos de demonio al que habían sorprendido espiando a las niñas en los lavabos de la escuela. «Chicos malos», murmuraban Cecily y sus vecinos. Tal vez hubiesen recibido su merecido.

Hacia mediados de año, sin embargo, también empezaron a desaparecer los hijos de personas a las que Cecily conocía. El sobrino de la pareja que vivía en la casa de al lado, un niño con una envidiable voz de barítono que ganaba todos los concursos de oratoria del colegio; el hijo del médico del pueblo, un crío tranquilo que siempre llevaba consigo un pequeño tablero de ajedrez y que se ponía a jugar con cualquiera que se lo pidiese; el hijo de la lavandera, un hacendoso adolescente que lavaba los uniformes de los soldados japoneses, y a quien ahora tenía que sustituir su madre porque los japoneses no tenían tiempo para lamentaciones.

En Bintang sólo había una calle principal que atravesaba el pueblo, una farmacia, una tienda de ultramarinos, una escuela para chicos y otra para chicas, así que era lo bastante pequeño para que la

preocupación mutase con rapidez. Volvieron a circular los rumores, y los vecinos empezaron a mirar de reojo a las familias de los niños desaparecidos y a preguntarse cuál habría sido su destino. De hecho, los chicos habían desaparecido discretamente, como si se hubiesen escabullido por temor a ofender. Eso inquietaba a Cecily, porque los adolescentes hacían mucho ruido cuando se movían: chocaban contra las cosas, pisaban fuerte; ni siquiera cuando estaban de pie paraban de moverse, incapaces de controlar ni su recién adquirida fuerza física ni la longitud de sus extremidades.

—¿No tienen bastante con matarnos de hambre, apalearnos y quitarnos las escuelas y la vida? ¿También tienen que llevarse a nuestros hijos? —mascullaba el anciano tío Chong, que regentaba la tienda de ultramarinos Chong Sin Kee, el colmado del centro de Bintang donde todos compraban sus víveres, desde las especias y las hierbas hasta el arroz y el jabón. Su mujer, tía Mui, le dio un bofetón en la boca: sus palabras podían considerarse traición, y los Chong también tenían un hijo.

No siempre había sido así. Tres años atrás, cuando habían llegado los japoneses, Cecily, su marido y sus tres hijos habían sido una de las familias que se habían puesto en fila delante de su casa y habían saludado al convoy militar, un comité de bienvenida. Cecily recordaba la emoción que invadió su pecho cuando señaló al general japonés calvo y de escasa estatura, Shigeru Fujiwara, que encabezaba el desfile. «¡Mirad, es el tigre de Malaya!», les dijo a sus hijos.

Después de orquestar una invasión terrestre brillante e inesperada, el general Fujiwara había doblegado a las fuerzas británicas en menos de siete semanas: los japoneses llegaron en

bicicleta por el norte, atravesando la frontera de Malaya con Tailandia, una zona selvática muy agreste, mientras la marina británica, que esperaba un ataque por mar, apuntaba su artillería hacia el sur y hacia el este, hacia Singapur y el mar de la China Meridional. Para Cecily, aquello fue como el advenimiento de una nueva era, pero sus esperanzas de tener a unos colonizadores más benignos duraron muy poco. A los pocos meses de la llegada de los japoneses, las escuelas empezaron a cerrar y los soldados cada vez estaban más presentes en las calles. Los ocupantes japoneses mataron a más gente en tres años que los colonizadores británicos en cincuenta. Su brutalidad conmocionó a la tranquila población malaya, acostumbrada por entonces a la frialdad y el desinterés de los británicos, que por lo general dejaban en paz a los lugareños siempre que se alcanzaran las cuotas de extracción de estaño y caucho.

Asustada por lo que pudiese suceder, Cecily empezó a pasar lista todas las noches para asegurarse de que sus tres hijos habían llegado a casa. «¡Jujube!», gritaba en medio del ruido de los preparativos de la cena. «¡Jasmin! ¡Abel!»

Y los niños contestaban todas las noches: Jujube con enojo, poniendo mala cara y con la seriedad de la hija mayor; Jasmin alegremente, sin parar de corretear con sus piececillos como un cachorro. Y el mediano, Abel, que era el que más preocupaba a su madre, gritaba: «¡Pues claro que estoy aquí, madre!», y se abalanzaba sobre ella para envolverla en un gran abrazo.

Ese sistema funcionó durante un tiempo. Noche tras noche, en cuanto se ponía el sol y los mosquitos iniciaban su coro nocturno, Cecily llamaba a sus tres hijos y ellos contestaban. La familia se

reunía alrededor de la gran mesa del comedor llena de arañazos y todos explicaban lo que habían hecho ese día; y durante unos minutos, oyendo a Jasmin reírse a carcajadas de alguna payasada de Abel y viendo cómo Jujube se tocaba los cortos rizos, tan parecidos a los suyos, Cecily se olvidaba de la gravedad de sus circunstancias, del terror de la guerra y de la aridez de sus vidas.

Pero entonces, el 15 de febrero, en su decimoquinto cumpleaños, Abel (que, a diferencia de sus hermanas, tenía el pelo castaño claro; Abel, que estaba siempre hambriento por culpa del racionamiento de los alimentos; Abel, que el año anterior había crecido quince centímetros y ya era el más alto de la familia) no había contestado a su llamada: no había regresado a casa de la tienda. Y mientras la vela de cumpleaños se derretía en el pastel de Abel, Cecily lo supo. A las malas personas les pasaban cosas malas; y eso era ella precisamente: una mala persona.

Desde hacía dos años, Cecily no podía ocultar el temor que controlaba su existencia: estaba convencida de que todo lo que había hecho le pasaría factura el día menos pensado, de que el castigo llegaría tarde o temprano. Ese miedo se manifestaba en su costumbre de retorcerse los dedos, en las angustiadas miradas que dirigía a sus hijos, en la desconfianza con que recibía a cualquier desconocido. Ahora que se había producido la catástrofe, sentía que la energía que mantenía su cuerpo en tensión la abandonaba. Más tarde, Jujube le explicó que había dado un largo aullido, grave y angustioso, y que luego se había dejado caer en la silla de mimbre sin emitir ningún sonido. El semblante tranquilo, el cuerpo inmóvil...

La familia hervía de actividad a su alrededor. Su marido, Gordon, se paseaba arriba y abajo gritando a pleno pulmón, aunque no

estaba claro si le gritaba a ella o se gritaba a sí mismo: «¡Quizá haya ido a la tienda; quizá haya quedado atrapado en un puesto de control; quizá, quizá, quizá!» Jasmin se agarraba con fuerza al pulgar de su hermana mayor y mantenía un semblante estoico impropio de una niña de siete años. Jujube, siempre tan pragmática, decidió pasar a la acción. Se soltó de Jasmin, fue corriendo a la parte trasera de la casa, se asomó por encima de la valla y les preguntó a los vecinos de uno y otro lado: «¿Han visto a mi hermano? ¿Pueden ayudarme a buscar mi hermano?» Pero eran más de las ocho, la hora del último toque de queda, y ningún vecino se atrevió responder, a pesar de que los gritos de Jujube les partían el corazón.

Cecily no decía nada. Durante unos minutos, antes de que la culpabilidad se apoderara de ella, sintió alivio al comprobar que su mayor temor se había hecho realidad. Por fin había sucedido, y todo aquello era culpa suya.

Ella lo había provocado todo.

A la mañana siguiente, los vecinos de Cecily se pusieron manos a la obra para ir en busca de Abel. Los Alcantara eran una familia respetable, y las familias respetables no se merecían sufrir una tragedia como aquélla. Los hombres organizaron equipos de búsqueda diurnos: salían a las calles con letreros y llamaban a Abel a gritos. Miraron en los trasteros de detrás de las casas, miraron en los rincones de las tiendas favoritas de Abel, miraron en los parques infantiles y en las fábricas abandonadas. Miraron, aunque no entraron, en la antigua escuela, que se había convertido en un

centro de interrogatorios japonés. Los hombres iban en pequeños grupos y agachaban la cabeza cuando los soldados del Kenpeitai con su uniforme verde fango los miraban, pero no se dejaban amilanar porque eran muchos y eso los protegía, y aquella búsqueda del chico era una especie de pequeña revolución, su pequeña rebelión contra los japoneses. Las mujeres abordaron el incidente como si fuese un nacimiento o una defunción, y llevaban constantes provisiones de comida y consuelo a la casa de los Alcantara. Le aseguraban a Cecily que todo saldría bien, que Abel era un chico despistado y que seguramente se había quedado dormido en algún sitio y encontraría el camino de regreso a casa; que estaría en casa de algún amigo suyo y habría perdido la noción del tiempo; que los jóvenes guapos, encantadores y prometedores como Abel no desaparecían así como así.

Las otras mujeres pensaban que Cecily era increíblemente desagradecida. No les daba las gracias cuando le llevaban comida, no les preparaba té cuando esperaban junto a la puerta a que las invitara a entrar, no lloraba, no les hacía confesiones, no se derrumbaba (lo que habría sido muy comprensible). Lo único que hacía era estar tremendamente alerta, mirando en todas direcciones, como si estuviera a punto de saltar. ¿Sobre qué? No lo sabían. Por supuesto, se compadecían de ella, susurraban entre ellas, pero la verdad era que a veces Cecily llevaba las cosas demasiado lejos.

—¿Recordáis las terribles historias que les contaba a los niños?

—¿La de un hombre al que obligaron a beber agua jabonosa hasta que se le hinchó el estómago, y luego los soldados japoneses le pusieron un tablón de madera encima y empezaron a dar saltos en

ambos extremos como en un balancín hasta que le explotó la barriga? ¿Esa historia? —preguntó la señora Chua.

—Ay, ¿de verdad tenías que volver a contar esa horrible historia? —dijo la señora Tan—. ¡Mis hijos tuvieron pesadillas durante semanas!

La mayoría de ellas pensaban que Cecily no sabía comportarse adecuadamente. Todas eran madres; sabían cómo debían comportarse las madres. Y cuando una madre perdía a un hijo, se suponía que debía llorar, derrumbarse, buscar consuelo en otras madres. No debía sostener su dolor como un escudo, ni tampoco estar tan malhumorada que nadie se atreviera a acercarse a ella.

Pero luego recordaban que tenían que ser buenas vecinas. La señora Tan siguió enviando cuencos humeantes de sopa de fideos a la casa de los Alcantara e intentaba no ofenderse cuando, al pasar por allí al día siguiente, veía los cuencos junto a la entrada, en el sitio exacto donde los había dejado. La señora Chua se ofreció a vigilar a Jujube y a Jasmin para que Cecily pudiese descansar. Puan Azreen, muy dada al dramatismo, contaba historias sobre todas las personas que sabía que habían desaparecido, pero no podía evitar añadir una buena dosis de horror a sus relatos, en los que a los pocos que regresaban siempre les faltaba algún miembro o tenían la cara desfigurada.

Los vecinos pensaban que Gordon, al menos, sí era capaz de mostrarse agradecido. El marido de Cecily recorría el pueblo con los otros hombres, llamaba a su hijo a gritos, les daba palmadas en la espalda a los otros maridos, les daba las gracias a todos por su tiempo. «Se ha vuelto mucho más amable», comentaban los vecinos entre ellos. «No le deseas una cosa así a nadie, por supuesto, claro

que no», decían chascando la lengua, pero preferían aquella versión de Gordon Alcantara sin tantos humos, sin la pomposidad que tanto les había desagradado de él en el pasado, cuando mandaban los británicos y Gordon era un funcionario que se creía mejor que todos ellos.

Los días transcurridos desde la desaparición de Abel se convirtieron en semanas, y poco a poco las batidas diarias que organizaban los hombres se volvieron más esporádicas y las visitas de las mujeres a la casa ya no eran tan frecuentes. Seguían desapareciendo chicos, y los vecinos se quedaban en casa y escondían a sus hijos varones de las afiladas miradas de los soldados del Kenpeitai. La breve alegría de la revuelta se extinguió, y los vecinos recordaron de nuevo que, durante la guerra, la única prioridad era la propia familia. No podían perder el tiempo con los hijos desaparecidos de los demás.

Una semana antes de desaparecer, Abel había llegado a casa cargado con unas flores bastante feas que más bien parecían maleza y que seguramente había arrancado del arcén de la carretera. Pero estaba tan orgulloso de ellas que Cecily las puso en un jarrón y fingió que eran las flores más bonitas que había visto jamás. En las semanas posteriores a su desaparición, las flores se secaron, pero Cecily no tuvo valor para tirarlas. Luego, una tarde, olvidó cerrar la ventana de su dormitorio durante una de aquellas tormentas tropicales por las que era famosa Malaya, tan violentas que sacudían las paredes. La lluvia entró en la habitación, y el viento lo tiró todo por el suelo y rompió el jarrón de las flores secas de Abel. Aquella

noche, cuando amainó la tormenta, Gordon encontró a Cecily con los dedos ensangrentados, tratando de pegar los fragmentos del jarrón y de colocar las flores rotas de modo que alcanzaran la talla de un niño. Pero, como sucedía con las piezas que había puesto en movimiento diez años atrás, aquello no se podía arreglar. No había vuelta atrás.

1

Cecily

Bintang, Kuala Lumpur
1935
Diez años atrás, Malaya
ocupada por los británicos

La familia de Cecily era euroasiática, descendiente de portugueses, concretamente de los primeros de una serie de colonizadores blancos que habían desembarcado en las costas de Malaya a principios del siglo XVI, armados y con la ambición de controlar las rutas de comercio de especias en la región y sus inmensos recursos naturales. La madre de Cecily se enorgullecía de la pátina blanca de sus apellidos y de su sangre, y miraba con superioridad y desprecio a sus paisanos. Su cantinela habitual era: «Nosotros no vinimos aquí para ser obreros y trabajar en las tierras de cultivo y en las minas, como los chinos y los indios, y tampoco nos conquistaron como a los malayos. Nosotros descendemos de aquellos hombres blancos, somos cristianos, adoramos a sus mismos dioses, y ellos nos dieron sus apellidos: Rozario, Oliveiro y Sequiera.»

Cuando era pequeña Cecily no lo entendía, porque sus amigos y familiares euroasiáticos eran de muy diversos colores —morenos, negros, amarillos—, pero entre ellos nunca había visto a una sola persona con la piel blanca, rosada y pecosa típica de los británicos.

«Bueno, pero nosotros somos casi blancos, igual que ellos», insistía la madre de Cecily, contemplando con adoración al británico que tuviese más cerca —un maestro, un funcionario, un sacerdote—, casi siempre sudoroso bajo aquel calor al que no estaba acostumbrado.

Cecily nunca había considerado que tuviese derecho a creerse guapa ni superior. De pequeña había sido una niña del montón que no se distinguía por nada en particular. Se notaba en la indiferencia con que su madre hablaba de su pelo, sus ojos y su piel marrones, en ocasiones incluso con desagrado. Su hermana Catherine, cuatro años mayor que ella, encarnaba el ideal. Catherine, con su cutis aceitunado y sus ojos de un verde grisáceo, acabó casándose con un oficial británico apellidado Abbott que se la llevó con él a Inglaterra cuando fue a reclamar su título nobiliario. De repente, Catherine se convirtió en lady Abbott. Pero las muchachas más bien corrientes como Cecily, aunque fuesen euroasiáticas, nacidas en las casitas con techo de paja de las sofocantes colonias británicas a principios del siglo xx, estaban destinadas a llevar una vida tranquila y a cumplir los roles asignados: primero como niñas, cuando debían aprender todas las habilidades con las que podrían atraer a un buen marido; luego como esposas, manteniendo la casa organizada y llevándose bien con los vecinos, y por último como madres, pariendo y criando a un número de hijos adecuado para demostrar su valía.

Cecily hizo todas esas cosas con discreción y tenacidad, y a los treinta años ya tenía dos hijos, Jujube y Abel, y un marido, Gordon, que antaño había sido un niño regordete euroasiático que vivía dos calles más allá y que ahora le proporcionaba unas comodidades dignas. Su casita con tejado naranja, pese a no ser bonita, era funcional. Y sin embargo ella se sentía insoportablemente insatisfecha. Todas las mañanas preparaba huevos pasados por agua para su marido y sus hijos en la calurosa cocina. Vertía el café en unas tacitas de hojalata con una sonrisa en los labios, y a veces tarareando una canción. Pero mientras cocinaba, cantaba y desempeñaba todas las tareas propias de su pequeño y tranquilo mundo de felicidad doméstica, fantaseaba con romper en la cabeza de su marido los huevos hervidos y arrojar a la cara de sus hijos el café caliente. Luego se avergonzaba tanto de sí misma que se sentía enferma. No sabía cuándo, cómo ni por qué se había producido aquel cambio en su interior; y tampoco sabía cómo solucionarlo. Incluso fuera de casa, a veces, cuando estaba en el mercado regateando con los tenderos para comprar pescado o berenjenas, de pronto sentía la necesidad de gritar y volcar las mesas llenas de pescado y de piezas de cerdo sanguinolentas.

El último martes de noviembre de 1935, Cecily observó el cielo con recelo. Estaba a punto de llover y las nubes grises se amontonaban como una congregación. Metida hasta las rodillas en un montón de basura hedionda, apretaba con fuerza la planta de los pies contra las sandalias para no caerse. La atmósfera estaba cargada de humedad, como solía pasar por las tardes en la Malaya tropical, pero ese día

más aún porque las nubes de lluvia acechaban y amenazaban con descargar. Le preocupaba no haber terminado su misión antes de que empezara a llover. Escarbó en el montón de basura, entre hojas de col, espinas de pescado y algo que tenía el sospechoso aspecto de un testículo de animal. El calor hacía que el olor a podrido se le metiera en la nariz. Contuvo las náuseas, maldijo el encargo y, cuando estaba a punto de rendirse, vio el documento que estaba buscando: una hoja de libreta en lo alto de una bolsa de basura que acababa de rasgar. La hoja estaba manchada, pero bastante lisa, y allí posada parecía esperar a que alguien se la llevara. La cogió y la agitó un poco, y enseguida se arrepintió de haberlo hecho porque unas gotas del jugo pestilente que había encima le salpicaron la cara. Al menos los garabatos, diagramas y borrones estaban intactos, y las líneas escritas en el papel con la caligrafía de su marido podían leerse perfectamente.

—Buen trabajo, Cecily.

La frágil voz la asustó; estaba en cuclillas y le resbalaron los pies, y se vio obligada a corregir la postura para no caer de bruces en el montón de basura, lo que habría sido repugnante. Se incorporó y se dio la vuelta, manteniendo las manos apartadas del cuerpo para no ensuciarse la ropa.

—¿Qué haces aquí?

Fujiwara estaba plantado tres pasos detrás de ella. Tenía las manos blancas y limpias, a diferencia de las de Cecily, que eran morenas y estaban mugrientas. Llevaba un traje de lino un tanto arrugado, lo suficiente para revelar que volvía de andar por el pueblo. Avanzó hacia Cecily con un brazo extendido, señalando la hoja de la libreta. Ella lo miró y frunció el ceño. Aquél no era el

procedimiento que habían acordado, y él sabía que a ella no le gustaba improvisar. Desestabilizaba el carácter cuidadosamente construido de su relación, lo que a su vez la desestabilizaba a ella.

Fujiwara cogió la hoja de papel por una esquina; lo hizo sólo con dos dedos: se la quitó de las manos a Cecily y la agitó en el aire como si quisiera secarla, aunque por supuesto no lo consiguió.

—Escóndela. Podrían descubrirnos —dijo ella. Intentó calmar el nerviosismo que le oprimía el estómago hablando con toda la frialdad que pudo. Le salió una voz aguda y aflautada, y la frustración le formó un nudo en la garganta.

Ese día, como todos los demás, Cecily habría tenido que dejar la hoja de papel en la tienda de ultramarinos de los Chong. Habría deslizado los dedos entre la pared desconchada y el estante desvencijado donde estaban las compresas higiénicas en busca de un hueco diminuto, y habría metido el documento que hubiese hurtado esa semana en ese pequeño espacio. Era un ingenioso punto de entrega (escondido a plena vista en uno de los negocios más frecuentados del pueblo), porque los hombres no querían saber nada de los órganos reproductores femeninos y evitaban aquel pasillo y aquel estante en particular, y las mujeres entraban y salían a toda prisa, pues no querían que las vieran allí. Luego, cuando iba a hacer la compra, la cocinera de confianza de Fujiwara recogía el documento que Cecily hubiera dejado en el hueco y se lo entregaba a él. Llevaban meses haciéndolo; no había ningún motivo para que Fujiwara modificara el procedimiento.

—Esto no me gusta —dijo Cecily en voz baja—. Podrían verme hablando contigo.

Desvió la mirada hacia la calle principal, perpendicular al callejón donde se encontraban, casi siempre muy transitada. Pasó un coche, luego un *rickshaw* y a continuación una bicicleta, pero nadie se fijó en ellos.

—Cecily... —murmuró él. Una de las cosas de Fujiwara que a Cecily le producía más frustración era que siempre hablaba en susurros. A veces se preguntaba si él era consciente de su poder, de que la calma que infundía a su voz era en sí misma una agresión que obligaba a la gente a dejar lo que estuviese haciendo para inclinarse hacia delante y escuchar.

Cecily se apartó de él y de su prominente y aquilina nariz, que siempre le provocaba un nudo en el estómago (Fujiwara no era un hombre atractivo, pero su pulcritud y la simetría de sus facciones le conferían un aire aristocrático), y se concentró en coger una manguera que había allí cerca para lavarse las manos y quitarse el olor a escamas de pescado. Cuando el agua fría corrió por la palma de su mano izquierda, sintió un fuerte dolor en el brazo, y unas burbujas de sangre se mezclaron con el chorro de agua que salía de la manguera.

—Estás sangrando, Cecily.

Se acercó para mirar, y el olor a menta de su fijador para el pelo impregnó el cálido aire que los envolvía; un pequeño detalle que le recordó el poder que Fujiwara tenía sobre ella.

—Sólo es un arañazo en el dedo —dijo Cecily. «Que me he hecho porque me has obligado a hurgar en la basura», pensó. Compuso una sonrisa serena, casi arrogante: una expresión con la que pretendía disimular su deseo de agarrarlo por la muñeca y de confesarle el anhelo que sentía por él. Le pasaba desde hacía

meses: el estómago se le desplomaba sin remedio las pocas veces que se veían, y ella se sentía a la vez ebria y hambrienta.

—Lo siento, ya sé que no te gustan los cambios —dijo él.

Cecily pasó la mano por debajo del chorro de agua y se estremeció al notar el escozor del corte.

—Pero tengo que decirte una cosa. No podía esperar —añadió Fujiwara.

Ella volvió a sentir aquel delicioso vértigo en el estómago. Él nunca le había dado a entender que sintiera lo mismo. De hecho, nunca le había dado a entender lo que sentía o dejaba de sentir.

Fujiwara se puso la hoja manchada sobre el muslo y la alisó presionándola con la mano. Cecily sacó el dedo de debajo del chorro de agua y lo limpió en su falda floreada. El corte ya empezaba a coagularse, y aunque la mancha de sangre oscurecía los pétalos de una flor estampada en la tela, apenas se veía. Un monstruo oculto a simple vista.

—¿Qué tienes que decirme? —le preguntó, lamentando que sus palabras sonaran a súplica.

—Estas cifras nos serán muy útiles —dijo él, eludiendo la pregunta y examinando la hoja de papel al tiempo que fruncía el ceño.

Cecily examinaba a Fujiwara mientras él examinaba la hoja. Tenía una gota de sudor en la parte superior de una de sus oscuras cejas, algo inusual, pues siempre tenía un aspecto fresco e impecable, como si acabara de bañarse. A Cecily le habría gustado sacar la lengua y lamerle la gota de sudor, notando su calidez y su sabor a sal.

—Tengo que llevar esto a analizar —susurró él. Se había apartado un poco de ella, y Cecily apenas le oía—. Pero parece parte de un

registro por horas de las mareas y de la profundidad del agua dentro del puerto. Tu marido debe de haber expuesto sus hallazgos en un informe más extenso, y por eso ha desechado estas notas.

Cecily asintió, aunque apenas escuchaba mientras intentaba por todos los medios desviar la mirada de aquella gota de sudor. El escozor que sentía en el dedo se mezclaba con su sensación de vergüenza.

—De acuerdo. Si no piensas decirme lo que está pasando, me voy —dijo—. Es peligroso, podrían vernos, y además tengo que ocuparme de los niños.

Se dio la vuelta, conteniendo la respiración, y se dijo que podía hacerlo, podía darse la vuelta y marcharse.

—Espera, espera... —La voz de Fujiwara silbaba entre sus dientes. No lejos de allí, un estornino graznó como si se burlara de aquel *impasse*—. Me han hablado de un alemán, un hombre bueno y malo a la vez que nos ayudará a ganar la guerra contra los británicos. —La emoción vibraba en sus palabras, lo que hacía que aún costase más entenderlo.

Cecily se detuvo y se volvió hacia él. Todo aquello era muy irregular. Su relación era puramente transaccional; Fujiwara era su jefe y ella, sólo una informante. Robaba información, casi siempre obtenida de su marido, Gordon, ya fuese a través de los documentos que él tiraba a la papelera o de fragmentos de conversaciones que ella escuchaba a hurtadillas. Gordon era un confiado jefe intermedio del Departamento de Obras Públicas de la administración británica, y su especialidad era la geología y el uso del suelo. Su trabajo no le entusiasmaba, pero el título de «superintendente de ordenación del territorio» le procuraba suficiente respeto entre sus amistades, de

modo que lo toleraba. Fujiwara transmitía a sus superiores la información que le daba Cecily (piezas de un complicado rompecabezas que los japoneses intentaban recomponer para derrocar a los británicos, que llevaban más de cien años en Malaya), pero casi nunca le daba información a ella; todo lo que Cecily sabía lo deducía de los crepitantes mensajes de radio que hablaban de invasiones alemanas y japonesas en lugares tan lejanos que no parecían reales. A veces, cuando por la noche se sentía perdida, se preguntaba si Malaya sería liberada algún día, como ella soñaba.

—¿Acaso no son todos los hombres buenos y malos a la vez? —preguntó—. Eso no es más que una banalidad.

—Cecily. —Las comisuras de la boca de Fujiwara se curvaron hacia arriba—. Eso es lo que más me gusta de ti. Yo soy un soñador; tú, en cambio, eres una mujer pragmática.

Cecily sintió que el calor le recorría todo el cuerpo y le coloreaba la punta de las orejas. Aquél era, quizá, el cumplido más directo que él le había hecho hasta el momento. «Lo que me gusta», había dicho. «Lo que más me gusta...» Se cubrió las orejas con su pelo encrespado y confió en que él confundiera su rubor con una reacción al asfixiante calor de la tarde.

—Conviene que lo sepas —continuó Fujiwara—. Yo quiero que lo sepas. Hay una alianza entre Alemania, Italia y Japón que será muy poderosa... Será tan poderosa que definirá el futuro.

La energía contenida hacía temblar su voz. Cecily también lo notó. Desde el principio, ella y Fujiwara habían hablado de un mundo en el que los asiáticos podrían determinar su propio futuro; un mundo en el que el estatus social de una persona no se reduciría a calcular cuántos puntos de separación había entre ella y un antepasado

blanco. Una alianza así, entre los alemanes y los italianos, que habían avanzado mucho para derrocar a los británicos, y Japón, cuyos líderes habían jurado liberar a Asia del azote de los británicos, haría que todo eso se convirtiera en una posibilidad real. Cecily soltó el aire que había estado conteniendo sin darse cuenta. Fujiwara había hablado muy poco, y sin embargo ella se sentía impulsada hacia delante, como si el cambio estuviese tan sólo a una ola de distancia y ya pudiera ver la cresta acercándose a ellos, que esperaban en la orilla. Y tal vez, de momento, bastaba con eso.

Fujiwara había llegado a la vida de Cecily durante el monzón de 1934; había irrumpido como los vientos racheados de las tormentas tropicales que sacudían los árboles y lo sacaban todo de su sitio. Fue la semana antes de Navidad. La promesa de un año nuevo se respiraba en el ambiente, y todas las noches había fiestas para celebrar el final del año que ya concluía. Esa noche había refrescado porque había habido tormenta durante toda la tarde, y Cecily se sentía aliviada, pues así no sudaría con el vestido de fiesta. Era la primera vez que los habían invitado a la casa del residente para celebrar el nombramiento del asistente del residente británico en Bintang. Gordon ya la había obligado a cambiarse tres veces, y por fin se habían decidido por un vestido de color crema con una raya de un rosa pálido en los costados, ni demasiado ajustado ni demasiado holgado, apropiado y a la vez asequible.

El residente, un hombre adusto llamado Frank Lewisham que llevaba muchos años en el cargo, era el funcionario local responsable de mantener la paz y asegurarse de que Bintang alcanzaba sus

cuotas de estaño y caucho. Cecily estudió al nuevo asistente, un tipo delgado y con cara de tonto llamado William Ommaney que, quizá porque se relamía cuando estaba nervioso, tenía los labios más cortados que ella había visto jamás. Gordon estaba contento con su nombramiento. Él era un leal partidario de la administración británica, y consideraba que la designación de Ommaney era una señal de que Kuala Lumpur, la ciudad de la que dependía el municipio de Bintang, iba camino de convertirse, como las islas vecinas de Singapur y Penang, en una sede administrativa clave de la Malaya británica.

—¡Por fin la Corona reconoce todo nuestro potencial! —le había gritado a Cecily al enterarse de la noticia.

En la fiesta, la gente iba de un lado a otro y la sala se fue llenando de una creciente orquesta de conversaciones, puntuadas de vez en cuando por las agudas carcajadas de las mujeres británicas, que resonaban en las limpias y blancas paredes. La casa del residente era un edificio impresionante erigido en el centro de una lisa extensión de césped salpicada de frondosos padauks, cuyas hojas temblaban agitadas por la brisa posterior a la tormenta. El gramófono lanzaba compases de Billie Holiday que surcaban el impecable jardín, y la noche fue cayendo con timidez, suavizada por la niebla que se formaba tras la lluvia. Cecily se sorprendió a sí misma cuando empezó a balancearse suavemente de un lado a otro, lo más parecido a bailar que había hecho jamás. No era nada propio de ella: siempre había pensado que el baile era un pasatiempo para las chicas guapas. Las mujeres del montón como ella no sentían el júbilo que confería la belleza física.

Entre el torbellino de presentaciones y superficiales y gratuitos apretones de mano, Cecily vio a Fujiwara por primera vez. Pero entonces él no se llamaba así. Tenía acento británico, y ella no se enteraría hasta más tarde de que no era su acento natural.

—Bingley Chan —dijo él, marcando hasta tal punto la terminación «-ley» que se oyó un chasquido en su garganta. Extendió un brazo para estrecharle la mano, y alguien lo presentó como un empresario de Hong Kong especializado en el comercio de mercancías de Oriente.

Cecily examinó a aquel asiático que parecía suscitar un curioso respeto entre los británicos. No tenía las facciones redondeadas que ella había aprendido a reconocer en los inmigrantes del sur de China que los británicos llevaban a trabajar a las minas malayas, pero Cecily tampoco había conocido a muchos asiáticos que no fuesen malayos.

—Dígame, señor Chan, ¿tiene usted tratos con los alemanes, o sólo negocia con la Corona y el país? —le preguntó Gordon, sacando pecho y adoptando una pronunciación cortante, porque creía que eso le hacía parecer sofisticado delante de los británicos. Cecily reprimió una mueca de vergüenza ajena.

—Dudo que a los alemanes les interese un comerciante que vende especias y alfombras —contestó Bingley Chan con ironía, arqueando una ceja.

—¡Malditos alemanes! —gritó alguien, y todos los varones que estaban a su alrededor bramaron como hacen los hombres, más por solidaridad masculina que por haber entendido o compartido el chiste. Entonces el asiático que había sido presentado como Bingley Chan torció los labios hacia arriba y compuso algo parecido a una

sonrisa. Pero Cecily se fijó en que él, igual que ella, no se había reído.

Tras la fiesta en casa del residente, Bingley empezó a ir de visita a casa de los Alcantara después de la cena, cuando los niños ya estaban acostados.

A Gordon le encantaba que los visitara. Le fascinaba la idea de que un británico con buenos contactos, aunque fuese de ascendencia asiática, aspirase a formar parte del círculo de amistades del matrimonio, y lo consideraba una prueba de que su estatus había ascendido. Los dos se sentaban cómodamente en las butacas de mimbre con cojines del salón de la casa. Hacían girar en el vaso el whisky añejo que había traído Bingley y bebían a pequeños sorbos; Gordon admiraba su calidad y, cuando le preguntaba si lo había conseguido en el mercado negro, Bingley evitaba responder. Pasaba una hora, dos, tres, y los hombres se reían a carcajadas de tonterías mientras Cecily, sentada frente a ellos, sonreía con indulgencia y alargaba el primer y único vaso que se serviría en toda la noche.

No tardaron en llegar las veladas en las que Gordon se quedaba dormido en el salón, con el vaso goteante todavía en la mano, los muslos abiertos contra los lados de la butaca de mimbre y la cara flácida por el sueño inducido por el alcohol. Al principio, un tanto abochornada, Cecily se disculpaba en nombre de Gordon: «Hoy ha tenido un día muy duro en el trabajo», decía mientras acompañaba a Bingley hasta la puerta, ofreciéndole excusas para lo que temía que él interpretara como un desprecio. Pero después de tres noches

arrastrando con grandes dificultades a su marido hasta la cama, Cecily aceptó la ayuda de Bingley, y así fue como empezó la nueva rutina: noche tras noche, llevaban a Gordon hasta su dormitorio entre los dos, a veces cogiéndolo con suavidad por los hombros y otras agarrándolo más bruscamente por los brazos; lo dejaban tirado en la cama vestido por completo, y se reían como niños pequeños de sus ronquidos. Bingley lo hacía por simple amabilidad, se decía Cecily. Era un caballero, un buen hombre que la ayudaba a acompañar a su marido a la cama después de una agradable y amistosa velada.

Pero todo evoluciona, y aquello también lo hizo. Bingley empezó a quedarse un rato más después de llevar a Gordon al dormitorio. Al principio sólo se demoraba unos minutos en la puerta y comentaban alguna anécdota del vecindario. Criticaban la última payasada de la señora Carvalho, la entrometida vecina de la casa de al lado, o se compadecían mutuamente por la humedad de la atmósfera, que ni siquiera por la noche desaparecía. Sin embargo, esas conversaciones triviales no tardaron en convertirse en confidencias más largas que exigían que Bingley se sentara a escuchar.

Cecily le confesó que los británicos la habían decepcionado, una opinión que se alejaba bastante de la admiración que tanto su madre como su marido sentían por ellos. A medida que se hacía mayor, cada vez se fijaba más en la mediocridad de los hombres blancos de su entorno: terceros o cuartos hijos desheredados, soldados fracasados, alcohólicos, hombres expulsados de la casa familiar o de su regimiento y enviados a lugares remotos como la península Malaya para recuperar un mínimo de la dignidad que le habían arrebatado a su linaje... Y una vez allí, lo único que hacían

era pasearse arriba y abajo, apestando bajo sus trajes de lana inapropiados para aquel clima, con un aire de superioridad inmerecida y lanzando miradas con sus ojos vidriosos, que sólo se iluminaban cuando divisaban un par de pechos especialmente bonitos de alguna lugareña.

También le contó la pizca de humillación que sentía retorcerse en su interior cuando alguna ama de casa británica la esquivaba en las tiendas, o cada vez que su marido llegaba a casa emocionado tras haber recibido la más mínima validación de un colega blanco que seguramente ni siquiera recordaba su nombre.

Además, había momentos que empañaban la esperanza que ella abrigaba para el futuro de sus hijos. Como el día en que su hija de seis años, Jujube, había llegado a casa con las mejillas coloradas y los ojos muy abiertos, se había sentado a su hermano pequeño en el regazo, y había empezado a gritarle al oído: «¡Troglodita! ¡Bárbaro! ¡Patán!», hasta que Abel también empezó a chillar, y luego a llorar, con sus ojos grises brillando como la superficie de un pantano.

—¡Jujube! ¿Dónde has aprendido eso? —la reprendió Cecily, horrorizada, al oír aquella sarta de insultos en boca de su hija.

—¡Los maestros de la escuela dicen que eso es lo que somos! ¡Por eso ellos vinieron hasta aquí en un barco, para ayudarnos! ¡Y por eso tenemos que ir a la iglesia, para que Dios se encargue de que nos reformemos! —recitó Jujube con voz chillona, arrugando la cara, muy concentrada, para repetir al pie de la letra todo lo que había aprendido.

Cecily se estremeció, pero aparte de hacer callar a Jujube y de consolar al aturdido Abel, no sabía cómo explicarle a su hija que, aunque ellos se dijeran a sí mismos que eran casi blancos, y aunque

se aferraran a los restos de sangre europea que corrían por sus venas, eso no significaba nada.

Gordon y la madre de Cecily siempre habían confiado en que esas gotas de sangre blanca prevalecerían sobre su tez oscura, y en que si esperaban y servían a sus patronos británicos pacientemente, los occidentales acabarían reconociendo su ascendencia europea, por débil que fuese, lo que los situaría por encima de los malayos de otras razas. Pero por mucho que se frotaran la piel para llegar hasta las capas más claras, por muy bien que pronunciaran las vocales cuando hablaban en inglés, por muy fuerte que dijeran su apellido o por mucho que intentaran demostrar lo civilizados que eran, a los ojos de los imperialistas blancos siempre seguirían siendo inferiores.

Bingley también le hizo confidencias. Le habló con resignación de los constantes desaires de los británicos —le contó que le ponían motes, que se burlaban de la forma de sus ojos—, le habló de su hijo, que había muerto a las pocas semanas de nacer, y le explicó que su matrimonio no había logrado sobrevivir a ese dolor. Tragó saliva, y Cecily advirtió que se le quebraba un poco la voz, aquella voz siempre tersa y serena. Mucho después de que pasara todo lo que pasó, ella comprendió que ése había sido el momento en que la poca resistencia que poseía se había venido abajo. Era como si le hubiese robado a Bingley su vulnerabilidad, y todo lo que ella haría en adelante se debería a aquel único momento de debilidad que él le había permitido presenciar.

Años más tarde, Cecily trató de recordar los detalles de la noche en que él le había revelado su identidad. ¿Zumbaban los mosquitos? ¿Había luna llena o menguante? ¿Hacía calor o corría una fresca brisa? No se acordaba. Lo único que sabía era que él debía de haber

comprendido que ya la había ablandado lo suficiente, había expuesto las capas más tiernas, la había preparado, y ella estaba lista. Con Gordon dormido en el lecho conyugal, Bingley se reveló como Fujiwara. De pronto empezó a hablar en inglés con un marcado acento japonés, y Cecily se enteró de su filiación con el ejército imperial, de su sueño de una Asia para los asiáticos, un mundo en el que no siempre ganarían los hombres blancos.

Lo único que recordaba era que, tras esa revelación, lo escuchó cautivada, conteniendo la respiración, mientras él le confesaba sus ideales, que eran a la vez lógicos y románticos. Fujiwara le hablaba de un mundo en que las personas como ellos ya no eran súbditos de un imperio; de una Asia que velaba por los suyos, liderada por los suyos; de una sociedad que desmantelaba las estructuras de los hombres blancos que, presuntamente, eran las únicas válidas, pero con las que ella nunca se había sentido cómoda.

Y mientras sus noches clandestinas continuaban, Cecily descubrió que ella también podía imaginar un mundo arrebatado a los británicos, un mundo y un futuro en los que ella, y sus hijos, y los hijos de sus hijos podrían ser algo más que adornos anodinos y prescindibles.

3

Abel

Campo de trabajos forzados de Kanchanaburi,
frontera de Birmania y Tailandia
16 de agosto de 1945
Malaya ocupada por los japoneses

Al recobrar el conocimiento, Abel estaba en un gallinero y la cabeza le zumbaba con el traqueteo de las patas palmeadas que arañaban el suelo al caminar en torno a él. Una gallina marrón con un penacho de plumas blancas en la parte inferior se detuvo ante su nariz para mirarlo. Abel se quedó quieto: no quería que la gallina le diera un picotazo. Cuando el animal dio por concluida su inspección, se alejó arañando el suelo, y Abel se incorporó y se tocó la cara, en la que tenía una costra de sangre seca.

Miró a su alrededor. La malla metálica del gallinero formaba un recinto de no más de dos metros y medio de ancho y un metro y medio de alto. En el gallinero había cuatro animales: la gallina marrón de antes, dos gallinas blancas que se estaban dando picotazos la una a la otra, y un gallo que estaba tumbado sobre un

costado. Muriéndose, pensó Abel al detectar el hedor que desprendía.

Aunque ya llevaba seis meses en el campo de trabajo, era la primera vez que lo encerraban en el gallinero. Se dio cuenta de que no iba a poder levantarse y se puso en cuclillas. Cuando las rodillas le tocaron el pecho, notó un fuerte dolor en el abdomen. Se tumbó en el suelo y se levantó la camiseta marrón llena de desgarrones para investigar, y descubrió un entramado de cardenales morados y azules sobre otro de colores más claros: rosa, amarillo, verde... Notaba la lengua seca e hinchada, como si tuviese astillas clavadas. Carraspeó para intentar hablar, pero sólo emitió un áspero graznido. La gallina marrón giró la cabeza y lo fulminó con la mirada.

Abel había oído hablar por primera vez del ferrocarril el día antes de su decimoquinto cumpleaños. Iba a cumplir quince años el 15 de febrero, una coincidencia que a él le parecía trascendental, a pesar de que, por culpa de la guerra, no podría celebrarlo demasiado. Estaba volviendo de la tienda de ultramarinos; su amigo Yao Chun, que trabajaba allí, le había regalado un cigarrillo y uno de aquellos pósteres antiguos de Lucky Strike en los que salía una chica muy guapa fumando. Yao Chun había enrollado el póster, le había guiñado un ojo y había dicho: «Úsalo bien, amigo», y Abel, avergonzado, había hecho una mueca. Pero de todos modos había aceptado el póster; no era fácil conseguir fotografías de chicas guapas. Mientras iba caminando hacia su casa, inhalando el humo con sabor a alquitrán del cigarrillo, se puso a pensar en lo que

significaba tener quince años. Significaba que, en un año, podría alistarse y enviar a los japoneses al sitio que les correspondía.

A Abel le preocupaba ver que su padre, que antes era un hombre corpulento, estaba cada día más pálido y delgado; además, desde que trabajaba en la chapistería a la que lo habían asignado, tenía las manos llenas de cortes. Pero aún le preocupaba más ver que el surco que tenía su madre entre las cejas iba haciéndose cada vez más profundo a medida que menguaban las escasas raciones que su padre llevaba a casa cuando regresaba del trabajo. La semana anterior su padre había hecho cuatro horas de cola, y sólo le habían dado una bolsa llena de trozos de carne sanguinolentos que resultaron ser testículos de toro. Cuando con cierto reparo le había revelado el contenido de la bolsa a su madre, Abel lo había encontrado divertidísimo y se había puesto a reír a carcajadas, gritando «¡Huevos de toro, huevos de toro!». Hasta Jujube, que siempre estaba muy seria, había esbozado una sonrisa. Su madre, en cambio, en lugar de unirse al júbilo familiar había chillado: «¡No puedo más!» Abel recordaba haber visto que le temblaban los labios cuando se marchó a la habitacioncita que compartía con su padre, de donde se negó a salir hasta el día siguiente. Aquella noche la familia cenó testículos de toro hervidos con salsa de soja, mientras fingía no oír los amortiguados sollozos procedentes de la habitación del final del pasillo. Abel recordaba a la perfección el fuerte sabor de la carne.

«¡Tú!», exclamó una voz atronadora, interrumpiendo el paseo de Abel. Se sorprendió al ver al hermano Luke. Antes de la llegada de los japoneses, el hermano Luke era su maestro de Historia. Con la excepción de los sacerdotes, que se hacían llamar «padre tal y

cual», los misioneros británicos que vivían entre ellos adoptaban el título de «hermano», lo que por una parte implicaba solidaridad con los otros británicos y, por otra, superioridad respecto a los lugareños. Al hermano Luke lo habían enviado a Malaya a trabajar de maestro, y había ayudado a fundar la escuela masculina St. Joseph, donde estudiaba Abel. Era miembro de la orden de los jesuitas y un maestro muy estricto, y como Abel era muy mal estudiante, no hacían muy buena pareja.

—¡Dime los tres inventos de la Revolución Industrial, niño! —le gritaba, con el sudor resbalando por sus patillas. Llamaba a todos los alumnos «niño», porque así no tenía que aprender a pronunciar sus nombres.

—Motor a vapor, desmotadora de algodón... —farfulló Abel, y a continuación se quedó en blanco. Apretó los párpados y obligó a su memoria a revelarle el tercer invento, pero éste se negaba a aparecer. Como ya sabía lo que ocurriría a continuación, extendió el brazo, se preparó para aguantar el dolor y giró la cabeza hacia el otro lado justo cuando la regla de madera del hermano Luke golpeó la parte más blanda de la palma de su mano.

Pero el hermano Luke que se había plantado delante de Abel en la víspera de su decimoquinto cumpleaños parecía la sombra del maestro robusto de anchos hombros y de rostro colorado que él recordaba. En aquella nueva versión, el misionero estaba demacrado y tenía las mejillas hundidas y un ojo hinchado y más pequeño que el otro.

—¿Te importa, niño? —Había cosas que no habían cambiado, pensó Abel. El hermano Luke seguía sin saber cómo se llamaba.

—¿Sí, hermano Luke? —Abel mantuvo la mano con la que sujetaba el cigarrillo encendido junto al costado, tratando de esconderlo.

—¿Te importaría? —Señaló la voluta de humo que Abel no había conseguido ocultar, y él, resignado, le tendió el cigarrillo, su regalo de cumpleaños.

El hermano Luke dio una larga calada, y las mejillas se le hundieron aún más.

—Te lo agradezco, niño. —Se sentó en el bordillo y siguió fumándose el cigarrillo de Abel—. Siéntate aquí, a mi lado.

—Me alegro de volver a verlo... señor —dijo Abel un tanto nervioso.

Era impactante ver al hermano Luke en ese estado; Abel había dado por hecho que, como a la mayoría de los funcionarios y misioneros británicos, al hermano Luke se lo habían llevado cuando habían llegado los japoneses, e imaginaba que estaba prisionero en el sur, en la cárcel de Changi.

—¿Lo han soltado los japoneses? —preguntó.

Ignorando la pregunta de Abel, el hermano Luke hizo visera con una mano para protegerse el ojo bueno del sol de la tarde, que caía de lleno sobre ellos.

—¿Has oído hablar del ferrocarril de Birmania?

Abel negó con la cabeza e insistió:

—¿Lo han liberado, señor?

—Siempre fuiste un alumno pésimo. Es un ferrocarril que están construyendo los japoneses. Para transportar suministros.

Abel miró al hermano Luke y frunció el ceño; no entendía por qué insistía tanto en hablarle del ferrocarril, y le fastidiaba no estar

obteniendo respuesta a sus preguntas.

—Oye, niño, ¿quieres ayudar a tu familia? Están buscando peones. Culis. El trabajo es fácil, pagan bien y hasta te dan un sitio donde vivir.

Yao Chun y otros amigos de Abel habían oído hablar de gente que salía a reclutar a chicos para trabajar con los japoneses, prometiéndoles trabajos fáciles. Un par de amigos suyos habían aceptado la oferta, habían metido sus escasas pertenencias en una maleta y se habían montado en la trasera de un camión creyendo que iban a un sitio donde tendrían un buen empleo. Pero no habían regresado.

Aun así, era la primera vez que Abel se encontraba con un reclutador británico; generalmente eran lugareños que necesitaban más cupones de racionamiento para alimentar a su familia. Abel se apartó despacio del hermano Luke y empezó a levantarse.

—¿Adónde vas? —El hermano Luke alargó la mano en la que no tenía el cigarrillo y agarró a Abel por el antebrazo derecho con una fuerza sorprendente.

—Tengo que irme, señor. Mi madre se va a preocupar.

—Ven conmigo, niño, hazlo por mí. —Abel se fijó en que la comisura externa del ojo bueno del hermano Luke había empezado a temblar sin control—. Necesito que vengas.

—No puedo, señor. Tengo que irme. —Abel se soltó del hermano Luke y se levantó tan deprisa que estuvo a punto de tropezar.

—Me meterán otra vez en la cárcel, niño. Por favor... —Del ojo bueno del hermano Luke empezaron a brotar lágrimas, y Abel tuvo que desviar la mirada ante su semblante de profunda desesperación.

Se marchó corriendo a casa y dejó al hermano Luke tirado en el bordillo.

Fueron a buscarlo al día siguiente, el 15, el mismo día de su cumpleaños. Esa mañana su madre le había pasado los dedos por el pelo y le había prometido una sorpresa. Él sabía que no sería nada muy importante, porque en aquellos tiempos todo escaseaba, pero a lo mejor preparaba algún dulce; su madre sacaba mucho partido de sus limitadas raciones.

También estaba pensando en que tal vez le prepararía *telur mata kerbau*, unos huevos fritos con la yema intacta y perfecta, como la parte más profunda del ojo de un buey, porque esa misma mañana el padre de Yao Chun, que regentaba la tienda de ultramarinos, le había regalado cinco hermosos huevos marrones.

—Pero, tío, no nos lo podemos permitir... —protestó Abel.

—Cógelos, es tu cumpleaños. Son de nuestras gallinas —insistió el padre de Yao Chun.

Abel estaba soñando despierto con el sabor de los bordes crujientes y marrones de un huevo frito cuando una voz gritó: «¡Ahí está!»

Giró la cabeza y volvió a ver al hermano Luke, aunque tenía mucho peor aspecto que el día anterior. El maestro señaló a Abel con el brazo bueno. El otro, el izquierdo, le colgaba inerte y torcido en un ángulo extraño. Ahora tenía sangre seca en el párpado inferior del ojo bueno, y el otro estaba tan hinchado que apenas lo podía abrir. Era evidente que había recibido otra paliza.

—¡Hermano Luke! —exclamó Abel.

—Hola, niño.

Antes de que Abel pudiese reaccionar, lo rodearon dos soldados japoneses con el traje de faena verde del ejército. Uno era robusto y un par de centímetros más bajo que Abel; el otro era altísimo y cojeaba. Parecían la caricatura de un par de esbirros sacada de los cómics que leía Abel.

—¡Ven con nosotros! —le ordenó el más alto. El más bajo le tiró bruscamente del hombro, y Abel agarró con fuerza la bolsa en la que llevaba los cinco huevos, negándose a entregarlos.

El alto mostró su impaciencia haciendo un ruido gutural que recordó a un motor que traquetea, y luego, con su gruesa bota militar, le pegó una patada en la parte de atrás de las rodillas. Abel oyó un crujido espeluznante, y no supo si habían sido los huevos o sus rodillas los que se habían estrellado contra la grava dura y caliente.

Cuando los dos soldados se lo llevaron agarrándolo por las axilas, Abel giró la cabeza y miró al hermano Luke, que se había agachado y estaba lamiendo las yemas de huevo crudas antes de que la tierra las absorbiera.

Agazapado en el gallinero, Abel oyó las pisadas de unas botas. Un penetrante olor a sudor y a humo rancio de cigarrillos que ya le resultaba familiar se coló en sus orificios nasales. Se retiró al fondo del gallinero, tan lejos como pudo de la puerta cerrada con candado, y se quedó allí, encogido. Esa mañana, mientras trabajaba, de pronto le habían temblado las rodillas y sus manos no habían podido seguir sujetando la caja de madera que estaba transportando. Se

había parado, había dejado la caja en el suelo y se había puesto en cuclillas, con la frente sobre las rodillas, tratando de recuperarse del mareo. Llevaba dos días sin comer nada. La fila de chicos que tenía detrás se había detenido bruscamente.

—Vamos, Abel, tienes que levantarte... —Rama le dio un toque en el pie—. Viene hacia aquí.

—¡Chico blanco! —le gritó en malayo el comandante japonés, el jefe Akiro—. ¡Muévete!

Abel notó que se le cerraba la garganta.

—¡Maldito blanco de mierda! — El japonés avanzó hacia él con una mueca de rabia, y cuando alzó la culata del fusil mostró las manchas de sudor que tenía bajo los brazos..

Abel se levantó y se irguió todo lo que se lo permitió su flaco y debilitado cuerpo. Miró con odio al jefe Akiro, mucho más bajo que él.

—Maldito japonés de mierda —masculló.

Por eso había acabado en el gallinero, ensangrentado y junto a un gallo moribundo.

Abel siempre había sido el más alto y más blanco de todos; tenía los ojos de un gris muy claro, y su madre aseguraba que cuando la miraba veía las estrellas reflejadas en ellos. Era el único. Tanto su padre como su madre tenían la piel de color café, igual que sus hermanas; Jujube era incluso un poco más oscura, algo de lo que ella solía lamentarse.

A él siempre le había gustado tener la piel clara. Cuando era un crío e iba por la calle de la mano de su madre, las ancianas con las

que se cruzaban se detenían, le hacían carantoñas y, disimuladamente, le regalaban los caramelos de ciruela ácida que tanto le gustaban. Después, cuando creció un poco más, las niñas del barrio, incluso las mayores, reían nerviosas y se empujaban unas a otras al verlo pasar. Con su piel clara, su atractivo aspecto y su cautivadora sonrisa, Abel siempre conseguía lo que quería. Aprendió el concepto de «encanto» mucho antes de conocer la palabra que lo designaba.

Pero allí, en el campo de trabajos forzados, su piel clara era una maldición. El comandante encargado de su cuadrante, el jefe Akiro, odiaba especialmente a Abel, tal vez porque el chico era lo más parecido a la imagen que él tenía del enemigo blanco. El jefe Akiro era más delgado y bajito que él, y por eso a Abel le daba rabia tenerle tanto miedo. Cada vez que los ojillos del comandante se clavaban en él, se le revolvía el estómago, y lo poco que hubiese comido ese día ascendía por su esófago y amenazaba con abandonar su cuerpo.

Los dos primeros días tras la llegada de Abel, el jefe Akiro se dedicó simplemente a ser cruel. Caminaba junto a la fila de prisioneros que excavaban o transportaban pesadas cargas y, cuando llegaba a la altura de Abel, arrastraba el fusil por el suelo para que le golpeara los tobillos y lo hacía tropezar y morder el polvo. Los días se convirtieron en semanas y las semanas en meses, y las crueldades que le infligía el jefe Akiro eran cada vez más elaboradas. Como cuando les ordenó a Rama y a él ponerse uno junto al otro: Abel, con la piel clara, quemada por el sol y salpicada de barro, y Rama, ancho de hombros y de tez oscura, con callos y cicatrices blancas en los dedos.

—¿Qué os parece, creéis que la sangre de Negrito y de Blanquito es del mismo color? —preguntó el jefe Akiro en voz baja. Entonces alzó la voz para que lo mirasen todos los chicos y los hombres del cuadrante—. ¡Vamos a comprobarlo!

A Abel le habría gustado desmayarse, como le había ocurrido a Rama cuando la desafilada hoja del puñal le rasgó varias veces el brazo, provocando la frustración del jefe Akiro porque estaba tardando demasiado en hacerle sangrar. Pero Abel no gritó: se mordió la lengua hasta que también la boca se le llenó de sangre.

—¡Igual! ¡Su sangre es igual! —gritó el jefe Akiro, levantando el brazo de Abel y el de Rama como si fuesen dos victoriosos luchadores, mientras dos gruesos regueros de sangre descendían por sus respectivos codos.

En el gallinero, Abel vio cómo las botas del jefe Akiro, descoloridas y sucias de barro, abrían la puerta de una patada. Estaba a punto de oscurecer. Los otros chicos ya debían de estar yendo al barracón de la cantina para cenar. Abel vio que su magullado cuerpo proyectaba una sombra retorcida en el suelo; no corría ni una gota de brisa, y los mosquitos zumbaban en furiosa armonía a su alrededor. Las botas sucias se detuvieron delante de él.

—Levántate —ordenó el japonés con voz ronca.

Abel alzó la mirada y miró fijamente la nariz del comandante. Una gota de sudor de la cara del jefe Akiro fue a caer en el labio de Abel, obligándolo a notar el sabor salado y sucio del cuerpo de su torturador.

—¡Levántate!

El jefe Akiro metió la bota bajo el cuerpo de Abel y lo obligó a ponerse a cuatro patas. Parecía que los mosquitos zumbaran más fuerte, ahogando el escalofrío que recorrió el cuerpo del muchacho cuando oyó que la hebilla del cinturón del jefe Akiro golpeaba la funda de su pistola y el ruido resonó en el silencio circundante. Abel notó una levísima brisa cuando los pantalones del japonés cayeron al suelo de tierra. Intentó arrastrarse hacia la puerta, hacia el gallo moribundo, cualquier cosa para huir de lo que sabía que se avecinaba, pero el comandante lo retuvo agarrándolo por la camisa. Las dos gallinas blancas lanzaron un estridente cacareo, y la marrón se quedó mirando fijamente a Abel con gesto inexpresivo, como si supiera lo que iba a ocurrir. Mientras el pene del jefe Akiro desgarraba por dentro a Abel, el chico lo oyó murmurar: «Como mujer blanca, como mujer blanca...» Por una rendija de la puerta del gallinero, Abel fijó la vista en el disco anaranjado del sol que se ponía en el horizonte, tratando de que no se le doblaran las rodillas.

4

Jujube

Bintang, Kuala Lumpur
16 de agosto de 1945
Malaya ocupada por los japoneses

Jujube tenía un mal día en la casa de té. No era su primer mal día; llevaba casi un año trabajando allí y estaba acostumbrada a cierto grado de grosería por parte de los soldados que frecuentaban el local: miradas lascivas, manos ásperas, palabras groseras. Pero las dos últimas semanas habían sido diferentes: se palpaba una tensión que amenazaba con romperse como un dique.

Había tres soldados sentados a una mesa en el centro del local, con los hombros encorvados y los ojos vidriosos.

—Van a dejarnos morir en este lugar desolado —dijo uno de ellos, un tipo corpulento con escaso cabello. Los soldados daban por hecho que ella no entendía su idioma.

—Es posible que nos bombardeen, pero los americanos no pueden rivalizar con nuestros hombres —dijo otro más joven con optimismo.

—Sea como sea, vamos a beber —masculló el tercero; sacó una botella llena de un líquido turbio y se la ofreció a sus compañeros.

Jujube miró con expresión de impotencia al dueño de la casa de té, Doraisamy. Sólo eran las once de la mañana, y allí estaba prohibido el alcohol. La joven supuso que los soldados habían conseguido aquel licor de olor penetrante en el mercado negro, porque era muy difícil obtenerlo de otro modo. Doraisamy negó con la cabeza. «Déjalos», dijo moviendo los labios. Jujube asintió. Su jefe tenía razón; no conseguirían nada bueno regañando a los soldados.

Una semana atrás, el 9 de agosto, mientras la familia estaba sentada alrededor de la mesa a la hora de la cena, su padre había gritado de emoción al oír interferencias en la radio ilegal que tenía escondida en un florero. Cuando dejaron de oírse las interferencias, una voz anunció que los americanos habían lanzado bombas nucleares sobre Nagasaki. Su vecino, Andrew Carvalho, un hombre menudo que trabajaba con el padre en la chapistería, irrumpió en su casa agitando un telegrama que llevaba en la mano.

—Dicen que parecía un hongo nuclear. ¡Las ciudades no aguantarán! —El señor Carvalho agarró al padre de Jujube y lo levantó en el aire.

—¡Los americanos! —exclamó su padre mientras sus pies se separaban del suelo—. Si ganan esta guerra, iré a América a estrecharle la mano al presidente Truman.

Los dos hombres se acercaron a la radio y se olvidaron de la cena. Jasmin le guiñó un ojo a su hermana y pasó la comida que quedaba en el plato de su padre a su plato.

—¿Qué te parece, mamá? ¿Quieres que recoja la mesa? —preguntó Jujube.

Pero su madre había desaparecido; sus pasos resonaron por el pasillo y se oyó el portazo que dio tras entrar en su dormitorio. Jujube suspiró y empezó a recoger los platos. Ella se ocuparía de todo, como siempre.

Cuando Jujube volvió a la cocina de la casa de té, evitando mirar hacia la mesa de los soldados, oyó una débil voz que murmuraba: «Siento por ellos, son vergüenza.» Era su cliente fijo favorito, el señor Takahashi, que se esforzaba por hablar correctamente.

El señor Takahashi había aparecido por allí un día de lluvia el mes de diciembre anterior, cuando ella llevaba unos tres meses trabajando en la casa de té. A diferencia de los soldados que la agarraban por el cinturón del delantal o le escupían en los pies, él había fijado la vista en la mesa y, con timidez, había dicho en un inglés con marcado acento japonés: «Llamar Takahashi.» Luego señaló la calle y añadió: «Enseñar en esa escuela.»

En los días siguientes, Jujube lo había observado a través del cristal de la ventana que separaba la cocina del comedor. Se fijó en que el señor Takahashi evitaba las mesas bajas y desvencijadas que solían ocupar los soldados, y que prefería la mesita verde del rincón de la izquierda, un poco apartada de sus ruidosos compatriotas. Todos los días llevaba la misma americana marrón, con las mangas desgastadas y con manchas de sudor bajo los brazos. Siempre iba solo; hojeaba distraídamente el periódico local, se limpiaba la tinta de la yema de los dedos en los pantalones grises y dejaba en ellos

unas manchas que Jujube se preguntaba si sabría cómo limpiar. Sólo era un par de centímetros más alto que ella y se le veían algunos pelos blancos en el escaso bigote. Tenía las orejas un poco salidas, y eso, combinado con sus cejas gruesas y demasiado altas, le daba la apariencia de un búho, como Jujube le dijo después a Jasmin. Siempre decía «por favor» y «gracias» en inglés cuando ella le servía el té.

Un día, al pasar Jujube junto a su mesa, el señor Takahashi la había mirado por encima del borde de la taza y le había preguntado tímidamente en malayo:

—*Apa koh-bar?*

—KHA-*bar* —le había corregido Jujube sin poder evitarlo.

Después de eso, todas las mañanas él la saludaba al entrar con un *«Apa khabar»* con su peculiar acento, y Jujube le devolvía el saludo inclinando la cabeza. Pero un día la joven se sorprendió respondiendo: *«Khabar baik»*, y a él se le iluminó la mirada.

—¡Yo también bien!

Unas dos semanas después de su primera aparición, le hizo señas a Jujube para que se acercara.

—¿Más té, señor? —le había preguntado ella, señalando la bonita tetera azul que llevaba en la mano, de cuyo pitorro salía vapor.

—¿Poder darte una cosa? —preguntó él.

Jujube lo miró, y él bajó la vista, como invitándola a dirigir la mirada al platillo blanco de debajo de la taza, en el que ella vio la esquina de un cupón rojo de racionamiento.

—Para ti. —El señor Takahashi sonrió—. Para regalo de Navidad.

La familia de Jujube, como todas las familias desde hacía dos años, tenía asignado un cupón de comida que le daba derecho a un

cuarto de bolsa de arroz por semana. Era una cantidad muy escasa; a veces a sus hermanos les rugía tan fuerte el estómago que el ruido se oía desde la habitación de al lado. La madre mezclaba raíz de tapioca con el arroz, formando una pasta pegajosa que Jujube odiaba. Aquella mezcla les llenaba el estómago, y de ese modo apenas notaban el burbujeo de los jugos gástricos agujereándoselo, pero hacía que todo tuviese sabor a cola.

Antes de desaparecer, Abel siempre se quejaba de la tapioca, y todos los días se le ocurría alguna razón para que su madre dejase de mezclarla con el arroz.

—Mamá —protestaba—, ¿sabes que la raíz de tapioca cruda es muy peligrosa?

—Hijo, ¿crees que nací ayer? —Su madre ponía los ojos en blanco y lo abrazaba.

—Mamá —se lamentaba él, librándose de su abrazo—, ¡tiene cianuro! ¡Nos vas a matar! —Sacaba la lengua por un lado de la boca y se ponía bizco como un personaje de dibujos animados.

—Sólo si no lavo bien las raíces, tontorrón. Y ahora, ayuda a tu madre a enjuagarlas.

El cupón rojo del señor Takahashi significaba que tendrían doble ración de comida, y a Jujube se le hizo la boca agua al pensar en un arroz esponjoso, un arroz que se empaparía del curry y las especias, un arroz que no se apelmazaría, que no se le atascaría en la garganta. Cogió el cupón del platillo, lo encerró en una mano y se dirigió hacia la cocina. Pero entonces se detuvo y dijo: «Gracias.» Se dio la vuelta, y aun así notó que el señor Takahashi le sonreía.

A partir de entonces, cada dos días el señor Takahashi le llevaba algún regalo. A veces eran libros infantiles llenos de dibujos que a

Jasmin le encantaban; o novelas, clásicos de Penguin como *El Robinson suizo* o *Jane Eyre*, que Jujube devoraba. A veces le llevaba metros y más metros de tela de algodón, con los que su madre les hacía camisas nuevas a todos; a veces aparecía con un bonito pero inútil adorno, como una tortuga tallada en madera o un cenicero de porcelana. Pero el mejor día era el miércoles. Todos los miércoles por la mañana, el señor Takahashi entraba en la casa de té con un ajado cupón de racionamiento rojo, y por la noche la familia cenaba como los reyes. Jasmin se reía, y hasta su madre sonreía y se le iluminaba la mirada.

Al principio, Jujube creyó que el señor Takahashi quería acostarse con ella, igual que los demás. Le había preguntado a su madre qué tenía que hacer si un día él se la llevaba al fondo de la casa de té, la tiraba sobre el montón de basura mojada y le ponía un cuchillo en el cuello. El consejo de su madre había sido sencillo: «Quédate quieta.» Las primeras semanas, Jujube esperó con manos temblorosas a que el señor Takahashi reclamara su premio; pero lo único que hacía era hablar. Se tomaba el té a pequeños sorbos, dejaba que el vapor se le metiera por la nariz y charlaba sobre esto y aquello. A veces hablaban de la relación entre Jane Eyre y el señor Rochester (Jujube la encontraba romántica; al señor Takahashi le parecía inapropiada); a veces él le contaba historias de su familia de Nagasaki (todos trabajaban en las fábricas de Mitsubishi, haciendo barcos y munición; todos excepto el señor Takahashi eran obreros metalúrgicos hábiles con las manos, y siempre se burlaban de él porque se pasaba el día leyendo). Pero a las diez y veinte en punto de la mañana se levantaba, decía «¡Se acabó recreo!», se terminaba el té de un trago y volvía a su escuela.

Los soldados, ebrios, gritaban y discutían, y sus voces resonaban por la casa de té.

—No preocuparte —decía el señor Takahashi al levantarse.

—¿Vuelve a la escuela, señor? —le preguntaba Jujube.

—Sí, y te veo mañana.

En realidad, ella no tenía intención de encariñarse del señor Takahashi. Había oído hablar de los que se hacían los simpáticos, por supuesto. El sargento que, cuando le ordenaron registrar una casa y llevarse a todos sus habitantes, había dejado con vida al hijo más pequeño, escondido detrás de un recogedor de basura. O el médico que había inyectado a sus jóvenes pacientes, todas ellas mujeres de consuelo, un virus inofensivo que les provocaba un sarpullido, para que perdieran su atractivo y no tuvieran que volver a ponerse al servicio de los soldados. Y ahora el señor Takahashi. Pero la bondad no excusaba la violencia de masas, la bondad no les devolvía a Abel, la bondad no la protegería. Jujube se consolaba diciéndose que obtenía algo de ella: el cupón rojo que ayudaba a su familia a seguir con vida.

Además, a veces el señor Takahashi era un poco pedante y, de repente, se le notaba que era profesor. Cuando ya hacía seis meses que mantenían aquella curiosa amistad, le había preguntado a Jujube qué le gustaría hacer cuando terminase la guerra. Ella se sobresaltó; no había dedicado mucho tiempo a pensar en ello. Sabía que quería que Jasmin volviera a la escuela; sabía que su madre, antes de la desaparición de Abel, confiaba en que su hijo ingresara en el funcionariado, porque eso significaba un trabajo de oficina

estable y garantizaba la concesión de una pequeña pero útil parcela donde el joven podría construirse una casa para su futura familia. Pero ¿ella? Jujube se encogió de hombros. Quizá era ya demasiado mayor para volver a la escuela, y tampoco se imaginaba casada. No le importaba mucho, y de todas formas nadie sabía cuándo acabaría la guerra.

Al ver que Jujube se encogía de hombros, al señor Takahashi le brillaron los ojos.

—Tienes que pensar más en ti —dijo, y ella se sorprendió—. Puedes ser científica, periodista... Sólo necesitas el... el... —No encontraba la palabra, y al final la dijo en japonés—: el título.

Entonces retiró la silla, se levantó, y subió la voz:

—¡No puedes sobrevivir esto y vivir como si muerta! —El sudor le cubría la frente.

Jujube notó un sudor frío en la mano con la que sujetaba la tetera y temió que se le resbalara. Tenía que evitarlo a toda costa.

—Lo siento, señor Takahashi, no quería ofenderlo... Lo siento —murmuró.

La atmósfera de la casa de té, ya de por sí cargada, se enrareció. Otros clientes, la mayoría soldados, habían dejado la taza en la mesa y habían girado la cabeza para mirarlos. Un soldado alto con bigote poco poblado hizo ademán de desenfundar su pistola.

—Lo siento, señor, yo no... ¿Qué puedo hacer para que no se ofenda? —suplicó Jujube. Vio que el soldado se le acercaba.

Doraisamy, frenético, se puso a hacerle señas a través de la ventana de la cocina. «No causes problemas», decía su mirada.

El señor Takahashi se dejó caer en la silla; miró al soldado que se les acercaba y negó con la cabeza.

—No hace falta. —Luego se volvió hacia Jujube con gesto compungido—. Lo siento —dijo—. Mi hija está Nagasaki. Somos sólo nosotros dos. Su madre ya no está. Mi hija y tú... ¿Cómo se dice? Estáis parecidas.

A medida que transcurrían los meses, Jujube siguió manteniendo regularmente aquellas conversaciones con el señor Takahashi. A veces él la invitaba a sentarse a su mesa y leían juntos obras de Shakespeare; hacían diferentes voces, y el señor Takahashi tenía problemas para pronunciar ciertas palabras. A veces él le escribía cartas a su hija en inglés («¡Quiero que ella aprende!», decía). Estaba preocupado porque últimamente las respuestas de su hija eran menos frecuentes. ¿Quizá no recibía sus cartas? ¿Quizá mataban a los carteros? Pero él no perdía la fe y seguía escribiendo, y, subiendo la voz para hacerse oír por encima del zumbido de los ventiladores de la casa de té, le preguntaba palabras a Jujube: «¿Cómo se dice cuando niño se convierte en adulto?» («Madurar», contestaba ella.) A veces él le pedía que revisara sus cartas.

—Haz más cariñosa, como padre que habla a hija —le decía—. Enseñando a alumnos no aprendo a ser cariñoso.

—Añada esto —decía ella—: «Pienso en ti todo el día y te añoro.»

En casa las cosas tampoco iban bien. Unos dos meses después de la desaparición de Abel, un par de soldados japoneses se habían presentado allí y habían llamado a la puerta dando fuertes golpes. Les había abierto su padre, pálido como la cera.

—*Ada guniang kah?* —dijo uno de los soldados en malayo, dando golpes en el suelo con el fusil.

Jasmin, que estaba en la cocina, dejó las cebollas que le habían pedido que cortara y se volvió hacia Jujube.

—¿Qué significa «*guniang*», hermana?

—Al sótano. Rápido —dijo Jujube en voz baja.

Agarró a Jasmin por el brazo, y las dos bajaron a toda prisa por los desvencijados escalones de madera que conducían a un pequeño sótano. Su padre lo había excavado para esconder allí objetos de valor y comida por si algún día saqueaban su casa. Jujube oyó que su madre cerraba la puerta sobre sus cabezas y, al cabo de un minuto, las pisadas de unas botas militares.

—¿Tenéis niñas?

Jasmin abrió la boca como si fuese a gritar, y Jujube se la tapó rápidamente con la mano.

—No, señor, aquí sólo hay chicos. Tendrá que probar en la casa de al lado —resonó la voz de su padre en el piso de arriba.

A Jujube le impresionó lo tranquilo y decidido que parecía. La fuerza de su voz le recordó cómo era su padre antes de la guerra, convincente y valiente. Ahora, la mayoría de los días se paseaba por la casa arrastrando los pies y tosiendo, con la cara llena de arrugas que denotaban preocupación. Él les decía que habían tenido suerte; a la mayoría de sus colegas británicos se los habían llevado a la cárcel de Changi, y a algunos los habían matado por el camino.

Aun así, a pesar de lo que predicaba, él no parecía agradecido, sino atenazado por una honda tristeza.

Jujube había oído hablar de las mujeres de consuelo. Tras la masacre de Nanking, los japoneses intentaron impedir que se cometieran violaciones en las regiones ocupadas. En lugar de permitir que los soldados fueran a las ciudades y a los pueblos,

obligaban a las mujeres a acudir a unas «estaciones de consuelo» donde los soldados podían aliviar sus impulsos. Al principio, Jujube se ponía dos sujetadores para aplanar su pecho al máximo. Pero luego se enteró de que los reclutadores preferían a las niñas más pequeñas, prepubescentes, porque oponían menos resistencia y no se quedaban embarazadas. Esos reclutadores, soldados rudos que no se andaban con miramientos, recorrían el barrio llamando a las puertas. «*Guniang* —decían—. Sacad a las niñas.»

Transcurrieron unos minutos que parecieron horas, hasta que Jujube oyó que se cerraba la puerta de la calle. Cuando las dos hermanas salieron del sótano, la madre de Jujube agarró a Jasmin bruscamente por los hombros y la hizo sentarse sobre un cubo.

—Basta, por favor, Cecily... —le suplicó el padre.

—¡No pienso perder a otro hijo! —gritó la madre. Cogió unas tijeras y empezó a cortarle la negra melena a Jasmin.

La niña, valiente y madura para su edad, se tragó las lágrimas en silencio mientras le daba la mano a Jujube. A partir de ese día, Jasmin se vistió con la ropa vieja de Abel —pantalones sucios y holgadas camisas blancas—, y ya no la dejaban salir de la casa.

Esa noche, en el colchón que compartían, Jujube abrazó a su hermana y le acarició el pelo mal cortado. Jasmin lloró en silencio; sólo sus mejillas mojadas la delataban. Jujube entrelazó los dedos de la mano izquierda de Jasmin con los suyos y señaló al otro lado de la ventana, donde el cielo estaba tachonado de estrellas.

—Ahí fuera hay gente que lucha por nosotros —dijo mientras pasaba la otra mano por la cabeza rapada de su hermana pequeña.

—¿Dónde? —preguntó Jasmin en voz baja—. ¿Dónde luchan?

—En Normandía —contestó Jujube vacilante—. En Dunkerque. En Amberes.

—Dun... —susurró Jasmin—. ¿Cómo se dice? Dun...

—Dun-KERQUE, boba.

Jasmin hizo un mohín de enfado; Jujube le hizo cosquillas en el costado con dos dedos, y su hermana rió hasta que le saltaron las lágrimas.

Tal vez aquellos frentes occidentales se habían olvidado de ellos, pensó Jujube; aquellos lugares con nombres que rodaban de forma extraña sobre su lengua, lugares que podía buscar en un atlas, pero que no podía visualizar. Tal vez no les importaba la gente como ella, Jasmin y Abel, la gente que vivía allí, en un pequeño rincón tropical de Asia, maltratados por personas cuya apariencia era casi igual a la suya.

A medida que la tarde sangraba hacia el anochecer, los soldados de la casa de té fueron poniéndose cada vez más escandalosos, hasta que varios de ellos vomitaron en el suelo. El olor de su bilis impregnaba la caldeada atmósfera. Doraisamy ayudó a los tambaleantes soldados a salir de su local, y luego le dio una mopa a Jujube.

—Ya sabes lo que tienes que hacer —le dijo, señalando los vómitos que los soldados habían dejado en el suelo—. Cuando te marches, acuérdate de cerrar la puerta con llave.

Jujube notó que el miedo le oprimía la garganta cuando miró el reloj y, acto seguido, el sol que se ponía en el horizonte, una esfera naranja que ocupaba toda la ventana. Le escocían los ojos, pero no

tenía tiempo para sensiblerías: necesitaba acabar cuanto antes y volver a casa. El camino era recto y fácil, veinte minutos a lo sumo, pero cuando caía la noche los soldados japoneses patrullaban las calles tratando de sorprender a alguien incumpliendo el toque de queda de las ocho.

Jujube llenó un cubo de agua, sumergió la mopa vieja y gris y se puso a limpiar tan deprisa como pudo. Ya habían empezado a dolerle los brazos cuando oyó una voz susurrante y familiar que reconoció enseguida.

—Vengo después de escuela. Pienso que quizá necesitas ayuda para no llegar tarde. Por el toque de queda —dijo el señor Takahashi.

—¿Cómo ha entrado, señor?

Él señaló la puerta trasera, que no tenía el pestillo echado.

—Próxima vez cerrar la puerta, Jujube. Por la seguridad.

—Señor, yo no puedo... —protestó la chica. Doraisamy la despediría si se enteraba de que un cliente, y peor aún, un cliente fijo, había cogido una mopa para ayudarla a limpiar.

—No diré a nadie. Un secreto —dijo el señor Takahashi, llevándose un dedo a los labios.

Cuando terminaron de fregar el suelo, ya había oscurecido por completo. Jujube miró la esfera de su reloj de correa de cuero rojo: faltaban diez minutos para las ocho. El reloj se lo habían regalado sus padres hacía unos años por haber obtenido un sobresaliente en los exámenes finales, pero ahora ya no había clases. Su escuela, como muchas otras que los británicos habían construido en la ciudad, había sido convertida por los japoneses en un centro de interrogatorios. Las ventanas, antes iluminadas, ahora permanecían

a oscuras, y cuando Jujube pasaba por delante le llegaba el agrio olor de la sangre y el sudor que se escapaba por las rendijas. El general Fujiwara ya había enviado a sus soldados a recorrer las calles. A cualquiera que fuese considerado sospechoso —una inclinación de cabeza no lo bastante profunda, una mirada interpretada como insolente— lo metían en una de las numerosas habitaciones húmedas y oscuras del centro de interrogatorios y lo apalizaban hasta sonsacarle una confesión, cualquier confesión.

Cuando llegaron los japoneses, su padre, leal al imperio, les había dicho a sus hijos que los británicos regresarían y barrerían de allí a los japoneses como la basura que eran. Pero esas esperanzas se extinguieron cuando, seis meses después de la ocupación, su padre recibió la orden de ir a trabajar a una chapistería, donde tenía que arrastrar por el suelo del taller montones de afiladas planchas de metal recién cortadas. Ahora su padre tenía las manos llenas de cicatrices, su garganta expulsaba constantemente una tos áspera, y su actitud desafiante no era más que un recuerdo lejano. Llevaba una fotografía del emperador Hirohito en la cartera como prueba de su lealtad a los japoneses y, cada vez que veía a un soldado, se doblaba por la cintura y se inclinaba hasta que su cabeza casi tocaba el suelo. Para Jujube, aquélla era la verdadera traición.

Jujube no había querido ir a una de las pocas escuelas de japonés que se habían abierto. Detestaba aprender ese idioma, y cada vez que saludaba a alguien en japonés, la bilis ascendía por su garganta. Algunas personas eran sutilmente desafiantes, por supuesto. En lugar de decir «*Ohayo gozaimasu*» al saludar a los soldados japoneses, Abel se agachaba y susurraba: «*Ohayo gosok* mi culo» («*gosok*» significa «fregar»). El chiste siempre hacía reír a Jasmin,

pero la insolencia de Abel hacía que Jujube quisiera retorcerle un brazo, porque, ¿valía la pena morir por una estúpida broma? Pensar en Abel le producía tanta tristeza que tuvo que cerrar los ojos un segundo.

—¿Jujube? —dijo el señor Takahashi—. ¿Trabajo terminado?

Jujube se quitó el delantal y contestó:

—Tengo que cerrar con llave.

—Vamos —dijo él—. Yo te acompaño. Estarás más segura.

—No, señor —protestó ella, temiendo que el anciano señor Takahashi la obligara a caminar despacio.

—Nos vamos —insistió él.

Jujube cedió. Era demasiado tarde, y no quería perder el tiempo discutiendo.

Cinco días atrás, el señor Takahashi había llegado a la casa de té con la misma cara pálida que tenía la madre de Jujube la noche en que Abel no regresó. El señor Takahashi se había sentado a la mesa de siempre, pero en lugar de hacerle señas para que se acercara, se había quedado mirando fijamente la mancha de la superficie astillada de madera, parpadeando y con un temblor en el hombro izquierdo.

—¿Le sirvo su té, señor? —le preguntó Jujube.

Él quiso levantar un brazo y ahuyentarla con un ademán, pero luego lo dejó caer como si no tuviese fuerzas para moverlo.

—La han... mi hija, Jujube. Mi hija. La bomba... Dicen que nadie...

La angustia del señor Takahashi intrigó a Jujube. Mientras que los ojos de su madre se habían quedado apagados, los del señor

Takahashi no dejaban de moverse, como si estuvieran a punto de salir de sus órbitas. El anciano se levantó y empezó a pasearse por el local. Jujube se fijó en que en lugar de zapatos llevaba unas pantuflas azules y un solo calcetín.

—¿Cómo han podido hacer esto los americanos? La gente es inocente, ¡INOCENTE! —Se le quebró la voz, y, muy a su pesar, Jujube sintió una pizca de compasión—. Escribiré al general. Todavía hay alguna posibilidad... una pequeña posibilidad... A lo mejor ella estaba en otro sitio. A lo mejor...

Y entonces Jujube comprendió dónde estaba la diferencia. En los ojos de su madre ya no había esperanza; el señor Takahashi, en cambio, aún no se había rendido: él todavía podía confiar en que su hija siguiera con vida.

—Seguro que todo acaba bien, señor —dijo mientras le servía un poco de té—. No pierda la fe.

Al menos los japoneses todavía podían permitirse el lujo de tener fe.

El señor Takahashi siguió yendo a la casa de té todos los días. Escribió a todas las personas que conocía: embajadores, generales, amigos, familiares. Escribía cartas en inglés y en japonés, y Jujube le revisaba las que escribía en inglés.

—«Le escribo con relación a un asunto de mucha urgencia...» —leía en voz alta.

—De máxima urgencia —le corregía Jujube, ojeando la carta mientras le servía más té.

—«Máxima» —reescribía él; luego la miraba agradecido—. Tú eres mi esperanza.

Iban caminando en silencio: Jujube intentaba avanzar lo más rápido posible sin ofender al señor Takahashi, e iba mirando a su alrededor por si veía soldados. De pronto, notó que la tierra temblaba bajo sus pies y se tiró instintivamente al suelo.

—¡Agáchese! —gritó—. ¡Tiene que agacharse, señor!

Vio que él la imitaba y se tumbaba boca abajo en la calle sin asfaltar, y ambos se prepararon para el ataque aéreo. Si Jujube hubiese estado en su casa, todos los miembros de la familia habrían salido corriendo al exterior para que no les cayeran escombros encima, y el estruendo de los aviones los habría ensordecido. Su madre le había enseñado que los aviones de combate no son más peligrosos cuando vuelan justo por encima de ti, proyectando una sombra oscura sobre tu cabeza, sino cuando ya te han sobrevolado, porque las bombas que lanzan por la cola caen en diagonal, destruyendo cuanto encuentran en su camino.

La tierra seguía temblando bajo la barbilla de Jujube, pero al cabo de un momento dejó de hacerlo. El cielo nocturno estaba oscuro.

—Sólo era un avión que volaba bajo. —Se levantó y se sacudió la ropa. Ayudó al señor Takahashi a levantarse; al anciano le temblaban los hombros—. No se preocupe, señor. No era un ataque aéreo.

—Gracias —dijo él, sacudiéndose también la ropa—. ¿Cómo sabes lo que hay que hacer?

Jujube no supo qué contestar. No le explicó que, en otras ocasiones, después las explosiones, su familia y ella se levantaban y miraban a su alrededor para ver qué casas del vecindario habían aguantado y cuáles se habían derrumbado. Los vecinos hurgaban

entre los escombros en busca de pedazos de amigos y familiares para tener algo, cualquier cosa, que poder enterrar dignamente.

—¿Crees que... Nagasaki? ¿Parecido a esto? —preguntó el señor Takahashi con voz temblorosa.

A Jujube le vinieron a la mente palabras vacías y consoladoras, pero sabía que no servirían de nada. Seguramente en Nagasaki había sido mucho peor.

—Tenemos que continuar —dijo.

Un poco más allá vieron unas luces. Era un control. Había muchos soldados registrando a la gente, que formaba unas largas colas: buscaban munición, cuchillos, medicamentos obtenidos en el mercado negro y comida. Cuando se acercaron a la barrera, un soldado agarró del brazo a Jujube con tanta fuerza que la chica notó un tirón en el hombro. Al día siguiente le dolería.

—¡Llegas tarde! ¿Sabes qué les pasa a las chicas que salen a la calle después del toque de queda? —El soldado la alumbró con una linterna y la miró de arriba abajo.

Jujube se mordió el labio inferior. No pensaba temblar delante de aquel soldado, aquel tipo pálido y furioso que le escudriñaba la ropa holgada en busca de curvas donde poner su asquerosa mano.

—Perdón, señor, no es necesario reprenderla —oyó que decía el señor Takahashi en japonés—. Viene conmigo.

—¿No sabes que debes respetar a tus mayores? Inclínate —le dijo el soldado a Jujube. Luego se dirigió al señor Takahashi—: Abuelo, ¿qué hace esta basura con usted?

Jujube estaba ardiendo de rabia. Sabía lo que tenía que hacer, pero su cuerpo no la obedecía; en lugar de hacer una reverencia, se irguió desafiante.

—¡Inclínate! —le ordenó el señor Takahashi en japonés, hincándole unos largos y huesudos dedos en la espalda; era la primera vez que la tocaba. Luego bajó la voz y le suplicó al oído—: Inclínate. Por favor, inclínate.

Él tenía razón. Su familia la necesitaba; ya habían perdido demasiado. Apretando los dientes, Jujube se agachó hasta casi tocar el suelo con la cabeza. Pero aprovechando que la linterna del soldado apuntaba hacia otro sitio, entornó los ojos y, disimuladamente, escupió un hilo de saliva en sus botas.

El soldado la levantó agarrándola por el pelo.

—Piérdete —dijo, y la empujó hacia el otro lado de la barricada.

Cuando giró la cabeza, la chica vio que el señor Takahashi le decía adiós con la mano antes de darse la vuelta y alejarse lentamente.

5

Jasmin

Bintang, Kuala Lumpur
16 de agosto de 1945
Malaya ocupada por los japoneses

—¡Mini! ¡Mini-mini!

Jasmin reconoció la voz aguda de la niña japonesa, cuya llamada entró por la ventana abierta y llegó hasta la cama que compartía con Jujube.

—Sal afuera —dijo la niña en voz baja.

Con una serie de movimientos bien ensayados, Jasmin liberó primero el tobillo izquierdo, y luego el derecho, del lío de piernas en el que su hermana y ella siempre acababan enredadas.

Esa noche las nubes tapaban la luna, que sólo proporcionaba una pizca de luz, pero Jasmin estaba acostumbrada a moverse a oscuras. Sigilosa como un gato, llegó a la cancela de la casa, se recogió el camisón hasta la cintura y saltó.

—¡Yuki! ¡Chist! ¡Haces mucho ruido, nos van a descubrir! —la regañó Jasmin.

—No podía dormir. Tía Woon no ha encendido el ventilador, y hace mucho calor. —Yuki se abanicó con teatralidad; el camisón amarillo, que le iba grande, se frunció bajo sus brazos.

Jasmin puso los ojos en blanco, pero no podía estar mucho rato enfadada con su amiga Yuki.

Jasmin había conocido a Yuki en enero, unas semanas antes de desaparecer su hermano, cuando había ido con Abel a la farmacia a buscar algún medicamento para la tos de su padre. Jasmin recordaba que aquella tarde hacía un calor asfixiante y que el cielo estaba completamente despejado, lo que no era habitual. Mientras caminaban, Jasmin apuntaba hacia arriba con la nariz y olfateaba el aire húmedo y caluroso, aspirando el dulce perfume de las flores que llevaban su nombre, así como el olor acre de las rancias aguas que discurrían por el fangoso estuario, donde confluían los ríos Talim y Merbok.

Su hermano la había visto olfatear y se había reído.

—Qué tonta es mi hermanita. —Abel le pinzó la nariz.

—¡Abe! ¡Para! —protestó ella escabulléndose.

—Pues no olfatees como si fueras un perro, *Langsat* —dijo él, llamándola por su apodo, una referencia a la fruta que solían compartir.

Había sido Abel quien le había enseñado a hacer un agujerito con los dientes en la piel de la fruta para extraer la carne transparente del interior. Se la comían con los dedos, que se les quedaban pringosos. Pero eso era antes, claro.

Cuando llegaron a la farmacia, Abel se entretuvo más de lo necesario en el mostrador. Jasmin ya se había fijado en que su hermano siempre se entretenía mucho cuando Peik Lum, la dependienta pechugona, tenía turno de guardia.

—Hoy te has recogido el cabello —oyó que Abel le decía a Peik Lum. El ligero temblor de su voz delataba su nerviosismo.

Jasmin reprimió una risita. Aunque fuese una idiotez, le gustaba ver sonreír a su hermano. Últimamente a todos les costaba mucho sonreír; Jujube iba siempre de un lado para otro con los labios tan apretados que Jasmin se preguntaba si se habría olvidado de cómo hacerlo. Jasmin echaba de menos a su hermana, a su hermana de antes: la que se agachaba y le hacía cosquillas en la barriga hasta que Jasmin se caía sobre los cojines desternillándose de risa. Ahora, lo único que hacía su hermana era apretarle fuertemente la mano, hasta dejarle la marca de las uñas en la palma.

—Es un poco *bodoh*, ¿verdad?

Jasmin se dio la vuelta para ver quién se había atrevido a llamar «estúpido» a su hermano. Ése era un privilegio reservado tan sólo a Jujube y a ella. Sí, era un poco estúpido, pero últimamente sus chistes y sus imitaciones de Leher, la jirafa del cómic favorito de Jasmin, eran lo único capaz de hacer reír a su madre.

Al darse la vuelta, Jasmin se encontró cara a cara con la niña más rara que jamás había visto: el lado derecho de su cara era blanco como el papel, igual que el cutis de las pocas mujeres japonesas que se veían por la calle, y tenía una delgada línea de vello muy fino que formaba una ceja sobre el ojo rasgado; en cambio, el lado izquierdo parecía aplastado con una espátula: la piel era más oscura y áspera, con estrías en la zona de la mejilla, mientras que el ojo parecía

estirado hacia la sien. En ese lado no tenía ceja, ni delgada ni gruesa. Jasmin sintió el impulso de retroceder, pero apartó de su mente esa idea y se mantuvo firme para no ofender a la niña.

—¿Nos vamos a casa, Jasmin? —dijo Abel, y ella corrió a reunirse con él.

La niña extraña e insolente los siguió hasta su casa. Jasmin la veía corretear tras ellos, deteniéndose en las esquinas y volviendo a ponerse en marcha, igual que ellos. Abel, distraído tras su conversación con Peik Lum, no se había fijado en ella, y Jasmin no dijo nada. Cuando llegaron a su casa, Jasmin se dio la vuelta para plantarle cara a la niña, pero había desaparecido.

Luego, en mayo, tres meses después de la desaparición de Abel, la niña se había presentado en su casa. Jasmin, acurrucada contra su hermana bajo la ventana, la oyó susurrar:

—¡Despierta!

Se soltó del fuerte abrazo de Jujube, se asomó por la repisa de la ventana y vio a la extraña niña más abajo; estaba de pie, pero su cabeza apenas rozaba el alféizar de madera.

—Sal —dijo la niña—. Vamos a jugar.

Jasmin la observó con recelo. Asomada a la ventana, notó una agradable y fresca brisa, y vio la luna menguante que, inclinada, brillaba en el cielo. No había nada que deseara más que corretear descalza y sentir la hierba húmeda entre los dedos de los pies. Pero no conocía de nada a aquella niña tan rara con la cara aplastada.

—¿Qué te pasa en la cara? —le preguntó Jasmin.

—¿Y a ti qué te pasa en el pelo? —replicó la niña japonesa, y le sacó la lengua.

Jasmin se tiró de los mechones mal cortados. Cuando se habían ido los reclutadores, Jujube le había asegurado que no tenía nada que temer si se quedaba dentro de casa y se vestía con la ropa vieja de Abel. Pero los reclutadores regresaron, una vez la semana siguiente y tres veces la otra. Al principio, su padre les abría la puerta mientras, a toda prisa, Jujube se llevaba a su hermana al sótano y la escondía. Pero siempre temían no llegar a tiempo, o que los reclutadores apartasen de un empujón a su padre —que cada día parecía más cansado y enclenque— y vieran salir corriendo a las dos niñas. Así que ahora, todas las mañanas, nada más despertarse, Jasmin se despedía de su hermana con un beso y se metía en el sótano, donde permanecía todo el día hasta el toque de queda, cuando anochecía y los soldados interrumpían sus registros casa por casa.

Su familia intentó que estuviera lo más cómoda posible en aquel espacio tan reducido. Su padre le colocó una mesita y una silla con un cojín. A veces, cuando se aburría, Jasmin reseguía de memoria los dibujos del *batik* de la funda del cojín, circulitos amarillos sobre una tela de un color fucsia horripilante; pero como el sótano estaba tan oscuro, el fucsia parecía marrón como el óxido, o como la sangre seca. No querían que se filtrara la luz entre las tablas del suelo, así que Jasmin pasaba muchas horas a oscuras, observando las sombras que pasaban sobre su cabeza cuando su familia se movía por la casa. A veces se imaginaba que en el piso de arriba vivía otra familia cuyos miembros tenían superpoderes: un hermano tan fuerte que era capaz de levantar un árbol o de cargar con un millón de soldados sobre sus hombros, una hermana que podía correr a la velocidad de

la luz, y ella, cuyo poder era la invisibilidad, lo que le permitía observar a la gente.

Jujube le llevaba todos los libros que conseguía, algunos de ellos gracias a su nuevo amigo, el profesor japonés de la casa de té; pero generalmente el sótano estaba demasiado oscuro para leer, y a Jasmin enseguida se le cansaba la vista. A veces su padre metía la nariz entre los tablones del suelo y olfateaba muy fuerte, como un perro, y eso hacía reír a la niña, pero luego la ponía triste porque su padre empezaba a toser. Jasmin sabía que su familia estaba haciendo todo lo que podía; ella los quería tanto que a veces le dolía el corazón. Su madre le bajaba comida de vez en cuando, y comían juntas en silencio. Desde que había desaparecido Abel, su madre, que antes refunfuñaba y se quejaba sin parar (del tiempo, de lo perezosos que eran sus hijos, de lo difícil que era mantener a una familia durante la guerra, de lo enfadada que estaba con su vecina porque había dejado que su perro sarnoso deambulara por ahí, etcétera), había dejado de hablar. Cuando miraba a su madre, Jasmin percibía una pena muy profunda, una tristeza que irradiaba de todo su ser como pinchos que atravesaban a cualquiera que se cruzara con ella. Y una vez por semana, su madre apretaba las mandíbulas, cogía unas tijeras y le cortaba el pelo. Jasmin aún lloraba cada vez que eso sucedía.

Pero lo que Jasmin más temía era olvidarse de Abel. Al principio, cuando empezó a ponerse su ropa, se sintió envuelta en su olor y tuvo la convicción de que siempre la acompañaría. La ropa, sin embargo, cada vez olía más a ella, y cuando Jasmin intentaba evocar sus recuerdos de Abel, sentía que la cara de su hermano se desdibujaba. Cerraba los ojos, apretaba mucho los párpados y

trataba de recordar algo: un chiste que él había hecho a la hora del desayuno, o cómo solía quitarse un zapato cuando llegaba a casa de la escuela y se paseaba por la casa con un calcetín apestoso en la mano y un pie maloliente. Aun así, aunque Jasmin se acordaba de su pie surcado de venas, de los rasgos de su cara, de la curva que dibujaban sus mejillas cuando hablaba, del agujerito que tenía en la barbilla —un «hoyuelo», lo llamaba su madre—, todos los recuerdos parecían borrosos, cada vez más difíciles de visualizar.

Y por mucho que su familia limpiara el sótano, allí siempre había polvo, y una atmósfera húmeda y asfixiante de la que Jasmin no podía escapar, como si hubiera algo suspendido en el aire que se le metía en la garganta cada vez que inhalaba. Se había acostumbrado a respirar superficialmente; su cuerpo hacía todo lo posible por rechazar el aire. Era difícil contener la tos, pero sabía que, si se le escapaba el más leve ruido en un momento inoportuno, los reclutadores podían llevársela.

Un día le había preguntado a Jujube qué querían los reclutadores.

—Ya los has oído, Jas, quieren niñas pequeñas.

—Pero ¿para qué, hermanita? —había insistido ella.

El rostro de Jujube se ensombreció, y sus ojos castaño oscuro se volvieron negros.

—Para hacerles cosas malas. Para hacerles daño... —Jujube le señaló el pubis a Jasmin— ahí.

Por la tarde, cuando volvió a quedarse sola en el sótano, Jasmin se bajó las bragas de algodón y, a oscuras, se palpó la vulva. «¿Qué pueden buscar aquí?», se preguntó, llevándose los dedos a la nariz. «¡Si huele a pis!»

—¡Ven a jugar conmigo! —le había suplicado la niña japonesa la primera noche.

—No. —Jasmin negó con la cabeza—. Mi hermana podría oírme.

La niña levantó una mano para enseñársela por la ventana.

—Tengo canicas.

Tenía tres bolitas relucientes en la palma. La luna las hacía brillar y les arrancaba destellos rosas, azules, blancos, verdes y amarillos que brincaban y se mezclaban en el interior de las esferas de vidrio, formando una paleta que hechizó a Jasmin. Abel le había enseñado a jugar a las canicas: cómo sujetar el frío vidrio entre los dedos pulgar e índice de una mano; cómo lanzar la canica levantando ligeramente el pulgar, aplicando la presión suficiente para dispersar las otras canicas, pero no tanta como para que la suya rebotara. Abel sólo había perdido los nervios con ella una vez: le había dejado a Jasmin su canica favorita, negra y con rayas amarillas, su *guli harimau*, la llamaba él. Jasmin la lanzó demasiado fuerte, y la canica rodó por la hierba hasta el sumidero que había fuera de la casa; se oyó un débil salpicón cuando la canica se hundió en el agua poco profunda de la alcantarilla y fue a parar al limo.

—Lo siento, Abe —se disculpó la niña. Él la apartó de un empujón y se marchó muy enfadado.

Durante los días siguientes, lo vio tumbarse en el borde del canal de desagüe y, manteniendo el equilibrio sobre el saliente, estremecerse al meter la mano en el agua hedionda para buscar a tientas la canica. Ella le ofreció ayuda, pero él la rechazó sin decir palabra con la mano libre, mientras se tapaba la nariz para evitar el olor a excrementos de perro, desperdicios y verduras podridas que se acumulaban bajo el agua.

El día anterior al cumpleaños de Abel, por la tarde, había caído un aguacero, el tipo de tormenta que según su madre siempre presagiaba el enfado de Dios. «Dios está llorando, hijitos, porque alguien le ha hecho enfadar», murmuraba mientras ellos se estremecían atemorizados por el estruendo de los truenos. Abel había observado con tristeza cómo el agua de la alcantarilla rugía ferozmente durante la tormenta, y cómo la corriente se abría paso a lo largo del cauce arrastrándolo todo consigo hasta el río: basura, excrementos de animales, podredumbre y, probablemente, la canica.

—Lo siento mucho —se lamentó Jasmin abrazada a la cintura de su hermano, aunque sus bracitos apenas alcanzaban a rodearlo a pesar de lo flaco que estaba Abel.

—Bah, sólo era una canica —le dijo él en voz baja. Eran las primeras palabras que le dirigía desde hacía varios días. Se quedaron junto a la ventana viendo salpicar las gotas de lluvia.

Al día siguiente, al ver que Abel no regresaba a casa, Jasmin supuso que estaría por ahí buscando su canica. Puede que hubiese seguido la corriente hasta el río y estuviera hurgando por las orillas, arrugando la nariz ante el mal olor.

Ya habían pasado varios meses desde entonces. La mirada de Jujube se había endurecido, su padre casi no hablaba y su madre había dejado de hablar por completo.

Jasmin y Yuki tenían su rutina. Se acurrucaban una frente a otra en la franja de hierba que había junto a la casa familiar, donde no podían verlas ni desde la ventana de Jujube ni desde la calle por donde a veces patrullaban los soldados. Jasmin sacaba el tablero de

congkak que había escondido detrás de la buganvilia y lo colocaba entre las dos: una pieza de madera tallada en forma de barca con siete agujeros a cada lado, y dos agujeros más grandes, vacíos, que funcionaban como «almacén» en sendos extremos del tablero.

El *congkak* era un juego de matemáticas en el que dos jugadores movían unas canicas por los agujeros del tablero alargado y acumulaban en su almacén el máximo número posible de aquellas brillantes y hermosas esferas de colores. Pero en lugar de verlo como un juego de ganar o perder, a Jasmin le gustaba pensar en el *congkak* como un juego de «salvar», como si estuviera guiando a cada canica de regreso a su casa.

Una noche, Jasmin se puso a fantasear, preguntándose qué haría si tuviera siete asientos en una barca y a quién se los adjudicaría. Su familia la componían cinco miembros, de modo que en la barca imaginaria sobraban dos.

¿Para quién serían? Tal vez para Peik Lum, la dependienta regordeta de la farmacia. Así Abel estaría contento, y seguramente no les faltarían medicamentos. O para el anciano japonés del que siempre hablaba Jujube, ese al que tanto le gustaba la casa de té. Él les proporcionaba cupones de comida, y también les enviaba regalos, como aquel tablero de *congkak*. Sería agradable tener cerca a un hombre que hacía regalos. ¿Y Yuki? La niña de ojos chispeantes y rostro irregular que en teoría tenía la misma edad que Jasmin, pero que parecía mucho mayor; la que intentaba esconder los cortes que tenía entre los dedos y que a veces cojeaba como si le hubieran dado un puñetazo en la entrepierna; la que siempre empezaba a contar historias sobre lo que había hecho durante el día, sobre su

vida y sobre la gente que vivía con ella, pero que nunca las terminaba.

Entonces Jasmin se acordaba de que en realidad tenía tres asientos más, porque Abel había desaparecido y ahora su familia la componían sólo cuatro miembros. Abel ya no necesitaba un asiento en la barca. Cuando se acordaba de eso le daba dolor de barriga.

Yuki y ella se sentaron en la hierba y pusieron el tablero entre las dos, como solían hacer. Jasmin se colocó el camisón de modo que la protegiera de las briznas de hierba que a veces le dejaban ronchas en los muslos. Yuki parecía distraída; arrancaba puñaditos de hierba y la esparcía sobre su vestido.

—Yuki, estás sangrando. —Jasmin señaló la cara interna del muslo de su amiga.

Yuki se tiró del vestido para taparse.

—Ya no me duele.

—¿Qué te pasa, Yuki? ¿No quieres jugar? —Jasmin estaba acostumbrada a ver a su amiga con cortes aquí y allá, pero la sangre que tenía en la pierna parecía reciente, y el brillo de sus ojos estaba un poco apagado.

—Hoy ha venido un tío. Y ha sido brusco.

—¿Un tío? ¿Qué quieres decir?

Yuki negó con la cabeza y cogió unas cuantas canicas.

—Empiezo yo —dijo.

Unos días atrás, cuando Jasmin le había preguntado a su amiga dónde vivía, Yuki se había quedado mirando el tablero de *congkak* y le había contestado:

—En un sitio diferente. Huele mal.

—En mi sótano a veces también huele mal —había dicho Jasmin —. Dice Jujube que son las cacas de rata.

Pensó que aquella vulgaridad haría reír a Yuki, porque casi todo lo demás la hacía reír. Pero Yuki se había limitado a apartar la mirada. Jasmin sabía que Yuki vivía en una casa con otras niñas y una mujer mayor a la que llamaban «tía Woon». A veces se quejaba de las otras niñas, de que le robaban cosas o eran crueles con ella. Una vez le contó a Jasmin que había tirado uno de los peines de las niñas al cubo de la basura y luego le había echado aceite hirviendo por encima para asegurarse de que la otra niña no pudiera volver a usarlo. Jasmin estaba horrorizada, porque en su familia nunca se trataban tan mal; creía que Yuki debería ser más cariñosa. A ella le encantaba acurrucarse con su hermana en su pequeño rincón por las noches. A la luz de la luna le parecía ver a la Jujube de antes, la que leía cuentos y quería ser alguien importante, como doctora o directora de escuela. Jasmin pensaba que tener muchas más hermanas como Jujube habría sido maravilloso.

Después de colocar las canicas en los huecos del tablero, Yuki dijo:

—¿Tú sabes lo que se siente cuando te meten algo ahí? —Le señaló el pubis.

Jasmin se acordó de aquella vez que se había tocado la vulva, y de que luego le olían los dedos a pis, pero no quería contarle eso a Yuki.

—No. ¿Por qué? ¿Pica? —A veces, si no se limpiaba bien, o si en la casa se acababan las raciones de papel higiénico, a Jasmin le salían

unas manchas rojas que le picaban. Jujube la ayudaba a frotárselas con hielo para aliviar el picor.

—Es como vomitar, pero al revés —dijo Yuki—. Como si te metieran el vómito a golpes dentro hasta que se te sale por la boca.

Jasmin sintió el ardor de la bilis al ascender por su garganta y el escozor de las lágrimas en los ojos. La voz de Yuki nunca había temblado de aquella forma. Jasmin pensó en su hermana, una chica seria y fuerte que siempre sabía cómo actuar. Aunque su madre estuviera gritando, a Jasmin le bastaba con notar los dedos de Jujube en la palma de la mano para saber que estaba a salvo.

—Yuki, ¿quieres hablar con mi hermana? Ella no se lo contará a nadie.

—No, porque se enfadará contigo si se entera de que te has escapado —dijo Yuki—. Además, ya no quiero jugar. —Inclinó el tablero de *congkak* y las canicas rodaron por la hierba. Jasmin estaba perpleja. Iba a protestar, pero su amiga se le adelantó—: Este juego es muy aburrido. Ven, te enseñaré una cosa. —Se levantó de un brinco y se limpió la sangre de la pierna, pero le quedó una mancha en el camisón amarillo de la que Jasmin no conseguía apartar la mirada—. ¡Vamos! ¡Sígueme! —Yuki levantó a Jasmin del suelo y deslizó su mano blanca y áspera en la oscura mano de Jasmin.

Echaron a correr juntas, y la luna dejaba charcos de luz a sus pies. Sus camisones, uno blanco y otro amarillo, susurraban como si fueran uno solo; parecían un pequeño fantasma saltarín.

Jasmin sentía que la cabeza le daba vueltas, como si se hubiera perdido algo de la breve conversación que había mantenido con su

amiga, aunque estaba segura de haber entendido las escasas palabras que se habían dicho la una a la otra.

—¿Adónde vamos? —preguntó Jasmin jadeando; le costaba seguir el ritmo de Yuki. Desde que vivía escondida en el sótano, enseguida le faltaba el aliento, y ya no podía correr tan deprisa como antes. Sus piernas parecían de goma.

—Quiero enseñarte mi sitio favorito. —La luna se había ocultado tras una nube. Ahora Yuki estaba en sombras, y sólo se veía el brillo de sus ojos—. Es un sitio secreto. Allí no pueden encontrarme.

La hierba estaba húmeda y a Jasmin se le mojaron las delgadas sandalias. Yuki siempre hablaba con acertijos. ¿Dónde estaba ese sitio? ¿De quién se escondía allí?

—Yuki, estoy cansada. ¿Falta mucho? —Jasmin jadeaba con la boca abierta, y por su espalda descendía un hilillo de sudor. Habían corrido hasta lo alto de una loma, al otro lado del río, y el olor del lodo se mezclaba con el de su sudor y el de Yuki. Se sentía mareada y de mal humor, y además estaba empezando a preocuparse. ¿Y si Jujube se despertaba y no la encontraba?

—No, casi hemos llegado. Es que vas muy despacio; ¡tienes suerte de no vivir con tía Woon, porque no podrías escapar de su bastón! —dijo Yuki.

A Jasmin se le hizo un nudo en la garganta.

—¡No te burles más de mí! —protestó. El esfuerzo que tenía que hacer para gritar y jadear al mismo tiempo la hizo atragantarse.

Yuki se quedó cabizbaja y le tembló la comisura izquierda de la boca, la del lado desigual y rugoso de la cara. Iluminadas por la luz de la luna que se colaba entre las nubes, las hendiduras de la cara de Yuki parecían especialmente profundas. Jasmin enseguida se

compadeció de ella. Había aprendido a captar los estados de ánimo de los demás. Si alguien subía la voz, o si se le llenaban los ojos de lágrimas, o si en una habitación se palpaba la tensión, Jasmin sabía que, si ella sonreía, abría mucho los ojos y se subía a algún regazo, la situación enseguida mejoraría.

Jasmin abrió la boca cuanto pudo y se puso bizca. Un poco de saliva le goteó por la barbilla, y se dejó caer al suelo con teatralidad.

—¡Estoy mueeeeeerta! —gimió.

Yuki se echó a reír, y sus carcajadas resonaron en la silenciosa noche como unas campanillas. Jasmin notó que su cuerpo se relajaba. Se pusieron de nuevo en marcha.

Al cabo de unos minutos, Yuki se detuvo.

—¡Ya hemos llegado! ¡No hagas ruido!

En la esquina, un letrero rezaba: BIENVENIDOS. Unos pasos más allá, había una hilera de chozas de madera todas idénticas con tejado de paja cubierto de hojas de *nipah*, cada una con una ventana y una estrecha puerta de madera. Algunas puertas estaban abiertas, pero la mayoría no. Jasmin levantó el índice derecho y contó catorce puertas. El suelo del camino que conducía a las chozas estaba embarrado y tenía marcadas muchas huellas profundas de botas, con sus líneas estriadas entrecruzadas. Flotaba en el aire un olor a cuerpos sudorosos, a sangre y a algo rancio con lo que Jasmin no estaba familiarizada. Yuki se llevó un dedo a los labios y le hizo una seña a Jasmin. Corrieron por un sendero junto a las chozas, y Jasmin intentó asomarse a las que tenían la puerta abierta. Aunque estaba oscuro, en una de ellas vio a una niña de unos doce años en el suelo, tumbada de lado. Un hombre con uniforme militar estaba de pie junto a ella, de espaldas a la puerta. Cuando las dos amigas

pasaron corriendo, el hombre cerró la puerta, pero, justo antes, la niña que estaba en el suelo miró a Jasmin con unos ojos vacíos y negros.

—Yuki, tengo miedo. —Jasmin se pegó más a ella y le llegó el ácido olor de sus axilas.

—¡Pareces una gatita miedosa! —Yuki tiró de Jasmin hasta una curva del camino—. Ven conmigo, te enseñaré mi escondite.

—Quiero volver... Jujube podría despertarse —gimoteó Jasmin.

—¡Pero si ya hemos llegado, Mini! ¡Mira, súbete ahí! —Yuki señaló una carretilla de color azul que estaba medio escondida en un rinconcito con vegetación. Se encontraban a sólo unos diez pasos de las chozas, pero como el camino describía una curva, la carretilla, que estaba tan limpia que parecía nueva, no se veía desde allí—. La rueda está suelta —dijo Yuki, señalando la parte delantera de la carretilla—. Nadie la utiliza.

—¿Y qué haces con ella? —preguntó Jasmin.

Yuki se levantó el camisón y se subió a la carretilla. Una vez arriba, le tendió la mano a Jasmin.

—¡Sube! Aquí podemos jugar tranquilas. Éste es mi castillo. Está lejos de todo, nadie nos descubrirá.

—Esto es una carretilla, Yuki. Mi padre tiene una.

—Pero aquí estamos a salvo —dijo Yuki—. Los adultos no pueden verla porque es mágica.

Cuando veía la sonrisa amplia y deslumbrante de Yuki, Jasmin tenía la sensación de estar mirando el sol. Se subió a la carretilla y se sentó frente a su amiga con las piernas cruzadas, de forma que sus rodillas se tocaban. Entonces Yuki sacó una especie de sábana del fondo de la carretilla, la desplegó, se tapó y tapó a Jasmin con

ella, de modo que sólo se filtraba una pizca de luz de luna a través de las partes más finas de la tela. Jasmin apenas veía a Yuki, tan sólo distinguía sus ojos, y cuando sus miradas se encontraron, ambas rompieron a reír.

—¡Chist! —Yuki trató de contener la risa—. ¡No quiero que nos oigan!

Jasmin no sabía por qué se reían ni por qué la invadía un arrebato de alegría; pero allí, en el castillo de Yuki, en aquella pequeña carretilla azul, agazapadas juntas bajo la cálida sábana, sintió que habían construido un mundo para ellas dos solas al que nadie más podía llegar, y que nadie podría arrebatarles.

6

Cecily

Bintang, Kuala Lumpur
1935
Diez años atrás,
Malaya ocupada por los británicos

A Cecily se le daba bien el espionaje. Tenía un don para la invisibilidad, combinado con lo que Fujiwara llamaba «instinto para lo importante». Eso, unido al ascenso de Gordon a la tercera posición del Departamento de Obras Públicas, se tradujo en que Cecily pasó de rescatar notas y cartas de la basura a recoger y transmitir información que había escuchado a hurtadillas en reuniones importantes y a robar documentos no sólo de Gordon, sino también de sus superiores.

Cecily se preguntaba a menudo si Fujiwara manipulaba sus emociones. La avergonzaba pensar que él pudiera percibir su deseo y que fuera consciente de que, cuando la llamaba por su nombre, sus poros supuraban sudor, deseo, hambre, como si todo su ser rezumara los anhelos más básicos. Sin embargo, daba la impresión de que su ansia la convertía en una espía aún más hábil, y que la

necesidad de superar el pánico que la invadía hacía que todas sus neuronas trabajaran a pleno rendimiento, afinando el cerebro para que funcionara a la perfección.

Pero su idolatría no era ciega. Ella estaba convencida de que los hombres pierden interés cuando el velo cae por fin y descubren que una mujer es completamente normal: que orina, sangra, llora y ronca como todo el mundo. En cambio, las mujeres se vuelven más afectuosas cuando sienten que un hombre está a su alcance. Las mujeres no buscan a un dios. Ellas quieren juguetes rotos que puedan moldear y en los que puedan imprimir su huella. Cecily sabía que era una estupidez y se odiaba por ello. Sin embargo, tal vez en eso consistía el idealismo de las mujeres: no en alcanzar una utopía —cualquiera que hubiera vivido lo suficiente sabía que la perfección es inalcanzable—, sino en la necesidad de transformar una cosa en algo mejor.

Fujiwara se acercó a la casa de Cecily cuando hacía poco más de un año que colaboraban. Desde la ventana de la cocina, ella observó su forma de caminar, rápida pero pausada; era un hombre que, aunque no lo pareciese, caminaba deprisa, con agilidad pero con cierta languidez. La calle estaba tranquila porque era esa hora intermedia e incómoda del final de la mañana, cuando los hombres estaban en el trabajo y las mujeres consideraban que hacía demasiado calor para salir a hacer sus recados. Cecily se aplastó un rizo especialmente rebelde que se le había escapado de detrás de la oreja. Habían pasado varias semanas desde su conversación junto al vertedero y más de un año desde que él fuera a visitarla por última vez a la

casa, y sus comunicaciones se habían reducido a breves misivas adjuntas a los documentos robados que ella escondía en el estante de las compresas de la tienda. Aun así, no le sorprendió verlo, porque al día siguiente, por la noche, iba a llevar a cabo su misión más importante hasta la fecha.

Fujiwara golpeó la reja de la cancela trasera de la casa. La reja hizo mucho ruido, y los niños, que estaban en la parte delantera, dejaron de alborotar.

—¡¿Quién es, madre?! —gritó Jujube.

—Un amigo que ha venido a verme. Vosotros seguid jugando.

El alboroto se reanudó: los niños del barrio prosiguieron con su torneo de peonzas en medio de un gran vocerío. Cecily no necesitaba mirar para imaginárselos: Abel, con sus grandes ojos grises fijos en la peonza de vivos colores con forma de platillo, y Jujube, siempre tan responsable, mirando de reojo a su hermano mientras leía el último libro que hubiera cogido de la Biblioteca Británica.

—¿Qué haces aquí? —Cecily abrió la herrumbrosa cancela, pero se quedó inmóvil, cerrándole el paso a Fujiwara.

—Tenemos que hablar de la misión que llevaremos a cabo mañana en casa del residente.

—Vernos aquí es arriesgado, no deberíamos... —empezó ella, pero desistió. Siempre desistía. Lo hizo pasar y se lavó las manos en el fregadero de la cocina. Luego le pidió a Fujiwara que se quedara al lado del armario de las especias, en un ángulo que le permitiría salir rápidamente por la cancela trasera si entraba alguno de sus hijos.

Los gritos de los niños resonaban en la casa.

—Son pura alegría —dijo Fujiwara.

Cecily asintió. En el último año se había convertido en mejor madre, y eso se lo agradecía a Fujiwara. Las ansias de un tiempo atrás —de que sus hijos desaparecieran, de desaparecer ella— parecían haberse desvanecido. También era mejor esposa: escuchaba a Gordon, se interesaba por sus cosas, se ocupaba de la casa, no ignoraba a los vecinos (ni siquiera a la señora Carvalho, la más entrometida). Era educada con tía Mui en la tienda de ultramarinos, aunque la mujer nunca tuviera lo que ella necesitaba. Enseñó a sus hijos a leer y a escribir, y Jujube la emulaba y consumía libros a tal velocidad que a ella le costaba seguirle el ritmo. Cecily incluso se sorprendía de lo mucho que se reía últimamente. Se reía de las historias incongruentes que le contaban sus hijos, y se desternillaba cuando una rata y una cucaracha aparecían persiguiéndose por la casa y Abel y su padre se subían a la mesa, aterrorizados, mientras Jujube echaba tanto al roedor como al insecto. Se reía cuando Gordon le hacía cosquillas por la noche, y hasta era capaz de acercarse a su cuerpo, pues su propia felicidad actuaba como un escudo. A Gordon eso le encantaba, por supuesto. «Ahora estás contenta», le decía enternecido.

—Cuéntame otra vez lo de la cena de mañana —dijo Fujiwara, al mismo tiempo que Cecily le preguntaba: «¿Te apetece una taza de té?»

Se miraron incómodos y Cecily reprimió un suspiro de frustración. ¿Qué había ocurrido con aquellas dos personas que antes podían pasarse toda la noche riendo y hablando relajadamente de la familia, de ideología y del futuro? Ahora estaban tensos, como si fueran dos desconocidos.

Habían nombrado a Gordon superintendente del Departamento de Obras Públicas y, como le explicó orgulloso a Cecily cuando lo ascendieron, ahora sólo estaba «tres, quizá cuatro peldaños por debajo del jefe». Era experto en bancos de arena y en mareas y, lo que era más importante, en valorar la capacidad de los buques —tanto militares como de abastecimiento— para fondear en el puerto. Gordon había pasado muchas horas estudiando muestras de suelo en el puerto de Lewisham (llamado así, con escasa originalidad, por el residente británico), construido en el río Talim, antaño pantanoso y repleto de manglares. Algunas noches, Gordon regresaba a casa con los brazos cubiertos de furiosas picaduras, pues era presa de los mosquitos mientras tomaba notas acuclillado en la bocana del puerto. A Cecily le preocupaba que pudiera contraer la malaria.

Le dio a Fujiwara una taza de té humeante.

—Ten cuidado, está muy caliente —dijo, y enseguida se arrepintió de aquel comentario maternal.

Él, como si no la hubiese oído, cogió la taza rodeándola con los dedos.

Ella se apresuró a darle un breve informe:

—La cena será en casa del residente. Gordon dice que asistirá el general residente, un tal sir Woodford.

El semblante de Fujiwara denotaba tensión y concentración. Ella sabía que esa información era relevante, pero ahora, mientras observaba su rostro, sentía que él era lo único que le importaba. Se deleitó en el momento, sintiendo que Fujiwara clavaba sus ojos en ella sin pestañear.

—Lewisham quiere que Gordon presente sus conclusiones sobre el puerto, para valorar si será un lugar apto en el que acoger aviones

aliados que necesiten mantenimiento. Para la RAF.

Cuando le había contado a Cecily lo de esa cena, Gordon casi vibraba de nerviosismo al pronunciar el nombre del general residente. «Sir Algernon Woodford. Algernon... Woodford... Woodford», repetía una y otra vez, haciendo rodar el nombre por su lengua.

—Eso es importante. Muy importante —dijo Fujiwara, soplando en la taza de té.

Cecily asintió, pero miró a su alrededor con nerviosismo. Aquella información era más importante que ninguna hoja de libreta que hasta ese momento hubiese rescatado de la papelera de Gordon. Que las fuerzas aéreas británicas planearan llevar aviones aliados al puerto significaba que éste se convertiría, para ellos, en un punto vulnerable. La cena y la reunión que los hombres celebrarían a continuación estarían llenas de datos, diagramas, mapas y coordenadas, un verdadero tesoro de información. De todas formas, el atrevimiento de Fujiwara al presentarse en su casa en plena mañana no estaba justificado. Cecily sintió que el miedo le retorcía el estómago, pero no despegó los labios.

—Esto podría ser un punto de inflexión para Japón —dijo él.

Se oyó un rugido en la parte delantera de la casa. Uno de los dos equipos del torneo de peonzas debía de haberse proclamado vencedor. Cecily vio que Fujiwara esbozaba una sonrisa.

—Lo siento, es que están emocionados.

—No, Cecily. Soy yo quien debe disculparse por haber venido. Pero me pareció... Quería... Era importante que lo habláramos en persona. —Apareció una línea entre sus cejas, un levísimo ceño. Distraídamente, cogió una cabeza de ajos del cesto de mimbre que

había en la encimera y se la pasó de una mano a otra como si fuese una pelota.

Para su propia sorpresa, Cecily se echó a reír.

—No hagas eso —dijo—. Luego no vas a poderte quitar el olor de los dedos.

Él lanzó la cabeza de ajo al cesto y no acertó. A ella la invadió una oleada de ternura.

—¿Huelo mal? —Fujiwara se acercó la mano a la nariz.

—Apestas —dijo ella, y los dos se rieron.

Cecily permaneció quieta, consciente de cada centímetro de su cuerpo. Cruzó los brazos, los descruzó y se quedó cohibida. Pero no dijo nada: si algo había aprendido, pese a sus escasas conversaciones, era que con Fujiwara tenía que demorarse en los momentos de silencio. A menudo, la información sólo estaba a un latido de silencio de distancia. Así que esperó, con el aire cargado de olor a ajo y sol matutino. Los niños, que estaban fuera, también se callaron, como si todos contuvieran la respiración.

—Te agradezco mucho todo lo que haces —aseguró Fujiwara.

Cecily tragó saliva, nerviosa.

—Nos vemos en la cena —añadió él.

—Estoy preocupada. Quizá debería ir yo sola y escuchar a hurtadillas lo que pueda. No conviene que nos vean juntos —dijo Cecily.

—Hay mucho en juego. Si estamos los dos, conseguiremos mucho más. Además, no quiero que tengas que hacer esto sola. Eres... Esto es... demasiado importante.

«Eres...» El corazón de Cecily se inundó de sangre. Eso era suficiente de momento.

Tenía que serlo.

Cuando Gordon y ella llegaron a la casa del residente, donde se celebraba la cena, el ambiente estaba en plena ebullición. Había mucha gente y la atmósfera era sofocante pese a que las ventanas estaban abiertas. Más de una vez, Cecily tuvo que espantar a un mosquito que zumbaba demasiado cerca de su oreja. El nerviosismo de Gordon se manifestaba en una necesidad incontrolable de vaciar la vejiga, así que Cecily se quedó sola muchas veces mientras él se alejaba a toda prisa por haber aguantado demasiado, dando pasitos cortos para evitar las pérdidas. Las otras esposas presentes en la cena se parecían a ella: vestidos de flores, risas alegres, la capa de invisibilidad de la feminidad.

Dentro de la cohorte de mujeres había una división: las occidentales permanecían a cierta distancia, de espaldas a ella, formando un círculo de brazos pálidos. Cecily estaba entre otras mujeres asiáticas cuyos maridos trabajaban como subordinados coloniales de los hombres blancos, entre ellas la señora Lingam, cuyo marido trabajaba en Guthrie, una empresa comercial británica que se dedicaba a la exportación de caucho y aceite de palma; y la señora Low, cuyo marido había ascendido de minero del estaño a jefe comercial de Jardines, una empresa que comerciaba con algodón, té, seda y opio. La más ruidosa de su círculo era la señora Yap, cuyo marido, Yap Loy San, era el *kapitan cina* de la ciudad, un gánster que poseía un tercio de las tierras de Bintang y controlaba gran parte del negocio de la minería de estaño organizando la mano de obra china para las minas. Existía una tregua precaria entre Yap

Loy San y el residente británico: Yap tenía que pagar tributos a los británicos para mantener sus negocios, pero, a cambio, los británicos reconocían el liderazgo de Yap y su reivindicación como *kapitan* de los clanes chinos, lo que lo legitimaba y le permitía aplastar las sublevaciones de los líderes de otros clanes. El liderazgo del *kapitan* Yap mantenía una paz inestable entre los clanes, lo que a su vez alimentaba las arcas británicas.

Cecily encontraba insufrible a la señora Yap. Para el oído de Cecily, su voz se situaba una octava y varios decibelios por encima de lo que debería, y todo lo que decía reverberaba en las paredes y contra los tímpanos, haciéndolos zumbar en señal de protesta. Apenas tendría un par de años más que Cecily, pero siempre le había parecido la típica pesada que no se cansaba de chismorrear.

La señora Yap estaba en su elemento aquella noche, con el pelo recogido en un voluminoso moño, oliendo a sudor y a perfume caro del mercado negro, un aroma penetrante, abrumador. En el grupo de mujeres, la señora Yap dejó de cuchichear con la señora Lingam y se inclinó hacia Cecily.

—Dígame, Cecily, ¿sabe quién es ese hombre de ahí? —Le hincó el dedo tan fuerte en el costado que ella lo sintió en la garganta.

—¿Quién? —dijo Cecily haciéndose la inocente.

—Ese hombre de ahí. —La señora Yap señaló a Fujiwara—. ¿Por qué no lo había visto antes? —susurró al oído de Cecily mientras seguía señalando, sin ninguna sutileza, a Fujiwara.

El aire enclaustrado de la sala estaba muy quieto; Cecily notó que un hilo de sudor le hacía cosquillas en la parte baja de la espalda. A su alrededor, la gente se saludaba entre un revuelo de faldas y uniformes de oficiales británicos. Cecily alzó la vista para mirar

directamente a Fujiwara, que se sacudió algo de los pantalones de lino y le devolvió la mirada, como si intuyera su aprensión.

—¡Oh, ahora viene hacia aquí! —susurró la señora Yap en voz tan alta que incluso las inglesas se volvieron para mirar; todos los ojos femeninos se posaron en el comerciante conocido como Bingley Chan. Su traje de lino crepitaba ligeramente al caminar.

—Señoras —dijo—. Tengo entendido que hay cierto interés por saber cómo es la moda de Europa en estos momentos. Da la casualidad de que acabo de regresar de una breve visita a París y Londres.

A Cecily se le revolvió el estómago al oírle adoptar un marcado acento británico.

En pocos minutos, Fujiwara, en el papel de Bingley Chan, tenía a todas las mujeres, británicas y autóctonas, arremolinadas a su alrededor, tragándose todas sus mentiras sobre la longitud de los guantes y la altura de los sombreros que llevaban las europeas en el continente que él odiaba. Cecily contuvo las ganas de poner los ojos en blanco. ¿Dónde estaba el hombre imperturbable e indiferente con un suave acento japonés que ella conocía? Ahora, como el elegante comerciante Bingley Chan, sonreía ladeando la boca, contaba historias, llenaba los silencios con ocurrencias en un inglés cortante, flirteaba con las mujeres tocándoles el codo y mirándolas a los ojos. No tenía por qué preocuparse por él.

Durante la cena, Cecily estuvo sumida en una bruma de irritación. Lady Lewisham, enamorada de su nuevo asesor de alta costura, montó un numerito con las tarjetas de las mesas y consiguió cambiarlas de sitio para que Fujiwara se sentara junto a ella, cerca de la cabecera. Cecily y Gordon se sentaron a otra mesa, con los

demás ingenieros locales y sus esposas. Normalmente a ella no le habría importado. No era nada nuevo que los británicos trataran a los lugareños como costras con las que tenían que convivir hasta que pudieran arrancárselas y sacárselas de encima. Pero esa noche, una envidia silenciosa burbujeaba por la piel de Cecily, provocándole una comezón bajo la manga del vestido. Gordon estaba tan nervioso por la presentación de después de la cena que apenas podía comer. En condiciones normales, ella habría fingido preocupación, se habría quejado, le habría echado comida en el plato, le habría preparado cucharaditas de arroz y se las habría metido en la boca como hacía con sus hijos. Pero esa noche no pudo. Tenía que hacer un gran esfuerzo para ocultar su indignación cada vez que veía las manos de una mujer acariciar a Fujiwara. La tranquilidad que él mostraba con los occidentales la desconcertaba, ya que suponía un contraste radical con la vehemencia con que, en su casa, a la luz de la luna, le había confesado sus frustraciones.

Lógicamente, Cecily sabía que ambos estaban haciendo su trabajo —él, interpretando al encantador huésped extranjero; ella, a la obediente ama de casa—, pero el repentino desmantelamiento de su ambigua relación, de la precaria relación de igualdad que habían construido, la hacía sentir como si todo su cuerpo se cuajara en algo amargo, podrido.

A su izquierda, la señora Yap giró la cabeza para observar lo que ocurría en la mesa de británicos que tenía detrás.

—Bingley es un nombre muy curioso, ¿no cree, Cecily? No sabía que en Hong Kong leían a Jane Austen —dijo, y soltó una risita. A Cecily le sorprendió su comentario, porque nunca habría pensado que la mujer del *kapitan* leyese otra cosa que no fuesen los

catálogos de moda europeos que llegaban a Bintang con seis meses de retraso.

—Sí, un nombre curioso —repitió Cecily. Era una de las enseñanzas de Fujiwara: para mantener una conversación fluida sin ofender a nadie, bastaba con repetir lo que había dicho tu interlocutor. En aquel momento a Cecily le había parecido una idea descabellada, pero ahora se daba cuenta de que tenía sentido, pues la gente era vanidosa y aburrida.

—A veces estas cenas resultan agotadoras —dijo la señora Yap, y un pequeño suspiro escapó de sus labios pintados con carmín. Su aliento le hizo cosquillas en la oreja a Cecily; olía a chalotas y a leche, un olor no del todo desagradable.

—Sí, muy agotadoras —coincidió Cecily. La grave risa de Fujiwara resonó por la sala.

Después de los licores, en medio de un estrépito de sillas arrastradas y camareras que retiraban los platos, las dos mesas se dividieron en tres grupos: Grupo Uno, los hombres que se iban a reunir para comentar las conclusiones de Gordon y la idoneidad del puerto para la reparación de los aviones de la RAF; Grupo Dos, los hombres sin cargos administrativos que se iban a fumar puros y a hablar de lo que fuera que los hombres hablasen en los sillones de las salas de fumadores, y Grupo Tres, las mujeres, tanto occidentales como autóctonas, que se verían obligadas a socializar juntas en el salón, manteniendo conversaciones triviales sobre la longitud de las horquillas para el pelo y la importancia de las especias en la gastronomía.

Gordon infló el pecho y fue muy decidido a unirse al Grupo Uno, deteniéndose un momento en los lavabos para volver a aliviar su

nerviosa vejiga antes de dirigirse a la gran sala de reuniones del final del pasillo, que estaba decorada con papel pintado azul. Todos los integrantes del Grupo Uno salieron con cierto apremio, mientras que los Grupos Dos y Tres siguieron mezclados unos minutos. Fujiwara se hizo a un lado con el resto de los hombres que pertenecían al Grupo Dos; el embriagador olor a humo de puro y a sillones de piel ya había empezado a filtrarse en el comedor.

Cecily se dio cuenta de que Fujiwara quería atraer su mirada. Lo vio dar unos golpecitos en la madera del suelo con su lustroso zapato, un tic que tenía cuando estaba impaciente e intentaba disimularlo. La fase siguiente de la misión dependía de ella, pero Cecily no había conseguido librarse de su irritación. Desvió la mirada y la clavó en el blanco inmaculado de la pared, tratando de centrar su acelerado pensamiento en los ventiladores de sobremesa y adaptar el ritmo de su respiración al zumbido de sus aspas. Las mujeres del Grupo Tres echaron a andar sin prisa hacia el salón, cogidas del brazo y envueltas en un susurro de faldas (aparentemente unidas, pero divididas por el color de la piel). Cecily notaba la mirada de Fujiwara clavada en su espalda. Pronto la multitud se habría dispersado por completo.

Cecily tragó saliva y enroscó el meñique de la mano izquierda alrededor del dedo anular, apretando un dedo contra otro hasta que le dolieron. Ése era su tic: el dolor físico amortiguaba el otro, menos tangible. Levantó la cara para mirar a Fujiwara a los ojos y le hizo una pequeña señal con la cabeza. A él se le dilataron las aletas de la nariz; fue una exhalación controlada, pero a ella la emocionó comprobar que el alivio inundaba rápidamente su rostro y que su mandíbula se aflojaba. ¿En eso consistía el poder, en controlar así el

destino de un hombre? No tenía tiempo para pensarlo: ahora le tocaba a ella ser el centro del espectáculo. Inspiró hondo, cogió un extremo del mantel, gimió tan fuerte como pudo y se dejó caer al suelo fingiendo un desmayo.

Hubo unos momentos de confusión. Inmóvil y con los ojos cerrados, Cecily sólo contaba con el oído y el olfato para adivinar lo que estaba sucediendo a su alrededor. Oía gritar a las mujeres, y a la señora Yap más fuerte que nadie: «¡Ayuda, se ha desmayado! ¡Tráiganle agua y sales!»

Tal como Fujiwara y Cecily esperaban que sucediera, los hombres del Grupo Dos regresaron al comedor y todos centraron su atención en ella. Al principio, mientras planeaban su estrategia, Cecily no se había mostrado muy convencida. Ella opinaba que su mayor ventaja era su invisibilidad, y que a nadie le importaría que se desmayara. Él había sonreído, lo que no era nada habitual, y había dicho: «No eres invisible. Estar infravalorada y ser invisible son dos cosas diferentes.»

Con los ojos firmemente cerrados, Cecily se lo imaginó caminando con sigilo por el pasillo mientras los demás volcaban toda su atención en ella. La misión de Cecily era sencilla: quedarse quieta. Pero no había contado con que tanta gente intentaría ayudarla, y encima con torpeza: unos trataban de levantarla cogiéndola por las piernas y por los brazos, y ella temía que le hicieran cardenales o, peor aún, que le hicieran cosquillas. Otros le rociaban la cara con agua y con sales de intenso aroma floral. Todos gritaban tanto que era difícil aislar las voces e identificarlas. Cecily reprimió el impulso de limpiarse la saliva que le salpicaba la cara.

Se imaginó a Fujiwara, agachado fuera de la sala de las paredes azules, intentando oír lo que decían los participantes en la reunión de Gordon. Se lo imaginó levantándose con cierto esfuerzo porque no estaba acostumbrado a agacharse; ese hándicap le inspiró ternura. Sabía que él estaba a punto de irrumpir en la sala de reuniones, haciendo grandes aspavientos, para decirle a Gordon que su mujer se había desmayado y se había llevado con ella toda la mesa al suelo. Gordon se pondría colorado, y luego morado: su mujer habría interrumpido de la forma más grosera su momento de gloria. Sir Woodford, sir Lewisham, el señor Ommaney y los demás, muy educados, saldrían de la sala de reuniones y fingirían preocupación por el desmayo de una mujer de piel oscura. Fujiwara se quedaría rezagado, utilizaría el minúsculo detector de imágenes alemán cuyo nombre ella no recordaba y crearía duplicados de mapas, esquemas, notas y toda la información que, con las prisas por salir, los hombres habrían dejado sobre la mesa.

Una mujer arrojó sobre la cara de Cecily lo que parecía un puñado de hojas de hierba de aroma intenso. El aliento a leche y chalotas de la señora Yap flotaba sobre Cecily; le picaba la nariz, y el corazón le palpitaba desagradablemente en el pecho. Se mordió la lengua para tranquilizarse: una vez más, el dolor físico apaciguaba el ruido de su interior. Se alarmó al notar que unas manos callosas la agarraban por los tobillos; seguramente intentarían arrastrarla hasta un sofá o una butaca. Una astilla del suelo se le clavó en la delicada piel de una mejilla. Aunque no podía ver, adivinaba las caras de desaprobación de las occidentales, y se imaginó a lady Lewisham con los labios fuertemente fruncidos, comentando en voz baja el carácter histérico de las lugareñas, frustrada por lo humillante que

era que todo aquello hubiese sucedido en su fiesta. También se imaginó a los hombres tratando de ver debajo de su falda. Intentó recordar en qué postura había quedado tendida en el suelo.

—¡Cecily!

Oyó la voz de Gordon, y a continuación olió su aliento y su olor corporal, mientras las otras voces se reducían a un murmullo. Dedujo que la gente se había apartado para que su marido pudiese acercarse a ella. Había llegado el momento de actuar.

—¡Se está despertando!

—¡Madre mía, llevaba mucho rato inconsciente!

—Gordon... No sé qué me ha pasado. Me he mareado mucho. Siento haber estropeado la velada —dijo Cecily entrecortadamente.

Parpadeó deprisa para enfocar la vista. A su alrededor, zapatos, faldas y bajos de pantalones se retiraron para dejar espacio a la pareja. Cuando Cecily alzó los ojos, vio a varios invitados que miraban hacia otro lado educadamente, aunque la mayoría seguía observándola con curiosidad.

Cecily supuso que Gordon se pondría furioso; al fin y al cabo, ella le había robado el protagonismo, la oportunidad de brillar unos minutos ante los hombres blancos a quienes tanto admiraba. Pero Gordon, como había ocurrido otras veces, la sorprendió.

—Estaba tan preocupado, amor mío... No me des estos sustos. —Y tras una pausa, añadió—: ¡A lo mejor estás embarazada!

Mientras su marido le sostenía la cabeza, Cecily vio que Fujiwara se arrodillaba cerca de Gordon, pero a una distancia respetuosa. El olor a menta de su fijador para el pelo mareó tanto a Cecily que pensó que iba a desmayarse de verdad. Los dos hombres la ayudaron a levantarse, y una vez en pie se dio cuenta de que tenía

la espalda dolorida. Miró a su alrededor. Unos pocos agacharon la cabeza, avergonzados; los demás, más insolentes, se limitaron a observar con indiscreción. Fujiwara juntó las manos delante del pecho y le hizo una seña con la cabeza. Tenía la información.

Lo habían conseguido.

7

Abel

Campo de trabajos forzados de Kanchanaburi,
frontera de Birmania y Tailandia
17 de agosto de 1945
Malaya ocupada por los japoneses

Abel sólo tenía recuerdos borrosos de su llegada al campo.

Recordaba haber estado tumbado en la trasera de un camión. Recordaba haber circulado muchos días seguidos por una carretera llena de baches, y el olor a podrido, a sudor, a sangre. Recordaba que le habían dado una pala y le habían ordenado cavar, y seguir cavando, hasta la puesta del sol, día tras día. Recordaba aquel mismo sol haciéndole dolorosas quemaduras en la espalda, y la lluvia que al principio recibía como un fresco alivio, pero que rápidamente se volvió peligrosa cuando el barro se convirtió en una trampa en las laderas de la montaña, provocando corrimientos de tierra que arrastraban a los chicos. Recordaba sus gritos. Recordaba regresar tambaleándose a los barracones por la noche, con la espalda hecha un nudo de dolor, con llagas supurantes en los brazos y las piernas. Recordaba derrumbarse en el suelo de cemento de la

abarrotada habitación con los otros prisioneros y darse cuenta de que, por mucho que se acurrucara, su cuerpo de un metro ochenta de estatura no iba a caber en el espacio de poco más de un metro de ancho donde le había tocado dormir. Recordaba olvidar qué día era y las largas noches con la mirada clavada en los oscuros techos de hojas de palmera, cuando la lluvia aporreaba el tejado, rodeado del hedor a meados y de heridas infectadas; recordaba sentirse tan cansado, tan derrotado, que no podía ni dormir ni llorar.

—Psst.

Abel se sobresaltó. Abrió los ojos de golpe y notó el barro apelmazado alrededor de sus tobillos. Amanecer. Llevaba casi todo un día en el gallinero. Miró a su alrededor en busca del origen del susurro y volvió a encontrarse con el ojo de la gallina marrón, que lo miraba fijamente. Sin duda se había desmayado otra vez. El jefe Akiro no estaba, y Abel vio que, afortunadamente, tenía los pantalones subidos.

—Abe. Abel.

Abel se volvió con gran esfuerzo y se encontró ante los inconfundibles ojos azules de Freddie, que estaba en cuclillas al otro lado de la alambrada.

—Toma, agua —dijo Freddie. Metió una taza metálica a través de la alambrada, derramando sin querer un poco de agua sobre el gallo moribundo, que no se inmutó—. Jo, ese pobre animal está muerto.

Abel se arrastró hacia él por el barro.

—Gracias —dijo con voz ronca. Dio un sorbo y removió el agua con la lengua para que le llenara los huecos resecos de la boca.

—Te han dado una buena paliza —dijo Freddie, abriendo mucho los ojos y examinando a Abel de arriba abajo.

—Tampoco hay para tanto —señaló Abel. Notaba unas fuertes punzadas en el abdomen, cubierto de moratones.

—Resulta que Vellu sabe tocar el acordeón —dijo Freddie refiriéndose a uno de sus compañeros.

—¿Anoche me perdí un recital?

Freddie negó con la cabeza y, con gesto de preocupación, dijo:

—Últimamente te pierdes muchas cosas. Por eso bebes.

Al oírselo mencionar, Abel volvió a sentir el anhelo: el revoltijo amargo en el estómago; el primer ardor, dulce, cuando el líquido le bañaba la garganta; el adormecimiento de las extremidades y el alivio del dolor de las heridas y el corazón.

—¿Me lo has traído, Freddie? —suplicó Abel—. Te di aquella botella para que me la guardaras. Me vendría bien un trago. —Se señaló el magullado cuerpo.

—No deberías, Abe. Es puro veneno. Te caes. Dices estupideces.

Qué poco sabía Freddie, pensó Abel, notando la mancha de sangre en la parte de atrás de sus pantalones.

—Bueno, Akiro no es mi amo.

—Toma. —A regañadientes, Freddie le entregó una botella envuelta con un trapo sucio.

Abel miró a su alrededor para asegurarse de que no se acercaba nadie; entonces retiró el trapo de la botella, en cuyo interior se arremolinaba el turbio licor que tanto deseaba. Cuando le llegó el empalagoso olor de la bebida, sintió el habitual impulso y dio un gran trago, y luego otro. El *toddy* se deslizó por su reseca garganta hasta llegar, ardiente, a su estómago vacío. Abel sintió que le invadía aquella calma que tan bien conocía.

El *toddy* era una afortunada incorporación al campo desde hacía unos meses. Circulaba el rumor de que uno de los guardias tenía contactos en el mercado negro, y por eso todos los meses, cuando llegaban los camiones de las provisiones cargados de arroz y otros alimentos, incluían unas cajas de *toddy*. De vez en cuando, los chicos que descargaban los camiones conseguían robar unas cuantas botellas sin que los vieran; el control de los suministros no era la especialidad de los soldados.

Antes de llegar al campo, Abel conocía el *toddy* por otros nombres muy diversos. En los periódicos británicos lo llamaban «el opio de los trabajadores», una contradicción, pues a menudo lo usaban los propietarios británicos de las fincas de caucho para controlar a los inmigrantes indios que trabajaban en ellas. Su padre lo llamaba desdeñosamente «la bebida de los obreros», porque era el licor más barato de todos. A veces, sus amigos mayores birlaban una botella para que los niños la compartieran cuando era el cumpleaños de alguien. Pero aquello era cosa del pasado, de cuando Abel todavía tomaba un sorbito de la dulce bebida blanca y opaca, satisfecho con la fugaz embriaguez que le producía. El *toddy* de los campos era más potente, un vino de palma fermentado durante más tiempo, mezclado con otros licores no identificados que lo teñían de un turbio color beige. Además, ahora Abel bebía a grandes tragos.

En el campo, muchos prisioneros bebían *toddy*, pero a diferencia de él, sólo tomaban algún pequeño sorbo cada vez; arrugaban la cara por lo mal que sabía y se lo tragaban mientras se pinzaban la nariz para aliviar el ardor. Ellos bebían para pasar el rato, para que las heridas les dolieran un poco menos. Y al principio Abel también bebía así. Un sorbito aquí, un trago allá, una forma de poder pasar

el tiempo. Pero entonces empezaron las ansias, el anhelo de tener algo que beber por la noche, antes de acostarse, para olvidar los horrores vividos durante el día y quedarse dormido. La necesidad iba de un dolor sordo a unos fuertes calambres, de sorber los restos cuando se despertaba sudando y ansioso, a deambular por el campo en busca de botellas abandonadas que se guardaba y ocultaba a los demás, o que, cuando no podía esconderlas, se bebía tan deprisa como podía. Eso adormecía sus sentidos, desde luego, pero sobre todo lo ayudaba a apaciguar el deseo incesante de levantarse y gritar, de desafiar, de hacerse oír. No siempre funcionaba, y por eso había acabado en el gallinero; pero la mayoría de los días el *toddy* lo ayudaba a preocuparse menos y a obedecer, y eso lo ayudaba a sobrevivir, y tal vez ésa fuera la razón más importante.

—Tienes que irte, Freddie. Podría venir Akiro. —Su amigo no tenía por qué saber que Akiro ya había pasado por allí.

Freddie cogió la taza de agua y miró la botella de *toddy* que sujetaba Abel. A través de la alambrada, Abel le entregó de mala gana la botella casi vacía. Freddie negó con la cabeza y se levantó.

—No te acerques al gallo muerto, hermano.

—Todavía no está muerto, ¿no?

Abel miró el gallo. Estaba muerto.

Freddie había llegado al campo de trabajo dos meses después que Abel. Igual que a él, lo habían arrojado de la trasera de un camión con unos cuantos prisioneros más, sucios y ensangrentados, y con los ojos desorbitados. Abel se había fijado en Freddie por el color de sus ojos: de un azul intenso, poco corrientes incluso entre los

euroasiáticos. En el campo, sin embargo, los llamativos ojos azules y la piel blanca y rosada de Freddie, aún más clara que la de Abel, eran la fuente de todos sus problemas.

«¡Niño blanco dos!», gritaban los vigilantes; entonces golpeaban a Freddie en la cara con la culata del rifle, dejándole grandes cardenales que destacaban en su piel clara . «Entérate de lo que les hacemos a los de tu clase.»

Al principio Abel se alegró. Era un alivio no ser el único objeto de la ira de los japoneses. Eso significaba que, si estaba muy cansado, podía parar un momento, de vez en cuando, sin que le dieran una paliza. Significaba que podía dar un trago de *toddy* y concentrarse en el sabor fuerte y ardiente que le dejaba en la garganta. Significaba que, de vez en cuando, podía llamar la atención de Rama, de Vellu, de Azlan o de Ah Lam y, mediante mímica, simular que le pegaba un puñetazo a alguien en los testículos, o fingir que se estaba masturbando, y controlar la risa o poner los ojos en blanco sin que lo tiraran al suelo y lo patearan hasta dejarlo medio muerto.

Pero aunque los días mejoraron ligeramente, las noches siguieron siendo una tortura. Asaltado por el olor a sudor y los ronquidos, Abel no lograba conciliar el sueño. A menudo se ponía a recordar cómo era su vida antes de su decimoquinto cumpleaños. Se preguntaba qué habría hecho si hubiera sabido que aquélla sería la última vez que vería a su familia, la última vez que experimentaría cierta felicidad. ¿Le habría contado a alguien lo del hermano Luke, habría tomado otro camino para volver a casa, habría sido un poco más precavido? ¿Se habría burlado de Jujube por lo estricta que era? ¿Habría gritado de rabia cuando a Jasmin se le había caído la canica de rayas de tigre en la alcantarilla? ¿Habría desconectado por

completo cuando su padre se ponía a contar historias nostálgicas y egocéntricas sobre «los viejos tiempos» en la administración británica? ¿Se habría quejado menos cuando su madre mezclaba la repugnante tapioca con el arroz?

Cuando pensó en el arroz, se le hizo la boca agua. Ahora siempre estaba hambriento; se diría que en su estómago vivía un animal que no paraba de roer. Además, los cuencos de gachas que les daban en el campo, granos de cereal con agua grisácea y polvorienta, a veces contenían algunos objetos afilados, como astillas, y en una ocasión, incluso el extremo de un clavo que le hizo un corte en la boca antes de que pudiera escupirlo. Aún podía recordar el sabor a hierro y a tierra en el paladar, mezclándose con el de la sangre.

Una noche, cerca de una semana después de llegar Freddie, Abel estaba tumbado contemplando el techo cuando oyó un susurro que no coincidía con el ruido de los ronquidos, las patadas y los ocasionales gimoteos que estaba acostumbrado a oír en el barracón. En un rincón, al otro lado de Rama, donde la luz de la luna se colaba por las rendijas del techo, había un chico sentado con la cabeza inclinada, absorto en algo. Abel se incorporó y encogió sus largas y flacas piernas para no darle una patada a su vecino. Entornó los ojos y vio que era Freddie, aunque no alcanzaba a distinguirlo bien, porque Rama, que era muy corpulento, estaba entre los dos. La luz de la luna le iluminaba parcialmente la cara; sujetaba un palito con la mano izquierda y miraba algo que había en el suelo fijamente y, de vez en cuando, bajaba el palo. Freddie no se dio cuenta de que Abel lo estaba observando, o, si se dio cuenta, no le dio importancia. La sombra que proyectaba el cuerpo de Freddie impedía ver qué había en el suelo.

Abel volvió a tumbarse. Se sintió culpable por haberlo espiado.

Después de aquella noche, algunas noches Abel oía movimiento y, cuando miraba, veía a Freddie incorporado y con la vista clavada en el suelo. A veces le parecía que entornaba los ojos; no era fácil distinguirlo. Una noche especialmente luminosa, Abel alcanzó a ver que Freddie tenía un cardenal enorme en la mejilla: azul, negro, amarillo, un caleidoscopio de dolor en la piel.

Freddie era bajito para su edad y lo pasaba mal cuando salían a trabajar. Abel recordaba cómo se había sorprendido al enterarse de que Freddie sólo era un año más joven que él: tenía catorce años; él habría asegurado que no tenía más de once o doce. Se había fijado en que a Freddie solían asignarle tareas que requerían menos fuerza bruta y más motricidad fina, como soldar y montar piezas de metal, pero incluso eso le costaba.

Tras espiarlo tres noches seguidas, a Abel lo venció la curiosidad.

—Eh, Rama, ¿quieres cambiar de sitio? —dijo Abel—. Hay un agujero en el techo justo encima de mí. Se está más fresco. Pasa más aire.

Abel supuso que Rama indagaría en sus intenciones, y no sabía qué le iba a contestar; pero Rama se encogió de hombros y no mostró mucho interés. Rodó hasta el sitio donde solía dormir Abel, cerró los ojos e inmediatamente se puso a roncar.

Una vez en el sitio de Rama, Abel adoptó su postura de siempre, tumbado boca arriba mirando al techo, y se puso a estudiar el contorno de las hojas de *nipah*, atadas entre sí para formar el tejado. Freddie estaba tumbado a su lado, orientado en otra

dirección. Con el rabillo del ojo, Abel vio que tenía la camisa desgarrada; a través del agujero se entreveía el relieve de su espina dorsal, muy marcada bajo la fina piel. Cerró los ojos, apretó los párpados e intentó dormirse para huir de su absurda curiosidad.

Poco después de tumbarse, volvió a oír el movimiento de las noches anteriores y abrió un ojo. Freddie se había incorporado. Ahora que estaba a su lado, Abel vio que tenía un trocito de papel higiénico en el suelo, un pequeño rectángulo no mayor que la palma de su mano. Los chicos recibían unos centímetros de ese papel rugoso y marrón claro todos los días para limpiarse después de hacer sus necesidades. Por lo visto, los vigilantes del campo habían adoptado esa medida después de que algunos internos murieran de cólera. Con la otra mano, Freddie sujetaba lo que parecía un pincel mal hecho. La luz de la luna no era suficiente para identificar de qué se trataba, pero Abel vio que en el rectángulo de papel higiénico había escritas unas cifras.

—Te has cambiado de sitio. —Freddie miró a Abel con sus azules ojos, penetrantes e imperturbables.

Abel se sorprendió. En el rostro del chico no se apreciaba ni pizca de temor, y había hablado con voz serena, casi sin interés. Al estar Freddie sentado, se encontraban tan cerca el uno del otro que la cara de Abel estaba a sólo unos centímetros de las rodillas de Freddie.

Abel se incorporó también, hasta que sus ojos quedaron a la misma altura que los de su compañero.

—¿Qué haces?

—Dibujar.

—¿Para qué?

—Para no olvidarme de nada. —Freddie cogió su pincel.

Abel no lo entendía. Él estaba deseando olvidarse de todo lo relacionado con el campo. ¿Qué era lo que intentaba recordar aquel chico?

—¿De dónde has sacado eso? —Abel señaló el pincel—. ¿Me dejas verlo?

—Lo he hecho yo. —Algo resplandeció en la mirada del chico. ¿Rabia? Abel no estaba seguro—. No lo rompas. —Freddie le pasó el pincel.

El mango no era más que una ramita, pero las cerdas estaban hechas de unas fibras de color marrón claro atadas con un trozo de cuerda. Abel pasó la yema de un dedo por la punta.

—¿Es... pelo?

El chico se señaló la coronilla, y Abel vio que tenía algunas calvas rosadas y con costras.

—¿Qué...?

—No me importa.

En el trozo de suelo que Freddie tenía delante había varios rectángulos de papel higiénico. Al ver la pregunta en los ojos de Abel, Freddie sonrió y dijo:

—Cuando tengo que ir me limpio con hojas.

—¿Y con qué pintas?

Entonces Abel vio los cortes que el chico tenía en los brazos. Algunos eran recientes, mientras que otros ya habían cicatrizado y formaban líneas marrones irregulares sobre su piel clara. Con sangre; pintaba con sangre. Abel se estremeció. Una cosa era lesionarse cuando estaban trabajando —ese mismo día, uno de los chicos había perdido un pie al caerle encima una gran pieza de metal

—, pero las heridas de aquel chico, los cortes que Abel suponía que se había hecho él mismo en los brazos para obtener algo con que pintar, resultaban aún más horrendas. Se acordó del día posterior al del incidente de los «huevos de toro», cuando su padre había llegado a casa alborozado, con una cabrita trotando tras él atada con una cuerda.

«La he conseguido en el mercado negro. ¡Esta noche nos la comeremos!» Abel todavía recordaba el rostro de su padre resplandeciente de orgullo cuando miró a su madre, tratando de compensarla por la debacle de la noche anterior con los testículos de toro. «¡Abel! ¡Jujube!», gritaba su padre. «Vamos a tener que desangrarla.»

Abel recordaba haber visto, horrorizado, cómo su padre degollaba la cabra y le hacía unos cortes largos y limpios en el tórax. Recordaba meter la mano en el líquido caliente y pegajoso que manaba del animal y discurría por el patio enfangado de su casa, llenándolo todo de un olor a podredumbre y a hierro.

Abel desvió la mirada de los brazos de Freddie.

—¿Te duele?

—No mucho. —Al percibir la turbación de Abel, añadió—: Mira, sólo es para darle un poco de color. Uso sobre todo savia de árbol y mezclo las dos cosas. —Freddie se señaló los ensangrentados brazos —. Los cortes no son profundos.

—Pero ¿por qué? —Hacerse cortes para dedicarse a una afición como aquélla parecía masoquista.

—Lo hago para cuando salgamos de aquí. Para poder mostrárselo a la gente. Para explicárselo. —Freddie sacó la mandíbula con gesto de obstinación, y el moratón de su mejilla destacó en la penumbra.

Abel examinó los rectángulos de papel higiénico que el chico tenía delante, en el suelo, donde había dibujadas caras de color marrón herrumbroso. Pese al carácter rudimentario de las herramientas que Freddie empleaba, a la luz de la luna Abel reconoció las caras. Los retratos eran asombrosamente detallados: las cejas arqueadas, los ojos sin líneas en los párpados, las narices perfiladas y sombreadas. El jefe Akiro con sus ojos rasgados y afilados. El general Fujiwara con su barbilla redondeada. Otros vigilantes y oficiales japoneses a los que Abel había visto deambulando por el campo: ojos, narices, orejas, labios expertamente dibujados en los finos trozos de papel higiénico. Uno de los trozos voló al entrar una leve brisa en el barracón, y Abel estiró el brazo para cogerlo. Cuando levantó la mano, vio una cara que hizo brotar la ira en su pecho.

—¿Tú también lo conoces? ¿Fue él quien te trajo aquí? —preguntó Abel en voz baja y temblorosa, observando el retrato del hermano Luke.

—Si vuelvo a verlo, lo mataré —dijo Freddie con voz serena, inquebrantable.

A Abel lo sorprendió aquella nueva amistad que rayaba en lo ilícito. Durante el día, mientras transportaban pesadas cajas de suministros o tendían las vías del ferrocarril, se limitaban a saludarse con la cabeza, y así reconocían la existencia del otro. Incluso cuando iban al barracón de la cantina, Abel se sentaba con los otros prisioneros a comerse las repugnantes gachas que les daban, mientras que Freddie se sentaba solo y en silencio, sin que pareciera importarle su soledad, con un gesto sombrío que Abel no sabía si atribuir a la rabia

o al desinterés. Pero por la noche se pasaban horas hablando en voz baja en su rincón del barracón. Abel se enteró de que Freddie era hijo único y de que su padre era inglés y su madre, euroasiática; de que un día, cuando llegaron los japoneses, el padre de Freddie había llamado a su hijo a su habitación y le había dicho que cuidara de su madre, y esa misma noche había desaparecido. Freddie no sabía si su padre había huido o si los soldados japoneses lo habían capturado. Poco después de eso, el hermano Luke había llevado a los soldados hasta su puerta; uno se llevó a rastras a Freddie mientras otro sujetaba a su madre y le arrancaba la ropa. Abel se mordió la mejilla para dejar de temblar mientras escuchaba, pero su amigo continuó sin pestañear y sin que se le quebrara la voz.

Freddie le intentó enseñar a dibujar, pero era una empresa condenada al fracaso, porque Abel carecía de talento. Así que ahora Abel se dedicaba a observar mientras su amigo pintaba, y el olor herrumbroso de la sangre le impregnaba la nariz. En voz baja, le contaba a Freddie cosas que recordaba, y él las dibujaba: sus recuerdos del campo, de los otros chicos, de la crueldad del jefe Akiro, de la traición del hermano Luke. Freddie pasó de dibujar caras a dibujar escenas de la vida en el campo, que cobraban vida en aquellos lienzos de papel higiénico teñidos con sangre. Estaban componiendo un registro y sentían que su labor era importante. Luego Freddie empezó a dibujar a la familia de su amigo. Abel le describió la curva de los ojos de Jasmin y las aletas de su nariz, y Freddie pintó su retrato carmesí. La nariz no le quedó del todo lograda, y habría sido imposible reflejar la luz de sus ojos y su inocencia, que hacía que cualquiera que estuviese a su lado sonriera con toda el alma. Y aun así era Jasmin, era reconocible, era su

hermanita. Abel sintió que las lágrimas anegaban sus ojos. Agradeció la oscuridad, porque así Freddie no lo vería llorar.

Al anochecer, el coro de mosquitos del gallinero alcanzó su punto álgido. Las gallinas, animales diurnos, parecían sumidas en un sueño intranquilo, y ya no cacareaban ni gorjeaban. Pero cuando la luna asomó por detrás de las nubes, Abel vio que la gallina marrón seguía observándolo. El chico tenía los brazos cubiertos de picaduras rojas, y por mucho que los ahuyentara, los mosquitos seguían encontrando sitios en su piel donde posarse y alimentarse. Tal vez fuese mejor quedarse quieto y dejar que le chuparan la sangre; ¿podías morir acribillado por los mosquitos? Quizá eso fuera lo ideal.

—¡No, no, basta, suéltame! No te arrepentirás. ¡Traeré a más niños, como antes! —Fuera del gallinero, una voz masculina con marcado acento británico se abrió paso entre el zumbido de los insectos, que parecieron detenerse para escuchar aquel alboroto. La voz sonaba amortiguada, pero Abel la reconoció y sintió un vacío en el pecho. Sí, conocía aquella voz. El olor a sudado de los soldados entró primero en el gallinero, seguido del ruido de sus botas. La voz que gritaba se había reducido a una serie de fuertes gemidos. El grueso candado de la puerta del gallinero se abrió de golpe, y una linterna enfocó por un instante la cara de Abel, deslumbrándolo.

—¡Adentro!

Se oyó un fuerte golpe.

—Podemos dejar a los dos blancos aquí hasta mañana —dijo la voz del jefe Akiro.

Abel se tapó la cara para evitar el intenso resplandor de la linterna. No tuvo tiempo de hacer nada, y la puerta del gallinero se cerró de nuevo. Su vista volvió a adaptarse a la oscuridad. Entonces una cresta de luna asomó entre las nubes y alumbró el gallinero como un foco. Junto al gallo muerto había un cuerpo agazapado; unos ojos saltones en un rostro rubicundo miraron con temor a Abel. Los japoneses habían encerrado al hermano Luke en el gallinero.

Los mosquitos empezaron a zumbar de nuevo.

8

Jasmin

Bintang, Kuala Lumpur
17 de agosto de 1945
Malaya ocupada por los japoneses

Cuando Jasmin volvió a colarse con sigilo en el dormitorio tras haber pasado la noche con Yuki, el reloj que había en la mesilla le indicó que ya era el día siguiente, pues ambas manecillas señalaban el número dos. Su cuerpo olía mal y tenía que cambiarse antes de volver a meterse en la cama con Jujube. Avanzando tan silenciosamente como pudo, encontró otro camisón de color crema, el más parecido al que llevaba puesto, y se cambió. Luego metió el otro camisón en el cajón superior de una cómoda que compartía con Jujube. Estaba cubierto de polvo y barro y con una visible mancha de sangre que debía de proceder del cuerpo de Yuki o del roce con alguna superficie de las chozas, pero ahora eso no le importaba. Se sentía tan cansada que los párpados se le cerraban sin que pudiera evitarlo. Se subió a la cama con cuidado para no tocar a Jujube, que suspiró, aunque no se despertó. Jasmin pensó que ya decidiría qué hacer con el camisón sucio cuando se despertara.

—¡Jasmin!

La niña abrió los ojos, adormilada, y se encontró con la cara de Jujube encima de la suya, exhalando su cálido aliento matutino. Al otro lado de la ventana, el sol era un tenue disco naranja que empezaba a asomar por el horizonte. Jasmin no deseaba otra cosa que cerrar los ojos; tenía la sensación de que apenas había dormido.

—¡Levanta, hermanita! ¡Tengo que enseñarte lo que hay que hacer!

—¿Qué dices? —Las extremidades de Jasmin no tenían intención de moverse. Se dio la vuelta y se tapó los ojos con una mano. Todavía no hacía mucho calor; quería disfrutar de aquella sensación unas horas más, antes de tener que levantarse y bajar de nuevo a ese sótano mohoso.

—En serio, hermanita, despierta. Tengo que hablar contigo antes de que lo vea madre.

—Déjame —masculló Jasmin.

—He encontrado esto. —Jujube tenía en la mano el camisón sucio que Jasmin había escondido antes de acostarse. Lo desplegó ante ella como si fuese una cortina apestosa; en la parte de atrás destacaba la mancha de sangre.

A Jasmin se le hizo un nudo en la garganta. ¿Por qué no había lavado el camisón antes de acostarse? ¿Por qué lo había metido en ese cajón? Ahora su hermana, siempre tan responsable, lo había encontrado.

Jujube se sentó al lado de Jasmin en el colchón lleno de bultos, tiró el camisón al suelo y se puso a su hermana en la falda.

—Tu cuerpo está cambiando, hermanita —dijo en un tono más suave—. He encontrado tu camisón. La sangre debe de haberte

asustado.

Jasmin se quedó mirando a Jujube, frotándose los ojos sin comprender.

—¿Has empezado...? —Jujube se retorció los dedos, incómoda—. ¿Has empezado a sangrar esta noche? Eres tan pequeña... Pensaba que todavía era pronto para explicártelo —dijo atropelladamente.

—No, la sangre no es mía —repuso Jasmin—. Es de...

La mente adormilada de Jasmin iba a toda velocidad. Clavó la vista en una grieta del suelo de cemento, que trazaba un círculo alrededor de su pie como una lombriz. No sabía mentir, pero tampoco sabía cómo decir la verdad. Jujube se pondría furiosa. Últimamente todo era mucho más difícil. Cada vez que alguien decía algo, siempre había un significado oculto en sus palabras que ella no alcanzaba a comprender. Ahora Jujube hablaba del cuerpo y de la sangre, pero aquella sangre no era suya, no había salido de su cuerpo.

—No tengas miedo, Jas. —Jujube le dio un apretón en el hombro —. Nos pasa a todas las niñas. Te enseñaré a ponerte una compresa. Ya debes de haberte manchado las braguitas. —Jujube hizo levantar a Jasmin—. No quiero que ensucies el colchón. Madre se enfadaría.

Jasmin había visto más de una vez las compresas y los paños manchados de sangre que indicaban que su madre o su hermana tenían la menstruación. Ahora se sentía humillada y avergonzada de que su hermana la tratara con tanta amabilidad cuando ella estaba mintiéndole.

—No es la regla —dijo.

Jujube se sobresaltó, como si Jasmin hubiese empleado una palabra grosera.

—¿Cómo sabes que se llama así?

—No soy ninguna cría. Sé muchas cosas.

—Vale, pero entonces, ¿por qué hay manchas de sangre en tu camisón? —Jujube ya no hablaba en un tono tan cariñoso, y había aparecido una arruga entre sus cejas, lo que significaba que estaba desconcertada o disgustada.

—Pues...

—¿Has... Has salido fuera? —Aunque Jujube no había subido la voz, Jasmin se estremeció. Habría preferido que su hermana le hubiese gritado.

—He ido a ver a mi amiga —dijo Jasmin con un hilo de voz.

Si no hubiese conocido tan bien a su hermana, quizá no habría sabido que estaba enfadada: Jujube se había quedado completamente quieta, sentada en el borde del colchón, con los pies en el suelo. Jasmin se fijó en que tenía los empeines resecos y pelados; le habían salido pequeñas escamas blancas en la piel, normalmente lisa y marrón. La única parte del cuerpo de Jujube que se movía era su garganta, que parecía tragar con rapidez, creando ondulaciones que descendían por su cuello. Jasmin quería detener aquellas ondas, aliviar la tensión.

Entonces, sin mediar palabra, Jujube agarró a Jasmin por el pelo y la levantó. Jasmin chilló, más de miedo que de dolor; su hermana jamás había sido violenta con ella. Entonces Jujube la agarró por un brazo, tan fuerte que Jasmin oyó tensarse las costuras de su camisón, y la sacó del dormitorio.

—¡Para, Jujube! ¡Lo siento! ¡No lo volveré a hacer!

Jasmin oía a Jujube respirar agitadamente por la nariz.

—¿Qué haces, Ju? ¿Qué pasa? —Su padre salió corriendo de su habitación con los pantalones del pijama medio caídos—. ¿Por qué grita tu hermana?

—Déjanos. —Jujube lo fulminó con una mirada glacial, pero a Jasmin aún le dio más miedo su voz, que volvía a ser completamente inexpresiva. Esa voz hizo que todo su cuerpo se estremeciera. Notó que empezaba a sudarle el brazo que Jujube le sujetaba a través del camisón.

—¡Suéltame, Ju! ¡No volveré a hacerlo! —suplicó Jasmin.

Su hermana abrió de una patada la puerta de madera del sótano.

—Entra —dijo, mirando a Jasmin por primera vez desde que la había sacado a la fuerza de la cama.

—Quiero bañarme. Huelo mal... ¿Me dejarás salir a la hora de la cena? —La voz de Jasmin se había reducido a un gemido lastimero.

—Has perdido tu oportunidad al escaparte. Te vas a quedar aquí hasta que aprendas la lección. —Esta vez Jujube subió la voz para que el resto de la familia, que ahora estaba allí mirando con la boca abierta, pudiese oírla. Su padre, con el pelo de la coronilla erizado, avanzó hacia las dos hermanas, pero Jujube levantó una mano y lo obligó a detenerse. Entonces Jujube entró en el sótano y se subió a una silla para desenroscar la bombilla que colgaba del techo.

—¿Qué haces, Jujube? No seas cruel. Es tu hermana —dijo el padre con los ojos como platos.

—Se ha escapado. Es posible que anoche la vieran. Quizá la siguieron hasta aquí. ¡Tenemos que asegurarnos de que no la descubran! —Jujube hablaba con frialdad, pero le temblaba un poco la voz—. No hay más remedio.

Su madre tendió ambos brazos como si fuese a abrazar a su hija, pero luego los bajó. Jasmin sintió que le escocían los ojos cuando entró en el sótano y se sentó en cuclillas, con la cabeza entre las manos. La puerta de madera se cerró, y Jasmin oyó el pestillo y otro ruido que nunca había oído: el de un candado cuyos chasquidos la encerraban a oscuras.

Sintió que se le iba el alma por los ojos: las lágrimas formaban riachuelos que resbalaban por sus mejillas, y unos sollozos dolorosos e incontrolables sacudían todo su cuerpo. Dejó escapar un sonido, entre un jadeo y un aullido, que vibró en el fondo de su garganta. Se limpió los mocos de la nariz con la mano, pero le salieron más. ¿Cómo podía hacerle aquello su hermana? ¿Cómo podía encerrarla en el sótano, completamente a oscuras? ¿Le darían de comer? ¿Iban a matarla? Las ideas que pasaban por su cabeza la dejaron conmocionada. Su familia nunca la había tratado así, ni siquiera en los peores momentos. Jujube sabía que a su hermana le daba miedo la oscuridad: por eso había puesto el colchón cerca de la ventana, para que Jasmin sintiera la luz de la luna a pesar de tener los ojos cerrados; sólo así podía dejar de pensar que alguien o algo iba a llevársela por la noche. Pero ya no podría salir jamás de ese horrible sótano, y por la noche todo estaría negro como boca de lobo. Jasmin trató de dominar su miedo. Cuando su vista se adaptó, alcanzó a ver el tenue contorno de la silla y la mesa, pero seguía paralizada, como si hubiera echado raíces en el suelo: no podía moverse, no podía hacer nada salvo sollozar.

Le llegaban los ruidos amortiguados del piso de arriba: su padre gritando, su madre caminando en círculos. Entonces oyó la voz de

Jujube, clara como el tañido de una campana, autoritaria y estremecedora.

—Tiene que aprender. Es la única que no sabe cómo sobrevivir. Si no me escucha, no podré seguir protegiéndola.

Al principio, Jasmin quiso gritar: «¡Te escucharé, te escucharé, déjame salir!», pero la invadió una fogosa oleada de orgullo que no reconoció. Levantó la cabeza y se mordió la mejilla por dentro para detener los sollozos. Si lloraba, al menos no permitiría que la oyeran quienes la habían arrojado al sótano como si fuese una verdura podrida. Cuando dejó de oír las discusiones de su familia en el piso de arriba, Jasmin también dejó de llorar. No iba a dejarlos ganar.

—¿Mi niña?

Jasmin abrió los ojos; sin duda se había quedado dormida. Carraspeó para liberarse del polvo que tenía en la reseca garganta y oyó que corrían el cerrojo. Entonces vio a su madre en los escalones del sótano, sujetando la puerta abierta.

—¿Cuánto tiempo llevo aquí dentro? —preguntó mientras pestañeaba y trataba de acostumbrarse a la luz.

—No seas tonta, sólo llevas unos minutos —dijo su madre, que seguía sujetando la puerta—. Tu hermana acaba de marcharse a la casa de té. ¡Ha sido una pelea absurda! Ven, te prepararé una taza de Horlicks.

Horlicks era la marca de una bebida dulce con sabor a malta, carísima y muy difícil de conseguir en el mercado negro; a cada hermano le daban media taza el día de su cumpleaños, pero nada más. Jasmin tosió; el sótano era tan húmedo que parecía que

tuviese algo en el pecho. Además, le costaba creer que sólo hiciera unos minutos que su hermana la hubiera dejado allí, encerrada a oscuras. Su hermana, a la que ella tanto quería y que había jurado protegerla siempre. Jasmin subió los escalones. Su madre la abrazó, y ella aspiró el olor de sus axilas y sintió la humedad de sus mejillas, aunque no supo si lo que le mojaba la cara eran las lágrimas o el sudor.

—Hablaremos con tu hermana y haréis las paces, ¿de acuerdo, mi niña? La culpa de esto la tiene la guerra. Nos hace estas cosas.

Jasmin se libró del abrazo de su madre. Normalmente le gustaban los abrazos, ya fuesen sudorosos o no, pero ese día no era un día normal. El impacto de la traición de Jujube le había provocado una opresión en el pecho; por otra parte, sentía que le habían retirado un velo de los ojos y que por primera vez veía con claridad. Aquella familia, la familia a la que ella había adorado toda su vida, por la que siempre había intentado sonreír y estar contenta, la había abandonado.

Su madre entró en la cocina, y Jasmin oyó el borboteo del agua hirviendo y el tintineo de una cuchara que removía la mezcla de Horlicks y leche condensada en la taza de cerámica.

—Una bebida caliente hará que te sientas mucho mejor —dijo su madre, mirando por la ventana.

Fue una decisión repentina, pero Jasmin sabía lo que tenía que hacer: se levantó el camisón y corrió sin hacer ruido hasta la puerta principal de la casa. Su madre murmuraba palabras de consuelo en la cocina, pero sus murmullos se convirtieron en un grito atronador cuando vio que su hija había desaparecido. Jasmin salió de la casa y corrió lo más rápido que pudo por la hierba. Respiraba a grandes

bocanadas, y se dio cuenta de que se había puesto unas sandalias desparejadas, una naranja y otra azul. Siguió corriendo a toda velocidad, zigzagueando por el camino que conducía al pueblo y estremeciéndose cada vez que su madre gritaba su nombre.

Lo único que quería era alejarse, y no se detuvo hasta que dejó de oír los gritos de su madre. El aire le salía de la garganta en rápidos y dolorosos resoplidos, y el sudor le empapaba el camisón y se lo pegaba a la espalda y las axilas. Hacía un día nublado, pero no había ni la más leve brisa que aliviara la humedad. Jasmin había ido corriendo más o menos hasta el centro del pueblo, evitando la calle principal por si su madre enviaba a los vecinos en bicicleta a buscarla. En un par de ocasiones vio a soldados sentados bajo los árboles, fumando, aunque ninguno se fijó en ella. Le dolía el pie izquierdo, y vio que era porque la base de la zapatilla naranja, que era muy delgada, se había agujereado y la planta del pie rozaba con el suelo caliente. Cojeando y ya con menos adrenalina, Jasmin miró a su alrededor y se dio cuenta de que estaba cerca de la farmacia. No tenía dinero, pero quizá Peik Lum le diera algo para cubrirse las ampollas que se le estaban formando en el pie.

Cuando entró en la tienda, las campanillas de la puerta tintinearon. Peik Lum salió de detrás del mostrador y se acercó a Jasmin.

—Estás muy sudada. Ven a sentarte. —Cogió a Jasmin por el brazo y la llevó hasta una silla donde solían sentarse los ancianos que iban a buscar medicinas—. ¿Qué te ha pasado?

Jasmin clavó la vista en el suelo. No sabía cómo explicar la traición de su familia, así que dijo:

—Mi hermano se ha ido.

—Ya lo sé. Lo siento, pequeña. —Peik Lum apoyó la cabeza en las manos—. Mi primo también se marchó a buscar trabajo, pero no nos ha escrito y ya no hemos vuelto a saber nada de él.

Envolvió a Jasmin en un tierno abrazo hasta que la niña gimió. Peik Lum la soltó y se enjugó delicadamente las lágrimas; entonces se fijó en que Jasmin llevaba unas sandalias desparejadas.

—*Aiya*, ¿cómo vienes así?

Peik Lum desapareció detrás del mostrador y regresó con una bolsa de papel. Se puso en cuclillas y dijo:

—Déjame verte el pie.

La pequeña le tendió su pie izquierdo lastimado, y Peik Lum se lo examinó, chasqueando la lengua y sin inmutarse ante el mal olor. Jasmin arrugó la nariz: el olor de su propio pie, sudoroso y sucio, le produjo náuseas. Peik Lum le limpió la planta con un paño suave humedecido, y luego le aplicó un ungüento en el empeine; primero le escoció un poco, pero esa sensación enseguida se suavizó. Entonces le cubrió lo que parecía el principio de una ampolla con una tirita, y finalmente volvió a rebuscar en la bolsa que había traído.

—Toma, ponte esto. —Peik Lum se apartó de la cara un mechón de pelo negro y lacio que se le había escapado de la coleta y le dio a Jasmin unas sandalias nuevas, azules y blancas, que ella se calzó con entusiasmo.

—Gracias —masculló Jasmin, sin saber qué más decir.

Justo en ese momento sonó la campanilla de la puerta. Peik Lum se incorporó y se volvió hacia el sonido, y Jasmin vio que la sonrisa con la que solía recibir a sus clientes se borraba de sus labios.

—Buenos días, general. —Peik Lum bajó la mirada y se puso una mano sobre la otra para impedir que le temblaran.

En la puerta había un hombre rollizo y de corta estatura con uniforme militar. Pero, a diferencia de los uniformes de los soldados que Jasmin había visto, el suyo no estaba sucio, sino limpio y planchado, con las rayas del pantalón bien marcadas y el cuello almidonado. Pese a ser un hombre bajito se mantenía muy erguido, y fruncía el ceño mientras examinaba la farmacia. Jasmin lo vio deslizar la mirada por los estantes de hierbas, los tarros blancos de píldoras, las botellas de vidrio llenas de líquidos de colores, el mostrador donde antes estaba Peik Lum, el calendario con los caracteres chinos —que le hizo fruncir el ceño más aún—, hasta que por fin se detuvo en Peik Lum y en ella.

Jasmin tiró de su camisón hacia abajo, avergonzada: le parecía raro que un hombre que no fuese ni su hermano ni su padre la viera en camisón.

—¿Y tú quién eres? —preguntó el hombre, en un inglés con suave acento japonés.

—Sólo es una niña del barrio, general. Una cría —contestó la farmacéutica.

Jasmin casi se había olvidado de Peik Lum. El poder de atracción de aquel hombrecillo, que parecía aspirar todo el aire de la habitación, hacía que la pequeña no pudiera dejar de mirarlo.

—¿Cuántos años tienes? —le preguntó el hombre, ignorando a Peik Lum.

—Casi ocho —contestó Jasmin—. Mi cumpleaños es en enero.

El general ladeó la cabeza.

—¿Quiénes son tus padres?

—Yo... yo... —balbuceó Jasmin.

Peik Lum negó débilmente con la cabeza; estaba tan tensa que Jasmin podía ver todos los músculos de su cuello.

—Tú, vuelve al trabajo —ordenó el general mirando a la farmacéutica, y la joven volvió a ponerse enseguida detrás del mostrador.

Entonces el general se puso en cuclillas para que Jasmin pudiera verle mejor la cara y suavizó un poco la voz:

—No voy a hacerte daño. Soy el general Fujiwara. Sólo quiero saber quiénes son tus padres.

—Mi padre se llama Gordon —dijo Jasmin. El general descartó esa información con un ademán, como si ahuyentara una mosca—. Mi madre se llama Cecily...

Esta vez, el general frunció tanto el ceño que Jasmin creyó que se le iba a partir la cara por la mitad.

—¿Cuál es tu apellido? —preguntó casi sin aliento. Detrás de ella, en el mostrador, Peik Lum aspiró con fuerza—. ¿Es Alcantara?

Jasmin asintió. Como estaba muy cerca del general Fujiwara, pudo hacer lo que sabía hacer mejor: ver cosas. Vio que el ceño se estaba borrando de su frente. Vio que el inicio de una sonrisa separaba los pelos de su escaso bigote y hacía que una miguita que tenía en la parte superior cayera sobre su labio. Lo vio sacudirse esa miga y, con la misma mano, secarse la frente, aunque no estaba sudando. Y entonces la oyó antes de verla: una enorme y estruendosa carcajada que le sacudió la barriga, subió por su pecho y salió por su boca zarandeando todo su cuerpo uniformado.

—¡Te he buscado por todas partes! ¡Ven conmigo! —Se levantó, y Jasmin se fijó en que lo hacía con facilidad y sin ayuda, no como su

padre, que necesitaba que alguno de sus hijos tirara de él para ponerse en pie.

—Sólo es una cría, señor. Seguro que no es la niña que usted busca. —La voz trémula de Peik Lum resonó por toda la farmacia.

—No pasa nada. Conozco a sus padres. —Le tendió una mano a Jasmin, que se apartó un poco de él—. Dime cómo te llamas, pequeña.

La hizo girarse con sorprendente suavidad y tiró de la etiqueta de su camisón, donde la madre de Jasmin siempre les bordaba el nombre con hilo azul.

—«Jasmin» —leyó en voz alta—, ya lo veo. Vamos, pequeña Jasmin. Te prometo que no te haré nada. ¿Tienes hambre? Le diré a mi criado que te prepare una buena comida.

Jasmin estaba confusa y aturdida. El general, que hacía unos minutos parecía un hombre siniestro, ahora le ofrecía amablemente comida, como si fuese un tío o un vecino. Y Jasmin tenía hambre: no había comido nada desde que Jujube la había encerrado en el sótano. Al acordarse, hizo un mohín, resentida. No pensaba volver a casa; no quería estar con una familia que no la quería. Le rugía el estómago. Puso una mano en la del general y le sorprendió la suavidad de su piel. Las campanillas de la puerta tintinearon cuando salieron de la farmacia.

Fuera había un coche azul con el motor al ralentí. Un chófer con gorra de plato negra se apresuró a abrirle la puerta al general y le lanzó una mirada interrogante antes de recibir una señal y mantener la puerta abierta para Jasmin. La niña titubeó. Su madre y su hermana le habían advertido muchas veces que no debía meterse en ningún vehículo con un desconocido, y de pronto se acordó del día

en que los soldados habían aporreado la puerta de su casa y habían preguntado si había *guniang*. Pero nunca se había subido a un coche tan bonito. Los asientos parecían cómodos. Además, el efecto refrescante del ungüento que Peik Lum le había puesto en el pie izquierdo estaba desapareciendo, y el empeine empezaba a dolerle otra vez.

—Vamos. —El general le sonrió, y su bigote se enroscó cómicamente hacia arriba, como un gusano. Jasmin reprimió una risita y se metió en el coche. El interior era muy lujoso, y Jasmin se sintió abrazada por el asiento marrón, aún más cómodo que el colchón en el que dormía en su casa.

El general no paraba de observarla. Se sentaron en el asiento trasero, y Jasmin, que notaba que él escudriñaba su perfil, se enderezó para recibir la inspección. Le habría gustado no llevar aquel camisón sucio, y se cruzó de brazos. Agradeció la sensación de la cálida brisa que entraba por la ventana abierta y le daba en la cara.

—¿Por qué tu madre te corta el pelo así? —le preguntó el general, señalando una pequeña calva, producto de un descuido de su madre con las tijeras la semana anterior.

Jasmin abrió la boca, pero volvió a cerrarla sin decir nada. No sabía cómo explicarle lo de aquellos hombres que habían ido a su casa, ni que su madre la obligaba a ponerse en cuclillas sobre el cubo, ni que tenía que vestirse con la ropa de su hermano Abel, ni que los adultos hablaban de que los hombres podían hacerle daño «ahí abajo». Sin esperar una respuesta, el general masculló:

—No parece propio de Cecily hacer una cosa así.

—¿Conoce a mi madre? —le preguntó Jasmin.

—En cierto modo sí —dijo él, mirando por la ventana el árbol *angsana* junto al que pasaban.

A Jasmin le pareció que él no quería seguir hablando, así que ella también se calló y se puso a mirar por la ventana. Los cinco minutos siguientes transcurrieron en silencio, pero Jasmin no se sentía incómoda. Le gustaba pensar que tenía buen olfato con los adultos y que sabía distinguir si eran buenos o malos. La mujer del puesto de *pisang goreng* que siempre ponía los ojos en blanco era mala. Peik Lum, la dependienta de la farmacia, buena. Los soldados que llamaban a su puerta, malos. Sólo se había equivocado con Jujube, que siempre había encabezado su lista de «buenos», pero que, de la noche a la mañana, se había convertido en la persona más mala que conocía. Y ahora con el general Fujiwara, quien pese a su frialdad le resultaba simpático. Reconfortada con su conclusión, se acomodó en el asiento.

Una mano la sacudía suavemente.

—Despierta, hemos llegado.

—¡No estaba dormida! —gritó Jasmin. No tuvo tiempo de avergonzarse, porque el chófer abrió la puerta y el general le tendió una mano para ayudarla a salir del coche.

Se habían detenido delante de una gran casa blanca, la más grande que Jasmin había visto en toda su vida, más grande incluso que la de su vecino más rico, Raja Zain, y su esposa, tía Faridah, que vivían dos calles más abajo. Raja Zain descendía de la realeza malaya, y tenía una casa de dos pisos y un gran perro muy gruñón que a Jasmin le daba miedo. Vio que habían recorrido un camino

largo y sinuoso que conducía hasta la casa, que no estaba pegada a las de los vecinos y se alzaba sobre una suave extensión de césped.

—Vuestro antiguo residente británico vivía aquí. Yo lo sustituí cuando... —El general Fujiwara hizo una pausa—. No importa, ven conmigo.

Una vez dentro, con los pies enfundados en las suaves pantuflas que le dio el general, Jasmin se quedó plantada junto a una columna. El general había desaparecido, y en su lugar había un criado japonés vestido con un uniforme blanco almidonado. El chico, que debía de tener la misma edad que Abel, se balanceaba sobre la punta de los pies. Mediante mímica, simuló que se llevaba una tacita a los labios.

—¿Es agua? —preguntó Jasmin.

Él asintió y le dio una taza de hojalata llena de agua fresca; luego le indicó por señas que se sentara en un sillón de mimbre con los cojines más cómodos en los que Jasmin se había sentado jamás. La niña se sintió envuelta en un suave y fresco abrazo. El criado no tardó en reaparecer con un gran cuenco de arroz humeante y un trozo de pescado aderezado con ajo y salsa de soja. El fragante aroma llenaba la habitación, y Jasmin sintió que todo le daba vueltas. El criado le puso el cuenco debajo de la nariz.

—Tú —dijo, y le ofreció una cuchara.

El general reapareció cuando Jasmin, tras llevarse la última cucharada de arroz a la boca, recogía con la punta de la lengua un grano que se le había quedado pegado en el labio superior, pues no quería desperdiciar ni una pizca de aquella comida, la más sabrosa que había probado en mucho tiempo. El general Fujiwara llevaba unos pantalones holgados de color claro y una camiseta de tirantes

con amplias sisas que dejaban entrever sus axilas. A Jasmin le pareció que, vestido así, parecía más viejo, más incluso que su padre, que era la persona más vieja que ella conocía.

—¿De qué conoce a mi madre? —preguntó.

No entendía cómo su madre podía conocer a alguien que no pertenecía a la familia ni era vecino suyo, porque Jasmin sabía desde muy pequeña que su madre siempre tenía miedo de salir a la calle. Cuando había tormenta y los relámpagos iluminaban el cielo antes de que sonara el trueno, el miedo a lo que estaba por venir hacía temblar a Jasmin; ella pensaba que su madre vivía siempre en esa especie de limbo, siempre temblando, a punto de romperse, siempre esperando el trueno.

—Verás, pequeña —dijo el general con voz tierna, transmitiéndole a Jasmin una sensación de calma—, tu madre me cambió, y cambió el mundo.

9

Jujube

Bintang, Kuala Lumpur
17 de agosto de 1945
Malaya ocupada por los japoneses

El sol se filtraba a través de las persianas de la casa de té. Como todas las mañanas, Jujube abrió el local al amanecer. Todavía no se había recuperado de la rabia que había sentido al enterarse de que Jasmin había estado escapándose, y la culpa aún le oprimía el pecho. Estaba deseando ir corriendo a su casa, dejar salir a su hermana del sótano y abrazarla. Sabía que Jasmin sólo podía soportar unas horas escondida en el sótano todos los días; esa noche la dejaría salir de allí, y eso sería todo: su hermana sólo necesitaba que le diesen una lección. A veces era muy ingenua, y Jujube se debatía entre su impulso de proteger la inocencia de la pequeña y la necesidad de inculcarle sentido común, enseñándole a cuidar de sí misma. Sabía que cabía la posibilidad de que ella no pudiese estar siempre a su lado para ayudarla, y Jasmin, la alocada e ingenua Jasmin, necesitaba aprender a ser más desconfiada,

porque si no... Se estremeció y ahuyentó esos pensamientos de su mente.

Jujube estaba abriendo las desvencijadas contraventanas de madera cuando apareció el señor Takahashi, que se quedó plantado en medio de un charco de luz, proyectando una larga sombra en el suelo de cemento.

—¡Hoy ha venido muy pronto, señor!

Jujube se fijó en que no vestía la americana marrón y los pantalones grises de siempre. Esa mañana llevaba una sencilla camiseta blanca de tirantes que dejaba al descubierto los débiles músculos de sus brazos. La joven desvió la mirada.

—¡Tengo buenas noticias, Jujube! ¡Quería contar a ti antes que a nadie!

Jujube vio brillar en los ojos del anciano una luz que estaba ausente la semana anterior, cuando el señor Takahashi aparecía con los zapatos desparejados y sólo pensaba en escribir cartas, angustiado.

—¿Qué pasa, señor?

—¡Está viva! ¡Mi hija no estaba en ciudad!

Su hija, la presunta víctima de la guerra que los rodeaba a ambos. Su hija, la causa de la compasión de Jujube, la razón de su amistad con el señor Takahashi.

—¡Había ido a Osaka visitar mi hermana!

Jujube tuvo una sensación extraña, como si una fuerte y lenta ráfaga de viento la hubiera golpeado en el estómago. Su cerebro, ágil y siempre alerta, reaccionó poniéndole una alegre sonrisa en el rostro y sacando de su boca una rápida sucesión de joviales felicitaciones.

—¡Qué noticia tan maravillosa, señor! ¡Me alegro muchísimo por usted!

En esos instantes, Jujube podía ver y sentir todo lo que había a su alrededor: la mancha de color naranja en el suelo, de cuando otra camarera había derramado un té de azafrán; las partes de la camiseta blanca del señor Takahashi que parecían más grises, como si la hubiesen lavado con agua sucia; el dolor en el hombro por el agarrón del soldado en el puesto de control la noche anterior... Sabía que debía alegrarse y que debía sonreírle a aquel hombre, su amigo, un hombre bueno cuya hija inocente tenía una segunda oportunidad de vivir, cosa que ambos se merecían. El señor Takahashi le alegraba los días con su literatura y su fe en ella, con la atención que le dedicaba y sus cupones de comida. Cuando la suerte sonreía a la gente buena, debías aferrarte a la poca alegría que sintieras, hacerla tuya, sabiendo que tal vez no volverías a sentirla a corto plazo. La ira palpitante que corría por su cuerpo no debería estar ahí.

—¡Jujube! ¡Jujube!

Los gritos la devolvieron a la realidad, y le sorprendió ver a su madre plantada en el umbral de la casa de té. La cruda luz de la mañana la iluminaba desde atrás y la convertía en una silueta oscura.

—¡Mamá! ¿Qué haces aquí?

—Tu... tu... —Le costaba respirar y al hablar escupía gotitas de saliva que iban a parar a la cara de Jujube. Le moqueaba la nariz, y del orificio izquierdo le colgaba un gran moco. Por segunda vez esa mañana, Jujube desvió la mirada ante la desesperación de un adulto.

—¡Tu hermana se ha escapado! —consiguió decir su madre por fin.

A Jujube le sorprendió su propia reacción. Pensó que una persona normal habría acribillado a su madre a preguntas: ¿cómo había salido del sótano? ¿Le había abierto ella la puerta? ¿Adónde había ido? Una persona normal se habría puesto a gritar o a llorar o habría expresado algún tipo de emoción desencadenada por el miedo. Una persona normal habría reaccionado de alguna forma. Pero Jujube sentía que estaba clavada al suelo, con la cabeza llena de unas oleadas de algo que parecía surgir de su cuerpo y subir por su pecho y por su garganta hasta la cabeza, una ira tan intensa que casi la cegaba, presionándole las paredes del cráneo, una ira que, de no estar contenida, se habría derramado por el suelo de la casa de té, quemándolo todo a su paso.

No se había dado cuenta de que había cerrado los ojos. Cuando los abrió, vio que el señor Takahashi estaba consolando a su madre, envuelta en un mar de lágrimas y sacudida por fuertes sollozos.

—Tienes que irte, Jujube —dijo el señor Takahashi con profunda tristeza—. Le diré al dueño que has tenido que marcharte.

Doraisamy salió de la cocina, y Jujube sintió que le daba un vuelco el corazón; creyó que su jefe la iba a regañar, que le iba a decir que dejase de alborotar y volviese al trabajo.

—Lo siento, mi hermana... Mi madre me acaba de decir... —balbuceó.

—Vete —le dijo Doraisamy, haciendo un gesto con la mano—. Ya me ocuparé yo de servir a los clientes.

Aquella muestra de bondad conmocionó a Jujube. Asintió con la cabeza y, sin decir nada, agarró a su madre por el brazo con más

brusquedad de la que pretendía. Entonces miró al señor Takahashi y fue a decirle algo, pero no consiguió expresarle su agradecimiento.

Jujube sólo podía pensar en una cosa: cuando aquellas personas, las personas que habían invadido su tierra, se atrevían a albergar esperanzas, eran recompensadas por ello. El señor Takahashi recuperaría a su hija y el precio, por lo visto, era algo que ella tenía que pagar con Jasmin. El nudo de su pecho se expandió por su interior como el incendio de un pirómano.

Cuando llegaron a la casa hacía un calor asfixiante. Eran cerca de las once y todas las paredes estaban calientes al tacto. Una columna de hormigas había trepado a la encimera de la cocina y había invadido una tacita verde de esmalte con una cara redonda y azul, la taza favorita de Jasmin. Algunas hormigas se habían ahogado en el Horlicks abandonado. Antes de que Jujube pudiese coger la taza y vaciar los restos de la bebida, su madre extendió la mano sobre la encimera como si fuera la hoja de un cuchillo y lo tiró todo al suelo: espátulas, una botella de aceite para cocinar, un wok, una foto familiar con un marco de madera, la taza de Horlicks llena de hormigas... Los objetos se estrellaron contra el suelo en una cacofonía de sonidos diferentes: el wok repiqueteó, la espátula tintineó, el aceite de cocina no hizo mucho ruido, pero el líquido amarillento se derramó por todas partes; la foto familiar enmarcada hizo un crujido espantoso, y la taza verde se volcó, haciendo que las hormiguitas corrieran a refugiarse entre pies humanos y líquidos derramados.

La taza rebotó y rodó, antes de detenerse y descansar junto a los pies de Jujube como una ofrenda.

—Por favor, mamá, basta —suplicó Jujube, pasando por encima del aceite resbaladizo y rancio y del Horlicks pegajoso, que ya empezaban a mezclarse en el suelo de cemento.

—Ha sido culpa mía —masculló su madre.

—No, mamá. —Jujube se apretó el pecho con el puño. No era culpa de su madre, sino suya. Había sido ella: había asustado a su hermana haciéndole creer que no tenía a nadie más a quien recurrir. Jujube se acercó a su madre, que estaba en cuclillas en el suelo tapándose la cara con las manos, sin advertir siquiera que las hormigas estaban utilizando sus pies como ruta de huida para escapar del desbarajuste del suelo.

—Iré a buscar a papá a la fábrica —dijo Jujube. Alguien tenía que tomar las riendas de la situación.

Su madre, que respiraba entrecortadamente, dijo:

—Me lo debe; él lo sabrá...

—¿Quién lo sabrá? ¿De quién hablas?

La madre guardó silencio, pero se retorcía con tanta fuerza los dedos de la mano izquierda que Jujube temió que se los rompiera. Jujube se puso en cuclillas y gateó por la mancha de aceite hasta su madre; de alguna forma sabía que, si no conseguía comunicarse con ella, las cosas no harían más que empeorar.

A diferencia de otras madres euroasiáticas, la madre de Jujube nunca se había preocupado por el aspecto de su hija. Ni por sus perspectivas de matrimonio, ni por su capacidad para atraer a los

chicos. Cuando consiguió el empleo en la casa de té, Jujube había creído que le costaría convencerla de que les iría muy bien aquel dinero extra, pero su madre había compuesto una extraña sonrisa y se había mostrado casi orgullosa.

Aun así, desde hacía ya mucho tiempo su madre padecía un nerviosismo que enturbiaba el ambiente de cualquier habitación en la que entrase. Siempre se retorcía una mano con la otra, y una profunda arruga surcaba el centro de su frente. Pero Jujube sabía que su madre no siempre había sido esa mujer frenética y ansiosa. Era lo bastante mayor para recordar que, en otros tiempos, sonreía abiertamente y echaba la cabeza hacia atrás cuando se reía; aunque eran recuerdos borrosos, debilitados. Jujube recordaba estar agazapada en su escondite favorito, el pequeño y sombreado canal de desagüe que pasaba cerca de la ventana de la cocina, y haber oído desde allí la voz de un hombre que no reconocía y, lo que aún era más sorprendente, unas sonoras carcajadas que sí reconocía porque eran las de su madre, aunque ella casi nunca se reía de esa forma. Para sus adentros, Jujube llamaba a aquel hombre «Tío Pasta de dientes», porque olía igual que el refrescante aroma que le quedaba a ella en la boca después de lavarse los dientes. Lo había visto una vez delante de la tienda de ultramarinos, a la que había ido con su madre. Identificó aquel olor mentolado, el mismo que le llegaba siempre que se sentaba debajo de la ventana; se dio rápidamente la vuelta y en aquel momento vio a un hombre de corta estatura y piel suave que las observaba a ambas. La madre de Jujube también debía de haberlo visto; le había apretado la mano a su hija y Jujube había notado su tacto húmedo y pegajoso. Su madre cerró los ojos un momento y a continuación inhaló

entrecortadamente. Entonces abrió los ojos y tiró de Jujube en dirección a la tienda, pasando al lado de Tío Pasta de dientes como si no lo conociese de nada.

Cuando Jujube se hizo mayor, Tío Pasta de dientes se convirtió en una de las numerosas historias inventadas que Jujube le contaba a Jasmin por la noche cuando se acurrucaban juntas y contemplaban la luna. «Tío Pasta de dientes nos ayudará si vienen los soldados, Tío Pasta de dientes traerá a Abel a casa, Tío Pasta de dientes hará que papá deje de toser.»

—¿Cómo es Tío Pasta de dientes? —le había preguntado un día Jasmin, mirándola y parpadeando con sus grandes ojos, sentada en la falda de Jujube. Pero por mucho que lo intentase, Jujube no lograba recordar ni un solo rasgo de la cara de aquel hombre, sólo aquel olor a menta que le hacía cosquillas en la nariz.

10

Cecily

Bintang, Kuala Lumpur
1936
Nueve años atrás, Malaya
ocupada por los británicos

A Cecily le gustaba clasificar y organizar las cosas, encontraba solaz en el orden. Manejaba bien la dicotomía en que se había convertido su vida —ama de casa y espía—; era como si pudiera abrir y cerrar cada caja según lo exigieran las circunstancias. La mayoría de los días interpretaba el papel de la esposa anodina e insignificante de un funcionario local, una mujer a la que todo el mundo toleraba, a la que nadie ponía en duda y en la que de hecho casi nadie se fijaba. Era una madre irreprochable; se relacionaba con otras madres, chismorreaba con ellas sobre pequeños escándalos vecinales y alimentaba, vestía y les leía a sus hijos. Gordon solía describirla como una mujer que reunía todo lo que un hombre necesitaba de una esposa y madre, una mujer que se anticipaba y satisfacía cualquier necesidad y que llevaba una vida normal y corriente, casi feliz.

Por otra parte, como informante para el Ejército Imperial Japonés, era también muy diligente: sabía distinguir la información valiosa de la superflua, tenía un don para entrar y salir de las reuniones de Gordon y oír lo suficiente para luego juntar las piezas con Fujiwara. Informar era como componer un gran rompecabezas: tenías que ir juntando piezas aquí y allí, un detalle de un registro, un mapa desechado, los murmullos del final de una conversación. Y cuando Fujiwara y ella las juntaban, cuando agrupaban los datos en un informe de inteligencia tangible para sus jefes, Cecily tenía una fuerte sensación de poder y se sentía capaz de hacer cualquier cosa.

Esa tendencia al orden significaba que a Cecily la alteraba el deseo, no le gustaba su falta de solidez. Había días en que no podía evitar desear a Fujiwara: los días en que él sonreía, los días en que le decía que todo iba a salir bien, los días en que descifraban alguna información especialmente difícil. Sin embargo, también había días en que su deseo le producía pánico; como si todo dependiera de su capacidad para conseguir la aprobación de Fujiwara, como si no fuese capaz de vivir sin ella. En una de esas crisis de pánico, Cecily había besado la fina franja de piel sobre el labio superior de Fujiwara, por encima del escaso bigote que él había intentado dejarse para parecer más importante. Cuando posó sus labios sobre él, Fujiwara se quedó completamente inmóvil, sin inclinarse hacia ella y sin retroceder. Y cuando ella se apartó con un sabor salado en los labios y envuelta en el olor a menta de su fijador para el pelo, él la había mirado, había dicho «Gracias» y había seguido descifrando el mapa de las marismas que estaban examinando juntos, como si ella simplemente le hubiese entregado una carpeta o le hubiese dicho «hola».

Cecily se desahogaba con Gordon, para gran regocijo de éste. «Me agotas», le dijo su marido una vez, tras una noche especialmente fogosa; el sudor de su cuerpo había dejado empapadas las sábanas y a la propia Cecily, y por la ventana abierta entraba una tibia brisa. «¿Podría un hombre ser más afortunado?» En el oscuro dormitorio, Cecily había apretado las mandíbulas y había fruncido el ceño, y su insatisfacción había pasado desapercibida.

A principios de 1936, cuando los vientos monzónicos empezaron a cambiar de noreste a suroeste, en el pueblo sólo se hablaba del incendio provocado en el puerto. Sólo habían pasado dos meses desde su audaz operación de inteligencia el día de la cena en casa del residente. Esa mañana, el periódico mostraba unos furiosos titulares con letras de imprenta:

INCENDIO EN EL PUERTO DE LEWISHAM,

POSIBLEMENTE PROVOCADO

La noche anterior, todos los vecinos habían salido corriendo de sus casas y habían contemplado las llamas anaranjadas que se alzaban hacia el cielo como si intentasen tocar la luna. Para Cecily, la atmósfera cargada de ceniza olía a victoria. El periódico comentaba que la fuerza aérea británica había sufrido un golpe devastador, que muchos aviones de la RAF habían quedado destrozados, que sólo alguien con información privilegiada podía haber sabido que el puerto estaba siendo utilizado para reparar aviones militares. Un topo. Cecily vio fotografías de los restos calcinados del hangar;

parecían esqueletos, temblando contra el telón de fondo de las turbias aguas del río. Cecily sujetó con tanta fuerza el papel de periódico que se le mancharon los dedos de tinta; se los lamió cuando Gordon no miraba. La tinta sabía a oblea de comunión, a nada. Apretó los labios formando una fina línea y mantuvo una expresión de seriedad y preocupación, pero en su interior brotaba el calor del éxito, la satisfacción producida por el impacto directo que su labor de inteligencia había tenido en el esfuerzo japonés. Más tarde, en la tienda de ultramarinos, dejó caer tras el estante un trozo de hoja de libreta, el último documento que había robado: el registro de Gordon de la vegetación de un arroyo cercano. En una esquina del papel arrugado escribió:

Contentísima. ¿Qué viene ahora?

Durante las dos semanas siguientes, Bintang se convirtió en un hervidero de agitación y frenéticas especulaciones. Los británicos, en un intento desesperado de eliminar al topo, se llevaban detenidos a los hombres para interrogarlos. Los rumores circulaban por el vecindario, abundaban los cuchicheos junto a las vallas, los maridos no regresaban a casa por la noche y sus esposas, desconsoladas, llamaban a las puertas de los vecinos y les suplicaban que les dieran información. Pero las puertas se cerraban de golpe; nadie quería ser visto conspirando con la esposa de un presunto traidor.

Mientras tanto, el júbilo inicial de Cecily pasó rápidamente. Gordon llegaba a casa ojeroso y con el ceño fruncido día tras día. Ella lo acribillaba a preguntas: a quién habían detenido para interrogarlo,

de dónde creían que procedía la filtración, cómo sabrían que habían descubierto al topo, cómo obtenían información de los detenidos. Gordon reaccionaba con paciencia. No tenía muchas respuestas, pero hacía lo que podía: «Hoy han detenido a Lingam; es difícil determinar el origen de la filtración porque no faltaban documentos, sólo hay pruebas de que los incendios afectaron a zonas específicas de alto valor del puerto; creen que sabrán quién es el topo cuando lo atrapen.» Pero cuando Cecily le preguntó cómo iban a sonsacar esa información a los detenidos, el rostro de Gordon se ensombreció. «Hay maneras», dijo. «Prefiero que no lo sepas.»

Cecily, sin embargo, quería saberlo. Y a falta de noticias, sus sueños se llenaron de torturas imaginadas: unos hombres sin rostro la golpeaban casi hasta matarla, y sus hijos gritaban mientras lo veían todo. Empezó a preocuparse por las infinitas formas que había de morir.

—Gordon —dijo una noche después de acostar a los niños—, ¿qué es mejor, que te ahorquen o que te ahoguen? —Se arrepintió de haberle hecho esa pregunta en cuanto vio que a su marido empezaba a temblarle el mentón y que se le ponían los ojos llorosos —. Lo siento —añadió—. Es que tengo miedo.

Gordon la abrazó.

—Nosotros estamos a salvo —murmuró, hundiendo la cara en su pelo—. Nunca les he dado motivo para dudar de mi lealtad.

Cecily sabía que debería haberse sentido culpable de que el pobre e ignorante Gordon se esforzara tanto por ofrecerle consuelo mediante el contacto físico y por protegerla de cualquier peligro. Pero en lugar de eso sintió una punzada de repugnancia, un asco

que hizo que le ardiera la piel. Fujiwara nunca se habría rebajado tanto, nunca le habría mostrado semejante debilidad.

Pero ¿dónde estaba Fujiwara? Durante los quince días posteriores al incendio, había esperado una señal de él, algún tipo de instrucción sobre qué hacer, aunque sólo le dijera que pasara desapercibida y no hiciera nada. En los dos años que llevaba pasándole información, nunca habían estado tanto tiempo sin comunicarse. Se sobresaltaba con el más leve ruido y lo buscaba por todos los rincones del pueblo. Pero sabía que nunca conseguiría dar con él: siempre era Fujiwara quien la encontraba a ella, quien le decía qué hacer, dónde quedar, y sin su apoyo se sentía perdida. Era espantoso depender así de un hombre. El silencio de Fujiwara la sumió en una espiral de confusión: a veces sentía rabia, a veces vergüenza, a veces miedo. Las emociones se agitaban en su interior, formando una dura roca en la base del estómago que hacía que todo —comer, defecar, dormir, existir— supusiera un gran esfuerzo. Necesitaba toda su energía para mantener una apariencia de normalidad: dar de comer a sus hijos, recibir a su marido, ir al mercado, cotillear con las otras mujeres, saludar a la gente por la calle, preparar la cena, aparentar que todo era normal, mientras su cuerpo entero clamaba por un hombre que, al parecer, la había abandonado cuando ella más lo necesitaba.

Tras una serie de avances y retrocesos, los británicos empezaron a centrar su atención en la población china, convencidos de que Zhou Enlai había infiltrado a agentes comunistas entre sus filas. El *kapitan* Yap, el marido de la señora Yap, era su principal sospechoso; los jefes de clanes rivales no tardaron en revelar el escondite de su acorralado *kapitan*, que se había refugiado en casa de su nuera

viuda. Los oficiales británicos que fueron a arrestarlo lo encadenaron por el cuello como a un animal y lo arrojaron a un camión. Fue lo último que se supo de él.

La detención del *kapitan* Yap desató una oleada de violencia en Bintang. En ausencia del líder, los clanes chinos empezaron a luchar entre sí para ocupar su lugar, y la gente empezó a hablar de guerra civil. La señora Lingam, cuyo marido, Arun Lingam, dirigía explotaciones de aceite de palma y caucho, estaba furiosa con los ingleses. «Sólo sospechan de nosotros. ¿Qué hay de los propios *gweilos*? ¿Por qué no sospechan de los suyos?»

En los días siguientes a la detención del *kapitan*, las esposas se reunían en casa de la señora Yap para mostrarle su apoyo, murmurándole palabras de consuelo y llevándole té caliente. Cecily siempre había odiado ese falso alarde de solidaridad; en realidad, a nadie le importaba. Todas estaban ávidas de obtener información, pequeñas pepitas de oro que podrían comentar entre ellas más tarde, gemas a las que sacar brillo y ofrecer a sus maridos, quienes, a pesar de fingir que no les importaban los cotilleos del vecindario, también querían saberlo todo.

La señora Yap, en un estado casi catatónico, se mecía adelante y atrás en el suelo, con la cara hinchada y abotargada, y ofrecía un espectáculo lamentable. Aunque, en cierto modo, toda forma de amor implicaba cierta humillación, pensaba Cecily. Todo amor consistía en que alguien rompía su alma en pedazos y le ofrecía a otra persona las piezas rotas de sí mismo, como si fuera un rompecabezas, diciéndole: «Ayúdame a recomponerme.» Sentada en el corro de mujeres que arrullaban y alborotaban, se fijó en la cabeza de la señora Yap. Por lo general, la mujer llevaba el pelo con

raya en medio y bien recogido en un moño muy alto, pero ese día la raya era irregular, y estaba abultada y levantada como una serpiente furiosa.

—¿Necesita algo? —le preguntó en voz baja. No esperaba que la señora Yap le contestara.

—Sáqueme de aquí —respondió ella con un susurro. El aliento de la señora Yap ya no olía a chalotas y a leche; era amargo e intenso, el aliento de alguien que llevaba días sin enjuagarse la boca.

Cecily sabía que debería sentirse culpable: con su delito había destrozado a aquella familia. Sin embargo, no sentía nada por la señora Yap; sólo sufría por Fujiwara. Eso era lo más humillante: Fujiwara la había cambiado, y al haber convertido una pequeña parte de ella en algo de lo que Cecily estaba orgullosa, le había dejado su huella. Le había regalado una versión más grande y brillante de sí misma, y tras haber conocido a su nuevo yo ella ansiaba más, mucho más.

—Voy a buscarle un poco de agua —le dijo a la señora Yap. Se levantó, fue a la cocina y, sin mirar atrás, abrió la puerta trasera de la casa y se marchó.

11

Abel

Campo de trabajos forzados de Kanchanaburi,
frontera de Birmania y Tailandia
18 de agosto de 1945
Malaya ocupada por los japoneses

Abel abrió los ojos de golpe. El sol había vuelto a salir, y él ya llevaba tres días en el gallinero. Se sentía atrapado en un bucle en el que todas las mañanas lo saludaba el furioso picoteo de una gallina marrón a la que no le gustaba tenerlo invadiendo su espacio. La noche anterior, el hermano Luke y él se habían colocado en extremos opuestos del gallinero y se habían mirado con odio en la oscuridad. Abel se había planteado arrastrarse hasta el hermano Luke y pegarle hasta dejarle la cara hecha papilla —al fin y al cabo, aquel hombre lo había vendido y lo había condenado a aquella horrible vida—, pero no creía poder ganar la pelea, porque estaba físicamente destrozado. El hermano Luke, por su parte, no había dado señales de reconocerlo, lo que aún enfurecía más a Abel; ¿a cuántas familias les habría hecho lo mismo que a la suya? ¿A cuántos chicos más había secuestrado y vendido a los japoneses, y a

cambio de qué? El hermano Luke estaba atrapado en el mismo gallinero que él.

Volvieron a abrir el candado de la puerta. El hombre y el niño se retiraron a sus respectivos rincones y se prepararon para lo peor.

—¡Blanquito! —gritó el jefe Akiro, agachando la cabeza para meterse en el gallinero.

Abel vio que el hermano Luke relajaba los hombros, aliviado; él apretó los puños con furia. Qué injusticia.

—¿Te gusta? ¿Quieres?

El jefe Akiro había abierto una botella y la agitaba para remover el líquido del interior. A Abel le llegó el inconfundible olor dulzón del *toddy* por encima del olor a humedad y a excrementos de gallina. Quería apretar los dientes y desviar la mirada, quería controlarse ante el hombre que lo había golpeado y lo había dejado hecho un saco de huesos rotos, el hombre que hacía sólo unas horas le había... No, no quería pensar en lo que había pasado. Pero su cuerpo lo traicionaba; su deseo de beber era tan intenso que, sin darse cuenta, se puso a olfatear el aire como un animal rabioso, y se arrastró hacia la puerta, hacia Akiro, hacia el *toddy*. Necesitaba sentir que el líquido le abrasaba el esófago; quería que su calor se esparciera a través de los nervios excitados de los cortes, los moratones, los mordiscos y los golpes; quería beber hasta que los gritos de su cabeza se convirtieran en un monótono zumbido que lo envolviera como una manta.

—Ah, no, no. —El jefe Akiro apartó la botella, todavía cerrada—. No es gratis, blanquito. —Cogió algo del suelo y se lo lanzó a Abel como si tirase comida en un corral. El objeto dio un fuerte golpetazo. Todas las gallinas, excepto el gallo muerto, chillaron, aletearon y se

retiraron indignadas hacia los bordes del gallinero. El jefe Akiro le había tirado un trozo de barra de acero largo y delgado. Abel había transportado y colocado barras de acero muchas veces; formaba parte del trabajo que los prisioneros hacían para construir las vías del ferrocarril.

Abel levantó la cabeza y se sorprendió al ver que había una pequeña aglomeración en la puerta y alrededor del gallinero, compuesta por soldados japoneses y reclusos del campo que se apretujaban unos contra otros y se empujaban para ver mejor. Recorrió la multitud con la mirada y vio a Ah Lam, a Azlan, a Rama. También vio a Freddie un poco apartado del grupo, como siempre, con sus azules ojos entornados y fijos en el hermano Luke. Abel abrió la boca para preguntar qué se suponía que debía hacer con la barra de acero, pero sólo logró articular un sonido estrangulado. El jefe Akiro soltó una risita cruel.

—Tú matas. Yo doy beber. Yo dejo salir —dijo el japonés.

Los chicos del campo y los soldados que estaban fuera del gallinero se pusieron a chillar:

—¡Pelea, pelea, pelea!

El hermano Luke gritaba:

—¡No, niño! ¡No, por favor!

El mundo es cruel, pensó Abel. Allí, junto a los pies, tenía el instrumento que necesitaba para hacer lo que siempre había querido hacer: matar al hombre que le había destrozado la vida, que lo había vendido como esclavo, que le había arrebatado todo lo que él siempre había amado. Pero lo obligaban a hacerlo como si fuera un deporte, para el entretenimiento de quienes lo rodeaban, después de haber sido violado y bajo la mirada perversa del jefe Akiro. Abel

sabía que debería sentirse culpable, que debería tener miedo, que debería avergonzarse, pero lo único que sentía era un agotamiento brutal. Ni siquiera estaba seguro de tener suficiente fuerza para levantar la barra de acero del suelo.

—Hazlo, blanquito, o te quedas ahí dentro. Y entonces él te mata a ti. —El jefe Akiro señaló al hermano Luke, que estaba en cuclillas y se apartaba poco a poco de Abel. El chico miró alrededor del gallinero y vio todas aquellas caras pegadas a la alambrada, niños y hombres pataleando y haciendo tanto ruido que el suelo del gallinero vibraba. La gallina marrón, aterrorizada, cacareaba y agitaba las alas. Cada vez que el suelo vibraba, el cadáver del gallo saltaba, y Abel deseó poder cambiarse por él, poder ser un caparazón de sí mismo pudriéndose en un rincón, y no tener en las manos la vida de un hombre al que odiaba.

—Tienes que hacerlo, Abe —dijo una voz detrás de él: era Freddie, que lo miraba desde el otro lado de la alambrada sin parpadear, con una calma inquietante en medio del caos.

Abel se dio cuenta de que la absolución podía llegar de muchas formas. En la escuela, el hermano Luke les había enseñado a los niños que la absolución sólo podía provenir de Dios. Pero ¿dónde estaba Dios cuando Akiro lo destrozó por dentro? ¿Dónde estaba Dios cuando el hermano Luke tuvo que vender a niños para salvar su propia piel? ¿Dónde estaba cuando sus únicas opciones eran asesinar o aceptar un destino peor que la muerte? Freddie, un chico delgaducho de catorce años que ya había vivido muchas vidas antes de tiempo, le estaba ofreciendo una salida a Abel. Lo haría por él, por Freddie. Al fin y al cabo, el hermano Luke también había secuestrado a su amigo.

Abel se incorporó, caminando en cuclillas y encorvando los hombros para no golpearse la cabeza con el techo del gallinero. Vio cómo su sombra recogía la barra de acero, cómo oscilaba y desplazaba toda la fuerza hacia los brazos...

Y luego vio cómo su sombra levantaba la barra de acero y la dejaba caer contra los dientes del hermano Luke.

—Alguien ha vomitado... —Abel veía borroso. Le llegaba un fuerte olor a bilis.

—Siéntate, así no puedo levantarte. —La voz de Freddie atravesó la neblina. Abel notó que alguien lo empujaba por detrás con el hombro y trataba de ayudarlo a sentarse. Quiso enderezarse, pero sintió una violenta arcada y un chorro de vómito amenazó con salir por su boca. Entonces lo entendió: el vómito que había olido era suyo—. ¡Abe! Tienes que incorporarte o te vas a asfixiar.

—¿Qué ha pasado? —Abel tenía la impresión de que le habían rellenado la cabeza de algodón.

—Apóyate en la pared. —Freddie empujó el hombro izquierdo de Abel contra lo que éste dedujo que era la pared exterior del barracón donde dormían. A juzgar por la posición del sol y la inclinación de su sombra, debía de ser media tarde—. Bebiste demasiado *toddy* de golpe.

Abel recordó fragmentos de lo ocurrido aquella mañana. El ruido espeluznante que había hecho la barra de acero al chocar contra los dientes del hermano Luke... Uno de esos dientes saliendo despedido y clavándose en su brazo... Los vítores que se habían oído por todo el campo cuando el hermano Luke, con la cara ensangrentada, se

había tumbado boca abajo y había intentado alejarse arrastrándose...

Instintivamente, Abel se miró el brazo. Ya no tenía el diente del hermano Luke clavado, pero en su lugar había una herida que sin duda se infectaría y empezaría a llenarse de pus.

Entonces recordó el segundo crujido, cuando había golpeado con la barra manchada de sangre la espalda del hermano Luke, que intentaba huir; después el hombre se había quedado allí tendido, sacudiéndose, sin que Abel supiera si estaba vivo o muerto. Los chillidos de las gallinas, el fuerte olor a herrumbre, a sudor, a muerte... Ir cojeando hacia el jefe Akiro y coger la botella, y luego beber y beber y beber. La sensación abrasadora en su garganta y en su estómago vacío, todo dándole vueltas, el sol cayendo sobre su cabeza por más que él intentara protegérsela. Y, por fin, la liberación y la oscuridad.

Abel se deslizó hacia atrás para apoyar los hombros en la pared. La piedra estaba muy caliente tras tantas horas de sol, pero el *toddy* seguía surtiendo efecto; Abel apenas notaba el intenso calor de la piedra que le escaldaba la piel. Trató torpemente de desplazar el peso del cuerpo y algo ardiente se le clavó en la espalda. Miró hacia abajo y vio que era la barra de acero; un extremo estaba recubierto de sangre seca. El centro de la barra estaba doblado por donde había golpeado al hermano Luke.

—¿Está...?

—Se han llevado al hermano Luke al campo —dijo Freddie.

«El campo...» El campo de ejecución donde los japoneses amontonaban los cadáveres de los prisioneros muertos en las fosas

cavadas por ellos mismos. Unas fosas que sólo cubrían de tierra cuando ya estaban repletas de cadáveres podridos al sol.

—Gracias. —Freddie hablaba en voz baja, tan baja que Abel apenas lo oyó a través del algodón que tenía en la cabeza.

—¿Por qué? —preguntó Abel.

Freddie sacó la barra de acero que se le estaba clavando a su amigo en la espalda, dio un grito al tocar el metal recalentado y lanzó la barra hacia los árboles. Abel oyó el susurro de las hojas y un golpe sordo cuando la barra cayó entre unos matorrales, lejos de la vista.

—Sólo gracias —dijo Freddie, mirándolo a la cara por primera vez desde que Abel se había despertado. Tenía los ojos de un azul tan claro como el cielo—. Vamos, tienes que intentar levantarte.

Cuando alguien mata a un hombre, sus días y sus noches empiezan a confundirse. En cada nuevo día se intercalaban largos periodos en los que la mente de Abel revivía el ruido que había hecho la barra de acero al chocar contra los dientes del hermano Luke. La herida del brazo donde se le había clavado el diente había empezado a supurar en abundancia, y el pus y la sangre resbalaban por su brazo. Pero cada vez que la herida empezaba a curarse y a cicatrizar, Abel se arrancaba la costra. Los asesinos no podían curarse; él no se iba a curar.

Y sin embargo el campo de Kanchanaburi recuperó su rutina. Durante el día, Abel realizaba el mismo trabajo demoledor de siempre. Las vías del ferrocarril, líneas nítidas y uniformes de madera y metal, estaban casi terminadas. Pero por la noche se

respiraba algo nuevo en la atmósfera, una desesperación que los chicos no lograban identificar. Rama, que hablaba un japonés más fluido que la mayoría de sus compañeros, oía hablar a los soldados de ciudades japonesas bombardeadas, de tropas estadounidenses, de la rendición; se quejaban de que ya no tenía sentido construir un ferrocarril para transportar suministros entre Rangún y Bangkok, porque ya no había suministros que transportar. Cada día había menos soldados supervisando sus trabajos, y los chicos se dieron cuenta de que muchos soldados japoneses estaban abandonando el campo. Los que se quedaron se volvieron a la vez más crueles y más amables: daban más palizas y patadas si se aburrían, pero también mostraban mucho menos interés en supervisar el trabajo de los prisioneros. El jefe Akiro fue uno de los que se quedaron, aunque cada vez estaba más ojeroso y parecía haber perdido el interés por Abel y Freddie. Se pasaba el día pegado al pequeño transistor que llevaba encima, escuchando las noticias en japonés que llegaban en medio de un murmullo de interferencias.

Las noches se volvieron más alegres, y a los japoneses no parecía importarles. Los chicos se reunían en los barracones, se mezclaban unos con otros y compartían una extraña intimidad. Allí, en el campo, sólo se tenían los unos a los otros. Piernas sobre piernas, brazos sobre brazos, pies sucios enroscados bajo el cuerpo, axilas pegajosas pegadas a hombros y cuellos, la proximidad, el olor a sudor casi reconfortante, como un recordatorio: estoy vivo, aún sigo aquí.

En esas reuniones también surgió algo nuevo e inusual: pequeños momentos de júbilo. Los japoneses cada vez pasaban más tiempo en sus dependencias cocinando y bebiendo, y los chicos llenaban las

bochornosas noches de música. Las notas armoniosas ascendían como el calor. Resultó que Rama sabía cantar, y entonaba melodías a la vez dulces y poderosas, surgidas del fondo de su vientre. Algunas eran antiguas canciones populares malayas, pero también sabía canciones de Jimmie Davis, Cliff Edwards y Frank Sinatra. Con sus largos y hábiles dedos, Azlan había fabricado un acordeón con restos de leña y palés que había encontrado por el campo. Los dos cantaban y tocaban, y los otros chicos se animaban también a acompañarlos, unos con más talento que otros. A veces se envalentonaban y cantaban la canción «El rostro del Führer», pero decían «emperador» en lugar de «führer» y se sentían sumamente desafiantes.

La canción favorita de Freddie era «When You Wish Upon a Star», una melodía ingenua y optimista que hablaba de los sueños y que a Abel le resultaba un poco empalagosa. Freddie, que nunca cantaba en voz alta, cobraba vida cuando oía esa canción y, entusiasmado, seguía la letra moviendo los labios, con los ojos llorosos y de un azul tan intenso que hacía que Abel abrigara esperanzas de sobrevivir.

Una noche, tras una interpretación especialmente conmovedora de la canción por parte de Rama, Freddie se dio la vuelta y miró a Abel.

—Nosotros también, Abe. Después de todo esto —extendió un brazo señalando el entorno—, podremos hacer realidad nuestros sueños.

—¿Qué sueños, Freddie? —preguntó Abel con desdén—. ¿Sueños de algo que no sea este estúpido campo? ¿Que no sea este sitio inmundo donde vamos a morir de hambre, donde vamos a morir todos?

—Yo no creo que sea malo tener esperanzas, Abe —dijo Freddie en voz baja.

—Ni siquiera entiendo por qué te gusta tanto esa canción —dijo Abel malhumorado. A veces el *toddy* le hacía estar irritable.

—No me gusta hablar contigo cuando te pones así. —Freddie se apartó de él.

Distraídos por sus propios problemas, los soldados japoneses eran mucho más descuidados con el alcohol. Últimamente habían empezado a dejar por ahí botellas medio llenas, y el *toddy* se evaporaba al sol. Abel se bebía aquellos restos. A veces conseguía robar una botella casi llena que algún soldado se dejaba fuera cuando salía a orinar. Para él era maravilloso poder transportarse a aquel espacio precario donde nada dolía, todo se balanceaba, y él no tenía que recordar el espantoso crujido de la barra de acero contra los dientes del hermano Luke ni el charco de sangre que después le había empapado la planta de los pies.

—Ojalá dejaras de beber esa porquería —insistió Freddie.

—Pero ¿a ti qué te pasa? —Abel se sorprendió agarrando a Freddie por el brazo con tanta fuerza que sintió una punzada de dolor en la herida todavía supurante.

—¡Basta! —gritó Freddie con brusquedad, retirando el brazo.

—Perdóname —dijo Abel con voz pastosa y ojos vidriosos. Desvió la mirada. A él también le habría gustado dejarlo, le habría gustado que su cuerpo no se pusiera a temblar y a sudar cuando llevaba unas pocas horas sin dar un trago. Además, últimamente no controlaba sus emociones. Tal vez fuese el *toddy*, o el esfuerzo que tenía que hacer para no recordar, pero cuando se disgustaba se le

llenaban los ojos de lágrimas y, avergonzado, tenía que marcharse para que los otros chicos no lo vieran.

Salió a toda prisa del barracón, descalzo, y notó el suelo blando y enfangado, pero también fresco, bajo las plantas de los pies. Se tambaleó un poco; el contenido de la media botella que había robado poco antes detrás de una de las casetas por fin había hecho efecto, y todo lo que bullía en su interior empezó a calmarse. Dejó de oír voces dentro de su cabeza, y los sonidos nocturnos —los grillos y la risa de los chicos— se suavizaron. Bajó dando tumbos por el camino, alejándose de los barracones, y dejó atrás los montones de madera y metal de la obra y las vías del ferrocarril casi terminadas.

El *toddy* tal vez le ayudaba a olvidar el ruido de la barra de acero contra el cuerpo del hermano Luke, pero también le hacía perder la noción del tiempo. Esa misma noche, por ejemplo. Recordaba haberse alejado corriendo de sus amigos, que, alegres y sudorosos, cantaban a voz en grito. Recordaba haberse sentido cansado y haber frenado su errática carrera para continuar andando. Recordaba haberse arrepentido de haberle hablado mal a Freddie, y haber pensado que debería pedirle perdón. Pero había un intervalo de varias horas del que no recordaba nada, y de pronto estaba otra vez en el gallinero, meciéndose adelante y atrás con Freddie a su lado. ¿Cuánto tiempo llevaba allí? ¿A qué había ido?

—Vamos, Abel. Has vuelto a venir aquí. Tenemos que irnos.

¿Qué había querido decir Freddie con «has vuelto»?

—¿Cuándo vine aquí la última vez? —preguntó Abel.

—Vuelves aquí todas las noches.

—No sé por qué. Yo sólo... Desde que... —Las palabras se agolpaban en su garganta.

—Desde que Akiro te trajo aquí. Ya lo sé.

A Abel se le contrajo el estómago; sintió una oleada de vergüenza y desesperación tan desbordante que creyó que se iba a ahogar. ¿Sabía Freddie lo que le había hecho el jefe Akiro? Se estremeció al recordar el ruido de la hebilla del cinturón golpeando el suelo polvoriento, el zumbido de los mosquitos, la luz del atardecer.

—Por culpa del hermano Luke. —La voz de Freddie, débil y suave, parecía a punto de quebrarse—. Ya sé que tú no querías hacerle eso.

Abel dio un suspiro de alivio y su aliento silbó al pasar entre sus dientes apretados. Freddie no sabía lo de Akiro; no era un gran consuelo, pero al menos era un consuelo. Abel no habría podido soportar tantas humillaciones.

—¿Vienes a buscarme aquí todas las noches, Freddie? —preguntó.

—Sí, Abe, todas las noches —contestó su amigo.

12

Cecily

Bintang, Kuala Lumpur
1936
Nueve años atrás,
Malaya ocupada por los británicos

Alrededor de mayo de 1936, el mes más cálido del año, tía Mui, que regentaba la tienda de ultramarinos junto con su marido, Chong Sin Kee, empezó a decirle a todo el mundo que Cecily Alcantara se estaba volviendo loca. Le dijo a Puan Azreen, que trabajaba en la escuela de secundaria, que la señora Alcantara iba cada vez más desaliñada y que le olía mal el pelo. Le dijo a la señora Chua, la dueña de la mercería, que la señora Alcantara iba a la tienda dos veces al día, quizá incluso tres veces, y que siempre se quedaba dando vueltas fingiendo que compraba helado, aunque francamente, si sus hijos se comían todo el helado que ella compraba, ¿qué iba a ser de sus dientes?

Y de hecho había días en que Cecily estaba desquiciada. Tenía la convicción de que alguien —policías, soldados, espías británicos— iría a buscarla un día cualquiera y se la llevaría a rastras. Se

sobresaltaba cada vez que alguien cerraba una puerta de la casa, y daba un respingo cuando sus hijos le tiraban de la falda. Al llegar la noche, los niños le pedían que les contara historias, pero ella no podía impedir que le temblara la voz mientras leía, así que dejaba de hacerlo. Se negaba a salir de casa salvo para ir a la tienda de ultramarinos, y una vez allí introducía la mano en el hueco en el que Fujiwara y ella se dejaban la correspondencia, y todas las veces el corazón le latía con la misma expectación, aunque sabía que no iba a encontrar nada. Ensayaba lo que le diría a Gordon cuando él viera que iban a detenerla: «Lo siento, te merecías algo mejor, cuida de los niños.» Imaginaba todo tipo de escenarios: alguien encontraba la carta que le había escrito a Fujiwara; alguien la había visto hablando con Fujiwara y había atado cabos; o peor aún, habían detenido a Fujiwara y él la había delatado. Vivía en un estado de profunda ansiedad, sin saber qué día de la semana era y con la sensación de tener un nudo cada vez más apretado en el estómago.

—¡Es una vergüenza que salga a la calle tan desaliñada! —le dijo Puan Azreen a tía Mui inclinándose sobre el mostrador de la tienda.

—Me han contado que la hija, al menos, es muy responsable, y por suerte va andando ella sola todos los días a la escuela —terció la señora Tan, incorporándose a la conversación.

—¿Qué debe de pensar su marido? ¿Os acordáis de aquella vez que se desmayó en la fiesta? —dijo la adinerada Faridah Mansor, pero las otras dos negaron con la cabeza. Sus maridos no eran lo bastante importantes para que los hubieran invitado.

—Tengo entendido que las mujeres euroasiáticas son emocionalmente inestables. Por culpa de la mezcla de sangre, supongo —dijo la señora Lingam con resentimiento, aunque nadie le

hizo caso porque todos sabían que se había propuesto casarse con un hombre euroasiático para tener bebés mestizos, pero que ninguno la había querido.

En cualquier caso, nadie acudió a detener a Cecily. Decían que habían ejecutado al *kapitan* Yap. Decían que una noche la señora Yap había metido algunas cosas en una bolsa y había huido sin dejar ninguna nota ni ninguna dirección. Se suponía que había vuelto a Ipoh, a casa de su madre; nadie esperaba volver a saber nada de ella.

—¡Menos mal! —exclamó la señora Low—. Siempre hablaba a gritos.

—Yo no voy a echar de menos a esa mujer tan vulgar —dijo lady Lewisham, la esposa del residente.

Y cuando todo terminó, la gente se olvidó rápidamente del miedo y la rabia que habían sentido cuando los británicos habían irrumpido en sus hogares buscando al traidor, y volvieron a sus trivialidades cotidianas: el precio de las verduras, la extraña boda de la hija del carnicero con el hijo del director de la escuela, el escándalo de la abdicación del rey inglés, Eduardo VIII, por culpa de «la americana», como decía Gordon, incapaz de pronunciar el nombre de Wallis Simpson sin torcer el gesto.

A su manera, Gordon sí estaba preocupado por Cecily. Durante unas semanas, todos los días estuvo yendo y viniendo del despacho en bicicleta para ver cómo estaba su esposa: una breve pausa a media mañana, una hora a la hora de comer. Cuando hablaba con ella, su tono oscilaba entre la súplica y la rabia.

«Por favor, Cecily, cuéntame qué te pasa», le dijo un día al verla apartarse para evitar que él la tocara. «¿Hay antecedentes de

depresión en tu familia?» Otro día, Gordon le gritó tan fuerte que la señora Carvalho sacó la cabeza por encima de la valla: «¡Basta ya! ¡No eres una buena esposa!» La mayoría de las veces le imploraba: «Vuelve con nosotros. Te necesitamos.»

Pero Cecily necesitaba a Fujiwara. No había un interruptor que ella pudiese accionar a su antojo. Sabía que Gordon la amaba. Sin embargo, él no podía imaginar que el comportamiento de su esposa respondiera a una razón externa, que fueran el miedo y la culpabilidad lo que la carcomían. Gordon sencillamente no la consideraba capaz de hacer algo tan extremo como para generarle sentimientos de culpabilidad. Siempre acababa achacando sus «cambios de humor», como él los llamaba, a alguna peculiaridad de su temperamento, a algún defecto innato que la hacía comportarse de forma indebida, ajeno a los parámetros de su pequeño mundo doméstico. Ella sabía que para Gordon era más fácil verla así —lo que también significaba que nunca sospecharía nada de ella—, pero esa actitud hacía que el desprecio que sentía por él fuese aún más virulento. Amar sin ver, pensaba Cecily, era una forma de autoengaño.

Cecily rememoraba los momentos robados que había pasado con Fujiwara. Aquella noche bajo la luna, cuando él le había revelado su identidad. El día que estuvieron lanzándose ajos el uno al otro en la cocina, antes de su exitosa obtención de información en la casa del residente. Un roce en el hombro cuando caminaban por el pueblo fingiendo no conocerse. Un encuentro secreto en un hotel de mala muerte, donde se estremecían cada vez que oían un gemido en la habitación contigua. ¿Lo estarían torturando en ese mismo instante para sonsacarle información? Y si lo presionaban lo suficiente, ¿la

señalaría como su cómplice? Cecily quería pensar que no, pero si era realmente sincera con ella misma, no podía estar segura. De lo único que estaba segura era del gran amor que Fujiwara sentía por Japón. Sabía que estaba dispuesto a sacrificarlo todo por los ideales imperiales, pero en cuanto a su lealtad hacia ella... Cecily no sabía si le importaba o no.

No obstante, cuando la vida recuperó su sencilla rutina en Bintang, los Alcantara recibieron un sorprendente regalo de la fortuna en forma de un nuevo ascenso para Gordon, que pasó a ocupar el cargo más elevado posible que una persona no británica podía ostentar en el Departamento de Obras Públicas, y que significaba mayores ingresos, mayor reconocimiento y algunos cambios. Pudieron contratar a una sirvienta doméstica, que les ponía la comida en la mesa y vestía a los niños para ir al colegio. Su ropa, que antes estrechaba y ensanchaba Cecily con hilos gruesos, ahora tenía las puntadas pequeñas y uniformes del sastre del pueblo, que prestaba sus servicios a los occidentales. Contrataron a un albañil para añadir dos habitaciones pequeñas al fondo de la casa: una para que Jujube y Abel pudiesen tener cada uno su espacio y otra «por si acaso», decía Gordon con un brillo de esperanza en los ojos.

Tal vez hacerse mayor consistía en eso, pensaba Cecily: en abandonar los ideales a cambio de comodidades, en entender que no se podían tener ambas cosas. Y a medida que transcurrían los meses, a medida que mejoraba la vida de la familia, a medida que persistía el silencio de Fujiwara, Cecily dejó de ir a la tienda, dejó de tantear por los estantes en busca de instrucciones, dejó de esperar una visita. Y con el tiempo, el nudo que tenía en el estómago se convirtió en un dolor sordo; un dolor que sólo notaba de vez en

cuando, los días en que arreciaban las fuertes lluvias del monzón, como una lesión antigua ya curada.

«El Club», para los conocedores, era la abreviatura de El Federal, un club de campo sólo para blancos. El edificio era una monstruosidad gigantesca en el que se combinaban la arquitectura Tudor de las ventanas y los bordes curvos con forma de cuerno de toro de un tejado tradicional Minangkabau. Se suponía que esa combinación de arquitectura oriental y occidental simbolizaba unidad, pero Cecily había comprobado que el Club era un refugio reservado a los hombres blancos, un lugar donde podían evitar la agonía de tener que mezclarse con las masas, un lugar donde bebían gin-tonics a pequeños sorbos y jugaban partidas de cartas mientras charlaban de las necedades que solían intercambiar los hombres cuando estaban repantigados perezosamente en sus sillones tratando de no sudar.

Algunas noches, sin embargo, el Club abría sus puertas a un selecto grupo de funcionarios, que acudían acompañados de sus esposas. El Baile del Monzón se organizaba dos veces al año, en marzo y octubre, para celebrar el cambio de los vientos del monzón. Cecily consideraba que aquello no era motivo para organizar un baile, pero ya se había dado cuenta de que los británicos necesitaban pocas excusas para montar una fiesta. En esas recepciones se reunían con las mismas personas a las que veían todos los días, y compartían con ellas los mismos cotilleos de siempre. La única diferencia era que, para asistir a esos bailes, todo el mundo se vestía con ropa más elegante.

El ascenso de Gordon significaba que ahora tenía acceso a las altas esferas de la sociedad británica y a sus fiestas. Cecily comprobó que, si bien antes los invitaban a una sola fiesta cada varios años, ahora no paraban de recibir invitaciones, tantas que no podían permitirse asistir a todas. Pero el Baile del Monzón no podían perdérselo. Mientras se preparaban para salir, Cecily le dio a la sirvienta las instrucciones de siempre y se detuvo un momento para maravillarse de lo mucho que había cambiado su vida en pocos meses. Luego, de la mano de Gordon, salió a la calle, donde la atmósfera estaba cargada de humedad. Habían evolucionado. Cecily llevaba su grueso cabello negro a la última moda, con una melena corta que se rizaba en las puntas y apenas le llegaba a los hombros. Se había puesto un vestido de gasa de manga larga de un tono verde que realzaba el color de su piel, y las amplias hombreras hacían que pareciese que tenía cintura. Gordon, con un traje cruzado de espiguilla parecido a los que llevaban sus colegas británicos, se había hecho retocar la chaqueta para disimular mejor su barriga. Aunque no llamasen la atención por su belleza, al menos eran una pareja bien parecida. Además, en los últimos meses el desdén que Cecily sentía por Gordon se había suavizado, y la distracción de las nuevas comodidades la habían empujado, si no hacia el amor, al menos hacia un vago afecto por su marido.

—¿Preparada para subir a nuestro leal corcel, *milady*? —Gordon le ofreció el brazo a Cecily para ayudarla a subir al coche.

—Soy toda vuestra, *milord* —repuso ella. Le cogió la mano, y ambos perdieron la compostura y se echaron a reír. Reír era agradable.

El Club se había vestido de gala, al igual que los invitados, y de sus balcones colgaban tiras de seda que la brisa de la tarde de octubre hacía ondear. Una orquesta tocaba en un rincón y Cecily se detuvo a admirar la quietud del trombonista, que esperaba su turno para tocar. Sentía debilidad por los ignorados. Mujeres blancas con vestidos de colores pálidos se deslizaban como si flotaran sobre el suelo e intercambiaban risitas entre ellas. Por un momento, Cecily sintió un ataque de timidez. Su vestido, aunque bien confeccionado, parecía plebeyo al lado de los modelos de alta costura que veía a su alrededor: vestidos de raso de París y Londres, muchos sin mangas y muy escotados, de estilos que ella no conocía.

Cuando una mano enguantada le rozó el codo, interrumpiendo su momentánea inseguridad, se dio la vuelta y recompuso el rostro para ocultar el comentario burlón que acababa de surgir en su mente: ¿qué mujer blanca y necia pensaría que los guantes eran una prenda apropiada para el trópico, terriblemente húmedo? Pero la burla se convirtió en asombro, y la delicada copa de martini que sostenía entre los dedos resbaló, derramando ginebra sobre los guantes de la mujer.

—¡Oh! —dijo la mujer, mirándose la mancha—. ¡Bueno, no pasa nada, tengo muchos! —añadió riendo—. ¡Ay, señora Alcantara, qué preciosa está usted esta noche!

Cecily tenía delante una réplica de la señora Yap: las mismas mejillas lisas, los mismos ojos demasiado separados, la frente igual de alta; pero la señora Yap a la que Cecily recordaba —la esposa del gánster— llevaba un fuerte perfume, vestía prendas llamativas y mal combinadas y, en general, era una persona estridente y vulgar. Esa mujer también era difícil de ignorar, pero su piel y su vestido eran

tan pálidos, de un color tan parecido, que se diría que no llevaba nada puesto. La única nota de contraste eran sus labios, pintados de un rojo intenso y brillante. Tenía esa delgadez que estaba de moda en Europa y su vestido acariciaba su cuerpo como el agua, resbaladizo y sin curvas. ¡Y el pelo! La señora Yap a la que recordaba Cecily tenía el pelo largo y lo llevaba recogido en un moño, pero la mujer que ahora tenía delante llevaba el pelo tan corto que rayaba en lo inapropiado. Los hombres y las mujeres que estaban alrededor se dieron la vuelta y se quedaron mirándolas. Cecily vio la cara de sorpresa que ponían las otras mujeres y que reflejaba la suya.

—Señora Alcantara, *aiya*, está usted maravillosa —dijo la copia de la señora Yap. Hasta su voz se había transformado: antes era tan aguda que a Cecily le producía dolor de cabeza, y ahora era una música aterciopelada.

—Hola, señora Yap —la saludó Cecily.

—¡No, no, llámeme Lina! No me gusta usar... ese apellido.

Una cresta de dolor pasó fugazmente por la frente de la mujer. Cecily, muerta de vergüenza, se dispuso a ofrecer una disculpa. La señora Yap tomó una mano de Cecily con la suya, enguantada y mojada por la bebida que se había derramado. La palma marrón de Cecily parecía un ratón acurrucado en el guante blanco y mojado de la señora Yap.

—No se preocupe —dijo en voz baja la anterior señora Yap—. Venga conmigo, me alegro mucho de haber encontrado una cara conocida.

Cecily se asombró de la calidez de aquella mujer tan refinada que la llevaba del brazo por la fiesta, abriéndose paso entre la multitud y

las conversaciones sin el mínimo asomo de timidez. Cecily avanzaba tan deprisa como podía, intentando seguirle el ritmo, dando sorbitos ansiosos a la bebida que sostenía en la otra mano para evitar que se derramara por encima de la copa de boca ancha.

—Voy a presentarle a mi nuevo marido. —Estiró el largo cuello, y Cecily reconoció aquel movimiento, el mismo que hacía la señora Yap, es decir, Lina, cuando recorría las fiestas en busca de gente y cotilleos. Cecily estiró también el cuello; sentía curiosidad por saber más sobre el hombre que había transformado a la mujer de un gánster en una damisela china.

—¡Vaya un marido travieso! ¿Dónde te habías metido? —exclamó Lina, entrelazando el brazo de un hombre con traje de lino con el suyo.

A Cecily le llegó un aroma familiar: el picor de la menta penetró en su garganta a través de su nariz. Se le hizo un nudo en el estómago, y su cuerpo reconoció el deseo antes incluso de ver el rostro del hombre.

—Cuánto tiempo, señora Alcantara —murmuró una voz, una voz tan suave que uno tenía que inclinarse hacia delante para oírla.

Cecily sintió un vacío en el pecho. El pie de la copa que aún sostenía emitió un pequeño crujido antes de caer al suelo, y los dedos le escocieron cuando un chorro de sangre brotó de los cortes que le había hecho el cristal.

No podía ser Fujiwara. Cecily sólo había visto la manga de su chaqueta cuando la señora Yap —no, Lina— había tirado de ella. Ni siquiera le había visto bien la cara. Al fin y al cabo, apenas había

tenido tiempo de reaccionar antes de que la copa que tenía en la mano se rompiera y se la llevaran corriendo de allí, con los dedos ensangrentados. Hacía casi un año que no estaba físicamente cerca de él. Pero aunque se repitiese una y otra vez que no podía ser, lo sabía. Lo había olido, lo había oído, todo su cuerpo lo había sentido. Y ahora se encontraba sentada en la pequeña biblioteca del Club y Lina la estaba cuidando.

—¡Estas copas son un peligro! ¡Ha tenido usted suerte y sólo se ha hecho unos pequeños cortes, señora Alcantara! —Cecily vio que Lina se había quitado los guantes y los había dejado cuidadosamente colgados del respaldo de una silla, y que las puntas estaban salpicadas de sangre. Lina tenía los dedos blancos y regordetes, un vestigio de su antigua robustez.

—Siento mucho haberle estropeado los guantes —se disculpó Cecily.

—Nada de eso, la que se siente mal soy yo por haberla asustado —balbuceó Lina mientras le envolvía la mano con un fajo de pañuelos de papel. Cuando retiró los pañuelos, la esquina de uno de ellos se pegó y se separó del fajo, quedando un hilo ensangrentado colgando de la mano de Cecily.

—Estoy bien, señora... perdón, Lina. Es que soy muy torpe.

Desde la biblioteca se oían algunos compases de la música de la fiesta; el trombonista al que Cecily había visto antes estaba interpretando un solo y, aunque soplaba con fuerza, no era muy bueno y muchas notas sonaban desafinadas. Lina se sentó al lado de Cecily y le cogió la mano para examinarle las heridas. Cecily se fijó en que Lina tenía callos en las manos y las yemas de los dedos endurecidas. Se preguntó si acariciaba el cuerpo de Fujiwara con

aquellos dedos de piel áspera, si juntaba aquellas palmas con las suaves palmas de Fujiwara, y si ambos entrelazaban sus dedos en la tranquila intimidad del matrimonio.

—Ya me imagino que le habrá sorprendido verme después de tanto tiempo —dijo Lina—. Tantos hombres que hay, y he acabado con Bingley Chan. —Guardó silencio un momento—. A veces ni siquiera yo me lo creo.

Así que Fujiwara se había casado con Lina bajo una identidad falsa. Y Lina no sabía quién era él, ¿o sí? Cecily tenía ganas de preguntar algo, pero no sabía qué. Cerró la boca y se tocó la tira de pañuelo de papel que se le había pegado a la mano.

—Después de que mi marido... En fin, cuando ejecutaron a mi primer marido, me marché de Bintang. Me refugié en casa de mi madre y pensé que para mí todo había terminado. A veces creía que me moriría, que lo mejor para mí sería morirme. Pero Bingley venía a visitarme. Venía de vez en cuando y me escuchaba. Era el único que lo hacía; parecía que la gente temiese que yo la contagiara. Él me convenció para que volviera a Bintang. Por eso regresé.

Cecily tenía la vista clavada en el suelo. Así que allí era adonde iba Fujiwara mientras ella lo buscaba; allí era adonde había estado yendo todo ese tiempo mientras ella vivía sumida en un estado de pánico, tratando de conjurar la presencia de una carta suya en la tienda de ultramarinos.

—Me imagino que su marido no le permitió escribirme —dijo Lina, confundiendo la rabia silenciosa de Cecily con arrepentimiento.

Todo aquel tiempo ella había estado temiendo por la seguridad de Fujiwara, preocupada por si lo habrían detenido y también por su propia seguridad; y todo aquel tiempo él había estado consolando a

otra mujer y cultivando una relación con ella. Sintió que la humillación le ardía en la punta de las orejas.

—No se puede imaginar lo amable que fue conmigo.

Lina miraba a Cecily con gesto suplicante, con los ojos llenos de lágrimas, como si pidiera permiso para hacer algo. Parecía más joven, casi una niña. Cecily recordó los tiempos en que Bingley también había sido amable con ella. Vio la angustia y la vulnerabilidad en el rostro de Lina, cómo le temblaban las mejillas al recordar el dolor que había sufrido a manos de los británicos, cómo apretaba las mandíbulas para aparentar fortaleza. Cecily se preguntó si ella también había adoptado aquella expresión años atrás en la vieja cocina de su casa, mientras en voz baja le contaba sus penas y sus humillaciones a Fujiwara. ¿Bastaba con ser amable para hacer caer a una mujer en una trampa? Si así era, realmente ellas eran el sexo débil, unas ingenuas, pensó mientras retorcía el trozo de papel ensangrentado que colgaba de su dedo hasta desmenuzarlo.

—Lo siento, estoy hablando demasiado. Es que no es fácil regresar y que todo el mundo se quede mirándote —continuó Lina —. Mire, parece que ya ha dejado de sangrar. —Cogió una venda que Cecily ni siquiera se había dado cuenta de que tenía y le vendó la mano, cubriendo la prueba de la perturbación de Cecily. Al meter la esquina del extremo de la venda para fijarla, sostuvo la mano de Cecily un momento más de lo imprescindible, levantó la cabeza y la miró a los ojos. En voz baja, una voz ni estridente como la de antes ni aterciopelada como la nueva, sino más tímida, dijo—: Espero que... Me gustaría que fuésemos amigas.

Cecily todavía no había procesado del todo la petición de Lina cuando los hombres irrumpieron en la habitación con grandes

aspavientos.

—¿Estás bien, Cecily? ¡Has desaparecido de pronto! ¡Y mira a quién he encontrado, al bueno de Bingley! —gritó Gordon.

Cecily se levantó de golpe y todo le dio vueltas. Sintió que se le ablandaban los tobillos, como si fuesen a doblarse.

—¿Estás bien, querida? —le preguntó Gordon, que corrió a su lado y le puso un brazo detrás de la espalda para sostenerla.

—Ay, creo que se ha mareado. Ha perdido un poco de sangre, se ha hecho un corte en la mano, ¿sabe? —Lina señaló la mano vendada de Cecily.

—Vámonos, Cecily. Te llevaré a casa —dijo Gordon, guiándola hacia la puerta.

—En ese caso le deseo buenas noches, señor Alcantara. —Fujiwara extendió el brazo y le estrechó la mano a Gordon—. Señora Alcantara...

Dejó la mano suspendida en el aire, esperando a que ella se la estrechara. Por primera vez esa noche, Cecily levantó la cabeza y lo miró a los ojos. Estaba más delgado de lo que ella recordaba y tenía las mejillas más hundidas, pero la nariz angulosa era la misma, igual que la voz. Asió sin fuerza la mano de Fujiwara. Y ni siquiera reaccionó cuando él le estrechó la mano y apretó contra su palma un trozo de papel doblado que actuó a modo de barrera entre los dos. Al notar las rígidas esquinas del papel, Cecily tuvo que morderse los labios para que no le temblaran. El contacto físico fue como una descarga eléctrica.

Más tarde, Cecily abrió la mano y alisó el trozo de papel triangular donde él había escrito:

ORIENTAL HORIZONS.
MAÑANA.
3 EN PUNTO.

Se acercó el trozo de papel a la nariz, lo olió y le pasó la lengua. Olía a menta. Tenía un sabor amargo.

Al día siguiente, por la tarde, Cecily llegó a la habitación 7A antes que Fujiwara. La habitación estaba cerca de la escalera, lo que les permitiría salir rápidamente en caso de necesidad. Las paredes apestaban a cigarrillos poscoitales; los bordes de la colcha de flores estaban remetidos bajo el colchón para ocultar las manchas. El techo era bajo y parecía combado por el peso de todo lo que había visto. Sólo se habían encontrado dos veces en el Oriental Horizons, un hotel gris y sórdido de las afueras del pueblo donde nadie quería ser visto, ni siquiera el personal. Era el establecimiento al que iban los británicos con sus prostitutas, donde los amantes quedaban para sus amoríos, donde los políticos escondían a sus novias asiáticas y a sus hijos cuando sus esposas blancas llegaban en barco.

La sordidez y la indecencia del hotel siempre le habían producido a Cecily una mezcla de emoción y asco. Las otras veces que se habían encontrado allí siempre habían evitado acercarse a la cama: él se quedaba apoyado contra la puerta o la ventana en un extremo de la habitación, y ella se sentaba en una fea butaca verde que había en la esquina del otro extremo. En ambas ocasiones el encuentro había sido breve, apenas había durado cinco minutos: instrucciones concisas sobre la misión en la casa del residente; una petición de

más información sobre las mareas en uno de los puertos más pequeños del norte... En las dos ocasiones ella se había fijado en las manchas de moho de la alfombra y le habían dado picores sólo de pensar en los gérmenes que estaba segura de que vivían en la sucia butaca donde estaba sentada. Y las dos veces, cuando Cecily se había marchado a su casa, tenía la ropa interior mojada y el cuerpo dolorido de deseo.

Esa mañana se enojó al ver que él no la estaba esperando cuando llegó. Al fin y al cabo, era Fujiwara quien estaba en deuda con ella. ¿Qué le debía? No lo sabía. Pero algo le debía.

La noche anterior, acostada en la cama escuchando la respiración de Gordon, había ensayado mentalmente lo que le diría a Fujiwara.

«¿Por qué me dejaste?» Demasiado dependiente.

«¿Qué te pasó?» Demasiado agresiva.

«Esperaba algo más.» Demasiado parecido a lo que diría una madre decepcionada.

«Y ahora, ¿qué vamos a hacer?» Eso podía funcionar. Pero no había plural, ni siquiera la remota posibilidad de un «nosotros», ahora que él, por lo visto, tenía a Lina. Cecily se preguntó por qué habría escogido a la desgraciada esposa del líder de un clan chino. No entendía qué podía ofrecerle ella para su causa. Lina estaba vetada en la comunidad. Si había podido asistir al Baile del Monzón era sólo porque se había convertido en la esposa de Bingley Chan. Tal vez Fujiwara quería tener información acerca de los tratos del *kapitan* Yap con los británicos, pero habría sido muy fácil robarla u obtenerla, no era necesario un matrimonio, un contrato, una relación. Cecily sabía que a veces la verdad era algo sencillo que no tenía nada que ver con las conspiraciones, algo doloroso en lo que

ella no quería ni pensar, que ella no quería saber: tal vez él se había enamorado de Lina, simplemente. Esa verdad le produjo un dolor en todo el cuerpo que jamás había sentido: un pitido constante en los oídos, una furia que latía en su pecho, una cabeza demasiado pesada para sostenerla sobre sus hombros. Se levantó y se paseó por la húmeda habitación. Allí sentada se estaba mareando.

La puerta se abrió y, como siempre, Cecily lo olió antes de verlo.

—Gracias por venir —dijo Fujiwara, y ocupó la butaca verde donde al principio se había sentado ella.

Cecily pasó torpemente el peso del cuerpo de una pierna a la otra. Ese día, Fujiwara estaba resplandeciente con su traje de lino recién planchado, y el pelo le olía a menta aún más de lo habitual. Cecily tuvo que reprimir el impulso de aplastarle un mechón que él había pasado por alto al ponerse el fijador para el pelo y que se curvaba hacia fuera como un anzuelo. Él, sentado en la butaca, tamborileaba con los dedos sobre el pantalón. Parecía que le estuviera ardiendo el rostro, que por lo común era una máscara de estoica indiferencia; tenía manchas rosadas en el cuello y respiraba agitadamente.

—Creía que habías muerto —dijo Cecily.

—Sabes que no podía... —contestó él con una voz tensa que denotaba irritación.

Ya que no podía despertar su deseo, al menos Cecily intentaría hacerle sentir algo.

—¿Por qué no me dijiste que estabas bien? ¿Por qué no me dijiste que no vendrían a detenerme? Me dejaste tirada. —Apoyó las manos en el papel pintado de las paredes, sucio y pelado; unos trocitos amarillos se adhirieron a las palmas de sus manos como manchas de ictericia—. Y luego vas y apareces con... con ella.

Cecily sabía que parecía histérica, pero su cuerpo se había impuesto a su mente, su ira había estallado y había vencido a la vergüenza.

—Y a diferencia de ti, yo tengo algo que perder. Yo tengo una familia. Tú no... Tú no le importas a nadie. ¿Por eso te casaste con ella? ¿Para importarle a alguien si te morías?

Cecily vio que una de las mejillas de Fujiwara se hundía levemente; debía de estar mordiéndosela por dentro para contenerse. El cuerpo detecta una herida antes que la mente, y Cecily hurgó en el de Fujiwara.

—Tú no tienes a nadie —repitió—. Por eso te rodeas de mujeres necias.

—Basta. —Fujiwara se llevó una mano al costado, como si le doliera—. No digas esas cosas.

—Y un hijo muerto no cuenta. Los demás tenemos hijos vivos de los que ocuparnos.

Cecily lo vio levantarse de la butaca a cámara lenta: Fujiwara dobló las rodillas, se alzó sobre sus piernas y avanzó hacia ella con los brazos extendidos. Estaba asustada, pero el vacío que notaba bajo el estómago y sobre la pelvis se abrió aún más, y se emocionó al verlo quebrarse, al sentir su poder sobre los sentimientos de él, al experimentar quizá sólo por un segundo lo que se sentía al ser el cazador.

La estampó contra el mugriento papel pintado, aplastándole el hombro con un brazo y rodeándole el cuello con el otro. Ella dio un grito ahogado al ver cómo a él se le tensaban los músculos del cuello. Como tenían la misma estatura, lo miró directamente a los

ojos y vio que sus pupilas se dilataban, mientras su aliento, más agrio de lo que ella imaginaba, soplaba contra su mejilla.

—¿Les haces esto a todas tus chicas? —lo provocó—. ¿Se lo haces a Lina?

Ansiaba morderle la vena palpitante de la sien, hacer que se apretara contra ella con todas sus fuerzas, que la aplastara. Lo vio jadear mientras su pecho se expandía y presionaba contra el suyo. Su pene estaba duro, podía sentirlo contra su muslo. Nunca había deseado tanto a nadie.

Entonces Fujiwara dio un paso atrás y le quitó las manos de encima. La mano izquierda le temblaba. Pálido de vergüenza, dobló los dedos y apretó los puños antes de llevarse las manos a la espalda.

—Tengo que... Tengo que irme —dijo.

Cuando la puerta de la habitación 7A se cerró detrás de él, Cecily abrió la ventana e inspiró hondo, y el olor de la humedad de la calle se filtró en su interior. Tenía el cuerpo hormigueante, magullado y húmedo como un fruto maduro.

13

Jasmin

Bintang, Kuala Lumpur
22 de agosto de 1945
Malaya ocupada por los japoneses

Ya hacía cinco días que Jasmin se despertaba en la casa del general Fujiwara, grande y espaciosa, llena de rincones y recovecos donde jugar; le encantaba que el criado tuviera algún tentempié delicioso o alguna bebida dulce y fría para ella siempre que le apetecía; pero sobre todo le encantaba el momento en que el general regresaba a casa. Entraba de repente con el uniforme sucio y le sonreía. Entonces Jasmin oía correr el agua y, unos minutos más tarde, el general aparecía fresco y limpio con unos pantalones holgados y una camiseta de tirantes. Se sentaban fuera, en unos sillones de mimbre, y bebían refrescos en unos vasos húmedos por la condensación: el vaso del general contenía algo que tenía un olor amargo, y el de Jasmin, una bebida muy azucarada parecida al Horlicks. El criado desplegaba la mosquitera alrededor de sus sillones formando una especie de tienda de campaña, pero no era una mosquitera como las que conocía Jasmin: era ligera y transparente, casi invisible, y le

permitía notar la brisa del atardecer que se colaba por sus finos agujeros; y aunque estaban rodeados de mosquitos, éstos no podían atravesar la red, así que ellos dos estaban protegidos de sus picaduras. Los mosquitos zumbaban en la oscuridad, como si una orquesta interpretara una melodía nocturna. Cuando los grillos empezaban a cantar también, el sol se ponía lentamente en el horizonte.

Para ser un adulto, el general no hablaba mucho. Jasmin estaba acostumbrada a que la gente gritara continuamente: los vecinos, sus hermanos, sus padres; todos intentaban hablar más alto que los demás, decididos a hacerse oír. Pero al general Fujiwara no parecía importarle si lo habían visto u oído. No se esforzaba, estaba simplemente allí. Ella se sentía segura con él, y ésa era una sensación que hacía mucho tiempo que no tenía entre adultos. Por la noche, bajo el refugio de la mosquitera, el general llenaba el espacio con su olor agradable y mentolado, y Jasmin se acordaba de cuando Jujube la abrazaba y le contaba historias de un hombre al que llamaba «Tío Pasta de dientes». «Tío Pasta de dientes vendrá a salvarnos», le decía su hermana. «Él nos protegerá y todo será mucho mejor.» Jasmin se imaginaba a Tío Pasta de dientes como un ser rollizo y alegre, parecido a Papá Noel, que les llevaría un sinfín de cosas maravillosas, regalos y banquetes, y que les devolvería a su hermano. A veces, por la noche, cuando rezaba sus oraciones, Jasmin cambiaba el nombre de Jesús por el suyo: «Te lo pedimos, Tío Pasta de dientes, amén.» Y después de la desaparición de Abel, durante mucho tiempo Jasmin se asomaba a ver la cancela cada vez que ésta se abría, con la esperanza de que fuese Tío Pasta de

dientes, con su bondad y su olor a menta, cogido del brazo de su hermano y devolviéndolo sano y salvo a casa.

Cuando el general Fujiwara le había dicho a Jasmin que conocía a su madre, ella había temido que la llevara a casa, donde la esperaba una buena regañina. Pero él sólo había mencionado una vez a su familia. El segundo día de su estancia allí, la había mirado y le había preguntado:

—¿Te doy miedo?

Ella había dicho que no con la cabeza.

—¿Quieres volver a tu casa?

Jasmin había vuelto a negar con la cabeza, esta vez enérgicamente.

—¡No! —gritó. No podía volver a su casa; la encerrarían en el sótano para siempre, hasta que se le llenara la garganta de polvo y ya no pudiera hablar ni respirar—. ¿Puedo quedarme aquí? ¡Por favor! ¿Puedo quedarme un tiempo?

—¿Eres más feliz aquí?

Ella había dicho que sí con la cabeza. Sabía que su familia se desesperaría cuando descubriera que había desaparecido, igual que cuando había desaparecido Abel. Se le encogía el corazón al pensar en el profundo dolor que les causaría, pero evitaba torturarse con esa idea. Se suponía que la familia tenía que hacerte sentir seguro y querido. Sin embargo, desde que había desaparecido Abel, su familia había perdido toda la alegría; su madre, su padre y su hermana no eran más que sombras de lo que habían sido, y el dolor oscurecía y apagaba el brillo de sus ojos. «¡Pero yo estoy aquí!», le daban ganas de gritar. «¡Yo todavía estoy aquí!»

Ahora, después de lo que le había hecho Jujube, ya no tenía ningún deseo de quedarse con su familia. Todavía no conocía muy bien al general, pero él la ayudaba a sentirse cómoda y segura. Él hacía que se frenara el doloroso aleteo de su corazón. Cuando estaba con él, todo parecía más fácil. Quería quedarse allí aunque sólo fuera un tiempo. Quería volver a estar tranquila.

—Entonces te quedarás aquí conmigo. Tú decides. —El general esbozó una sonrisa que hizo que le salieran unas pequeñas arrugas en las comisuras de los ojos y que su nariz se ensanchara un poco. Jasmin se sintió feliz.

Por las noches, en su pequeña tienda de campaña, si ella se quedaba un rato callada, él le contaba un par de historias. Sus historias siempre trataban sobre una mujer que, según él, se parecía a Jasmin. Era una mujer valiente e inteligente, y era una heroína. Jasmin vivía para oír las historias que le contaba el general, para ver la luz tenue del atardecer iluminándole la cara, para oír la calma de su voz.

—¿Cómo era? —preguntó Jasmin la primera noche.

—Se parecía a ti —le contestó Fujiwara. Jasmin se emocionó. ¿Una heroína que se parecía a ella?—. Era especial. Como tú, la verdad. Muy graciosa y con mucho amor para dar.

Jasmin sintió que su cuerpo se henchía de orgullo. «Especial, como tú.» Le gustaba ser especial, pensar que él la había elegido a ella, que no era tan lista como su hermana ni tan guapa como su hermano; a ella, que siempre parecía un añadido innecesario en su familia, y que siempre tenía que esforzarse para contentar a todo el mundo.

—¿Era guapa? —preguntó Jasmin. A veces, en los libros que le leía Jujube, había ilustraciones de mujeres con bonita figura y cabello brillante y dorado. Jasmin se preguntaba si la valerosa mujer del general también tendría el cabello dorado.

—Me parece que ella creía que era fea. Pero eso se debe a que los blancos nos han hecho pensar en un único tipo de belleza. De hecho, ella brillaba. Y nunca perdía la esperanza.

De todas las cosas que a Jasmin le gustaban de él, la mejor era que le hablaba como si ella fuese una persona adulta. Jasmin no siempre entendía lo que había querido decir; a veces la desconcertaba. Pero en aquellas veladas ella podía olvidarse de que su familia la había traicionado, podía ignorar el nudo que notaba en el estómago cuando pensaba en Jujube desenroscando la única bombilla del sótano y dejándola encerrada y a oscuras.

—Pero ¿cómo la conoció?

—Ella... trabajaba conmigo. —Se inclinó hacia delante con los ojos entornados y el vaso en la mano—. Eres muy curiosa, ¿verdad?

—¿Era una secretaria? —preguntó Jasmin. Eso era la mujer de su vecino, tío Andrew Carvalho, antes de fugarse. Su familia se había puesto a hablar en voz baja, abochornada, cuando Jasmin había preguntado qué había pasado con su tía de la casa de al lado, y al final su padre había contestado: «Tía Tina ha fallecido.» Jasmin sabía que eso significaba que no iba a regresar. El único otro empleo que conocía fuera del hogar era el que tenía su hermana en la casa de té, pero eso no parecía ni emocionante ni peligroso.

El general hizo una pausa, y entonces inspiró tan hondo que Jasmin creyó que se había quedado dormido.

—No, era una patriota.

Jasmin conocía esa palabra. A veces su padre la utilizaba para referirse a los chinos que vivían en la linde de la selva. Había oído a su familia hablar de ellos en voz baja, y sabía que se dedicaban a matar a soldados japoneses. Aquellos hombres le hacían tener pesadillas. Soñaba que se le acercaban sigilosamente por detrás y le rodeaban el cuello con unas manos de uñas sucias. Jasmin estaba confundida; la mujer inteligente y valiente de la que hablaba el general no podía tener nada en común con aquellos hombres violentos que ella se imaginaba, pero no dijo nada porque intuyó que al general no le gustaría hablar de unos chinos que mataban a soldados japoneses.

—¿Y qué hizo? —preguntó Jasmin.

—Otro día te hablaré de las cosas que hizo esa mujer tan valiente —dijo el general, poniéndose en pie—. Ahora tienes que ir a acostarte.

Aunque Jasmin esperaba impaciente las veladas con el general, los días iban haciéndose aburridos. No tenía que permanecer en el sótano como cuando vivía con su familia, pero el general tampoco la dejaba salir de la casa, donde su única compañía era el criado, que era amable, pero sólo hablaba japonés y la mayor parte del tiempo la ignoraba. Los primeros días, Jasmin se había paseado por la casa y la había explorado de arriba abajo, incluso los rincones polvorientos de donde salía con las plantas de los pies negras. Persiguió a una cucaracha, disfrutando de la sensación de resbalar por el suelo de una casa que siempre parecía fresca aunque fuera hiciese mucho calor. Sus carcajadas alarmaron al criado, que fue

corriendo y, al ver lo que estaba haciendo, le gritó algo en japonés. Entonces aplastó la cucaracha con la mano, y Jasmin se apartó, conmocionada. En su casa, Jujube siempre le hacía atrapar insectos en tarros de cristal, incluso cucarachas, y luego los soltaban en la hierba o en la alcantarilla.

Pero una vez que hubo explorado la casa, allí ya no había gran cosa que hacer. Así que, después de comer, decidió salir a explorar por los alrededores y se escabulló por la puerta de atrás, aprovechando que el criado estaba limpiando unas verduras. El chico no la vio. Al principio Jasmin no sabía adónde ir. Igual que cuando estaba en casa con su familia, el general le hacía llevar ropa de niño, un pantalón y una camisa de algodón, aunque él había encontrado prendas que le quedaban mejor: las perneras del pantalón no se arrastraban por el suelo y no se ensuciaban, y la camisa no le resbalaba de los hombros. Además, la camisa blanca del general llevaba una pequeña etiqueta. Estaba en japonés, pero él le había explicado que ponía «propiedad de Fujiwara». Le había dicho que, si algún soldado la paraba por la calle, tenía que enseñarle la etiqueta y así no le pasaría nada. A Jasmin le gustaba la idea de llevar algo del general con ella a cualquier sitio adonde fuera; la hacía sentirse importante y protegida. Mientras corría por el sinuoso camino que llevaba hasta la calle, iba riendo y pensando en la cara que pondría el criado cuando descubriera que se había escapado. Se sintió un poco culpable por si el general regañaba al criado cuando se enterase, pero enseguida ahuyentó ese pensamiento. Volvería por la tarde. No pasaba nada. Ni siquiera la echarían de menos.

El final del camino iba a dar a la carretera principal. Jasmin notaba el calor del suelo en las plantas de los pies. Se volvió hacia la

izquierda y dio unos cuantos pasos, y entonces se le aceleró el corazón. Ahora que estaba al aire libre tenía miedo. Las palabras de Jujube resonaban en su cabeza: «Te harán daño... ahí abajo.» Jujube... Al acordarse de su hermana sintió que le ardía el rostro, pero una vez más se estremeció por el terror y la rabia de que la hubieran encerrado en el sótano a oscuras. Echó los hombros hacia atrás y siguió andando. Podía ser valiente, como aquella mujer de la que le había hablado el general, la patriota.

El sol cada vez calentaba más, y Jasmin empezó a cansarse cuando sólo llevaba unos minutos caminando. Le picaban las corvas, porque siempre le salía un sarpullido cuando sudaba demasiado. En su casa, Jujube tenía un tubo de pomada y, cuando a Jasmin le salía el sarpullido, se la aplicaba en el cuello y las rodillas. Jasmin odiaba aquel olor, pero siempre funcionaba: el picor desaparecía, así como las desagradables ronchas rojas. Estaba a punto de rendirse y dar media vuelta cuando vio, un poco más adelante, algo que le resultó familiar: un letrero rojo y maltrecho que rezaba: BIENVENIDOS. ¡Había llegado a la casa de Yuki! Emocionada, subió los escalones a toda prisa. Hacía muchos días que no se veían, y Jasmin echaba mucho de menos a su amiga.

La casa de Yuki estaba en silencio cuando llegó, a diferencia de la otra noche, cuando había visto a muchas chicas y a unos cuantos hombres por allí. Ese día daba la impresión de que todo se hundía a causa del calor, y cuando Jasmin se asomó a las puertas de las chozas abiertas, vio a las chicas tumbadas en el suelo, boca arriba o boca abajo, en ropa interior, refrescándose y charlando entre ellas. Igual que la otra noche, Jasmin pasó sin hacer ruido y nadie la vio.

Se dio cuenta de que no sabía ni dónde ni cómo encontrar a Yuki, pero mientras avanzaba pegada a las paredes, se acordó. Vio una cabeza que se movía bajo una sábana desteñida y algo de color azul cerca de una rueda de goma. ¡Claro, la carretilla!

La cara de Yuki, alerta y con los ojos muy abiertos, asomó por el borde de la carretilla.

—¡Mini! ¿Dónde estabas? ¡Fui a buscarte a tu casa, pero no te encontré!

Yuki la ayudó a subir a la carretilla. Se sentaron con las piernas cruzadas, cara a cara.

—¿Por qué no estabas en tu casa? —insistió Yuki. El ojo del lado intacto de su cara estaba entrecerrado e hinchado.

Jasmin sintió que el pecho se le abría y que todo lo que había estado aguantando dentro salía de golpe. Se inclinó hacia delante y abrazó con fuerza a Yuki. Su amiga olía a un sudor un poco avinagrado, pero a Jasmin no le importó: había conseguido encontrarla.

Dos días más tarde, Jasmin regresó a la carretilla.

—¡Contraseña! —dijo Yuki en voz baja.

—¡Lala chaka chaka wooka! —susurró Jasmin conteniendo una risita. Aquella contraseña le parecía muy graciosa. Se la había inventado Yuki y habían tenido que practicarla una y otra vez para que Jasmin pudiese recordarla. Todavía le costaba recordar si era «wooka» o «weeka».

—¡Adelante! —Yuki levantó la sábana y ayudó a subir a Jasmin a la carretilla.

Jasmin no había llevado a Yuki a la casa del general porque no estaba segura de cómo la recibiría él, y tampoco quería quedar con ella delante de su casa por temor a que Jujube o su madre las descubrieran. Seguía confundida por aquellas chicas de aspecto triste que vivían en la misma casa que Yuki, pero había aprendido a apartar la mirada cuando las veía pasar acompañadas de hombres. Procuraba avanzar sin hacer ruido, sin separarse de las paredes, conteniendo la respiración hasta que llegaba a la carretilla.

En su escondite, las niñas fingían ser dos damas inglesas que se habían reunido para tomar el té, o una paseaba a la otra en la carretilla intentando no reír a carcajadas. Una vez que Yuki estaba paseando a Jasmin, chocó con una piedra y la carretilla volcó. Por un momento, a Jasmin se le cortó la respiración.

—¡Por favor, Jasmin, despierta! —le gritó Yuki.

Jasmin permaneció con los ojos cerrados un momento más, sólo por diversión, y cuando por fin los abrió, riendo de la broma que le había gastado a su amiga, se sorprendió al encontrar a Yuki llorando, con las cicatrices de la cara llenas de lágrimas.

—Lo siento, Yuki —se disculpó.

Yuki desvió la mirada.

—Déjame en paz. No lloro por ti.

Pero a Yuki le encantaba oír a Jasmin contarle historias de su nueva vida en casa del general. No paraba de hacerle preguntas sobre él. «Cuéntame otra vez a qué le huele el pelo. Y cómo es su casa», le decía embelesada. Y Jasmin le hablaba del fijador para el pelo con olor a menta y de su espaciosa y gran casa blanca.

Jasmin se alegró al comprobar que el criado no se daba cuenta de que ella desaparecía después de comer, siempre que hubiese regresado y se hubiese lavado antes de que el general volviese a casa a la hora de la cena. Aunque el general y ella seguían manteniendo sus charlas nocturnas, Jasmin se había fijado en que él cada vez parecía más cansado. Por la noche, cuando estaba en la cama tratando de conciliar el sueño, lo oía pasearse por la casa. Muchas veces encendía la radio después de cenar, y aunque la retransmisión era casi siempre en japonés, Jasmin distinguía algunas palabras que conocía: «rendición», «bomba», «fin».

La primera noche que Jasmin había pasado en la casa del general, él le había preguntado qué quería ser de mayor. A Jasmin le había desconcertado la pregunta, porque siempre había sabido la respuesta: quería crecer y convertirse en Jujube. Jujube era inteligente y cariñosa, y siempre sabía lo que había que hacer. Ahora, sin embargo, Jasmin ya no estaba tan segura.

Al ver que la niña se quedaba callada, el general le preguntó:

—¿Has ido a la escuela?

Jasmin negó con la cabeza.

—Pero sé leer —dijo.

—¿Te gusta leer?

Jasmin volvió a negar con la cabeza. Prefería que le leyeran en voz alta, a pesar de que cada vez le costaba más convencer a su madre o a su hermana para que lo hicieran.

—En eso no te pareces ni a tu madre ni a mí —dijo el general.

Jasmin detectó una nota de decepción en su voz, y eso la inquietó.

—Pero seguro que podría llegar a gustarme —dijo.

El general esbozó una sonrisa.

—Yo me ocuparé de que así sea. Pase lo que pase conmigo, me aseguraré de que alguien cuide de ti.

Extendió los brazos y Jasmin creyó que iba a abrazarla, pero entonces él bajó las manos.

—Buenas noches, Jasmin.

14

Jujube

Bintang, Kuala Lumpur
24 de agosto de 1945
Malaya ocupada por los japoneses

Hacía siete días, cinco horas y veintitrés minutos que Jasmin había desaparecido. Jujube había buscado a su hermana por todos los rincones del pueblo. Los primeros días había empezado visitando a vecinos y amigos de la familia. Los Carvalho dijeron que no habían visto ni oído nada. Los Tan hicieron muchas conjeturas, como siempre: tal vez Jasmin se había unido a un circo, tal vez le había mordido un perro y se había caído en una zanja, tal vez había robado un rambután del rambután mágico del patio de tío Robbie y se la habían llevado tres fantasmas. La anciana tía Swee Lan, que según decían tenía el don de la clarividencia, negó con la cabeza con gesto de gravedad cuando se enteró, pero Jujube no consiguió sonsacarle nada más. El desagradable peso que Jujube notaba en el estómago, aquella sensación amarga provocada por el miedo, empeoraba cada día.

Llevada por la desesperación, empezó a buscar en las alcantarillas y en los montones de basura, aunque no estaba segura de qué era lo que buscaba: un trozo de vestido, una zapatilla, un dedo, una

niña. Por la noche, en el colchoncito que compartía con su hermana, la asaltaban pesadillas en las que veía a Jasmin llamándola, pero cuando se acercaba, el rostro de Jasmin adquiría un color gris pálido, cadavérico. Aun así, no era sólo la muerte lo que angustiaba a Jujube durante el día. Lo que más temía era que alguien hubiese secuestrado a su hermana, que alguien se hubiese aprovechado de ella y la hubiese dejado desangrándose en una cuneta, que alguien hubiese encontrado la forma de destrozarla sin matarla.

Esa tarde, cuando volvió a casa después de buscar a Jasmin, Jujube olía mal: estaba salpicada de los jugos de la basura cocida al sol, pero sentía que ese olor provenía tanto de fuera como de dentro. Antes de entrar en la casa, cogió la fina pastilla de jabón que su madre dejaba en la repisa de la ventana y se lavó las manos y los pies. El agua fue un alivio: primero casi quemaba porque el sol la había calentado dentro de la manguera, pero a medida que iba chorreando se refrescaba. Jujube se quedó mirando el riachuelo de agua que discurría por el suelo junto a la hierba antes de caer en el estrecho canal de desagüe que pasaba por delante de la casa. Cuando eran pequeños, todos excepto ella odiaban aquel canal que hacía las veces de alcantarilla. A Abel siempre se le perdían cosas allí. Jujube se acordaba de haberlo visto buscando aquella canica atigrada; su hermano se había pasado días metiendo la mano en el agua con la esperanza de encontrar la preciosa bola de cristal. A Jasmin, en cambio, aquel desagüe le daba miedo, porque cuando las tormentas del monzón rasgaban el cielo rugía con mucha más fuerza de lo que uno esperaría de un canal tan estrecho. Pero a Jujube le encantaba. Le gustaban los laterales acanalados, justo del ancho de una zancada. Cuando era más pequeña, pocos días antes de nacer

Jasmin, antes de que los japoneses llegaran y lo destrozaran todo, paseaba por allí con una pierna a cada lado del canal, fingiendo que estaba lleno de lava. Los días en los que el canal estaba seco y hacía mucho calor, y ella estaba cansada de oír el ruido que hacían todos, se sentaba en el fondo y aquellos extremos curvados la protegían del mundo. Allí, fuera de la vista, se evadía leyendo novelas de Enid Blyton —donde unos árboles mágicos podían transportar a quienes trepaban por ellos a diferentes tierras— o historias sobre intrépidos huérfanos dickensianos que, contra todo pronóstico, encontraban su lugar en el mundo. Desde aquel canal de desagüe también oía cosas. Como quedaba justo detrás de la cocina, desde allí podía oír a su madre: a veces tarareaba cancioncillas, o reía alegremente, aunque Jujube nunca veía con quien hablaba. Y cuando la llamaban a la hora de la cena, su madre le decía: «¿Dónde te has metido? Te he perdido de vista», y Jujube sonreía dulcemente y contestaba: «En ningún sitio, madre. Estaba jugando.»

Ahora, todos los músculos del cuerpo de Jujube estaban tan tensos y temblorosos que parecía que fueran a romperse. Se sentía exhausta. Fue chapoteando hasta el canal de desagüe por el riachuelo de agua, como si estuviera hipnotizada. Metió los pies dentro, y luego todo el cuerpo. El chorro de la manguera había goteado por los laterales, arrastrando los excrementos secos de pájaro acumulados en ellos y anegando el fondo, donde había despegado hojas y trozos de basura. Se estaba poniendo asquerosa, y el olor empezaba a ascender con el calor. Aun así, Jujube acomodó su cuerpo en el canal, y el espacio cerrado la reconfortó. «Sólo un minuto», se dijo, tratando de recobrar el aliento; se sentaría allí el tiempo necesario para pensar qué hacer, qué problema resolver

primero; para ordenar su cabeza, calmar los latidos de su corazón, tranquilizarse. Cerró los ojos y el sol le golpeó los párpados como si unas manitas enfadadas golpearan una puerta. «¡Despierta», le gritaba el sol, «tienes que encontrar a tu hermana!».

—¡Jujube! —Una voz que conocía, procedente del exterior, resonó entre los laterales del canal, y a continuación se oyó el ruido de algo pesado que golpeaba el suelo y un tintineo: una bicicleta y un timbre —. ¿Dónde estás, Jujube?

¿Qué demonios hacía él allí? Jujube suspiró y se mordió el labio inferior. Por una parte, quería seguir escondida con la esperanza de que el señor Takahashi no la encontrara, desistiera y se marchase con su bicicleta. Pero por otra parte sabía que era un buen hombre y que estaba preocupado, y eso la hizo levantarse. Se apoyó en un lateral del canal de desagüe y miró hacia arriba.

—¿Qué haces en el *longkang*?

El señor Takahashi tenía gotitas de sudor en la nariz y jadeaba por el esfuerzo de pedalear. A Jujube le pareció entrañable que supiera cómo se decía «canal» en malayo. Casi sonrió.

—Sal de ahí, por favor.

Takahashi la ayudó a salir de la alcantarilla, aunque le costaba mantener el equilibrio. No era un hombre fuerte. Jujube había salido muchas veces de allí sin ninguna ayuda, pero ese día se aferró a los brazos del anciano. Una vez fuera, vio que no tenía fuerzas para sostenerse en pie, así que se desplomó y se tumbó en la hierba húmeda.

—¿Qué hace usted aquí? —balbuceó.

Él hizo como si no la hubiera oído.

—Dime, ¿alguien te ha empujado? ¿Dónde está tu madre? ¡Oh, Dios mío, estás muy mojada! —Tambaleándose, el señor Takahashi ayudó a Jujube a levantarse; luego le cogió un brazo y se lo puso sobre los hombros—. Vamos, niña, te llevaré a casa.

—La casa está sucia —dijo Jujube, pero lo dejó entrar.

La casa estaba realmente sucia. Al principio, tras la emoción de las noticias sobre la bomba de Nagasaki, pareció que el padre de Jujube volvía a ser el de siempre. Había empezado a contar historias de cómo se imaginaba que sería el derrocamiento de Japón, y a preguntarse en voz alta si recuperaría su empleo en el Departamento de Obras Públicas, pero la desaparición de Jasmin había destruido cualquier esperanza que él hubiese podido abrigar. Se paseaba por ahí como una pelota desinflada, tosiendo, escupiendo y arrancándose costras de las heridas de las manos que se hacía en el taller con las hojas de metal. Después del trabajo se quedaba en un rincón de su habitación como un animal herido, y se pasaba toda la noche ovillado allí, respirando entrecortadamente.

Su madre estaba aún peor. Los primeros días tras la desaparición de Jasmin, no paraba de murmurar que iría a ver a alguien y le iba a pedir ayuda, pero por mucho que Jujube insistiera, no conseguía sonsacarle más información. Ahora su madre se pasaba la mayor parte del día encerrada en su habitación, y Jujube la oía dar vueltas farfullando palabras ininteligibles; de vez en cuando salía con el pelo alborotado y los ojos desorbitados. Un día Jujube había arrastrado a su madre hasta el cuarto de baño. Había cogido el cazo y había intentado echarle agua por encima para quitarle aquel tufo que desprendía, pero su madre se había librado de ella con una fuerza sorprendente y se había agazapado en un rincón del cuarto de baño,

con los ojos llorosos, hasta que su hija volvió a llevarla a su dormitorio. Jujube intentaba mantener la casa ordenada, pero apenas tenía tiempo para cocinar las escasas raciones que conseguían, y mucho menos para limpiar.

El señor Takahashi no hizo ningún comentario sobre el rancio olor que salía de la cocina, aunque sí lanzó un grito al ver una hilera negra de hormigas en el suelo. Después de que su madre hubiera derramado el aceite y el Horlicks, Jujube no había conseguido mantener a las hormigas a raya. El señor Takahashi dejó a Jujube en una silla de mimbre del pequeño salón, pasó por encima de las hormigas y la mugre del suelo y puso un hervidor de agua en el fuego.

—¡Hoy te preparo yo té! —dijo—. Yo te ayudo, pequeña Jujube. Quédate sentada. Estoy preocupado por ti porque llevas días sin ir a casa de té, y le pregunto a tu jefe dónde estás... —El señor Takahashi siguió hablando sin parar, confundiendo los tiempos verbales mientras abría armarios y buscaba tazas y hojas de té.

Durante la media hora siguiente, Jujube se quedó observando al señor Takahashi. Él le sirvió una taza de té, y luego rebuscó por la cocina hasta que encontró una escoba, una mopa y un trapo, y se puso a limpiar el suelo y la mesa de la cocina. No lo hizo muy bien, y dejó una capa de grasa y aceite flotando en todas las superficies, pero a Jujube no le importó.

Después de intentar limpiar la cocina, el señor Takahashi se sentó con las piernas cruzadas en el suelo, frente a Jujube.

—No, señor. Siéntese en la silla —dijo Jujube, levantándose.

—No, tú cansada. Tú te sientas.

El señor Takahashi le cogió la taza de las manos y volvió a servirle té, sin que ella apenas se diera cuenta. El té estaba insípido porque no había estado suficiente tiempo en infusión, pero el vapor que despedía era tranquilizador. El señor Takahashi la observaba desde el suelo con los ojos muy abiertos, como un perro perdido.

—¿No noticias de tu hermana? —preguntó.

Jujube negó con la cabeza; no había nada que decir. Quizá para llenar el silencio, para calmar el malestar de su visitante, se sorprendió a sí misma diciendo:

—¿Y usted? ¿Sabe algo de su hija?

Al señor Takahashi se le iluminó la mirada, pero luego volvió a apagarse. Desde su posición por encima de él, Jujube intuyó los sentimientos encontrados del anciano: la alegría por haber recuperado a su hija y el sentimiento de culpa por la desaparición de la hermana de Jujube.

Jujube pensó en cómo actuaban las niñas y las mujeres con los hombres: siempre sabían qué querían ellos y cómo deseaban ser reconfortados, vivían inmersas en el continuo cálculo de averiguar qué aspectos de sí mismas debían mostrarle a un hombre y qué partes de su dolor eran demasiado insoportables para él. Se dio cuenta de que su madre se comportaba así con su padre cuando él llegaba a casa del trabajo: dejaba a un lado sus propias alegrías y preocupaciones y le preguntaba a su marido cómo le había ido el día, y luego asentía y sonreía ante su entusiasta cháchara sobre el suelo y las mareas, comportándose como una esposa obediente y feliz.

—No pasa nada, señor. Puede contármelo —dijo Jujube. Al fin y al cabo, el señor Takahashi había sido bueno con ella.

Él no necesitó que le insistiera. Se sacó del bolsillo una fotografía arrugada y un telegrama.

—¡Ésta es Ichika!

Jujube se preguntó si siempre llevaba aquella fotografía encima o si la había cogido ese día con la esperanza de que ella quisiera verla. Así que su hija se llamaba Ichika, pensó. Se tragó el nudo de rabia que se le había hecho en la garganta y se agachó para examinar la fotografía de una chica algo mayor que ella, de veintiún años quizá; llevaba el pelo recogido detrás de las orejas y vestía unos vaqueros, lo que sorprendió a Jujube.

—Mi hija es muy moderna. Va a universidad. Estudia arte. Y también enfermera —dijo el señor Takahashi. Jujube se fijó en que, cuando hablaba de Ichika, echaba los hombros hacia atrás, como si el orgullo y el cariño que sentía por la chica de los pantalones vaqueros no le cupieran en el pecho.

«¿Cómo se atreve?», pensó. Pero dejó de lado su profunda desesperación y ante el señor Takahashi desempeñó el papel de la chica agradecida, de la muchacha dispuesta a escuchar las muestras de alivio y alegría de un hombre.

15

Cecily

Bintang, Kuala Lumpur
1937
Ocho años atrás,
Malaya ocupada por los británicos

Bingley y Lina Chan se reintegraron sin dificultades en la vida social, lo que no sorprendió a nadie. Gracias al dinero de la anterior señora Yap (o eso suponía Cecily), asistían a los actos sociales del Club y de la casa del residente, y ellos también organizaban fiestas e invitaban a los funcionarios británicos a su casa, grande y muy moderna. Cecily estaba asombrada de la escasa memoria colectiva de los británicos.

—¡Hace un año, nadie le dirigía la palabra a la señora Chan! —protestaba Cecily hablando con su marido. Pero Gordon estaba encantado con ellos, sobre todo con «Bingley», y acogió a la pareja como si fueran viejos amigos largamente añorados. En las fiestas, Cecily se estremecía cada vez que Gordon salía corriendo a saludar a Fujiwara; veía la sonrisa inexpresiva de Fujiwara y su esfuerzo por tolerar la adoración de Gordon. «Si Gordon supiera», pensaba, y su

cuerpo la transportaba al día en que Fujiwara la había estampado contra la pared. Se acariciaba con el pulgar la sombra del cardenal que le había hecho en la muñeca y sentía un cosquilleo de placer.

A los británicos, por lo visto, también les encantaba Fujiwara. En su papel de Bingley Chan, Fujiwara repartía sonrisas por doquier y no mostraba ni un atisbo de la torpe hosquedad que a ojos de Cecily lo caracterizaba. En vez de eso, practicaba un humor autocrítico que a ella la crispaba. Un día, por ejemplo, en un acto muy concurrido, Cecily oyó a un funcionario británico hablando con Fujiwara:

—Señor Chan, ¿ha visto a mi esposa? —dijo el funcionario.

—No, amigo mío. ¡Tengo los ojos demasiado pequeños para ver nada con claridad! —Y ambos rieron a carcajadas.

Él les permitía convertirlo en el blanco de sus bromas, y así conseguía que lo respetaran. «He aquí un hombre», debían de pensar los británicos, «que parece uno de ellos, pero piensa como nosotros. He aquí un hombre que nos deja decir en voz alta las cosas de las que sabemos que deberíamos avergonzarnos, pero de las que no queremos avergonzarnos». Cecily se preguntaba cuán alto era el precio que uno debía pagar a cambio de ganar la aceptación ajena. Incluso ahora, como respetada esposa de un alto funcionario administrativo, veía cómo las esposas occidentales dejaban de hablar cuando ella se acercaba. A veces hacían comentarios sarcásticos sobre la educación de los hijos.

—¿Sabían ustedes que dejan que sus hijas sangren por toda la casa cuando tienen la menstruación? —decía con voz entrecortada la señora Landley, la esposa de Alistair Landley, un directivo de nivel medio.

—¿Sabían que dejan a sus hijos correr desnudos por ahí hasta que son adolescentes?

—¿Sabían que...?

A Cecily le partía el corazón ver que Fujiwara estaba dispuesto a convertirse en objeto de burla a cambio de ser admitido en un grupo social que, en su opinión, no merecía ese sacrificio. ¿Cuánto de sí mismo había tenido que sacrificar en aras de sus convicciones ideológicas, y cuánto de sí mismo le quedaba por sacrificar? No quería sentir lástima por él, pero la sentía.

Lina parecía comodísima en su nuevo papel de dama respetable y admitida por la sociedad. Llevaba unos vestidos de colores tan claros como su piel. Flotaba entre las masas de gente como un hermoso fantasma y todos se alegraban de saludarla. Los funcionarios británicos, los mismos que habían detenido a su primer marido y que seguramente lo habían colgado y golpeado hasta la muerte, la saludaban con respeto y luego, cuando ella se daba la vuelta, contemplaban su figura sin disimular su admiración. Cecily estaba indignada ante aquella patente hipocresía, y furiosa al ver que Lina parecía dispuesta a aceptar esa vergüenza como parte de la ecuación de su existencia.

Durante semanas, Cecily evitó a la pareja. Los observaba en las fiestas, cogidos del brazo, paseándose entre la gente como estrellas de cine. Pero así como Gordon corría hacia ellos como si le hubiesen concedido una audiencia con la realeza, Cecily se quedaba al fondo de la sala y hacía todo lo posible por pasar desapercibida. Los observaba desde lejos e intentaba descifrar su lenguaje corporal. Cuando veía el brazo de Fujiwara entrelazado con el de su mujer, intentaba adivinar si se lo apretaba con fuerza, y se preguntaba si

Lina notaría los latidos del corazón de su marido en su costado, y si el cuerpo de ella irradiaba calor o frescura al apretarse contra él. Cecily ansiaba que Fujiwara se diera la vuelta hacia ella. «¡Mírame!», gritaba en silencio. No habían vuelto a comunicarse desde el día en que se habían visto en la habitación 7A, y sin embargo, en la mente de ella, él había mutado como un virus. Cecily creía verlo en todas partes: el bajo de una pernera de lino desapareciendo por un callejón, el embriagador olor a menta del fijador para el pelo flotando en la puerta de una tienda, un rostro fugaz en el abarrotado centro del pueblo que desaparecía cuando sus ojos trataban de distinguirlo entre la multitud. Fantaseaba tontamente con que él irrumpía en su casa, la buscaba por los pasillos, la tomaba en sus brazos y se la llevaba. Esas fantasías infantiles la hacían avergonzarse, aunque no tanto como el recuerdo de aquel día en la habitación 7A. Todavía no sabía qué le había pasado, qué se había apoderado de ella, pero su descaro ya sólo le provocaba vergüenza.

Lina intentó romper el hielo varias veces. Se acercaba furtivamente a Cecily en las fiestas, y también en una ocasión en que se cruzaron por la calle.

—¿Adónde va? —preguntó Lina, posando su fría mano sobre el brazo de Cecily.

—Bueno, a ninguna parte —masculló Cecily aturullada, y se marchó precipitadamente en la dirección opuesta.

Sólo hubo un encuentro accidental, un día que Cecily, Gordon y los dos niños se dirigían a pie al parque. Cecily vio acercarse a los Chan, pero tenía las manos ocupadas porque Abel se resistía a caminar y Jujube iba tan concentrada en su libro que necesitaba que su madre

la guiara, así que no tuvo tiempo de desviar a su familia para evitar el encuentro.

Los dos hombres se saludaron con el entusiasmo habitual.

—¡Qué guapo es su hijito! —exclamó Lina, agachándose para saludar a Abel—. ¿Cómo te llamas, pequeño?

Abel batió las pestañas, tan largas que, cuando se desprendían, se le metían en los ojos y se los irritaban.

—Abel —contestó con timidez—. Tengo seis años. —Levantó seis dedos.

—No, tontito, tienes casi siete —lo corrigió Jujube sin alzar la vista del libro.

Cecily miró enojada a su familia: a Jujube, que merecía una buena reprimenda aunque tuviese razón; a Abel, que estaba enfurruñado tras el malvado comentario de su hermana, y a Gordon, que fanfarroneaba con Fujiwara y hacía tantos aspavientos que la gente se volvía al pasar.

Lina dio una palmada y se echó a reír.

—¡Qué divertidos son sus hijos, Cecily! —Entonces, como si percibiera la turbación de Cecily, le tiró del brazo a su marido—. Vámonos, Bingley. No los retengamos más. Hace mucho calor y los niños van a sudar con esa ropa tan bonita.

—Ella no es muy simpática, ¿verdad? —refunfuñó Gordon cuando los Chan echaron a andar.

Cecily no dijo nada, agarró a sus hijos por el brazo y siguió su camino.

—Ya sé por qué la evitas —añadió Gordon mientras se secaba el sudor de la frente con un pañuelo—. En realidad, no es como nosotros, ¿no? Por mucho que intente dar el pego con toda esa ropa

nueva, es de clase baja —dijo, al tiempo que se alisaba el pelo. Cecily se fijó por primera vez en que su marido llevaba el pelo peinado hacia atrás y engominado, igual que Fujiwara.

Pero a principios de febrero, Cecily decidió que estaba harta.

Creía haberse librado para siempre tanto de sus antiguas creencias como del hombre que las había suscitado. En ese sentido la distancia la había engañado, dándole una falsa sensación de estabilidad y seguridad y haciéndole creer que se había adaptado completamente a su nueva vida de súbdita colonial de clase media-alta. Pero el regreso de Fujiwara y Lina lo había removido todo, y ahora, entre sus arrebatos de vergüenza y deseo, ansiaba tener noticias del avance de los japoneses y se preguntaba cuánto tardarían en llegar a las costas malayas. Recordaba la agradable sensación de tener una meta, de ocultar un secreto que no era vergonzoso, de tener un objetivo que iba más allá de sus intereses personales. Echaba de menos todo lo que Fujiwara había cultivado en ella, así como la sensación de estar rodeada de gente y ser la única elegida para la misión. Esa superioridad la reconfortaba cada vez que se sentía desdeñada por alguna otra esposa o por su propio marido. Echaba de menos ser una mujer con una misión importante, una mujer que era algo más que una mera extensión de su hogar y su familia.

Así que decidió solventar la situación.

La idea se le ocurrió a primera hora de la mañana, y parecía tan lógica que se puso a preparar lo que su madre llamaba el «pastel europeo» en cuanto se levantó de la cama, antes de que se le

ocurriera alguna razón para no hacerlo. Cortó en rodajas el fiambre de cerdo, las patatas, los champiñones y los huevos de codorniz, lo hirvió todo con caldo de pollo espesado y, por último, añadió el ingrediente secreto que en principio debía darle el toque «europeo»: salsa Worcestershire.

—¿Qué haces, querida? —le preguntó Gordon antes de irse a trabajar, mientras le birlaba un trozo de fiambre.

Ella le dijo adiós con la mano. Vertió la mezcla caldosa en una bandeja de hornear esmaltada y, en la masa de la corteza del pastel escribió «L&F», las iniciales de «Lina y Fujiwara», pero entonces reparó en su error y convirtió la F en una B de «Bingley». Se retiró un poco para admirar su obra. Hasta su madre, que raramente elogiaba lo que hacía su hija, estaría orgullosa de ella, pensó.

A media tarde, metió en un sobre los informes que había encontrado en una carpeta que Gordon se había dejado en la mesa de la cocina y escribió en la parte delantera «Chang, Bingley». Gordon nunca sabía dónde ponía sus documentos; creería que se los había olvidado en la oficina o le pediría a alguna de sus secretarias que le hiciera otra copia. Luego tapó el pastel europeo y salió a la calle. «Que no llueva, que no llueva, que no llueva», iba murmurando.

Cuando llegó a la casa de los Chan, vio muchos zapatos de mujer puestos en fila junto a la puerta principal. Estupendo: Lina tenía invitadas, pensó. Podría darle el pastel, decirle que le llevaba también unos documentos de Gordon para Bingley y marcharse. Discreto y fácil.

Lina salió a abrir la puerta con un vestido dorado demasiado elegante para una merienda.

—¡Oh, miren quién está aquí! —exclamó, con excesivo entusiasmo en opinión de Cecily.

—Buenas tardes, Lina. Le he traído un pastel que he preparado...

Se oyeron voces femeninas dentro de la casa.

—Han venido unas amigas. ¿Por qué no pasa a saludarlas?

Cecily titubeó. Su intención no era quedarse allí hablando con unas mujeres a las que apenas conocía. A juzgar por la calidad del calzado que había junto a la puerta —zapatos de tacón de piel brillante y líneas sencillas—, se trataba de un grupo de esposas británicas. Ella no iba vestida para la ocasión ni estaba preparada para soportar que la tratasen con condescendencia.

—Será mejor que no. Si tiene compañía...

—No, *lah*, Cecily, pase. ¿Quién se ha quedado vigilando a sus hijos?

—La sirvienta —admitió Cecily de mala gana.

—En ese caso, ¿a qué espera? ¡Cómo vamos a quedarnos hablando aquí fuera, bajo este sol abrasador! —Lina agitó las manos, instándola a entrar. Cecily no tenía escapatoria. Se quitó los zapatos marrones y, avergonzada, los escondió entre los de las otras mujeres.

La casa era increíblemente austera. La de Cecily, aunque más amplia después de las reformas, estaba siempre desordenada. Pero a Cecily le gustaba pensar que el desorden de su hogar proporcionaba comodidad: había butacas y cojines dispuestos al azar, muchos sitios donde sentarse, alfombras en el suelo para que los niños jugaran, fotografías familiares en todas las superficies. La casa de los Chan, en cambio, se veía impoluta, y las paredes estaban pintadas de color crudo, un tono parecido al de los vestidos

de Lina. El recibidor se abría a otra habitación; no había alfombras, y las brillantes baldosas blancas refrescaron los pies descalzos de Cecily. Lina la condujo a un salón con un solo elemento decorativo: una gran acuarela abstracta en blanco y azul que dominaba la pared y la estancia. Parecía diseñada para atraer las miradas, pero se negaba a ofrecer nada más al espectador; ni siquiera era posible determinar el punto central del cuadro. Tres mujeres blancas con vestidos floreados estaban sentadas recatadamente en unas sillas de respaldo recto, sosteniendo sus diminutas tazas de té con el meñique levantado. Ofrecían una estampa tan caricaturesca que Cecily estuvo a punto de echarse a reír, no sabía si por nerviosismo o por lo cómico de la situación.

—Lady Worthing, señora Chandler, lady Lewisham. Les presento a Cecily Alcantara, a la que seguramente ya conocen —dijo Lina—. ¡Nos ha traído un pastel!

Lady Lewisham, la esposa del residente, era la que el año anterior había torcido el gesto cuando Cecily había fingido desmayarse para cubrir a Fujiwara. Pensar en Fujiwara le produjo dolor de estómago. Cecily se fijó en que junto a los platillos de té había unos vasos de un líquido transparente. Por el olor a enebro que desprendían los vasos, Cecily supo que contenían ginebra. Las mujeres estaban bebiendo gin-tonics.

La más rubia, lady Worthing, olfateó la bandeja tapada de Cecily y dijo: «No, gracias. Ya he comido.» Las otras dos la saludaron con la cabeza y la miraron de arriba abajo. Cecily se sonrojó, consciente de que estaban juzgando su ropa y el pastel del que tan orgullosa se había sentido apenas unas horas antes.

Lina la acompañó hasta la cocina; una vez allí, Cecily dejó el pastel encima de la mesa y, justo al lado, el sobre con los documentos robados.

—Le he traído esto a su marido de parte de Gordon... —empezó a decir.

—¡Oh, qué detalle! —exclamó Lina. Había destapado el pastel y estaba pasando el dedo por las letras dibujadas en la costra: la L y la B torpemente corregida. Entonces, sin limpiarse el dedo, le cogió las manos a Cecily—. Bingley dice que a veces su marido es un poco... —Hizo una pausa, como si buscase la forma más adecuada de expresar un concepto delicado—. Dice que a Gordon le cuesta pasar por alto mis anteriores... transgresiones.

Cecily se sorprendió, en parte por el hecho de que Lina conociera y pronunciase correctamente la palabra «transgresiones». Además, parecía que Fujiwara había encontrado una forma de justificar la actitud reticente de Cecily. Sintió un pinchazo en el costado.

—Pero usted me cae muy simpática y me gustaría que fuésemos amigas. El que cometió esos delitos fue mi primer marido, no yo. Espero que usted lo comprenda.

Cecily notó que a Lina empezaban a sudarle las palmas de las manos, y se sorprendió al detectar esa fisura en su imagen perfectamente maquillada. Al fin y al cabo, Lina no la necesitaba; había vuelto a ascender a lo más alto de la escala social por sí misma, gracias a su encanto natural. Cecily había confiado en que su pastel sería una forma de acercarse a Fujiwara, de hacerle saber que quería reincorporarse. No pretendía nada más; ni se le había ocurrido que pudiese provocar esa expresión de vulnerabilidad y optimismo en el rostro de Lina. Se dio cuenta de que Lina, con todo

su lustre y su destreza, buscaba en ella algo parecido a la aprobación, y eso le resultó incómodo, pero también lo encontró entrañable.

—Vamos, Lina —dijo Cecily—. No podemos dejar a esas tres mujeres solas con sus tazas de té. ¡Imagínese el follón que podrían llegar a organizar!

Lina suspiró alegremente y enlazó el brazo de Cecily con el suyo. Juntas, volvieron al salón, donde las tres mujeres blancas se reían a carcajadas, con las tazas de té abandonadas y las cabezas muy juntas.

—¿De qué hablaban? ¿Estaban chismorreando? —trinó Lina, dejándose caer en el sillón. Cecily titubeó un momento, hasta que Lina le señaló un sillón de mimbre que había a su lado, y entonces se sentó.

—En absoluto —dijo lady Lewisham, pero Cecily adivinó, por cómo le temblaban las comisuras de la boca, que estaba deseando que le insistieran.

—Venga, señoras, ahora tienen que contárnoslo —las animó Cecily.

—Bueno... —empezó la rubia estirada, lady Worthing—. Hablábamos de con qué hombres nos gustaría acostarnos si no estuviésemos casadas.

—Nos referíamos a los lugareños, por supuesto —añadió la señora Chandler, la más guapa y discreta del grupo. Se llevó el vaso de gin-tonic a los labios. Las tres se echaron a reír.

—Vaya, qué divertido —afirmó Cecily con frialdad. Sintió que su espalda se tensaba y se ponía rígida, como si involuntariamente su cuerpo levantase una defensa.

Las tres mujeres empezaron a repasar sus opciones.

—¿El señor Lingam? Demasiado bajo. Y demasiado oscuro —dijo lady Worthing, con una mueca de disgusto.

—¿El señor Chong? —preguntó la señora Chandler.

—¿El dueño de la tienda? ¡Ni hablar! ¿No se ha fijado en cómo huele? —se burló lady Lewisham—. ¿Acaso quiere que sus sábanas huelan a anchoas?

—¿El señor Rahman, el subdirector del colegio? ¡Ay, sí! —dijo la señora Chandler, cerrando los ojos.

—Tiene el tono de piel perfecto —comentó lady Lewisham.

—No estoy de acuerdo —dijo lady Worthing, frunciendo los labios —. Es demasiado... culto, demasiado occidental, ¿me explico? Parece una versión más oscura de uno de los nuestros.

Cecily se atragantó. Aquella reunión no era lo que ella tenía en mente para aquella tarde. Sabía que muchos británicos se encaprichaban de las jóvenes lugareñas; las llamaban «nativas exóticas» o «putitas morenas». La literatura británica estaba llena de una rabiosa sexualización de las razas de color. Pero según su experiencia, las mujeres británicas sólo reaccionaban poniendo cara de asco o de paranoia cuando no tenían más remedio que interactuar con alguien de piel más oscura que la suya; y, aunque eso le molestaba, se había acostumbrado a la mueca de desagrado de sus labios y a sus cejas arqueadas.

No estaba preparada para los comentarios que estaba oyendo.

Las mujeres siguieron hablando.

—Gordon Alcantara. Demasiado... —Lady Lewisham se volvió hacia Cecily, como si de repente hubiese recordado que se

encontraba allí—. Señora Alcantara, espero que no le importe —añadió.

Cecily negó con la cabeza sin decir nada. No tenía nada bueno que decir.

—Es demasiado... bajito y gritón, ¿verdad?

Cecily tenía la vista fija en una esquina especialmente brillante del suelo embaldosado. Eran crueles, pero no estaban muy equivocadas.

—¡Ahora su esposo, señora Chan! —indicó lady Lewisham, acercándose el vaso de gin-tonic a los labios sin disimular su alegre embriaguez.

Cecily levantó la mirada y observó atentamente a Lina. En apariencia, Lina no estaba molesta: asentía y sonreía con entusiasmo, como si sus invitadas estuvieran hablando de algo tan banal como los arreglos florales o el precio de los alimentos. Pero se retorcía los dedos sobre el regazo y se le habían puesto los nudillos blancos.

—No seamos groseras con nuestra anfitriona, por favor —dijo Cecily.

—¡No sea aguafiestas, señora Alcantara! —replicó lady Lewisham riendo, y el aire se llenó del olor a ginebra de su aliento—. ¡Lina está acostumbrada a nuestras bromas!

—Veamos, Bingley Chan es... muy bajito, ¿no? Un hombre realmente pequeño —dijo lady Worthing. Se apoyó en el respaldo de la silla y se puso cómoda, como si se preparase para mantener una larga conversación.

—Pero esa voz... *oh là là!* Parece recién salido de un internado británico. Si no lo tuvieras delante, jurarías que te está hablando un alumno de Harrow. —Lady Lewisham suspiró—. Lástima de todo lo

demás, porque, si no, podría ser uno de los nuestros. Pero supongo que no se puede tener todo.

—Señora Chan, permítame que me disculpe por adelantado —le pidió la señora Chandler—, pero yo me acostaría con él sin dudarlo. Estoy segura de que es un salvaje, ¿no es cierto, señora Chan? Sinceramente, a veces me sorprende que no se haya casado con una occidental. —La señora Chandler hizo como si se recogiera un rizo imaginario y miró a Lina.

—¡Es usted una criatura escandalosa, querida mía! —Lady Lewisham tenía las mejillas arreboladas, y a Cecily le habría gustado abofetearla para enrojecérselas un poco más.

Lina se inclinó para servirse una taza de té; seguía sonriendo y su semblante era la viva imagen de la compostura.

—¿Más té? —ofreció levantando la tetera.

Las mujeres la ignoraron y siguieron charlando. Cecily fue la única que se fijó en que el chorro de té temblaba al caer en la taza cuando Lina inclinó la tetera; la única que vio el charquito de líquido que se derramaba en el platillo; la única que reparó en que Lina no cogía su taza porque le temblaban las manos.

—Señoras, creo que no me encuentro muy bien, será mejor que me vaya —dijo Cecily—. Señora Chan, ¿le importaría acompañarme hasta la salida?

—Vaya, usted se encuentra mal muy a menudo, ¿no es así? —señaló lady Lewisham—. Yo también tengo que irme. Lord Lewisham ha invitado a unos amigos y los sirvientes de aquí no saben organizar las cosas tan bien como los de Inglaterra.

—¿Está usted bien? —le preguntó la señora Chandler a Cecily.

—Sí, sí. No es nada. Sólo estoy un poco mareada.

Las británicas recogieron sus cosas y se dispusieron a marcharse.

—Una tarde maravillosa, señora Chan. Tiene que invitarnos otro día —dijo lady Worthing, tendiéndole una mano flácida para que se la estrechara.

—Desde luego, claro que sí —aseguró Lina. Pero Cecily vio que no le estrechaba la mano a lady Worthing, y ésta la retiró rápidamente.

—Bueno, adiós —dijo lady Lewisham, y las tres salieron del salón.

En cuanto oyó cerrarse la puerta, Cecily, incapaz de ocultar su indignación, se volvió hacia Lina.

—Pero ¿cómo se atreven? ¿Cómo tolera usted...? ¡Qué insolentes!

—No se preocupe —dijo Lina con voz cansina, dejándose caer en el sillón de mimbre en el que antes se había sentado Cecily.

Cecily, que seguía de pie y proyectaba su sombra sobre el cuerpo encogido de Lina, se dio cuenta de lo menuda que era la otra mujer.

—Él... dice que tengo que llevarme bien con ellas. Ahora me aceptan, ¿sabe? —explicó Lina—. A veces es agotador. —Dio un hondo suspiro—. Pero gracias, gracias por... hacer que se marcharan.

Lina cerró los ojos; Cecily la observó y pensó que ésa debía de ser una de las facetas de la transformación de la señora Yap: aparentar fortaleza ante un marido que esperaba que ella cumpliese un rol, sin que ninguno de los dos se planteara el desgaste que eso suponía para ella, pues la prioridad de ambos era el capital social.

—Los hombres no nos merecen —dijo Cecily—. Nosotras hacemos muchas cosas por ellos y ni siquiera se enteran.

—A veces tengo miedo de meter la pata y hacer el ridículo —confesó Lina. Seguía con los ojos cerrados y el cansancio la hacía parpadear ligeramente. Cecily se preguntó si Fujiwara era consciente

de las consecuencias que tenían las máscaras que les obligaba a llevar a ambas. Y si eso le preocupaba lo más mínimo.

—Voy a lavar estas cosas —dijo Cecily, recogiendo los vasos de gin-tonic vacíos y las tazas con restos de té.

—No, no —repuso Lina, abriendo los ojos y poniéndose en pie—. Mi madre se avergonzaría de mí. Está muerta, pero le juro que se levantaría de la tumba y exigiría saber por qué dejo que una invitada lave los platos.

—Las madres pueden ser muy pesadas —dijo Cecily. Apiló unas cuantas tazas y se las llevó a la cocina—. A la mía le habría gustado que yo hubiese sido más guapa.

—¡Pues a la mía le habría gustado que yo tuviera una pilila! —Lina soltó una fuerte carcajada, como si la antigua señora Yap hubiera salido de debajo del barniz—. Cuando nací y vio que no tenía nada ahí abajo, no daba crédito. No paraba de preguntarle a la comadrona: «¿Dónde está el pito? ¿Dónde está el pito?» Resulta que mis padres habían consultado a una adivina, y ésta les había asegurado que su primer hijo sería un varón. ¡Debía de ser la peor adivina de todo Ipoh!

Lina se puso a reír a carcajadas, y a Cecily se le contagió su risa. La imagen de la madre de Lina gritando sobre el pito de un niño le provocó un ataque de risa tan persistente que tuvo que beber unos restos de té frío para calmarse.

Detrás de ellas, se oyó que alguien abría la puerta, e inmediatamente el olor a menta del fijador para el pelo invadió la habitación. Lina compuso una sonrisa de oreja a oreja.

—¡Ya estás en casa, querido! Gracias a Dios. —Señaló a Cecily—. ¡Mira quién ha venido a visitarnos!

—Hola, señora Alcantara —dijo Fujiwara sin vacilar ni un instante, sin mostrar sorpresa ni mudar la expresión.

A Cecily le habría gustado zarandearlo y gritarle: «¡Soy yo, estoy aquí! ¿Acaso no te importa?» Pero el olor a menta la estaba mareando.

—He traído unos docu... —empezó a decir.

—Lina, he oído tu risa desde el final de la calle. ¿Qué era eso tan gracio...? —dijo Fujiwara a la vez. Se interrumpió, inspiró hondo y siguió observando a su mujer sin pestañear. No quería mirar a Cecily.

—Cecily te ha traído unos documentos de parte de Gordon, querido. Están en la cocina. —Entonces Lina se lanzó sobre Fujiwara y ambos se envolvieron en un abrazo tan íntimo que Cecily se sintió incómoda y desvió la mirada.

—¿Ah, sí? —Fujiwara miró por primera vez por encima de la sedosa cabeza de Lina e interrogó a Cecily con la mirada. La sorpresa se reflejaba en sus oscuros ojos.

Cecily se dijo que debía considerarlo un triunfo. Ahora era ella la que actuaba de forma imprevisible. Le sostuvo la mirada a Fujiwara.

—Dígale a su... esposo que me alegro de que me los haya enviado. Hace mucho que no tenemos ocasión de... charlar —dijo Fujiwara.

Cecily soltó el aire que había estado conteniendo sin darse cuenta y entornó los ojos sin dejar de mirar a Fujiwara.

—Gracias por el té, Lina. Me alegro mucho de haber venido.

16

Abel

Campo de trabajos forzados de Kanchanaburi,
frontera de Birmania y Tailandia
24 de agosto de 1945
Malaya ocupada por los japoneses

—¡Despierta! ¡Despierta! Quiero enseñarte una cosa. —La voz de Freddie resonaba dentro de la cabeza de Abel como los golpes de un tambor.

Freddie le dio con el pie en el costado y le pellizcó la parte más blanda del abdomen con la intención de espabilarlo. Abel soltó un gruñido. Tenía la mente tan enfangada como el suelo y aquel movimiento tan repentino hizo que le vinieran ganas de vomitar.

Miró a Freddie haciendo arcadas.

—Por tu culpa voy a vomitar...

Freddie abrió los ojos como platos.

—Ni se te ocurra, Abel. Aquí no. Los otros te matarán.

—Los otros no me importan, no son mis jef... —Al sentir que el vómito ascendía por su esófago, salió corriendo del barracón y vomitó junto al banano. Su bilis era más amarilla que los plátanos.

Hacía seis días que había matado al hermano Luke. Había comprobado que, si comía poco y bebía mucho, podía mantener a raya las pesadillas y detener el flujo de sus perturbadores recuerdos: el crujido de la barra de acero al golpear, el chorro de sangre que cayó sobre sus pies descalzos, el furioso cacareo de las gallinas, los gritos de los chicos y luego el silencio atronador mientras todos esperaban a que el hermano Luke se levantara, los vítores cuando no se levantó... Ya no veía casi nunca a su torturador, el jefe Akiro: antes, el japonés iba a buscar a Abel, le daba una paliza, lo encerraba en el gallinero y, al anochecer, abusaba de él; pero ahora se paseaba por el campo como si caminara entre la niebla, y su tenso semblante denotaba preocupación. La última vez que había abusado de él —lo había sorprendido en la letrina, donde Abel estaba haciendo sus necesidades— el *toddy* había cumplido su función y apenas había sentido nada. Cuando el jefe Akiro hubo terminado, Abel salió de allí oliendo a meados, con las muñecas magulladas de tanto apretarlas contra la pared, y, completamente ebrio, se había quedado dormido debajo de un árbol.

Allí lo había encontrado Freddie, una vez más. Le había ayudado a incorporarse para que no se atragantara con su propio vómito, lo había arrastrado hasta su barracón y le había obligado a beber agua para que no se deshidratara. Su relación había cambiado, y eso preocupaba a Abel en los escasos momentos de lucidez que tenía últimamente. Lo que antes había sido una alianza entre ellos se había convertido en una relación humillante: ya no se sentaban juntos a pintar y recordar. Abel sabía que a veces Freddie lo lavaba, que intentaba proteger su dignidad. Los otros chicos lo señalaban, eso también lo sabía Abel, pero era Freddie quien acudía, era

Freddie quien dispersaba a los curiosos, era Freddie quien, en los peores días, lo ayudaba a sentirse de nuevo humano. Se habían ido distanciando, tal vez porque la relación de poder entre ambos se había desequilibrado mucho a favor de Freddie, y ninguna amistad habría podido soportar una contracción tan repentina. Ninguna amistad se levantaba sobre tanta lástima. A su manera, parecía que Freddie había madurado. Seguía siendo un joven callado, nunca buscaba el protagonismo, pero ahora era popular entre los otros prisioneros. Incluso cuando estaba borracho, Abel lo oía cantar con los demás, y a veces incluso reírse, y su risa entrecortada hacía sonreír a Abel.

La vida era más fácil ahora que no tenían que trabajar tanto. Algunos prisioneros, los más diligentes, intentaban tender vías unas cuantas horas al día, pero apenas había supervisión. La mayor parte del tiempo los chicos se dedicaban a buscar comida, se quedaban por ahí dormitando o seguían trabajando en el nuevo «teatro», una estructura de bambú y hojas de palma que Rama les había hecho construir para sus actuaciones nocturnas. Abel aún no lo había visto. Para él los días se mezclaban unos con otros; ya no recordaba cómo podía diferenciarlos. Pero sabía que los espectáculos nocturnos se habían vuelto muy participativos, y a veces incluso competitivos: había concursos de talentos, gags, concursos de canto, conciertos, torneos de lucha libre y de saltos de longitud... Freddie le había contado que Azlan había protagonizado una divertidísima actuación en la que interpretaba a una dama británica, la «señora Mills», que tenía unas tetas enormes y desiguales que los chicos habían hecho con retazos de tela rellenos de hojas.

Abel suponía que la situación había mejorado mucho. Quizá los chicos se atreverían a sublevarse y a tomar el mando del campo, pensaba, pero entonces veía al jefe Akiro y a un grupo de soldados limpiando sus fusiles y esa idea se desvanecía. Aun así, se preguntaba si valía la pena intentar fugarse y hacer el largo y peligroso viaje de regreso hasta su casa para reencontrarse con su familia. Contempló el retrato de Jasmin que Freddie había hecho en un trozo de papel higiénico, pero el *toddy* le impedía evocar la cara de su hermana. Le asustaba pensar qué podía haberle pasado a Jasmin, porque había oído hablar de los horribles burdeles donde los japoneses encerraban a las niñas y las obligaban a... a... Cerró los ojos y apretó los párpados; no podía pensar en eso. Días atrás, se había armado de valor y había llegado hasta el borde del campo, con el corazón palpitante y los pies volando como si tuvieran alas. Podía hacerlo. Lo lograría. Se fugaría. Pero mientras contemplaba el suelo marrón y caliente, plano hasta donde alcanzaba la vista, el efecto del *toddy* empezó a desaparecer y una vez más lo asaltó la maldición de sus recuerdos: la barra de acero, la sangre, el dolor, la expresión animal en los ojos del hermano Luke. Era más fácil beber: el *toddy* le ayudaba a buscar en su interior la sencillez de la inacción, frenaba su impulso de aspirar siempre a algo mejor. Porque a lo único que podía aspirar en la miserable vida que le había tocado era a sobrevivir. Así que caminó dando traspiés hasta el árbol más cercano que encontró y se bebió la botella entera. El *toddy* lo ayudaba a sobrevivir.

—Vamos. —Freddie levantó a su amigo y arrugó la nariz cuando le llegó lo que Abel suponía que era su rancio olor a vómito, alcohol y sudor.

Abel no quería levantarse tan pronto: el sol todavía no estaba en lo alto del cielo y no hacía suficiente calor para que fuese mediodía. Quería dormir unas cuantas horas más antes de que el calor se lo impidiera. Estiró el brazo para coger una botella que había en el suelo.

—No necesitas eso, Abe —le dijo Freddie, pero Abel lo miró con rabia. Freddie debería saber que sí lo necesitaba.

Abel bebió un trago de la botella y dejo que el líquido caliente se deslizara por su esófago, abriéndose camino por su cuerpo y devolviéndolo a la vida.

—¿Qué quieres? —masculló Abel, sintiéndose por fin capaz de hablar.

Freddie negó con la cabeza y frunció los labios en un gesto de frustración o irritación, Abel no estaba seguro. Abel se tambaleó un poco y al incorporarse notó que Freddie lo sostenía por las axilas; esa sensación le resultaba familiar, porque era lo que hacía su amigo cada vez que lo encontraba inconsciente en algún sitio: en el gallinero, debajo de un árbol, después de comer, después de hacer sus necesidades. Ya tenían los movimientos bien ensayados: Abel, que era más alto, se tambaleaba mientras trataba de enfocar la mirada; Freddie, más bajo, hacía fuerza con las piernas, extendía los brazos y guiaba a Abel.

Enfilaron el sendero. La hierba estaba húmeda porque el sol todavía no había secado el rocío. Abel se miró los pies y vio que llevaba sandalias, pero no recordaba habérselas puesto. Debía de habérselas puesto Freddie. Pasaron por delante de la cantina, vacía a excepción de un par de madrugadores que estaban preparando el desayuno. Abel vio a Siu Seng, uno de los chicos que se habían

hecho cargo de la cocina desde que los japoneses habían dejado de preocuparse por darles de comer. Ahora sus desayunos olían mejor: Siu Seng preparaba unos caldos humeantes con muy pocos ingredientes y unas cuantas verduras que había conseguido plantar y cosechar en los alrededores del campo. Siguieron caminando, y cuando pasaron junto al gallinero Abel se estremeció. Todas las gallinas estaban muertas, incluso la testaruda gallina marrón. Siu Seng la había encontrado un día cacareando sobre un costado y con los ojos vidriosos. La había despedazado, y aquella noche todos los prisioneros del campo habían recibido un trocito de gallina. Después, Siu Seng había aprovechado los huesos para hacer un caldo que les había encantado a todos excepto a Abel.

Abel se detuvo. Aunque según Freddie iba allí todas las noches, la proximidad del gallinero le produjo escalofríos. El espeluznante ruido de la barra de acero contra los huesos volvió a resonar dentro de su cabeza.

—Tengo que volver —dijo, forcejeando para soltarse.

—No vamos a entrar en el gallinero, Abe. Te lo prometo. Ven conmigo.

Abel se resistió un poco más e intentó sin mucho empeño soltarse de los brazos de Freddie.

—Vamos.

Al final cedió. Últimamente, cuando Freddie le hablaba, tenía la sensación de que su voz lo atravesaba y deshacía todos los nudos que se le habían formado en el pecho. Cuando sentía que giraba sobre sí mismo descontroladamente, lo único que tenía que hacer era concentrarse en la sosegada, uniforme y suave voz de tenor de Freddie.

Dejaron atrás el gallinero, y Abel empezó a sentirse más fuerte y a caminar más erguido.

—¿Adónde me llevas, chaval? —Le dio un amistoso golpe en el hombro, pero estaba tan débil que Freddie apenas lo notó. Antes, si le hubiese dado un puñetazo, su amigo se habría tambaleado.

—Para estar tan borracho hablas demasiado. —Freddie sonrió, y Abel sintió que el peso que sentía en el estómago desaparecía.

A los pocos minutos llegaron a una estructura alta, una especie de cobertizo con hojas de palmera en el tejado sostenidas por altos postes de madera. Los laterales estaban abiertos, pero el suelo estaba cubierto de más hojas de palmera, algunas unidas formando esteras y otras sueltas. En un extremo había un «escenario» elevado hecho con cajas y, detrás, unos trozos de tela con manchas marrones. Probablemente eran camisas viejas, que ahora se habían tendido sobre cuerdas para formar un improvisado telón.

—¡Guau! ¡Han terminado el teatro! —Abel miró a su alrededor, sorprendido.

—Hemos utilizado el material de las obras del ferrocarril. Ahora ya no le importa a nadie. Vamos, quiero enseñarte una cosa.

—¿No era esto lo que tenías que enseñarme? —Abel arqueó una ceja, pero Freddie ya iba corriendo hacia el otro extremo del cobertizo.

Abel echó a andar tan deprisa como pudo para alcanzarlo, y el esfuerzo lo dejó sin aliento. Estaba pensando que no había comido nada desde el día anterior cuando, al acercarse al telón, oyó un débil gruñido.

—Espera, Freddie. Hay alguien ahí, detrás del telón...

—Ya lo sé —dijo su amigo, subiendo al escenario—. ¿Estás preparado?

Freddie descorrió el telón. Acurrucado en el suelo, con cortes en la cara y los brazos y con la boca llena de hojas, estaba el jefe Akiro. Sólo llevaba puesta una camiseta, y tenía las muñecas atadas a los tobillos, como un cerdo.

—¿Qué es esto, Freddie? ¿Qué...?

—Ahora ya puedes hacerle pagar por todo lo que te ha hecho, Abe. Ya puedes vengarte.

—Pero... ¿qué esperas que haga? —Abel subió al escenario y se puso en cuclillas; las hojas de palmera sueltas se movieron bajo sus sandalias. Se llevó las manos a la cabeza.

—Enséñale a ese desgraciado quién es el jefe ahora —dijo Freddie.

Abel se levantó y retrocedió para alejarse de su amigo, pero entonces se dio cuenta de que no estaban solos en el cobertizo: los chicos habían acudido como abejas a la miel, y la perspectiva de un espectáculo violento les había despertado los mismos instintos salvajes que habían exhibido con el hermano Luke en el gallinero. Ahora todas las miradas estaban clavadas en él, y los pies de sus compañeros comenzaron a golpear el suelo.

—¿Qué eres, un cobarde, Abel? —La voz de Freddie sonaba áspera, más fuerte de lo que él recordaba, muy diferente de los tonos profundos y calmados que solían reconfortarlo.

—No puedes pedirme que haga esto... —Abel se sintió desfallecer y se agarró a uno de los endebles postes que sostenían el techo del cobertizo. La culpa era suya. Había llegado a un estado tan

lamentable que le había hecho creer a Freddie que aquélla era la única solución.

—Se lo merece. Igual que el hermano Luke —dijo Freddie.

—Yo no... El hermano Luke... ¡Aquello lo hice por ti! —gritó Abel.

Los ojos de Freddie se nublaron: el azul se oscureció como un cielo tormentoso.

—No puedes dormir. No puedes seguir así. No imaginé que... No sabía que te afectaría tanto.

Abel se preguntó si sería por eso por lo que Freddie se había pegado a él tan fielmente, por lo que se había propuesto sacarlo de las profundidades de su desesperación. Tal vez era la culpa lo que lo carcomía.

—¡¿Te has vuelto loco?! —gritó Abel, sorprendido por el volumen de su propia voz—. ¡Aquí todavía hay japoneses! ¡Vendrán a por nosotros, Freddie!

—¿Lo veis? ¡Ya os dije que no podría! —gritó Rama desde abajo.

—Mira, lo haremos juntos —le dijo Freddie—. Todos: tú, yo, los chicos. Ahora somos más que ellos. Lo haremos por todos nosotros.

El jefe Akiro gemía en el suelo y sus ojos, esos ojos estrechos que antes aterrorizaban a Abel, se llenaron de pánico. Abel tuvo que admitir que había algo intensamente emocionante en ver el dolor reflejado en la cara del jefe Akiro, la certeza de que algo malo se avecinaba; era la misma mirada que el jefe Akiro había visto muchas veces en la cara de Abel.

Freddie bajó la voz y se acercó a él.

—Sé lo que te hacía en el gallinero. Te convirtió en un perro. Te violaba. Tienes que hacérselo pagar, Abe. No puedes permitir que salga impune de algo así.

Abel sintió un gran vacío en el estómago; la humillación recorrió todo su cuerpo. Así que Freddie lo sabía.

—No se lo he contado a nadie, Abe. Pero tienes que demostrarles... tienes que demostrarme... que eres fuerte. Necesito que superes esto.

La intensa súplica de Freddie hacía que le brillaran los ojos. Entonces cogió un palo que había en un rincón, junto al uniforme del maestro Akiro, y se lo dio. Abel estaba tan débil que tuvo que agarrar el palo con las dos manos.

—¡A-BEL! ¡A-BEL! ¡A-BEL! —empezaron a corear los chicos en un tono febril, pateando el cobertizo caldeado por tantos cuerpos sudorosos. Sus gritos y sus golpes reverberaron en la cabeza de Abel.

Con los brazos temblorosos por el esfuerzo, Abel levantó el palo por encima de su cabeza. El jefe Akiro gritó, pero tenía la boca llena de hojas secas y se atragantó, y el grito sonó ahogado, casi infantil. Una vez más, Abel vio el charco de sangre a sus pies, oyó el crujido de la barra de acero al golpear la cara del hermano Luke, todo volvió a él en el orden correcto, una cosa tras otra. Soltó el palo, empujó a ciegas a los chicos y echó a correr, sacudido por fuertes arcadas. Nadie lo detuvo. Mientras vomitaba bilis en la hierba, oyó los golpes de los pies y el chasquido de huesos rotos que llegaban del teatro.

De todos modos, el jefe Akiro estaba muerto.

17

Cecily

Bintang, Kuala Lumpur
1937
Ocho años atrás,
Malaya ocupada por los británicos

A veces Cecily se decía a sí misma que la única razón por la que valía la pena soportar a los hombres era para hacerse amiga de sus esposas, mucho mejores que ellos. Lina Chan era opuesta a ella en todos los sentidos. Cecily pasaba desapercibida entre las multitudes, mientras que Lina no podía evitar llamar la atención; Cecily no hablaba mucho, y cuando hablaba nunca decía lo que pensaba en realidad, mientras que Lina siempre decía lo primero que le pasaba por la cabeza, sin preocuparse en absoluto por la discreción; a Cecily le costaba mucho socializar, y culpaba de su aislamiento al esnobismo de los demás, mientras que Lina iba flotando de una habitación a otra, dejando a su paso una nube de gente fascinada y encantada. Sin embargo, mientras el calor de agosto se filtraba por los poros de su piel y transpiraba a través de la ropa, Cecily descubrió que, cuando estaban solas, Lina y ella se transformaban

en sus propios opuestos. Era como si la exuberancia de Lina y la reticencia de Cecily fuesen disfraces de los que sólo podían desprenderse cuando estaban juntas.

Pasaban muchas tardes en casa de la una o la otra, hablando fuerte, deprisa e incluso a la vez. Cotilleaban con descaro sobre otras mujeres. Hablaban de lo triste que era que una hija no pudiera acudir a su madre cuando la vida la traicionaba, circunstancia que compartían. Y se hacían confidencias. Lina hablaba del intenso dolor que sentía en el pecho cuando veía a los niños correteando por ahí, o cuando sus amigas le ponían en los brazos a un recién nacido para que lo sostuviera y lo arrullara, y de lo nuevo que era ese sentimiento, un dolor repentino y desconcertante para alguien a quien nunca le habían interesado los niños ni jugar con ellos. Cecily le explicó a Lina que no entendía cómo se podía amar y odiar al mismo tiempo la rutina de la vida doméstica, y que eso la hacía sentirse culpable. Se consolaban la una a la otra y se daban largos y cálidos abrazos. Así pasaban las calurosas tardes, y a veces se les olvidaba beberse el té hasta que las tazas se enfriaban y el azúcar se separaba de la leche y se depositaba en el fondo, o hasta que el resplandor anaranjado de la puesta de sol se filtraba en la habitación. Cuando llegaba la hora de despedirse, de marcharse cada una a su casa a preparar la cena para su familia, Cecily siempre se sentía abrumada y embargada por una especie de temor, como si se hubiera roto un hechizo y la vida real fuera una intrusión inoportuna. A lo mejor el amor era eso, pensaba: una relación que no exigía una vigilancia constante. Con Fujiwara tenía que esforzarse para adivinar lo que él estaba pensando, pero con Lina siempre lo

sabía. Sin la carga del hermetismo, la amistad de las mujeres florecía, fluida y luminosa.

—Mira, a pesar de todas las desgracias del pasado, yo no cambiaría nada —dijo Lina al entrar por la puerta una de aquellas tardes, jadeando y envuelta en una nube de perfume.

—¡Vaya, hola! —dijo Cecily—. ¡Jujube, vigila a tu hermano, por favor! ¡Ha venido tía Lina!

—Hola, tía Lina —saludó Jujube desde la cocina sin levantar la vista de su libro. Abel salió corriendo por la puerta para saludar; luego se apartó, tímido en el último momento, espiando y saludando desde el umbral antes de volver de nuevo junto a su hermana.

Lina se rió, saludó al niño y continuó:

—Lo digo en serio. Hoy lo he estado pensando... —Hizo una pausa para coger un poco del *kuih* que le estaba ofreciendo Cecily—. Creo que estaba todo predestinado. Que todo pasó por algún motivo. Una cosa condujo a la otra...

—¿No te arrepientes de nada? ¿Y tampoco estás enfadada por lo que te pasó cuando se llevaron al *kapitan* Yap? —Cecily se puso tensa. Hacía mucho tiempo que no pensaba en el *kapitan* Yap, en el precio que aquel hombre había tenido que pagar por culpa de lo que ella había hecho.

—Creo... Creo que tuve que pasar por todo aquello para conocer a Bingley. ¡Y luego te conocí a ti! Y valió la pena. —Lina se sentó en su butaca favorita de la casa de Cecily y metió los pies bajo el cuerpo, como si fuese una niña. Tomó un sorbo de té—. ¡Ay, quema! —gritó, y luego se rió de sí misma.

Qué manera tan extraña y maravillosa de vivir, pensó Cecily, de encontrar lo positivo en todas las cosas. Para ella, la insatisfacción

era un estado constante. Vivía con un continuo borboteo de necesidad, anhelando poseer todo lo que veía y aún no tenía. Qué agradable debía de ser sentirse satisfecha, pensó.

—Mira. —Lina dejó la taza de té en la mesa y se sopló la yema de los dedos—. Dame la mano. Mi *ah mah* decía que puedes ver toda la vida de una persona en las líneas de la palma de su mano.

Cecily se rió y le enseñó la palma. No creía en esas cosas, pero cuando Lina estaba de aquel humor tan alegre era muy difícil decirle que no. Su alegría se contagiaba. Lina pasó su dedo índice por encima de la línea más larga de la mano de Cecily, y la callosa yema le produjo un agradable cosquilleo.

—¿Ves? Tienes una línea de la vida larga y profunda. Mi *ah mah* habría dicho que vivirás muchos años.

—¿Seguro que no es profunda porque no me pongo suficiente crema hidratante? A lo mejor es que tengo la piel seca —dijo Cecily.

—¡No bromees! Esto va en serio. Mira, ¿ves cómo tu línea de la vida se separa en dos?

—¿Y eso qué significa?

—Significa que tienes dos lados, que puedes convertirte en dos personas diferentes. Y mira esto. Es la línea del amor. —Señaló la línea más cercana a los dedos de Cecily—. Y ésta es la línea del niño, y esta otra es la línea de la vida de la que hablábamos. Y *wah*, ¿ves esto, esta línea gruesa que atraviesa las otras tres líneas?

—¿Qué significa?

—Una gran perturbación. —Lina frunció los labios.

—Suena siniestro —dijo Cecily.

—Significa una gran traición. O una alteración. Falta de paz. ¡Así que mejor que tengas cuidado! —Abrió mucho la boca imitando una

mueca de miedo, y entonces abandonó aquella actitud seria y se puso a reír a carcajadas.

A Cecily le habría gustado que Lina lo supiera, le habría gustado que todo ese tiempo sólo hubiese estado haciéndose pasar por una ingenua a la que nadie se tomaba en serio. Sería maravilloso hacer partícipe a Lina, que Lina aportara su entusiasmo a los planes de Cecily y Fujiwara. El mundo sería un lugar mucho más agradable si ella formase parte del equipo.

—No te asustes, Cecily. La quiromancia es mentira. ¿Ves las líneas de mi mano? —Lina le acercó una mano a Cecily con la palma hacia arriba y se la puso debajo de la nariz. Desprendía un débil olor a jazmín—. Mi línea de la vida es tan corta que ya debería estar muerta. —Agitó las manos ante su cara intentando imitar a un fantasma—. ¡A lo mejor sólo soy un espectro que se te aparece, Cecily!

Cecily cogió las manos de Lina entre las suyas. Su amiga tenía razón: no se podía leer el futuro de una persona en las líneas de su mano. Aun así, disfrutaba estando con ella, fingiendo ser niñas, riéndose de los trastornos que auguraban sus palmas.

Por esa época, Cecily y Fujiwara reanudaron sus encuentros en el hotel Oriental Horizons. Su primera reunión fue una pantomima forzada, casi muda. Cecily entró en la habitación 7A con un montón de informes que había cogido de la mesa de Gordon, y Fujiwara los hojeó antes de marcharse envuelto en una nube de sudor y menta sin mirarla siquiera. La segunda vez fue ella quien se marchó primero, rechazando el papel de mujer angustiada e indefensa que

se queda mirando la espalda de un hombre que se retira. Cuando se dio la vuelta para salir, vio la cara de Fujiwara: los ojos entrecerrados, las mejillas hundidas. Se estaba mordiendo las mejillas por dentro; ese gesto despertó en ella un deseo irrefrenable.

Su tercer encuentro fue la primera vez que se acostaron juntos. Era de esperar, supuso ella, porque toda aquella tensión y aquella rabia tenían que acabar en algún sitio; aunque quizá Lina tuviera razón: algunas mujeres no estaban hechas para llevar una vida tranquila, y ella necesitaba la posibilidad latente del caos. Esa vez, cuando Cecily llegó a la habitación 7A, dejó que él la mirara a los ojos y vio la nube de deseo abrirse en su rostro. «Está sucediendo», le decía su cuerpo mientras sentía que su pelvis se contraía y luego se abría, lista para recibir.

Fujiwara fue un amante considerado. Desgraciadamente, eso hizo que a Cecily el sexo le pareciera escaso y mediocre. Fue delicado cuando se tumbó sobre ella en la cama mohosa, con las sábanas rasposas y arrugadas. La despojó poco a poco de su ropa interior, sin dejar de observarla atentamente, aunque ella no sabía por qué. Cecily lo alentó asintiendo con la cabeza cuando la penetró, con tanta ternura y cuidado que ella tuvo que contenerse para no poner los ojos en blanco.

—¿Estás bien? —le susurró él, acariciándole la mejilla con las suaves yemas de los dedos—. Si quieres, puedo parar.

—No, no pares... —respondió ella. Cerró los ojos y recordó la furia del hombre que la había estampado contra la mugrienta pared y le había rodeado la garganta con las manos, volviendo a despertar en ella el deseo y permitiendo que ese deseo la empujara más allá del precipicio. Jadeó mientras su cuerpo intentaba alcanzar el clímax,

casi, casi... Abrió los ojos justo a tiempo para ver cómo a él le corrían por el cuerpo las ondas del orgasmo mientras se sacudía contra ella, rendido, agotado.

Aun así, se decía, el sexo no estaba tan mal, y a veces, si se colocaba en un ángulo determinado, hasta sentía algo. Y hallaba consuelo en la mediocridad: el globo se pinchaba, la tensión se liberaba. El sexo se convirtió en parte de su rutina. Cecily entregaba los informes que hubiese podido sacar de los archivos de Gordon o le repetía la información útil que hubiese escuchado de él o de sus superiores. Luego Fujiwara y ella se desvestían rápidamente, sin grandes aspavientos, y se metían en la cama. Cuando él terminaba, estremeciéndose en silencio encima de ella, se quedaban un rato desnudos, agotados y sudorosos, y comentaban las noticias de Japón. Ella se enteraba del estancamiento al que se enfrentaba el ejército imperial en China, de la inestabilidad de la alianza con Alemania, de las modificaciones que los japoneses habían introducido en los uniformes militares para permitir movimientos más rápidos y silenciosos por terrenos selváticos. Ésos eran los momentos favoritos de Cecily: cuando, con la mejilla apoyada en el pecho de Fujiwara, oliendo la mezcla de sudor y menta que desprendía su cuerpo, lo oía respirar y susurrarle por encima de la cabeza. La tranquila intimidad de todo aquello, la sensación de que quizá, por fin, eran iguales.

—¿Cómo conociste a Lina? —le preguntó Cecily una tarde mientras fuera del hotel llovía a fuertes rachas. El cielo se había oscurecido y la luz plomiza daba a la sucia habitación un aspecto extrañamente majestuoso.

—Ya lo sabes. En la fiesta del residente en la que llevamos a cabo aquella misión. Cuando ella era la señora Yap. —Fujiwara se sentó en la cama y apoyó la espalda contra la pared. Su rostro estaba en sombras, tenía el pelo erizado y aquella extraña luz grisácea hacía que pareciese una corona deforme.

Cecily insistió:

—Sí, pero me refiero a después de que detuvieran a su marido. Cuando empezaste a intimar con ella. ¿Fue por casualidad? ¿O era un objetivo?

Él se levantó y su cuerpo quedó bañado por la luz que se filtraba por la ventana. Se sirvió agua de la jarra que había a los pies de la cama.

—¿Quieres un poco?

Cecily negó con la cabeza.

—Quiero decir si lo tenías todo planeado.

Fujiwara se volvió y observó las gruesas gotas de lluvia que salpicaban la ventana. Enmarcado por los grandes ventanales, parecía asombrosamente diminuto. Cecily recordó que antes parecía mucho más corpulento, más erguido.

—¿Qué más te da? Estoy aquí contigo.

—No, no es eso... No me refería a... —balbuceó ella.

Él había interpretado mal su interés, atribuyéndolo a los celos y no a la curiosidad. Una burbuja de bochorno surgió en el pecho de Cecily. La llovizna se estaba convirtiendo en tormenta tropical, y el viento sacudía las vigas de madera del hotel. Cecily esperaba que pasara pronto; no estaba segura de que el edificio fuera lo bastante sólido como para soportar una lluvia monzónica prolongada.

—Toma. —Él le sirvió un poco de agua y volvió a sentarse en la cama, evitando la mancha de humedad que habían dejado en las sábanas—. Mira... —Le pasó la mano por el interior del muslo, haciéndole cosquillas—. Lina no sabe nada de nosotros, no sabe nada de esto. Yo necesitaba sus contactos. Ella necesitaba a un marido que la ayudara a reintegrarse en la sociedad. Fue... fácil.

—¿Te sientes culpable? —le preguntó Cecily.

A veces ella se preguntaba lo mismo cuando el rostro franco y abierto de Lina se iluminaba al oír un chiste o cuando se le llenaban los ojos de lágrimas. Lina lloraba con facilidad, tanto con historias tristes como con historias divertidas o felices. Cecily sentía un gran cariño por su amiga, protegía con celo sus tardes felices, repasaba sus conversaciones cuando estaban separadas y reía para sus adentros. Que Lina amaba a Fujiwara —a Bingley— era indiscutible: siempre decía que él era su salvador, su segunda oportunidad.

—¿Y tú? ¿Te sientes culpable? —preguntó Fujiwara, y su suave voz quedó casi ahogada por el chasquido de un rayo. De nuevo estaba junto a la ventana, viendo caer la lluvia.

Cecily contuvo la respiración, como solía hacer cuando contaba los segundos que separaban el destello de un relámpago del rugido del trueno.

—¿Recuerdas que una vez, hace mucho tiempo, te dije que el líder alemán era bueno y malo? ¿Recuerdas lo que me dijiste? —preguntó él en medio de la tormenta.

«¿Acaso no somos todos buenos y malos a la vez?», había cuestionado ella. Recordó lo intensamente que brillaba el sol aquel día, cómo temblaba ella por la mera proximidad de Fujiwara, cuánto había cambiado desde entonces, igual que el clima.

En lugar de oírse un trueno, otro rayo rasgó las nubes. Cecily se levantó de la cama y se reunió con Fujiwara junto a la ventana. Permanecieron allí en silencio, sin tocarse, observando cómo la tormenta desataba su caos.

En abril, Cecily y Lina se quedaron embarazadas a la vez, y ésa fue la primera alegría que no compartieron. Lina se puso muy contenta, aunque estaba asustada, como les ocurre a las mujeres cuando se enteran de que están esperando su primer hijo. Bebía infusiones, se acariciaba el vientre sin descanso, hacía ofrendas tanto en el altar budista como en la capilla católica, inclinándose y haciendo genuflexiones para que naciera un niño y no se perdiera el apellido de la familia. Las mujeres la rodeaban y la arropaban, acribillándola a consejos no solicitados.

—¡Si come mucho pescado, el niño saldrá buen nadador! —proclamó la señora Low. Nadie dijo nada, porque uno de los hijos de la señora Low se había ahogado años atrás en la charca de una mina.

—¡Si duerme mirando hacia la ventana del este, el niño recibirá más sol por las mañanas y tendrá un carácter alegre! —sentenció la señora Chin. Las mujeres supusieron que debía de tratarse de un error de la propia señora Chin, que había sido madre de cinco hijos resentidos y malhumorados a los que todos evitaban.

Cecily, por su parte, ni siquiera se dio cuenta de que un mes no había tenido la regla hasta que hubo transcurrido casi otro mes entero. Cuando fue consciente de ello, contó hacia atrás frenéticamente, pero le fue imposible determinar con certeza quién

era el padre: se había acostado tanto con Gordon como con Fujiwara, y los encuentros rutinarios se solapaban en su mente sin que ninguno destacara por encima del otro.

Cuando se enteró de la noticia, Gordon se emocionó. Había adorado a Jujube y a Abel cuando eran bebés, se había maravillado con sus deditos y se había encandilado con sus curiosos ojos, que lo observaban sin pestañear, así que la oportunidad de volver a tener un hijo le entusiasmó, y enseguida empezó a acondicionar la habitación libre de la casa para el futuro bebé. Cecily se pasaba las tardes viéndolo afanarse para arreglar el viejo trastero, murmurando para sí la configuración de las habitaciones, con Jujube y Abel correteando a su alrededor y haciéndole un millón de preguntas. Cecily sabía que la escena debería haberle alegrado el corazón, que aquel grado de felicidad doméstica era envidiable. Pero, en lugar de eso, sentía desprecio. La torpe emoción de Gordon le parecía debilidad; su deseo de cosas sencillas le parecía poco ambicioso y aburrido. Era desalentador.

—Estoy embarazada —le dijo a Fujiwara en su siguiente encuentro en el hotel, una tarde tan hermosa y soleada que hasta el canto de los pájaros parecía más ruidoso de lo habitual.

Buscó microexpresiones en sus tersas mejillas y en su rígida mandíbula, como él le había enseñado a buscar en el rostro de los demás para saber cuándo mentían. Su barbilla permanecía inmóvil, pero su labio inferior se curvaba hacia abajo. ¿Era contrariedad? ¿Vergüenza? ¿Indiferencia? Nunca se le había dado bien aquello.

—Creía que al terminar siempre te ocupabas de todo —dijo él, aflojándose la corbata y dejándola caer sobre la fea butaca verde—. Siempre te has lavado, ¿no?

Qué audacia la de este hombre, pensó ella; además de culparla, se apropiaba de una criatura que tal vez ni siquiera fuera suya.

—Bueno, yo no lo he buscado, si eso es lo que estás insinuando —le dijo Cecily—. Y podría ser tuyo o de Gordon.

Estaba segura de haber apreciado el estremecimiento que recorrió la mandíbula de Fujiwara, su fugaz gesto de dolor, o de rabia, o de ambas cosas. Se le pusieron blancos los nudillos al desabrocharse la camisa, pero enseguida se controló y volvió a mostrar un rostro inexpresivo.

—Bueno, entonces está todo arreglado. Otro miembro más para tu familia. Felicita a Gordon de mi parte —dijo él mientras se desabrochaba los puños de la camisa.

Ella sintió que se le revolvía el estómago, que se le retorcía, que la frialdad de su voz la engullía por entero. Pero incluso mientras luchaba por resistirse, sintió que el deseo se apoderaba de su cuerpo. El desinterés de Fujiwara por las distracciones, su capacidad para eliminar las molestias y mirar sólo hacia delante, la facilidad con que ignoraba la gravedad de las emociones... Era delicioso, inesperado, irresoluble. Tal vez fuera eso lo que le pasaba: que sólo deseaba a los hombres que ejercían poder sobre ella, que hervían de ira y se negaban a cuidar a los demás. Estaba húmeda y anhelante. Lo tiró de un empujón a la cama y se sentó a horcajadas sobre él, con su calor estimulándolos a ambos. Ese día, con Fujiwara, su cuerpo onduló, se retorció y fluyó como hasta entonces sólo había conseguido hacerlo ella sola.

A pesar de la coincidencia de sus embarazos, los cambios físicos de Cecily y Lina fueron muy distintos. Los apetitos de Cecily aumentaron en todos los sentidos, y Gordon bromeaba diciendo que no sabía qué pasaría primero: si lo arruinaría o si lo mataría de agotamiento sexual. Si bien sus encuentros con Fujiwara siempre habían respetado una rutina de deliberaciones sobre procedimientos previa al sexo, ahora apenas podía contenerse. Cecily se lanzaba a la cama con él, y si se acordaba de alguna información importante cuando sus cuerpos ya se embestían el uno contra el otro, la soltaba entre jadeos mientras ambos se dejaban llevar por su deseo.

A Lina la traicionaba su cuerpo de forma directa e indirecta. Se hinchó rápidamente y su elegante delgadez desapareció, sustituida por una corpulencia que le envolvía los brazos, los muslos y el vientre. Vomitaba tanto que los vasos sanguíneos de la cara se le rompían y la dejaban abotargada y enrojecida. La bilis agriaba su aliento; hasta un sorbo de agua le provocaba arcadas y la hacía correr al cuarto de baño, atragantándose con la espuma amarillenta que le subía por la garganta. Dejó de organizar las fiestas por las que se había hecho famosa y sus apariciones en los bailes se hicieron más esporádicas. Algunos días, Cecily era la única persona a la que veía; ni siquiera veía a su marido, porque ya estaba dormida cuando él llegaba a casa, vencida por el agotamiento.

Cecily se compadecía de su amiga. A menudo, Lina vomitaba varias veces durante las dos horas que duraba la visita de Cecily, y salía del baño temblorosa y con la cara colorada antes de dar media vuelta y vomitar de nuevo. Las primeras veces, Cecily seguía a su amiga hasta el retrete, le sujetaba el pelo y le cogía la mano mientras las arcadas la sacudían. Pero con el tiempo se acostumbró,

y se quedaba en el salón, estremeciéndose cuando las arcadas de Lina resonaban por toda la casa. Entre un acceso de náuseas y el siguiente, Lina lloraba débilmente. Temía perder a su marido, no poder seguir ofreciéndole lo que él necesitaba, no poder seguir encandilando en la sociedad. Temía que toda su buena voluntad, toda su reinvención, no hubieran servido para nada.

—¿Tu marido te cuida cuando te encuentras mal? —le preguntó Cecily.

Lina esbozó una débil sonrisa.

—Dice que nuestro hijo y yo somos lo que más le importa en el mundo. Es tierno, no se queja cuando no tengo la cena lista ni cuando me quedo en cama. Pero...

—¿Pero?

—Ha dejado de mirarme cuando se despide de mí por las mañanas.

En los dos últimos meses de 1937 llegaron los monzones, como de costumbre. Siempre empezaban igual: unas gruesas gotas salpicaban el tejado de la casa mientras el cielo se ponía gris y unas nubes cada vez más oscuras se agolpaban en él. Luego, al cabo de unos minutos, una lluvia atronadora sacudía las paredes, y el estruendo perforaba cualquier esperanza de calma que Cecily pudiera albergar. En las novelas inglesas había leído sobre lluvias apacibles: las ligeras lloviznas en la campiña de Jane Austen, la atmósfera brumosa de la brisa marina en los paisajes del internado de Cornualles de Enid Blyton. En Malaya, en cambio, la lluvia gritaba como si liberara su rabia y era un terrible engorro. Cecily estaba

harta. Los aguaceros de la tarde y de la noche, caprichosos e impredecibles, le impedían programar reuniones nocturnas con Fujiwara, y hacían que caminar por cualquier sitio fuera lento y peligroso.

Los martes, Jujube y Abel se quedaban hasta más tarde en la escuela después de clase, pues ambos habían empezado a practicar deporte: Abel, como era de esperar, había entrado en los equipos de salto de longitud y atletismo, mientras que Jujube se había convertido en una jugadora de baloncesto bastante decente. Eso significaba que Cecily disponía de un tiempo precioso, dos horas y media exactamente, para escaparse al hotel Oriental Horizons a ver a Fujiwara. La estrategia le había funcionado bien hasta que empezó a llover sin cesar. Siempre volvía a casa exactamente a la hora para recibir a los niños, empezar a preparar la cena, quitarse el olor de Fujiwara de la ropa y el pelo, y saludar a Gordon cuando llegaba del trabajo.

Pero el monzón lo atrasaba todo. Le volteaba el paraguas, le empapaba los zapatos y mojaba las carpetas de documentos que se llevaba al hotel. A Fujiwara también le hacía llegar tarde, y siempre estaban los dos mojados y sudorosos; la humedad de sus cuerpos llenaba el aire cargado de la habitación, y el olor a pies húmedos apagaba el deseo. Él observaba a Cecily mientras se escurría la lluvia del pelo y hablaban, y muchas veces a ambos les resultaba demasiado fatigoso juntar sus cuerpos calientes y mojados mientras la lluvia retumbaba en las vigas, ruidosa, intrusiva y decidida a molestar. Cecily, además, se sentía cada vez más pesada y, aunque ya había estado embarazada en dos ocasiones, el embarazo la agotaba. Así que se quitaban la ropa empapada, la escurrían y la

tendían en sillas frente al ventilador. Luego se secaban el uno al otro con una toalla de forma cariñosa, casi conyugal, y Fujiwara le acariciaba suavemente todo el cuerpo. A veces se detenía y le presionaba el vientre redondeado con la palma de la mano, entrecerrando los ojos si notaba que el feto daba patadas. Cecily se preguntaba si haría lo mismo con Lina, si también se detendría sobre su vientre buscando señales de vida, pero con él no hablaba nunca de eso.

Aun así, a veces se asombraba de lo lejos que había llegado con Fujiwara, de lo ingenua e insegura que había sido apenas unos años atrás. El aura de misterio de los hombres y su carisma realmente perdían el brillo una vez que descubrías la desnudez de su deseo y la vulnerabilidad de su necesidad física, tan fácil de satisfacer. Se dio cuenta de que simplemente había querido entender a Fujiwara, y ahora que creía haberlo conseguido, ya no sentía el mismo deseo por él. Su deseo se había transformado. Respetaba y reconocía el magnetismo de Fujiwara. Su cuerpo seguía poniéndose en guardia en cuanto él entraba en la habitación; seguía admirando la forma en que atraía a la gente hacia él, pero el deseo que sentía se había convertido en un poder autónomo. Tal vez ella careciera de la facilidad de Fujiwara para conquistar, pero lo tenía a él, y al resolver su rompecabezas había equilibrado la balanza.

Su madre le había enseñado que, cuando te entregabas a un hombre, éste dejaba de respetarte; que tu virtud era lo único que tenías para negociar como mujer, y que una vez que perdías eso, el hombre ya no tenía motivos para quedarse a tu lado. Pero su madre se había equivocado. El hecho de que Cecily tratara el sexo como un hombre había hecho que Fujiwara la tratara a ella como a un

hombre, aunque él no se diera cuenta. Durante aquellas tardes de lluvia en la calurosa y sucia habitación del hotel, hablaban del futuro y de estrategias militares que ella sabía que no tenía derecho a conocer. Allí, en lugar de ser el hombre cerrado, taciturno y silencioso de antes, él se volvía expansivo, como si hubiese guardado en su cuerpo todo lo que no había podido contarle a nadie en toda la semana, y en esos momentos quisiera soltárselo a ella como una especie de desahogo.

Una de esas tardes, Fujiwara llegó a su cita con un montón de mapas.

—Necesito analizar este plan contigo, Cecily. —Desplegó un largo rollo de papel en el suelo, le indicó que se sentara a su lado en la alfombra y, al recordar que estaba embarazada, le acercó una silla.

—¿Qué es esto?

—Tras el éxito en China, el emperador me ha puesto al frente de la estrategia de invasión de Malaya. Es un gran momento para mí.

Cecily apretó los labios para disimular su entusiasmo. Había oído hablar de aquello por la radio: una gran batalla en Shanghái, meses de estancamiento... pero, por fin, Japón había invadido China. Sin embargo, cuando discutían estrategias solían hacerlo en términos más indirectos y teóricos; este caso, en cambio, era algo mucho más concreto. Fujiwara le hablaba como si ella fuera un comandante del ejército. Eso era precisamente por lo que Cecily estaba luchando: por estar codo con codo con un hombre, hacer que sus ideas significaran algo, provocar un cambio. Se imaginaba de pie junto a Fujiwara cuando éste la presentara ante el emperador como la clave de la victoria de Japón contra los británicos, como la mujer, la «mujer», que había hecho posible que Malaya se uniera a sus países

hermanos asiáticos soberanos. Una imagen de Gordon, fornido y sudoroso, suplicando clemencia, presionaba contra el fondo de su mente, pero ella la desechó. Gordon perdería su empleo, pero Fujiwara lo salvaría, porque ella haría que Fujiwara le buscara otro trabajo. Gordon estaría bien mientras tuviera un superior a quien servir. Su marido no era como ella, encontraría una manera de encajar en su nueva situación.

—¿Has conocido al emperador? —le preguntó Cecily. Había visto una foto del emperador Hirohito, un hombre joven y apuesto con un peinado muy elegante. Los periódicos locales lo describían como un monstruo, un asesino de chinos, y la población china de Malaya lo temía.

—Sólo una vez —le dijo Fujiwara—. Me invitaron junto con mi oficial superior al palacio y sólo entró él, yo me quedé fuera. Pero ahora el emperador me ha pedido a mí que me ocupe de esto. Por eso es tan importante.

La hoja que había desplegado en el suelo tenía los bordes enrollados, y en ella estaba representado un gran mapa de la península malaya, llena de puntos rojos para señalar, supuso Cecily, los bastiones militares. En las esquinas exteriores del mapa había algunas anotaciones de Fujiwara, y Cecily se acordó de las concisas misivas que él solía dejarle en la tienda, detrás de los paquetes de compresas, antes de que se atrevieran a verse en secreto, antes de que se enredaran el uno con el otro de un modo que ella ya no podía cuantificar. Agachado en el suelo, en cuclillas, él la miró. Desde aquel ángulo parecía un niño; le recordó a su hijo, a los momentos en que Abel le contaba una de sus historias descabelladas pero divertidas.

—Así que ya ves, Cecily —dijo Fujiwara, señalando el mapa que tenía a sus pies—, hemos de neutralizar los cañones de la frontera meridional, o los barcos quedarán fritos.

Cecily se rió de aquella expresión, en la que asomaba el personaje de Bingley. Mientras él parloteaba y se arrastraba por el suelo señalando puntos, clavando alfileres y agitando las manos, Cecily cruzó los tobillos y se permitió fantasear con un futuro con él como padre, como marido, como hombre de la casa. Había necesitado una guerra inminente, una carrera como espía y una confusión emocional devastadora para encontrar a alguien que no la aburriera. Estudió el mapa que tenía a sus pies: el extremo de la península verde apuntaba hacia el dedo gordo del pie de Fujiwara, rodeada de océano azul descolorido por tres lados y unida por arriba al reino de Siam por una delgada franja de tierra.

Muchos años atrás, cuando iba a la escuela primaria, Cecily le había preguntado a la monja blanca que enseñaba geografía cómo se llamaba aquella franja de tierra. La monja no lo sabía y se enfureció con Cecily por lo que a sus ojos era una impertinencia: no soportaba que pusieran en evidencia sus escasos conocimientos de la calurosa y horrible región del sudeste asiático donde la habían obligado a vivir. Aquel día Cecily recibió unos azotes, y el dolor de las nalgas le subió por la columna vertebral e hizo que se le saltaran las lágrimas. Pero sobre todo recordaba su rabia por la humillación de tener que doblarse por la cintura y levantarse la falda delante de toda la clase y del mismo mapa sobre el que había tenido la osadía de preguntar.

—¿Y el norte? —le preguntó a Fujiwara, descruzando los tobillos y tocando con el talón derecho la franja de tierra que la había metido

en problemas años atrás.

—¿El norte?

—Esta franja. Se llama Istmo de Kra.

—No digas tonterías.

Cecily inspiró bruscamente para contener la frustración que se le acumulaba en la garganta. «Cálmate», se dijo. Sabía cómo manejar esa tendencia de los hombres, cuyo primer instinto era desestimar y menospreciar a las mujeres cuando ellas les presentaban algo desconocido, en lugar de indagar más. No había ninguna necesidad de perder los nervios.

—Me contaste que están entrenando a los soldados para correr por terreno selvático y soportar el calor. ¿No podrían entrar por el norte? Si todas las armas británicas están en el sur, apuntando en la dirección equivocada... —Se interrumpió al ver que Fujiwara fruncía el ceño, y jugueteó con la uña del pulgar. Tal vez hubiera ido demasiado lejos y hubiera sobrepasado el papel que se le había asignado. Decidió recular—: Pero yo no entiendo nada de asuntos militares, por supuesto. Sólo era una sugerencia... —Encorvó un poco los hombros y se encogió en la silla, tratando de disimular que estaba por encima de él.

Fuera, el cielo había empezado a oscurecerse. La figura agazapada de Fujiwara bloqueaba la luz grisácea que entraba por la ventana y proyectaba su sombra sobre el mapa de Malaya. Su madre lo habría considerado un presagio, pensó Cecily, pero desde su posición por encima de él, pudo admirar la curva de su sien, que empezaba a encanecer. Tenía una escama de piel seca adherida al pelo engominado. La invadió una oleada de ternura y se preguntó si sería el embarazo el responsable de aquel torbellino de emociones.

Sin poder contenerse, se acercó para quitársela con la mano. Él giró la cabeza cuando sus dedos le rozaron la oreja, la rodeó con los brazos por la cintura y la bajó al suelo con él. Cuando la tumbó suavemente sobre el mapa, Cecily vio cómo sus sombras danzaban por su país, y luego, cuando arqueó la espalda, sintió que el mapa se arrugaba. Él le acarició la mejilla.

—Eres un prodigio, ¿lo sabías? —susurró Fujiwara mientras se apretaba contra ella.

Cuando la tormenta alcanzó su crescendo, Cecily notó que el mapa se desgarraba bajo su cuerpo.

—No te preocupes por el mapa. —Fujiwara estaba encima de ella, y la urgencia de su deseo le tensaba el rostro—. Te necesito más a ti.

Cuando terminaron, caía una lluvia torrencial. Los desbordados desagües se derramaban por la calzada y Cecily llegaba tarde. Desde la ventana del hotel, vio cómo el agua corría por las calles de su barrio, con trozos de basura flotando en la superficie como diminutas embarcaciones. El viento soplaba con violencia y sin dirección fija. No había nadie en la calle. Todos, excepto ella, habían tenido la sensatez de quedarse en casa y esperar a que pasara la tormenta.

A sus espaldas, Fujiwara soltó una risita.

—¿Qué pasa? —preguntó ella.

—Ven aquí. Tienes un trozo de mapa en las nalgas.

Mientras Cecily se vestía a toda prisa, él le arrancó de la piel trocitos de topografía verde y de océano azul.

—Tengo que irme —dijo ella.

—¿Tan pronto? Vamos, ayúdame a recoger esto. —Fujiwara señaló el mapa roto y el cubo de basura volcado.

Cecily negó con la cabeza.

—Llueve mucho —dijo él con cara de preocupación—. Deberías esperar un poco.

—No puedo. Los niños... —Dejó la frase en el aire.

Él asintió. Nunca discutía cuando Cecily invocaba a sus hijos; era una parte separada de su vida, que él no invadía y de la que nunca había intentado formar parte. A veces, a ella le habría gustado que él la interrogara, que se preocupara por su lealtad, que tuviera la más mínima sospecha de que ella pudiera ser desleal. Pero suponía que no le había dado motivos para dudar: cuando él la llamaba, ella acudía. Además, ya no había tiempo para preocuparse por todo eso. Tenía que darles la cena a los niños. Gordon se extrañaría si llegaba a casa y no la encontraba. Abrió el paraguas y salió a la calle inundada.

El paraguas no servía de nada. Se había llevado con ella uno de esos más grandes que prometen no voltearse, pero como el viento soplaba con tanta fuerza, la lluvia la azotaba desde todas las direcciones. El aire era más frío de lo habitual por culpa del viento, y Cecily temblaba con la ropa empapada. Al inclinar el cuerpo contra la corriente, se dio cuenta de que no se había puesto bien el sujetador, y la parte delantera, retorcida, se le clavaba incómodamente en el pecho. Giró la cara hacia el hotel e intentó ver a Fujiwara; ¿la estaría observando desde la ventana? Pero la lluvia arremolinada le impedía ver nada. Además, él no podía ayudarla. No debían arriesgarse a que los vieran salir juntos de aquel hotel cochambroso.

Se concentró en caminar, poniendo un pie delante del otro, con el viento oprimiéndole primero el pecho y luego un costado, y haciendo que se tambaleara. Normalmente el trayecto hasta su casa era de unos diez minutos, un paseo llano y fácil por el pueblo, y solía hacerlo en sandalias. Ese día había tenido la previsión de ponerse zapatos cubiertos, que por suerte se agarraban mejor al suelo, aunque no servían para caminar por los ríos de agua marrón que bajaban por la calle y que habían desbordado las alcantarillas. Sus pies se hundían en grandes charcos que le dejaban los zapatos empapados. Cecily hizo una mueca al pensar en lo mal que olerían más tarde. Sujetó con firmeza el paraguas por encima de la cabeza —por terquedad o porque no quería que la reconocieran, una de dos —, y avanzó contra el viento.

Tras veinte minutos agotadores en los que estuvo a punto de caerse dos veces, llegó chorreando a la cancela de su casa. Tenía el pelo pegado a la cara, se sentía aún más pesada que de costumbre y estaba agotada. Se tocó la barriga con la mano, pero el bebé estaba quieto, probablemente agotado también, pensó. La lluvia la golpeaba con fuerza mientras bregaba con la cancela, y unas gruesas gotas se deslizaban entre sus muslos y por su espalda. El paraguas renunció a su promesa de no voltearse y se plegó sobre sí mismo. El canal de desagüe poco profundo de delante de la casa, donde a Jujube le gustaba sentarse, transportaba tal cantidad de agua que se derramaba por todas partes. Cecily miró su reloj de pulsera para ver cuánto se había retrasado, pero se había parado y el segundero oscilaba sin fuerza. Confiaba en que los niños hubieran conseguido llegar a casa antes de que empezara a llover, aunque ellos sabían que, en caso de tormenta, debían permanecer en la

seguridad de la escuela hasta que cesara la lluvia y pudieran volver andando, o hasta que Cecily fuera a recogerlos.

La lluvia se le metía en los ojos y el pestillo de la cancela se resistía. «Vamos», murmuró. Cuando el pestillo cedió por fin, otra ráfaga de viento empujó con fuerza la endeble puerta contra Cecily.

«¡Ay!», gritó. Agarrándose la barriga, se tambaleó hacia atrás, pero un pie se le torció torpemente en el zapato empapado, y Cecily notó, demasiado tarde, que se le enganchaba en el borde del canal. El tobillo cedió. Antes de caer al suelo, oyó a los niños gritar: «¡Mamá! ¡Mamá!» y una voz conocida y ronca: «¡Cecily!»

Entonces todo se volvió oscuro.

Cuando volvió en sí, estaba sumamente acalorada. Le faltaba el aire y por un momento creyó que iba a asfixiarse. Miró a su alrededor, presa del pánico, y sus ojos recorrieron el techo de su dormitorio. Se retorció y se dio cuenta de que estaba envuelta en tantas mantas que apenas podía moverse bajo su peso. «Jujube, Abel...», pensó aturdida. ¿Dónde estaban?

Se esforzó por salir de debajo del calor de las mantas. Cuando por fin consiguió incorporarse, se dio cuenta de que llevaba ropa seca, aunque a su alrededor persistía el olor a moho y humedad de la inmunda lluvia.

—Chist. Descansa —dijo una voz aterciopelada.

Cecily se sobresaltó al ver a Lina sentada en una esquina de la cama. Su amiga tenía un largo y blanco brazo extendido y estaba tendiéndole una taza de algo caliente. Sus ojos, grandes y oscuros, reflejaban preocupación, y Cecily tuvo que admitir que, aun teniendo

el rostro hinchado a causa del embarazo, Lina seguía siendo una mujer muy atractiva. Cogió la taza y se sorprendió al comprobar que, a pesar de que el resto de su cuerpo estaba sudando, tenía las yemas de los dedos heladas. Envolvió la taza con las manos, que olía a té inglés, fuerte y amargo.

—Puedes relajarte, Cecily. Todo está bajo control —dijo Lina. Y en un susurro, añadió—: Nos has dado un buen susto a todos.

Mientras Cecily daba sorbos al té, Lina le relató la secuencia de los hechos. Ella, Lina, había pasado a saludar; era la primera vez desde hacía mucho tiempo que se encontraba bien. Tal vez hubiera llegado a un punto de inflexión del embarazo, ¿qué opinaba Cecily? En fin. Había querido darle una sorpresa, pero entonces empezó a llover y no había querido volver a casa andando bajo la lluvia. Y, por suerte, los hijos de Cecily habían llegado a casa justo cuando la lluvia empezaba a arreciar, chillando excitados como si compitieran con las amenazadoras nubes. Así que Lina los había dejado entrar, les había preparado un Horlicks caliente a cada uno y les había contado historias de cuando llevaba la tienda de su padre, donde vendían todo tipo de animales vivos. Lina se rió.

—Sí, Cecily, no te sorprendas, sé muchas cosas sobre todo tipo de animales. Incluso quise ser veterinaria, pero... bueno, las chicas no se dedican a eso, ¿verdad? Había peces, gallinas, gatos y perros, pero lo que más les interesaba a los niños eran los diferentes tipos de lagartos que vendía mi padre, ¡uno de ellos tenía el cuello azul! Perdona, me estoy yendo por las ramas... Ah, sí, Abel empezaba a tener sueño, así que los he mandado a los dos a la cama a dormir la siesta. Jujube ha refunfuñado diciendo que ya es mayorcita y puede quedarse despierta hasta más tarde, así que le he dado permiso

para leer en la cama hasta que también se ha dormido. Para cuando los niños estaban a salvo en sus camas, la tormenta estaba en pleno apogeo, y yo sufría mucho por ti, Cecily, así que me he quedado. Y entonces, apenas unos minutos después de haberme acomodado en la butaca, he oído la cancela, pero antes de que pudiera ir a abrirte has tropezado y te has golpeado la cabeza con el borde de ese traicionero canal.

—El bebé... —gimoteó Cecily.

—El bebé está bien. He llamado inmediatamente al doctor Buchanan y te ha examinado mientras dormías. Todo está bien, sólo ha sido un susto. —Lina apoyó una mano en el abdomen de Cecily, como tantas veces había hecho Fujiwara—. Hasta he notado una patadita hace un rato. ¡Es muy fuerte! —dijo con un semblante más tierno y relajado—. Venga, bebe un poco más —añadió, señalando la taza, y Cecily tomó otro sorbito de té. Entonces Lina le quitó la taza de las manos y la puso sobre la mesa.

Como no estaba acostumbrada a recibir tantas atenciones, Cecily sintió que se le empañaban los ojos. Se revolvió bajo las mantas.

—Ah, y tu marido estaba destrozado. Lo he enviado al bar en cuanto el médico nos ha asegurado que estabas bien. Los hombres no soportan el estrés, ¿sabes? —Lina esbozó una sonrisa—. Y a los niños les he preparado unos fideos para cenar. ¡He visto que ordenas las ollas de forma diferente a como lo hago yo! Me ha costado encontrar la más grande.

«Me he equivocado con ella», se dijo Cecily. Había confundido la agitación emocional y el malestar físico de Lina con debilidad. Pero ahí estaba Lina, dirigiendo con serena eficacia y empatía una casa dominada por el pánico. Cecily estaba desbordada por las

emociones: gratitud y asombro, pero sobre todo culpabilidad. Aún notaba la mano de Lina sobre su vientre; podía sentir su frescor transmitiéndole cuidados que no merecía.

Hizo un esfuerzo y consiguió incorporarse.

—Gracias, Lina. Creo que ya estoy bien. Deberías irte a casa. Bingley estará preocupado.

—¡Tonterías! Esta noche me quedaré contigo. Le he pedido al doctor que le llevara un mensaje a mi marido. Le he dicho que me quedaré a dormir aquí.

A Cecily se le hizo un nudo en la garganta. Al percibir su angustia, Lina dijo:

—Ah, no, no le he explicado que te has hecho daño, por supuesto. A los hombres no les gustan ese tipo de detalles. —Sonrió con satisfacción, pero a continuación cerró los ojos y apretó los labios, componiendo una expresión de agitación interior tan obvia que Cecily bajó la mirada—. De todos modos, últimamente apenas me hace caso —susurró.

Cecily dio unas palmaditas en la cama, a su lado. Lina pasó de los pies de la cama a la parte superior, y Cecily, liberándose por fin de las mantas, se desplazó hacia la izquierda para dejarle sitio. Ambas resoplaron por el esfuerzo.

—Míranos, parecemos dos vacas —dijo Lina, y a su pesar, Cecily se echó a reír. Se tumbaron boca arriba, mirando al techo.

Cuando por fin paró de llover, la luna creciente salió de detrás de las nubes. Lina apoyó la cabeza en el hombro de Cecily y respiró en su cuello, confiada, y el aire que salía por su nariz le produjo un agradable cosquilleo.

—Lo siento —empezó Cecily. Parpadeó para contener una lágrima que no quería que Lina viera—. Siento que tu marido no esté a tu lado. —Fujiwara, la sombra entre ellas dos, una amenaza para la amistad que tanto le había sorprendido y que tanto agradecía haber forjado—. ¿Por qué toleras que se comporte así? —Cecily se arrepintió inmediatamente de haber pronunciado esas palabras. No era responsabilidad de Lina vigilar el comportamiento de su marido; él no era alguien a quien se pudiera controlar, y ella lo sabía mejor que nadie.

Lina apartó la cabeza del hombro de Cecily y se volvió de lado, de espaldas a ella, de modo que Cecily sólo podía verle la mejilla, la piel azulada bajo la luz de la luna.

—El amor es eso, ¿no? —dijo—. Saber que hay algo malo en alguien, pero amarlo de todos modos. Me pasó lo mismo con mi primer marido.

—No lo necesitas —dijo Cecily, medio sentada al lado de Lina; sintió un dolor tan intenso en el pecho que tuvo que apretar los puños bajo la manta.

—Tal vez lo quiero más por su maldad. Mi madre solía decir que quizá el amor consiste en ignorar las cosas malas. —Se volvió y miró a Cecily; la luz de la luna hacía brillar sus lágrimas—. ¿Crees que hago algo mal?

—No. —Cecily estaba conmocionada—. Tú eres la única que no hace nada mal.

Entonces, con la misma rapidez con la que se le había desencajado el rostro, Lina volvió a sonreír.

—No hablemos de cosas tristes. Túmbate —dijo.

Cecily obedeció como si fuera una cría: se tumbó de lado en la cama, de cara a Lina, y recogió las rodillas. Lina también se tumbó, como una imagen especular de Cecily, y encogió las piernas imitando a su amiga. Entonces juntaron las manos y sus vientres se tocaron, y al poco rato se habían quedado dormidas.

18

Jujube

Bintang, Kuala Lumpur
25 de agosto de 1945
Malaya ocupada por los japoneses

Los días posteriores a la huida de Jasmin, los vecinos y amigos se habían reunido en torno a la casa de los Alcantara para hacer la misma vigilia que habían hecho cuando había desaparecido Abel. Todas las tías del vecindario —la señora Carvalho, la señora Chua, la señora Lingam, tía Mui, incluso la ricachona tía Faridah, a la que la madre de Jujube no soportaba— cocinaban cazuelas de comida y hacían ruiditos compasivos; «Pronto la encontrarán», decían, «Es una niña valiente y volverá a casa», aseguraban. Los hombres del barrio organizaron batidas, maldijeron a los japoneses, juraron encontrar a Jasmin. Pero el ajetreo sólo duró unos días. Después de eso, la gente siguió con su vida como si no hubiera pasado nada importante. Los adultos hacían cola para conseguir raciones de comida e intercambiaban trucos —incorporar tapioca hervida, boniato, incluso papel a sus raciones de arroz— para que la comida durara más. Los niños jugaban y evitaban las miradas furiosas de los

soldados del Kenpeitai. Los vecinos se asomaban a la valla y volvían a chismorrear: que si el chico Sequiera y la chica Tan se habían estado haciendo ojitos; que si nadie sabía si la señora Menon estaba embarazada de nuevo o si simplemente no había perdido peso tras el último parto; que si cada día parecía haber menos soldados japoneses y que quizá era cierto que los estadounidenses habían ganado.

Cuando se habían llevado a Abel, el miedo y la compasión habían durado mucho, quizá porque fue al principio de la ocupación y la gente aún no estaba curtida para aceptar el dolor como parte de la existencia. O tal vez, pensaba Jujube, porque ya se sabía que la primera vez que ocurría algo así era la más dolorosa, pero se suponía que las tragedias posteriores eran más fáciles de curar —como una herida a la que le salta la costra—, se suponía que ya sabías cómo sobrellevar tu dolor, no necesitabas que el bálsamo de la compasión se prolongase mucho tiempo.

De hecho, algunos vecinos se volvieron aún más crueles. Jujube oyó a la señora Chua susurrar con rencor: «¡Algo tenía que ir mal en casa de los Alcantara para que la chiquilla se haya tenido que escapar!» Las otras tías la hicieron callar cuando Jujube pasó por su lado, pero ella sintió sus miradas clavadas en la espalda. «Tal vez tienen razón», pensó, abrumada por el sentimiento de culpa. Al fin y al cabo, había sido ella quien había ahuyentado a su hermana.

En casa parecía que las paredes rezumaran dolor y tensión, y el silencio era insoportable. Antes, el alboroto de su hogar tenía su propia melodía: su padre hablaba en voz alta, pero mezclando las palabras demasiado rápido como para que se le entendiera a la primera; la voz de su madre era sorprendentemente melódica, pero

se volvía peligrosamente grave cuando estaba a punto de enfadarse; Abel era irregular, porque su voz, condicionada por la pubertad, a veces era grave y a veces aguda, y la de Jasmin era aflautada y nasal, como si sacara toda su voz por un único orificio de la nariz.

Antes, Jujube tenía una amiga de la escuela, Florence, cuya casa siempre estaba sumida en un silencio inquietante. Tras la muerte de la madre de Florence, Cecily había instado a Jujube a que visitara a su amiga y le hiciera compañía. Pero Jujube odiaba esas visitas, porque durante el día la casa de Florence estaba en completo silencio, salvo por los bruscos golpes que se oían cuando, después de haber bebido demasiado, el padre tropezaba y se golpeaba el pie o el brazo contra una pared o una mesa. Jujube siempre se preguntaba por qué no ponían música o llenaban el silencio con algún tipo de sonido, pero no se atrevía a preguntar. Ahora su casa también estaba sumida en el silencio, y el único sonido que lo interrumpía era el arrastrar de los pies cuando uno de ellos caminaba por el chirriante suelo de madera. Ahora podía comprender a Florence y a su padre. El dolor lo absorbía todo y dejaba huecos en el cuerpo que nada, ni siquiera la música, podía llenar.

En la casa de té aún era peor. Al cabo de una semana, justo a tiempo, Jujube volvió al trabajo: su jefe, Doraisamy, ya había colgado carteles de SE BUSCA CAMARERA en la puerta. Cogió uno de aquellos carteles escritos a mano, entró y se lo dio a Doraisamy, que se encogió de hombros sin ningún pudor; entonces su jefe señaló con desgana la cocina, donde montones de tazas y teteras sin lavar, todavía con restos de agua turbia y posos de té, se balanceaban precariamente y ocupaban todos los espacios libres. Jujube se

estremeció al pensar en lo sucias que debían de estar las teteras y las tazas que Doraisamy había estado utilizando para servir a los clientes en su ausencia. Cogió un trapo, lo mojó y se puso a fregar. Y así, sin más, reanudó la rutina de su vida, pese a que el vacío que sentía en el pecho por la ausencia de Jasmin amenazaba con asfixiarla.

En la casa de té también se respiraba una atmósfera diferente. Seguían corriendo rumores: el emperador Hirohito estaba a punto de firmar la rendición; los japoneses se habían quedado sin municiones y estaban dispuestos a darse por vencidos... Jujube cada vez oía más rumores sobre los combatientes por la libertad chinos que vivían en la linde de la selva y realizaban incursiones, atacando a las tropas japonesas al amparo de la noche y escondiéndose de nuevo en la selva oscura y húmeda durante el día. O al menos ella los llamaba «combatientes por la libertad»; su padre los llamaba «héroes» y «patriotas»; los informes de radio británicos los llamaban «comunistas», y el señor Takahashi los llamaba «rebeldes» (ésa era una de las muchas cosas que ella había empezado a reprocharle).

A pesar de todo, Jujube no estaba segura de que nada de eso fuera cierto. Últimamente era difícil abrigar esperanzas y, además, las cosas nunca volverían a ser como antes. Aunque los japoneses se marcharan, la mitad de su familia había desaparecido. ¿Cómo sería la vida en la posguerra sin Jasmin y Abel? ¿Seguiría existiendo su familia en el horrible silencio de su presente, chirriando como lánguidos fantasmas en su propia casa, lastrada por las pisadas de

su tristeza? Para Jujube ya no había lugar para la normalidad. No sabía cómo volver a casa.

Los soldados ya no iban en grupo a la casa de té, siempre iban solos. Se quedaban mirando al vacío, y algunos se tapaban la cara con las manos. Estaban más delgados, con los hombros más huesudos y las clavículas más marcadas, y el uniforme de color marrón verdoso les quedaba grande. Sólo sus rostros se veían más hinchados, y el aliento les olía a alcohol y a podrido. En algunos soldados, el mal humor se traducía en pasividad, cosa que Jujube agradecía. Se sentaban en un rincón, echaban en la taza de té unas gotas del líquido que llevaban en su petaca y bebían a pequeños sorbos, con el rostro desencajado. Pero otros, igualmente taciturnos, se habían vuelto más ruines. Antes, siempre había algún soldado alborotador que la agarraba por la cintura y le echaba el aliento en el cuello, aunque la mayoría la ignoraban. Pero últimamente la observaban con avidez, y cuando la llamaban para pedirle más té le ponían la mano en la espalda, y a veces la movían hacia arriba y hacia abajo, presionando en el costado, muy cerca de sus pechos, y en la curva de su cintura, como si quisieran recordarle todo lo que podían hacerle si les apetecía desahogarse.

«Y qué nos detiene ahora», debían de pensar; «ya no tenemos nada que perder». Cuando se produjo el primero de esos manoseos, ella buscó a Doraisamy con los ojos muy abiertos, pidiendo ayuda en silencio. Pero él miró hacia otro lado. Jujube estaba sola.

Antes, el señor Takahashi le servía como escudo, pero él ya no acudía a la casa de té con regularidad. Iba a cualquier hora del día, en ocasiones varias veces en un mismo día, y muchos días ni siquiera aparecía. Los cupones de comida que solía llevarle eran

cada vez más escasos. Le contó que habían cerrado su escuela, que ya no salía a la hora del recreo. Cuando ella le preguntó qué haría ahora que los suyos parecían estar en retirada, él no la miró a los ojos y eludió la pregunta. Eso la irritó. ¿Acaso creía que ella lamentaría que se marchara y regresara a Japón? ¿Que se entristecería como una niña tonta? Ella no era una cría; no necesitaba sus torpes atenciones. Después de todo, él era uno de ellos, hombres crueles que se deleitaban con el sufrimiento de su familia. A veces la intensidad de su rencor la sorprendía.

Además, cuando el señor Takahashi acudía a la casa de té, hablaba sin parar de Ichika. Jujube se arrepintió de haberle dado permiso para hablarle de su hija, porque ahora no se callaba. Las palabras caían de su boca como el serrín de un agujero en el fondo de un saco de arpillera: apresuradas, urgentes, como si hubiera estado esperando mucho tiempo para soltarlas.

El peor momento de todos fue el día en que el señor Takahashi recibió una carta de Ichika.

—¡Por fin! —dijo, apretando el sobre contra su pecho; su alegría hirió a Jujube como rayos de sol demasiado intensos para sus ojos.

Ella sabía que el señor Takahashi merecía esa felicidad; hacía meses que no tenía noticias de su hija, tan sólo había recibido el telegrama donde le comunicaban que estaba viva. La fecha del matasellos indicaba que la carta de Ichika había sido enviada antes de la bomba, pero había tardado más de seis semanas en llegar. El señor Takahashi insistió en leérsela en voz alta a Jujube, traduciendo el japonés a su vacilante inglés. A Jujube le habría gustado tener el valor de darle un tortazo en la boca, de estamparle la cara contra la

mesa, de hacerle callar. En lugar de eso, esbozó una sonrisa y le indicó que continuara.

—Me dice que, aunque todavía no tiene el título de enfermera, ¡es voluntaria en el hospital! Hay muchos heridos y ella los está ayudando.

Estaba exultante, los ojos le brillaban ante la perspectiva del futuro de Ichika. Jujube nunca había visto tanto orgullo en el rostro de sus padres. ¿Sería porque ellos, de niños, no habían hecho nada digno de tanto orgullo? Les habían arrebatado esas oportunidades. ¿O acaso algunos padres amaban más que otros? No lo sabía, pero al oír el tono de voz del señor Takahashi se le estremecieron las entrañas. Ichika le había enviado a su padre una foto en la que aparecía en una sala de hospital, rodeada de camas, gente y de médicos y enfermeras con gorros cónicos. Ichika no vestía uniforme: salía otra vez con aquellos pantalones vaqueros, anchos pero ceñidos en la cintura, y una camisa holgada con botones, una camisa de hombre.

Para calmar la rabia que le oprimía el estómago, Jujube trató de encontrarle defectos a Ichika. Sin duda parecía mucho mayor en esa foto que en la que el señor Takahashi le había enseñado en su día, pensó con suficiencia. Y también se la veía más cansada. Tal vez había engordado demasiado, y por eso llevaba ropa holgada, para disimular. Pero aunque intentaba inventarse todos los defectos que podía, veía la luminosidad del rostro de Ichika, las arrugas en las comisuras de sus ojos: parecía una mujer inteligente, vivaz, feliz. La Ichika perfecta, con su carácter generoso, sus valiosas aptitudes, su ropa cómoda, su ambición. A Jujube le habría gustado estrangularla.

Cuando terminó de analizar la carta y la foto de Ichika, esperó a que el señor Takahashi le preguntara cómo estaba. No sabía cómo iba a responderle; no había palabras suficientes para describir la magnitud de su angustia, el corrosivo dolor que sentía en el pecho, como si una rata le mordisqueara las entrañas recordándole que ella, al igual que toda su familia, ya no estaba completa.

Decidió mostrarse distante y responder con tranquilidad: «Yo siempre estoy bien.» Esperaría con impaciencia a que apareciese la arruga de preocupación en la frente del señor Takahashi, esa que aparecía cuando él adivinaba que ella no le estaba contando todo lo que tenía que contarle. Entonces tal vez le explicaría un par de cosas sobre lo que ocurría en su casa: las manías de su madre, la enfermedad de su padre, la profunda tristeza que teñía todo cuanto la rodeaba... Lo suficiente para despertar su simpatía, pero no tanto como para inspirarle compasión. No quería que el señor Takahashi sintiera lástima por ella.

Esperó mientras él doblaba la carta de Ichika; vio cómo la metía con cuidado junto con la foto en el sobre y cómo lo alisaba contra la mesa con unos dedos tan arrugados como su cara. Luego el señor Takahashi se pasó la misma mano por el pelo, nervioso, y Jujube interpretó que se preparaba para la difícil conversación que se disponía a mantener con ella. En cualquier momento, Jujube podría pronunciar su discurso.

Entonces el señor Takahashi cogió su taza, se terminó el té, la saludó con la cabeza, sonrió brevemente y, sin mediar palabra, abandonó el local.

19

Cecily

Bintang, Kuala Lumpur
1938
Siete años atrás,
Malaya ocupada por los británicos

Los alemanes y los japoneses estaban haciendo grandes progresos en diferentes lugares del mundo. Por medio de la radio, los habitantes de Bintang tenían noticia del rápido saqueo de ciudades, de la facilidad con que los japoneses vencían las sólidas defensas de los occidentales, de que algunos comandantes británicos se habían rendido sin oponer resistencia. A Fujiwara le brillaban los ojos cuando le hablaba a Cecily de las victorias acumuladas por los japoneses; se las iba describiendo una tras otra y le explicaba que sus estrategias siempre iban varios pasos por delante de las de sus oponentes. Los avances que normalmente habrían durado semanas o meses ahora apenas llevaban unos días.

En la ciudad de Kuala Lumpur, así como en el pueblo de Bintang, las opiniones de los ingleses estaban divididas. La mitad seguía creyendo firmemente en la continuidad del imperio, y estaban

decididos a no permitir que lo que percibían como una horda de salvajes con los ojos rasgados tuviera algún impacto en su vida. Las fiestas y los bailes eran aún más ostentosos; además, se inició la construcción de numerosas «estaciones de montaña», lujosos complejos residenciales en las montañas de Malaya, donde las temperaturas eran más suaves debido a la altitud. Las familias británicas se refugiaban en esas residencias todos los fines de semana. Pero la otra mitad estaba aterrorizada y hablaba en voz baja de que había llegado el fin. Llenaban bolsas y baúles y, tras subirse a los barcos que zarpaban todas las semanas de Port Lewisham, regresaban al clima húmedo y frío de su juventud.

A principios del año 1938, el monzón descargó sus últimas tormentas y luego se calmó. Lo sustituyó una humedad plomiza. Cecily suponía que con la llegada del nuevo año se sentiría más optimista, pero la mayor parte del tiempo estaba sencillamente cansada. Mientras recorría el pasillo del hotel Oriental Horizons, tuvo la incómoda sensación de que sus muslos se pegaban entre sí.

En cuanto abrió la puerta de la habitación, Fujiwara, que la estaba esperando, anunció:

—Me marcho. Me envían a China.

Cecily cerró la puerta empujándola con el codo e inmediatamente lo lamentó, porque pareció que en la habitación se hubiese hecho el vacío.

—¿Estás bien? —preguntó él al ver que ella hacía un gesto de dolor.

Cecily se llevó una mano a la parte baja de la espalda y se dejó caer en una silla. Su vestido premamá, holgado, se infló a su alrededor. Fujiwara había llegado antes que ella y estaba sentado en

el suelo, con la espalda pegada a la pared y las piernas estiradas delante del cuerpo. Cecily nunca le había visto sentarse así; no era un hombre campechano, no se sentaba en el suelo de las habitaciones de hoteles de mala muerte.

Algo había vuelto a cambiar entre ellos. Él nunca había mencionado aquella noche de tormenta en que ella se había marchado bajo el aguacero, la misma noche en que su mujer no había regresado a casa y un médico había llamado a su puerta para transmitirle mensajes tranquilizadores. No le había preguntado a Cecily de qué hablaba con Lina; actuaba como si no supiera que, cuando Cecily no estaba con él, Lina se pasaba el día con ella.

Sus vidas, que tanto se habían esforzado por mantener separadas, habían empezado a solaparse, pero era como si Fujiwara creyera que, ignorando la realidad de ese entrelazamiento, no reconociendo a Lina y a los bebés que no tardarían en nacer, podía fingir que nada había cambiado.

—¿Para qué te hacen ir a China? —preguntó ella, ignorando la pregunta que él acababa de hacerle.

—Seguramente para entrenarme. Luego me harán entrenar a otros para que estemos preparados. El estancamiento en China está empezando a resolverse a nuestro favor. Falta muy poco. Lo siento. Esto... —Señaló a su alrededor con un amplio ademán—. Malaya será lo siguiente.

Ella también lo sentía. Siempre había notado que su cuerpo reflejaba las emociones de él, y esta vez el pecho le vibraba y generaba aún más calor del que ya reinaba en la sofocante habitación. El calor irradiaba a través de la yema de sus dedos, cosquilleaba por su cuerpo incómodamente apretado contra la silla.

Pero a él le dijo:

—Ya sabes que, si te vas, la destrozarás.

El sudor se acumulaba detrás de sus rodillas. Dos gotas resbalaron por su pantorrilla izquierda y se detuvieron al llegar al tobillo. Vio que él cambiaba de postura en el suelo: trasladó el peso del cuerpo de una nalga a la otra, como si se preparara para ponerse en pie. Tal vez lo había enojado; se preguntó si se levantaría y se marcharía.

—Ahora no puedo pensar en eso —dijo él. Miró al suelo y luego otra vez a Cecily. Ella creyó ver una pizca de remordimiento en sus ojos. Fujiwara volvió a apoyarse en la pared—. Es el siguiente paso, Cecily. Tenemos que darlo. No hay alternativa.

«Tenemos.» Después de tantos años, ella todavía sentía una sacudida de placer cuando él se refería a ellos como una unidad.

—Ya lo sé.

En esta ocasión Cecily no se sorprendió. Él ya se había marchado otras veces, y ella sabía que era muy probable que tuviese que volver a hacerlo. Pero esta vez, en lugar de esfumarse sin más, como había hecho anteriormente, se lo había contado; eso significaba que habían crecido y evolucionado, que ya no eran dos simples conspiradores, sino casi dos socios. Sin embargo, quizá había sido un poco ingenua al dar por hecho que ese momento sería más sencillo, que sus vidas seguirían siendo las mismas, que no se verían afectados por las nuevas capas que los conectaban: una mujer que ya compartían, hijos que tal vez podrían compartir. Cuando se habían conocido, él estaba soltero. Cecily se estremeció al recordar cómo eran las cosas entonces: la crudeza de su pasión, la fuerza con que lo deseaba, lo infantil y sencilla que era su sed de él. Despegó los labios y estuvo a punto de preguntar «¿Qué pasará

con el bebé?», pero se tragó sus palabras y las empujó hacia abajo como si fuesen un incómodo acceso de tos. No era el momento.

En lugar de eso, dijo:

—¿Cómo crees que será el nuevo mundo?

Lo observó atentamente. Él inhaló y se alisó las arrugas del pantalón.

—Me imagino que en nuestro nuevo mundo seremos más autónomos, que ya no dependeremos de Occidente. Japón conducirá a Asia a una nueva era de modernización. Las cosas irán más rápidas. La gente será más productiva. La economía crecerá, habrá más prosperidad para todos. Eliminaremos la explotación, los niños ya no se ahogarán trabajando en las minas, los campesinos ya no se deslomarán en las fincas. Al final, Malaya incluso podría convertirse en un país independiente y coexistir pacíficamente con Japón. ¿Te lo imaginas? ¿Te imaginas ver a tu país dirigido por alguien que haya nacido dentro de las fronteras de Malaya? Siempre has vivido sometida al dominio extranjero. ¡Japón le ofrece un futuro nuevo a tu país, un futuro que ni siquiera te atrevías a soñar! —Se interrumpió, como sorprendido por la vehemencia de sus propias palabras. Entonces fijó la vista en la pared, aparentemente avergonzado.

«Tu país...» Cecily sabía que no debía sorprenderle que Fujiwara no se refiriera a Malaya como «su» país; él servía al emperador y siempre había estado orgulloso de su origen japonés. Aun así, le dolió. ¿Significaba eso que Fujiwara planeaba marcharse de Malaya tan pronto como llegaran los japoneses? ¿Se marcharía ella con él? La visión de Fujiwara era política, económica, ideológica. Por las noches, cuando Cecily no podía dormir, con la espalda dolorida por

el embarazo y con Gordon roncando débilmente a su lado, ella también imaginaba el futuro. Pero le daba vergüenza describirle sus fantasías a Fujiwara; eran mucho más pedestres, incluso más domésticas. Soñaba que organizaba fiestas junto a Fujiwara, y que él entornaba los ojos cuando veía reír a los niños. Soñaba que estaba sentada a su lado discutiendo estrategias y leyes. Soñaba con nuevas oportunidades para sus hijos, que Jujube iba a la universidad y se convertía en doctora, en científica, en una mujer cuya ambición no estaba limitada por su género. Cecily negó con la cabeza. Debería soñar aún más, como hacía él. Allí estaba, pensando en la educación de Jujube, cuando habría podido estar pensando en la educación y la prosperidad de toda una nación.

Tragó saliva y se recordó que tenía que concentrarse.

—¿Cuánto tiempo te quedarás en China?

—No lo sé. —Fujiwara volvía a hablar en un tono cortante. Suspiró, como si su anterior arrebato lo hubiese dejado agotado.

—¿Se lo vas a decir?

Él cerró los ojos y se quedó un instante así, con los párpados temblando, componiendo una expresión que ella nunca había visto en su cara pero que comprendía: determinación. Él iba a seguir adelante, despojándose de distracciones, recordando en todo momento lo que importaba, recordándoselo a ella.

—Cecily, esto es lo que siempre habíamos querido.

Tal vez ella ya no era aquella chica sencilla que hablaba, maquinaba y soñaba, la mujer ferviente que se había quedado contemplando a un hombre iluminado por la luna mientras él le hablaba de un futuro que parecía inalcanzable. Y sin embargo era imposible no sentir la emoción que irradiaba de él, la oleada del

momento que los envolvía a ambos, la sensación de que sus aspiraciones estaban muy cerca de convertirse en algo sólido, verdadero. Y como ya había ocurrido aquella noche, por un momento sólo fueron ellos dos, libres de los compromisos de la familia, del futuro, de Lina.

—Lo que siempre habíamos querido —repitió ella. La atmósfera de la habitación se espesó, y un velo de sudor le cubrió el labio superior. El músculo dolorido de su espalda se contrajo.

Fujiwara desapareció uno de esos días nublados que tanto gustan a los malayos, un día sin lluvia, pero con temperaturas lo bastante bajas para poder deambular por la calle. Una suave brisa refrescaba los brazos y agitaba los cabellos rebeldes. Los niños jugaban, la gente conversaba. Y esa noche, cuando se puso el sol y los mosquitos iniciaron su coro de zumbidos, Lina se presentó en casa de Cecily y Gordon, despeinada y con unas sandalias grises que le iban pequeñas.

—¡Cecily! —gritó—. Bingley no ha vuelto a casa. ¡Es la primera vez que pasa!

Gordon se puso en pie tan deprisa que se golpeó las rodillas con la mesa del comedor.

—No des esas voces —le dijo a Lina en voz baja—. Estás histérica.

Fujiwara no le había dicho a Cecily el día exacto en que tenía previsto marcharse. «Es mejor que me vaya con discreción», había dicho, y a Cecily le habría gustado preguntarle «¿Mejor para quién?». Pero no había querido presionarlo. Sabía que él tenía razón, era demasiado peligroso, y ella no habría podido hacer nada para

impedir el terror frenético que veía ahora en el rostro de Lina. Inspiró hondo y envolvió a su amiga en un abrazo.

—Tu marido está muy ocupado, Lina —dijo Gordon—. A lo mejor se ha entretenido haciendo... ¿A qué se dedica exactamente? ¿A vender cosas? —Pero por encima de la cabeza de Lina, que se sacudía al compás de sus discretos sollozos mientras se abrazaba a Cecily, Gordon arqueó las cejas mirando a su mujer. «¿Tiene una amante?», dijo moviendo los labios.

Cecily apretó las mandíbulas y trató de tranquilizar a Lina poniéndole las manos sobre los hombros.

Tal vez la verdadera víctima de todo aquello era Gordon, ignorante de las tensiones que palpitaban a su alrededor, ajeno a la velocidad a la que el mundo que él idealizaba iba a cambiar, a que el hijo que Cecily llevaba en su vientre tal vez no fuera suyo. Debería sentir lástima por él: merecía su compasión. En ese momento, sin embargo, lo único que quería hacer era estamparle los nudillos en la cara.

«Espera», pensó. Su cuerpo, que llevaba días endureciéndose, se sentía preparado para la batalla, afilado y feroz, listo para abalanzarse sobre cualquier cosa que sucediera.

Cuando se extendió la noticia de que Bingley Chan había desaparecido de la noche a la mañana —y se extendió rápidamente, porque Gordon no paraba de hablar de ello—, nadie se cuestionó sus razones ni temió por su seguridad. Para la gente, todo era culpa de Lina. Ella lo había ahuyentado, algo debía de haber hecho, no había estado a la altura. Porque perder a un marido podía ser mala suerte,

pero perder a dos... Eso era una negligencia condenable que rayaba en lo sospechoso. «Nunca fue suficientemente buena para él», afirmó lady Worthing. «*Haiya*, no se ha cuidado nada durante el embarazo, ¿acaso se le puede reprochar eso a él?», dijo la señora Low.

Cecily estaba furiosa por las crueles habladurías de la gente sobre su amiga. Las vecinas, tanto las británicas como las lugareñas, merodeaban alrededor de la casa de los Chan tratando de ver a la desconsolada Lina. Chismorreaban asomadas a las vallas y acorralaban a Cecily en la tienda para interrogarla. Intentaban «pasar por allí» con sopas, flores y miradas indiscretas, y fingían ofenderse cuando nadie les abría la puerta. A Cecily todo aquello le parecía repugnante. La aceptación tácita de Lina por parte de aquellas mujeres, los elogios de sus fiestas y su belleza, no habían sido más que una forma de enmascarar su envidia. Ahora se sentían mucho más cómodas mostrando sus verdaderos sentimientos.

Al principio, Lina se preocupó por si le había pasado algo a Bingley, igual que al *kapitan* Yap. Pero sufrió otro golpe devastador cuando se dio cuenta de que su esposo se había llevado casi todas sus pertenencias, dejando sólo huecos polvorientos en los estantes donde antes estaban sus cosas. Tras aceptar que se había marchado de forma voluntaria, Lina oscilaba entre la desesperación y los intentos de buscar una explicación lógica.

Cecily se encontraba en una especie de tierra de nadie. Le resultaba sorprendentemente fácil ser dos personas, no sólo compartimentar, sino sentir de verdad los sentimientos necesarios para poder existir entre Lina y Fujiwara. Durante el día permanecía junto a Lina, escuchándola fielmente mientras ella le contaba una y

otra vez sus conversaciones con Bingley, tratando de encontrar pistas que explicaran su partida. Lina hablaba en bucle, repitiendo las mismas nimiedades sin descanso: él nunca se marchaba sin decir nada, debía de tener trabajo en Europa, volvería cuando naciera el bebé. Con Lina, Cecily revivía y analizaba cada frase brusca, cada falta de atención, cada mirada no correspondida, cada gesto de fastidio, cada mueca de desagrado. Por la noche, en cambio, había otra Cecily, la mujer que se llenaba de adrenalina cuando pensaba que había llegado el momento, que el futuro con el que Fujiwara y ella se habían atrevido a soñar estaba a punto de cumplirse. Esa Cecily se pasaba horas buscando la frecuencia correcta en la radio y, de pie en la cocina con el aparato pegado a la oreja, escuchando a los ruidosos y exaltados periodistas que expresaban su perplejidad ante los focos de rebelión y el auge del sentimiento anticolonial que se extendía por todo el imperio. Por la noche, en la cama, esa Cecily se preguntaba dónde podía estar Fujiwara: ¿tumbado en la popa de un barco, contemplando la luna, como ella? ¿O acurrucado en una trinchera llena de barro, dirigiendo un ejército? A veces sentía tanta ansiedad que le picaba el cuerpo. Tenía sueños deliciosamente vívidos y violentos: soñaba que a las engreídas mujeres blancas de Bintang las sacaban a rastras tirando de sus parasoles; que al residente, Frank Lewisham, le arrancaban su elegante traje blanco y lo dejaban temblando en ropa interior; que Fujiwara dirigía a sus soldados de caballería. Imaginaba escenas en las que Fujiwara y ella reían juntos mientras caminaban entre los restos del Club, derribado hasta los cimientos, el símbolo de la hombría británica totalmente desnudo. Esas victorias imaginadas la dejaban empapada de sudor y

deseo, y al despertarse tenía los dedos apoyados sobre el vientre o tensos entre las piernas.

A veces intentaba ir más allá de esas vindicaciones y se preguntaba qué sería de su vida cuando todo eso hubiera terminado, pero esas visiones eran más borrosas. Era consciente de que Fujiwara sólo le había hablado de ideas, y lamentaba no haber tenido valor para pedirle algo más. Tal vez él acabaría revelando a sus superiores que había sido ella quien lo había hecho todo posible, tal vez la aclamaría como su compañera y su inspiración. Tal vez irrumpiría en su casa como un héroe conquistador y la empujaría contra la pared, sin ocultar su deseo, mientras Gordon lo veía todo, patético y traicionado. Pero todos esos escenarios parecían poco realistas, incluso ridículos. A veces la recorrían pequeños escalofríos de miedo; temía que, cuando los japoneses ocuparan el poder, su vida volviese a la rutina de siempre, a las pequeñas fanfarrias de la familia: hijos que amansar, un marido al que atender, las tragedias de la tediosa domesticidad resurgiendo de nuevo. En esos días en que la asaltaban las dudas, le habría gustado poder detener el tiempo, vivir eternamente en los momentos felices del inminente triunfo, suyo y de Fujiwara, con la adrenalina corriendo por su cuerpo.

Entonces, un buen día, los vecinos dejaron de interesarse por Lina. Al disminuir su curiosidad, Lina simplemente quedó apartada de los círculos sociales. Gordon instó a Cecily a alejarse también, temiendo que el segundo fracaso social de Lina se les contagiara como un sarpullido.

Pero Cecily no le hizo caso. Siguió yendo todos los días a casa de Lina con comida. Todos los días escuchaba sus conversaciones en

bucle. Todos los días la consolaba, reconfortaba y abrazaba. Y todos los días se preguntaba cuánto tiempo más tendría que esperar para que Fujiwara le trajera un mundo nuevo.

20

Abel

Campo de trabajos forzados de Kanchanaburi,
frontera de Birmania y Tailandia
29 de agosto de 1945
Malaya ocupada por los japoneses

Cuando Abel era pequeño, su madre le había enseñado que, a lo largo de la historia, los líderes siempre habían surgido del vacío o del caos. Según ella, eso se debía a que, al fin y al cabo, lo único que querían los hombres era que les dijeran lo que tenían que hacer. Abel nunca había estado de acuerdo con esa premisa: no soportaba que le diesen órdenes, y a veces, aunque estuviese de acuerdo con la orden, sentía el impulso de desafiar a la persona que la dictaba. Cuando se lo explicó a su madre, ella se rió y dijo: «Eso sólo significa que el líder vas a ser tú.»

Era fascinante comprender la fuerza del propio carisma antes de tener la edad suficiente para ponerle nombre a ese don. Abel descubrió que tenía poder, que las personas se fijaban en él cuando entraba en un sitio, que seguían hablando de él hasta mucho después de que se hubiera marchado, que siempre lo recordaban.

Era demasiado pequeño para entender la razón. Él no era el más atlético, ni el más gracioso, ni el más listo (aunque, según a quién se lo preguntaras, te dirían que era el más guapo); aun así, era el líder en la escuela: sus compañeros siempre le dejaban sitio, lo tomaban como modelo, y siempre salía impune de sus travesuras. Uno de sus maestros, que lo había perdonado tras una gamberrada especialmente grave, le había dicho que era un «bribón con encanto». Abel le preguntó a su madre qué significaba eso.

Su madre lo miró y compuso aquella sonrisa indulgente que reservaba exclusivamente para él.

—Tu maestro confunde el encanto con el carisma —dijo.

—¿Carisma? —Abel hizo rodar la palabra por su lengua, notando que su inusual trayectoria atrapaba la saliva.

—Eso es. —Su madre rió y le tiró de una oreja. Y entonces, creyendo que su hijo no lo oiría, murmuró—. Una vez conocí a alguien así.

—¿A quién, madre?

Ella se sonrojó. Le ardían las orejas.

—Nada. Nadie. Un hombre al que conocí.

Obviamente, esa necesidad de desafiar y liderar era lo que le había causado problemas en el campo de trabajo. Le costaba obedecer como hacían los demás, colocar las vías, transportar cargas pesadas a un ritmo constante, estar callado y pasar desapercibido. Le sorprendía que los otros prisioneros aceptaran sin más la simple jerarquía del campo: que los japoneses los esclavizaban y ellos eran los esclavos. Pero si bien en la escuela se elogiaba su carisma y sus compañeros dejaban que él los liderara, en el campo los chicos le tenían pánico. «Vas a conseguir que nos

maten a todos», le dijo un día Rama, al poco de llegar. No obstante, el carisma y la rebeldía, como todo lo demás, pueden eliminarse a base de golpes. Cualquier animal, por muy fiero que sea, puede convertirse en la sombra cobarde de sí mismo si se lo atonta lo suficiente. Todo animal se puede silenciar; en el caso de Abel, mediante el amargo dulzor del *toddy*.

—Antes eras diferente —dijo Freddie el día después del incidente con Akiro en el cobertizo del teatro.

Abel percibió un olor a excrementos; miró alrededor y se dio cuenta de que provenía de él. Lo último que recordaba era el ruido de vítores, de patadas, de huesos rotos; luego se había sumergido en aquella dulce oscuridad.

«¿Cómo pudiste pensar que yo sería capaz de hacer una cosa así?», quiso decirle Abel, pero no llegó a articular esas palabras.

Lo intentó de nuevo: «¡Déjame en paz!», pero Freddie sólo negó con la cabeza y le hizo una señal a alguien que estaba un poco más lejos. Uno de los chicos se acercó corriendo. Abel sintió que lo empapaba un chorro de agua fría, y luego continuó cayéndole encima un cubo tras otro. Los otros chicos, siguiendo las instrucciones de Freddie, le limpiaron las heces, sus heces, junto con la poca autoestima que le quedaba.

Al principio, Abel había dado por hecho que, después de negarse a matar al jefe Akiro, en el campo lo tratarían como a un paria. Pensó que los chicos le arrearían patadas y puñetazos como habían hecho con el jefe Akiro, hasta que también él suplicara clemencia. Pero, en muchos sentidos, lo que ocurrió fue aún peor. Empezaron a tratarlo

como a una especie de soldado caído, alguien débil a quien había que proteger, encerrar, tratar con cuidado. Todos los días, al despertar, encontraba comida junto a él. Cada vez que se levantaba para ir a orinar, varias cabezas se volvían para asegurarse de que no se caía, y cuando tropezaba, cosa que sucedía a menudo, siempre había allí alguien para ofrecerle un brazo y levantarlo del suelo. Antes, cuando esa función la ejercía Freddie, Abel había podido soportar la constante ayuda de su amigo. Era casi balsámico tener a Freddie cerca cuando despertaba de uno de sus letargos alcohólicos; la tranquilizadora voz de su amigo le recordaba a Abel que todavía no estaba perdido. Pero ahora Freddie, como un comandante rodeado de tenientes, parecía haber delegado ese deber en los otros prisioneros del campo. Los chicos miraban a Abel con lástima, bajaban la voz cuando pasaba junto a ellos, le daban palmaditas en la espalda como si fuese un animal herido. El hecho de que sus debilidades hubiesen quedado expuestas y fuesen reconocidas de ese modo suponía una humillación devastadora. A Abel le daban ganas de hundirse en sí mismo y esconderse, pero también de romper todas las manos consoladoras que lo acariciaban.

Por los cuchicheos que oía, Abel se enteró de que, una vez cometido el acto, Freddie había dado instrucciones a los chicos para que enterraran el cuerpo de Akiro cerca del platanero. La ubicación no era casual. Muchos de los chicos creían en la superstición de que los plataneros estaban poseídos por el espíritu de una mujer vengativa. Eso significaba que, por lo general, no se acercaban al platanero del campo, convencidos de que el espíritu de un espectro enfurecido saltaría sobre ellos y les cortaría los genitales. Abel suponía que a Freddie le había parecido un castigo adecuado que

Akiro fuera perseguido en la otra vida por un espectro dispuesto a mutilarlo; sin embargo, él no compartía ese temor. Su madre lo había criado a base de historia y ciencia, así que las leyendas populares sobre mujeres espectrales no lo asustaban. Aquel platanero había sido su refugio cuando había necesitado sombra, soledad, silencio o un lugar donde beber sin que lo miraran con desprecio. Pero ahora hasta ese árbol lo había abandonado. La idea de descansar cerca del cadáver en descomposición de Akiro le horrorizaba.

Los oficiales japoneses asignados al campo se desentendieron de los prisioneros. Abel ignoraba si suponían que Akiro simplemente había desertado, como muchos antes que él, o si sospechaban o incluso sabían cómo había acabado. Pero fuera como fuese, los oficiales se mantenían alejados, enclaustrados en sus dependencias; algunos salían por la noche con el petate lleno y se escabullían con la esperanza de un futuro mejor lejos de allí.

A medida que los soldados japoneses iban desertando, se fueron acabando las provisiones de comida y otros artículos del campo, y nadie los reponía. Antes, llegaban camiones cada pocas semanas. Iban cargados con sacos de arroz que los chicos tenían que cargar sobre la espalda y bajar al suelo sin que se derramara ni un solo grano si no querían recibir una paliza, pero hacía tiempo que ya no veían ninguno. Al principio, los chicos registraron las dependencias abandonadas por los soldados y se alegraron al encontrar tentempiés y exquisiteces japonesas que jamás habían visto. Después de sus espectáculos, se sentaban en corros y mordisqueaban aquellos inusuales manjares; algunos asentían complacidos, y otros torcían el gesto y hacían muecas de asco. Pero

también esas golosinas se terminaron. Los chicos más ingeniosos de la cocina buscaban plantas y raíces comestibles entre la vegetación del campo, pero en general estaban hambrientos y, sin el estricto racionamiento impuesto por los japoneses, comían lo que tuvieran a mano, de modo que las provisiones pronto empezaron a escasear peligrosamente. Abel sabía todo eso por los cuchicheos en los que no participaba. Él sólo comía una vez al día, porque cuanto menos comía, más rápido se emborrachaba. La bebida era lo único que al parecer no se agotaba: en los barracones de los japoneses encontraron cajas y más cajas de *toddy*, y Abel se alegró.

Fue en ese vacío de liderazgo donde Freddie, el muchacho flaco y de voz suave que en el pasado había sido el blanco perfecto de las palizas de los soldados japoneses, se alzó como cabecilla. De alguna manera, ese mismo Freddie se convirtió en el líder de los prisioneros perdidos del campo de trabajos forzados de Kanchanaburi. Era asombroso presenciarlo, incluso a través de la neblina que envolvía a Abel: Freddie estableció un horario para que siempre hubiera tres chicos como centinelas, encargados de vigilar por si se acercaba alguien que no fuera uno de los suyos. Antes de que se marcharan los últimos japoneses, había ordenado a uno de los prisioneros que robara un transistor que cada pocas horas emitía en japonés. La mayoría de los chicos no hablaban japonés, pero los que sí lo hablaban lo traducían lo mejor que podían, descifrando las palabras entre el ruido de las interferencias: «Bomba.» «Rendición.» «América.»

En el campo hubo reacciones diversas.

—¡Nos van a rescatar! —exclamaban algunos.

—Vamos a morir de hambre —vaticinaban otros.

—Se han olvidado de nosotros —dijo Freddie—. Y eso significa que tenemos que cuidar de nosotros mismos.

Discutían, hablaban muchos a la vez, las moscas zumbaban y el ambiente estaba caldeado.

—Se está terminando la comida —dijo Rama, dándose palmaditas en el estómago—. No sé de dónde vamos a sacar más.

—Los deslizamientos de tierra son cada vez peores —añadió otro —. Un día nos van a sepultar.

Sin trabajo que hacer, sin vías que tender, los días en el campo se volvían cada vez más largos y tediosos. Se respiraba una sensación de inquietud: los chicos, acostumbrados al terror y al empeño por sobrevivir, ahora parecían privados de propósito, y ese exceso de energía alimentaba su agresividad. Todos los días alguno golpeaba a otro por la más mínima ofensa, por la razón más estúpida: «me has robado la comida», «me has mirado mal», «has hecho trampas»... Las riñas eran de diversa gravedad. Aunque la mayoría eran simples peleas que sólo causaban alguna magulladura, de vez en cuando alguien quedaba tendido en el suelo sangrando y jadeando. Era paradójico, pensaba Abel, que las torturas y el dolor que tanto habían temido y contra los que habían soñado rebelarse los hubieran convertido en lo que los japoneses querían: prisioneros sometidos a base de patadas.

Pero él no tenía problemas. Para escapar de las miradas de lástima, Abel bebía, y así sus compañeros lo dejaban en paz. Suponía que debería sentirse agradecido, porque no estaba en condiciones de pelearse con nadie; sin embargo, de vez en cuando deseaba que alguien le diera un empujón. Al evitarlo estaban dando por sentado que no podía ganar en una pelea, que estaba tan

destrozado que ni siquiera merecía la pena considerarlo un oponente.

—Te necesito —le dijo Freddie en voz baja una mañana.

Era temprano y un gallo cantaba no lejos de allí. El cielo todavía estaba oscuro, pero un filo naranja asomaba por el horizonte: el sol, igual que Abel, no lograba levantarse. Abel estaba sentado fuera de los barracones donde dormían los otros chicos, con la espalda apoyada en un montón de leña. Últimamente se escondía dentro, debajo o detrás de los edificios, como un animal, con la esperanza de que no lo encontrasen. Pero Freddie siempre daba con él.

—Largo —dijo Abel. No estaba para sermones. No podía mirar a Freddie sin estremecerse de vergüenza. No lo soportaba.

—Necesito hablar con alguien. No sé qué hacer. Necesitamos un plan. Creo que tenemos un problema.

Freddie parecía tranquilo, pero sus ojos, de aquel azul tan familiar que antaño reconfortaba a Abel, traicionaban el tono sereno de su voz. Se movían de una manera extraña; detrás de sus iris se escondía la responsabilidad de estar al cargo de un centenar de prisioneros del campamento.

—No tienes que ocuparte de todos —le dijo Abel enojado—. ¿Desde cuándo eres el Jesucristo de este campo?

Freddie se encogió como si le hubieran pegado.

—¿Qué te ha pasado? ¿Por qué te has vuelto así?

«¿Cómo me he vuelto?», quiso preguntarle Abel, pero decidió que ya no le importaba lo que pensara su amigo. Bebió un poco de la botella y sintió cómo el *toddy* resbalaba ardiendo hasta su estómago

vacío. Se imaginó un sendero dorado y reluciente que recorría su cuerpo.

Pero Freddie no dijo nada más, lo que enfureció aún más a Abel. Estaba harto de que todos lo protegieran, y le resultaba insoportable pensar que Freddie no sólo protegía su cuerpo sino también sus sentimientos. Él no necesitaba protección, y mucho menos si se la ofrecía alguien tan enclenque como Freddie.

—¡¿Así? ¿Cómo?! —gritó Abel, sorprendido por el volumen y la claridad de su propia voz. Si Freddie lo insultaba, se iba a enterar.

—Tenemos que irnos —dijo Freddie con un hilo de voz—. Antes de que sea demasiado tarde.

¿Por qué?, pensó Abel. ¿Por quién? Pero cuando por fin hubo ordenado sus pensamientos, Freddie ya se había marchado.

Los dos días siguientes fueron un torbellino de actividad, y Freddie, por supuesto, estaba en el centro de todo. Abel observaba sin dar crédito cómo los mismos chicos que sólo unos días atrás se zurraban unos a otros ahora se organizaban, formando cadenas y preparando mochilas de suministros que luego amontonaban. Cada mochila contenía comida, agua, trapos (seguramente para vendar heridas) y otros artículos que Abel no alcanzaba a distinguir.

Freddie iba de un lado a otro como si fuera el dueño del lugar, supervisándolo todo: «más en esta mochila», «más rápido», «sólo lo esencial», «hay que cambiarlo de sitio», y así sucesivamente.

—¿Qué pasa? —le preguntó Abel a Vellu, que estaba intentando meter en su mochila un objeto que parecía un acordeón.

—Nos largamos de aquí. Freddie dice que hay que irse cuanto antes, que debemos ponernos en marcha.

«Ponernos en marcha», pensó Abel con resquemor. Él lo había pensado primero. Ya llevaba una semana preguntándose si los chicos deberían rebelarse contra los japoneses y volver a casa. Pero las cavilaciones de borracho no tenían ningún valor. Abel suponía que debería ayudar; en principio estaba de acuerdo en que tenían que marcharse. En cualquier momento, un tanque japonés podía atravesar las alambradas y acribillarlos a tiros, porque ya no los necesitaban. Pero últimamente se mareaba con sólo ponerse en pie. A veces, si elegía mal el sitio donde instalarse para pasar el día, se encontraba en medio del ajetreo. Los prisioneros caminaban a su alrededor cargados de provisiones y hablando en voz alta, y el murmullo le irritaba el cerebro, le daba dolor de cabeza, le provocaba frustración. De vez en cuando, alguien murmuraba: «Vamos», y tiraba de él por las axilas hacia un lugar apartado del bullicio. Pero la mayoría de las veces lo ignoraban; sus gemidos de borracho no servían para nada y, por tanto, era invisible.

Cuando los muchachos llevaban dos días recogiendo frenéticamente, Rama salió de la letrina con los pantalones desabrochados y agarrado a la radio portátil que había estado escuchando.

—¡El emperador Hirohito va a entregar Malaya! —gritó, y su voz resonó por todo el campo.

Todos empezaron a gritar. «¿Qué hacemos?», «¿Adónde vamos?», «¿Nos rescatarán?», «¿Quién nos rescatará?».

El campo quedó en suspenso. Y como de costumbre, en medio de la creciente marea de pánico, surgió la voz de la razón:

—Nos iremos mañana. Ya tenemos suficientes mochilas. —La voz de Freddie sonó tan suave y calmada que los chicos se tranquilizaron. Sólo Abel detectó un temblor en sus palabras.

21

Jasmin

Bintang, Kuala Lumpur
29 de agosto de 1945
Malaya ocupada por los japoneses

El decimotercer día de la estancia de Jasmin en la casa del general Fujiwara, Yuki no estaba en la carretilla donde solían encontrarse. Esa tarde, Jasmin se había escabullido de la casa sin ser vista, y había ido corriendo hasta ver el letrero de BIENVENIDOS. La estación parecía un poco más concurrida de lo habitual, casi frenética, y había más soldados pisando fuerte con sus enormes botas, pero Jasmin no les prestó atención. La gente no se fijaba en ella, y los pocos que sí se fijaban la ignoraban por completo. Enseguida vio que la sábana no estaba sobre la carretilla como de costumbre, sino que colgaba torcida de un lado, dejando al descubierto la mitad de la carretilla de color azul. Al principio creyó que Yuki le estaba gastando una broma y, riendo, golpeó la sábana pensando que su amiga estaba escondida debajo y a punto de saltar sobre ella. Pero la sábana cayó al suelo, revelando que debajo no había nada. Jasmin subió a la carretilla y se dispuso a esperar. Pensó que Yuki

simplemente se había retrasado por alguna razón, y que no tardaría en aparecer. Se tapó con la sábana, como siempre hacía Yuki, y, envuelta por el abrazo del aire cálido y húmedo, se acurrucó y se quedó dormida. No había nada de lo que preocuparse. Yuki volvería.

—Mini. Mini.

Jasmin abrió los ojos. Bostezó y se dio cuenta de que tenía sed y calor. La lengua se le pegaba al paladar.

—¿Yuki?

La pequeña estaba agazapada frente a ella en la carretilla, con la espalda curvada. Tenía unos grandes verdugones en los brazos.

—Duele —dijo Yuki. Una sola palabra. Las lágrimas se desbordaron de sus ojos.

Al moverse se le subió un poco el camisón, y Jasmin vio que tenía un corte largo e irregular en el muslo izquierdo.

Jasmin desvió la mirada. No soportaba ver así a su amiga.

—¿Qué ha pasado, Yuki?

—Hoy un tío me ha pegado.

Yuki se dejó caer sobre Jasmin, y ella la abrazó.

—¿Podemos irnos? —suplicó Yuki entre sollozos, con el rostro hundido en el brazo de Jasmin—. Tengo mucho miedo.

Se aferraron la una a la otra. El corazón de Jasmin estaba tan desgarrado como el cuerpo de Yuki.

Esa tarde, cuando las dos niñas llegaron a la casa del general, entraron sin hacer ruido y nadie las vio. Jasmin oyó al criado machacando algo en un mortero en la parte de atrás, tal vez jengibre, *cili padi* o algún otro ingrediente de la cena. El sonido

rítmico de la mano de mortero contra el recipiente era como un latido tranquilizador para Jasmin. Estaba muerta de miedo por haber llevado a Yuki a casa del general sin permiso; sabía que a él no le gustaría. Pero no se le había ocurrido otra solución. No soportaba oír los sollozos de Yuki, y era consciente de que esta vez ni las carantoñas ni las bromas servirían de nada. Necesitaba alejar a Yuki de aquel sitio horrible donde vivían las chicas de los ojos muertos y los soldados semidesnudos, y no tenía ningún otro sitio adonde ir. Yuki había ido callada todo el camino, apoyándose en Jasmin y respirando con dificultad, como si necesitara toda su energía para dar unos pocos pasitos. No se parecía en nada a la niña que había corrido con ella codo con codo, cuando había sido Jasmin la que había tenido que esforzarse para no quedarse rezagada. El ojo hinchado de Yuki había dejado de sangrar, pero había empezado a salirle un moratón azul, y Jasmin se estremecía cada vez que la miraba.

Ya en casa del general, Yuki miró a su alrededor, anonadada.

—¡Qué casa tan grande! —exclamó en voz baja—. ¿Y ahora vives aquí?

—Chist —susurró Jasmin, temiendo que las oyera el criado.

Fueron cogidas de la mano hasta la habitación de Jasmin. Yuki se detuvo en el umbral y arqueó las cejas, y Jasmin reconoció en su cara el mismo asombro que había sentido ella la primera vez que el general la había llevado a esa habitación. Acostumbrada al delgado colchón que compartía con su hermana, a Jasmin le había impresionado la solidez de la cama, un grueso colchón colocado sobre una robusta estructura de cuatro postes. Nunca había visto nada tan imponente. Recordó que se había hundido en las sábanas y

que se había preguntado si las hadas se sentirían así en las nubes. Y luego había dormido tan profundamente que, cuando se despertó a la mañana siguiente, tenía la cara arrugada.

Las niñas se subieron a la cama y Yuki se tumbó y estiró los brazos como un pájaro que abre las alas. Jasmin vio que el cuello y las muñecas mugrientas de Yuki, así como la sangre de los cortes que tenía en la cara, dejaban pequeñas marcas marrones en las sábanas, manchitas que se extendían como gérmenes. Frunció el ceño, pero no dijo nada y permaneció tumbada junto a su amiga.

—Quiero quedarme toda la vida contigo —murmuró Yuki con la cara hundida en el pelo de Jasmin.

Jasmin se mordió los labios. Eso era precisamente lo que temía que pasara: que Yuki viera lo maravillosa que era la casa del general y quisiera quedarse a vivir allí.

—No sé si podrá ser, Yuki —balbuceó.

—¡Sólo tienes que pedírselo al general! ¡En esta casa hay muchas habitaciones! —exclamó Yuki, como si acabase de ocurrírsele una idea sumamente ingeniosa—. ¡Así podremos jugar todo el día!

A Jasmin se le hizo un nudo en el estómago. Le tenía un gran cariño a Yuki, la adoraba. Yuki era su alma gemela; cuando estaban juntas, Jasmin se sentía completa, y cuando estaban separadas, se sentía vacía, como hojas de un libro que vuelan sueltas arrastradas por el viento. Y sabía que donde vivía Yuki pasaba algo malo, y ella quería ayudarla; tenía que salvar a su amiga, tenía que salvar a esa otra mitad de su corazón. Pero también sabía que al general no le iba a gustar la cara deformada de Yuki; que no querría que entrase nadie más en su espacio privado, y que sólo ella, Jasmin, era especial. Sabía que él detestaba la suciedad y el desorden. Le había

visto regañar al criado porque había descubierto una manchita en su uniforme. Esa noche, el criado se había pasado horas frotando el uniforme, y ella se había dormido arrullada por el sonido del agua.

Jasmin tenía miedo de que el general dejara de quererla si veía a Yuki, con sus olores, su suciedad y su estridente voz; y si el general se enfadaba con ella, dejaría de contarle historias, y esa cama tan grande y cómoda dejaría de ser suya. ¿Qué haría entonces? ¿Adónde iría? Necesitaba tiempo para explicarle bien las cosas. Sabía que Yuki no podía quedarse; tenía que convencerla para que renunciara a la cama y a la casa y volviera a ese lugar tenebroso. Pero ya se ocuparía de eso más tarde. De momento, le cogió la mano y señaló la mosquitera, que el criado había recogido pulcramente y que colgaba sobre sus cabezas formando un extraño bulto.

—¿Qué dirías que parece eso, Yuki? ¡Yo creo que parece un elefante visto por detrás!

Yuki se echó a reír a carcajadas y cerró los ojos. Al cabo de unos minutos se había dormido, y poco después Jasmin también empezó a adormecerse, con el olor almizclado del grasiento cabello de Yuki formando un escudo a su alrededor.

22

Cecily

Bintang, Kuala Lumpur
1938
Siete años atrás,
Malaya ocupada por los británicos.

La niña de Cecily, oscura y calva, fue la primera en nacer. Llegó al mundo una tarde de enero calurosa y despejada, y cuando la comadrona se la puso en los brazos, Cecily escudriñó la colorada carita de la niña e intentó discernir su ascendencia. Volteó a la niña envuelta en un paño de un lado a otro, en busca de alguna señal de que fuera hija de Fujiwara. No habría sabido decirlo; ¿cómo podía saberlo?

Lina, asombrosamente ágil pese a su avanzado estado de gestación, irrumpió en la casa y apartó a la comadrona.

—¿Qué haces aquí? —le preguntó Gordon, enojado. Todavía le preocupaba que se les contagiara el rechazo social que había sufrido Lina.

—¡Cecily! ¡Ay, pero qué niñita tan preciosa! ¡Mira qué carita! —exclamó Lina, y Cecily no tuvo más remedio que sonreír; por primera

vez, volvía a ver a Lina tan feliz como antes de que Fujiwara la abandonara—. ¿Cómo vais a llamarla? —preguntó, apretándole un bracito regordete a la pequeña con la yema de un dedo.

—Creo que se llamará Agatha, como mi madre —dijo Gordon, apartando a Lina para coger a la niña en brazos—. Sí, Agatha. Y la llamaremos Aggie para abreviar.

«Ni hablar», le dijo Lina a Cecily moviendo los labios a espaldas de Gordon. Pese a lo cansada que estaba, Cecily se rió; ella también detestaba ese nombre. La niñita se retorcía dentro del paño que la envolvía, y a Lina le hizo gracia.

—Mira, a ella tampoco le gusta —le indicó a Cecily en voz baja.

Molesto por el alboroto, Gordon salió de la habitación. Lina se subió a la cama de su amiga y se tumbó a su lado.

—¿Y el tuyo? ¿Cómo se va a llamar? —preguntó Cecily.

—Bueno, si es niño, Bingley quiere que se llame Aston. —«Quiere», pensó Cecily. Lina había hablado en presente, como si Fujiwara todavía continuara por allí.

—¿Aston? ¿Como ese coche inglés?

A Lina le tembló la barbilla.

—Ojalá sea una niña —musitó—. No sé si podría... No sé si sabría criar a un niño yo sola.

Cecily deslizó la mano bajo la fina manta, puso la palma sobre la mano de Lina y se la estrechó.

—Lo siento... —le dijo Lina, apretándole también la mano—. Hoy es tu día. Voy a parar de decir tonterías.

Se quedaron en silencio. El bebé de Cecily tosió levemente; el rostro de Lina se relajó y su mirada se suavizó al ver que la niña se movía.

—¿No te gustan los nombres de flores? —le dijo Lina—. ¿Rose, por ejemplo?

Cecily lo pensó un momento.

—No, demasiado serio.

—¿Lily?

—En mi escuela había una niña muy creída que se llamaba Lily. Yo la odiaba.

Lina se rió.

—Estoy segura de que se lo merecía.

—¿Qué te parece Jacaranda? —dijo Cecily.

—De ninguna manera. ¡Ya veo que esto no se te da nada bien! Menos mal que me tienes a mí.

A lo lejos, el sol comenzaba a ocultarse, y ellas seguían allí tumbadas, susurrando y susurrándole a la pequeña. Por un momento pareció que todo volvía a ser como antes y que tal vez, sólo tal vez, las cosas saldrían bien.

El bebé de Lina nació cinco días más tarde, de madrugada, coincidiendo con la luna nueva.

Cuando Cecily recibió el escueto y alarmante mensaje de la comadrona, Gordon protestó muy enojado.

—Es muy tarde. ¿Qué dirá la gente? Espérate hasta mañana, por favor.

Pero Cecily no le hizo caso. Algo en el mensaje, escrito con letra irregular en un trozo de papel roto, le había parecido preocupante:

ha pedido que venga usted

Cuando Cecily llegó, en la casa de los Chan reinaba una calma inquietante, y la implacable luz blanca del techo se reflejaba en los folículos pilosos de su brazo.

—¿Es usted de la familia? —La comadrona salió del dormitorio. Era una mujer menuda y reseca por todas partes excepto en las mejillas, llenas de unos granos grasientos que la luz revelaba cruelmente—. ¿Es de la familia? —repitió muy seria—. Necesito que venga alguien de la familia. —Cecily negó con la cabeza—. ¿Va a venir alguien de la familia? —insistió la comadrona.

Cecily desvió la mirada, reacia a darle una respuesta directa a la mujer.

—Soy amiga suya. Su mejor amiga. ¿Qué pasa? ¿Por qué me ha hecho venir?

La comadrona giró sobre sus talones sin decir palabra, y Cecily lo tomó como una indicación de que la siguiera.

La habitación de Lina olía a sangre, sudor y agotamiento, no muy diferente a como había olido la suya tan sólo unos días atrás. Aun así, Cecily retrocedió al sentir aquel olor tan intenso. Parecía haberlo impregnado todo y le producía náuseas y claustrofobia.

Lina tenía los ojos cerrados y la cabeza apoyada sobre un mar de mantas; unos mechones de pelo se le adherían a la cara, reluciente de sudor. Al acercarse más, Cecily pudo apreciar la palidez de su amiga y el color azulado de sus labios cortados.

—¿Ya ha pasado todo? ¿Dónde está el bebé? —preguntó Cecily.

Algo crujió en la pestilente habitación, y Cecily miró a su alrededor alarmada. Estaba todo demasiado silencioso. El día que había nacido su hija, la casa se había llenado de actividad; se palpaba una energía frenética y, en las pausas entre sus contracciones y sus gritos, todos los miembros de la familia pedían novedades. Pero allí, en la blanca y reluciente casa de Lina, un calor insonoro lo cubría todo.

—¿Hay algún problema? —insistió Cecily.

La comadrona le hizo un gesto a una mujer más joven, que le entregó a Cecily un bulto envuelto en un paño. Cuando Cecily cogió al bebé, sus dedos rozaron los de la mujer, que estaban fríos y húmedos; la ayudante de la comadrona evitó mirarla a los ojos.

La niña tenía la cara aplastada, como si sólo un lado hubiese recordado que tenía que inflarse. El otro lado estaba abollado, rugoso y ajado. La criatura se retorcía dentro del paño y movía los párpados sin llegar a abrir los ojos. El ojo del lado aplastado estaba hinchado.

Cecily sintió que las piernas le flaqueaban y se sentó en una silla.

—¿Qué ha hecho? —le espetó sin alzar la voz a la comadrona—. ¿Qué le ha hecho a la niña?

—Se estaba asfixiando —dijo la comadrona en voz baja y temblorosa. Luego señaló a Lina y añadió—: La madre no paraba de decir que tenía que esperar a su marido. Se ha empeñado en retener a la niña en su vientre. Ha hecho todo lo posible para que no saliera.

—¿Le está echando la culpa? —dijo Cecily. Estaba furiosa y tuvo que hacer un gran esfuerzo para no subir la voz. Detrás de ella, Lina se estremeció.

—He tenido que sacar a la niña con fórceps —dijo la comadrona.

—¿Por eso tiene la cara así? ¿O ya la tenía? —inquirió Cecily. Le horrorizaba pensar que la niña ya hubiese estado dañada dentro del vientre de su madre, desfigurada por la tristeza de una vida que ni siquiera había estrenado.

La comadrona no respondió a su pregunta.

—He hecho todo lo que he podido... Sangraba demasiado.

—Un momento, ¿me está diciendo que...? —Cecily se sentó en el borde de la cama. Le acarició la cara a Lina y se asustó al notar lo calientes que tenía las mejillas. Entonces se dio cuenta de por qué habían reclamado su presencia: no por la niña, sino por Lina—. ¿Cuánto le queda? —Cecily templó la voz para evitar que un temblor la delatara.

La comadrona desvió la mirada y levantó los hombros como si se preparase para defenderse.

—No mucho.

—Él no ha venido, Cecily —murmuró Lina en la cama—. Yo quería que viniera. Recé para que viniera. Sabía que no vendría, pero... pero la esperanza es lo último que se pierde, ¿no? Intenté mantener la esperanza. Por ella.

—Chist —susurró Cecily. Le dio el bebé envuelto a Lina y sintió que se le rompía el corazón ante aquella escena tan terrible: Lina y su hija destrozada, el peor daño colateral imaginable.

Lina acarició el lado de la cara de la niña que estaba intacto, liso y de un color crema brillante.

Cecily se volvió hacia la puerta.

—Espérame, Lina. Voy a buscar a un médico. No pueden dejarte así.

—No —dijo Lina con un hilo de voz y abriendo los ojos—. Quédate aquí. Por favor.

Cecily regresó a la cama. Acarició la mejilla de Lina, y el contraste entre la piel de un blanco lechoso de su amiga y su mano morena le recordó a aquel día, mucho tiempo atrás, en que Lina había atraído la mano de Cecily hacia la suya y la había arrastrado por los salones de la fiesta. Cecily recordó la admiración que había sentido por aquella mujer que al parecer nunca se avergonzaba y que iluminaba cualquier habitación en la que se encontrara.

—No te vayas. Las niñas pueden ser hermanas. Ven, vamos a pensar nombres —sugirió Lina con voz débil, dando unas palmaditas en un trozo de sábana limpia. Al ver que su amiga vacilaba, añadió —: Cecily, ¿cómo puedes seguir llamando «bebé» a tu hija? Ya tiene cinco días. —Soltó una risita, y a continuación cerró los ojos, agotada por el esfuerzo—. Siéntate a mi lado, por favor.

Cecily parpadeó sin darse cuenta de que las lágrimas le resbalaban por la cara.

—¿Daisy? —murmuró.

—Demasiado británico. —La mano de Lina, con la que había estado acariciando a su hija, cayó pesadamente sobre la manta.

—¿Jacinta? —sugirió Cecily.

—¿Qué quieres, que de mayor sea escritora de novelas románticas? —dijo Lina, casi sin aliento. Aun así, consiguió esbozar una sonrisa que fue como un rayito de luz en la sofocante habitación.

Cecily parpadeó furiosa; las lágrimas ya no le dejaban ver. El corazón le dolía tanto que se puso a temblar.

—¿Jasmine?

—Jasmine. —Lina hizo rodar el nombre por la lengua—. Me encanta. Es una flor discreta que huele a sol. Deberías... deberías llamarla así. —Cogió la mano de Cecily y se la apretó tan fuerte que le hizo daño—. Estoy tan cansada, Cecily... Pero tú vigilarás a mi niña hasta que llegue él, ¿verdad? Prométeme que lo harás.

La muerte tardó mucho más en llegar de lo que Cecily había previsto. Tanto ella como la comadrona y su asustada ayudante permanecieron en vela varias horas. La respiración de Lina fue haciéndose más lenta, hasta que quedó inconsciente. Durante horas yació inmóvil como una cáscara pálida; sólo se oía el leve silbido de su respiración, cada vez más débil, hasta que, finalmente, la comadrona, sosteniendo en su mano la muñeca flácida de Lina, le tomó el pulso y declaró que había fallecido. Había algo indecente en la lentitud del proceso: parecía que estuviesen viendo cómo el alma de Lina se despojaba de sí misma hasta dejar tan sólo la más descarnada humillación.

—Si no es usted de la familia... —dijo la comadrona, más amable ahora que se habían visto obligadas a compartir la intimidad de la muerte—. ¿Qué hago con la niña?

Ya no eran necesarios los subterfugios, ya no era necesario seguir trampeando por el cenagoso terreno de las medias verdades entre Lina y Fujiwara, ya no era necesario partirse en dos. Había llegado el momento de tomar una decisión. Cecily lo sabía, lo había sabido desde el momento en que había entrado en aquella habitación que apestaba a desolación, lo había sabido años atrás, bajo la luna

blanca, cuando Fujiwara le había hablado del mundo nuevo y más brillante que quería construir.

—¿Y bien? —dijo la comadrona, cogiendo a la niña en brazos.

Cecily se volvió hacia la pared y arrancó un poco de pintura del desconchado, del mismo color blanquecino que la niña con la cara deformada. Luego miró a la comadrona.

—No soy de la familia. Tengo tres hijos. Ocúpese usted.

Nunca había habido otra opción, pensó Cecily. Detrás de ella, el bebé con la cara aplastada gorjeó.

23

Cecily

Bintang, Kuala Lumpur
29 de agosto de 1945
Malaya ocupada por los japoneses

En diciembre de 1941, cuando llegaron los japoneses, Gordon se había mostrado desafiante; aún no se había recuperado de la revelación de que el encantador comerciante al que conocían como Bingley Chan había resultado ser un general japonés del ejército invasor. Cuando el convoy militar atravesó el pueblo, al principio Gordon se negó a salir, arrellanándose con determinación en una silla de mimbre. «Ni hablar», dijo. «No pienso inclinarme ante ese estafador.»

Sólo cuando Cecily le explicó, primero con paciencia y luego con enfado, que les convenía mostrar lealtad al gobernante de turno, que no hacía falta que Gordon diera saltos de alegría, pero que sí debía pensar en su futuro y en el de su familia, se unió a ella en el umbral de la puerta, con la mirada clavada en el suelo, negándose a mirar el desfile que se aproximaba.

A partir de ese día, Gordon y sus antiguos colegas empezaron a reunirse todas las semanas en casa de alguno de ellos. Se bebían las últimas botellas de whisky que les quedaban y diseñaban estrategias para que los británicos volvieran a arrebatar Malaya a los japoneses.

—Los japoneses no tienen barcos, por lo tanto debería ser una operación de la Marina —exponía Andrew Carvalho, el vecino de al lado.

—¡Somos demasiado importantes para la Corona como para que nos dejen en manos de una pandilla de bárbaros! —protestaba el señor Lingam.

—¡De hecho, sé de buena tinta que el MI6 ha enviado espías que derrotarán a los japoneses desde dentro! —anunciaba el señor Tan, en voz alta y cargada de convicción.

¿Qué sabía él de espías?, pensó Cecily con desdén.

Pero a medida que menguaban las reservas de whisky, escaseaban los alimentos y más funcionarios británicos eran capturados y enviados a la prisión de Changi, los hombres empezaron a temer que ellos fueran los siguientes. Les llegaban relatos de torturas inhumanas empleadas contra presuntos traidores. Para Gordon, la gota que colmó el vaso fue que los soldados japoneses fueran a por el residente Lewisham y se lo llevaran a rastras en ropa interior, con los brazos atados a la espalda como si fuera un cerdo. Conmocionado, apretaba los labios en una mueca de dolor mientras contemplaba cómo aquel blanco al que tanto admiraba suplicaba por su vida. Desde entonces, Gordon, a quien normalmente Cecily no conseguía hacer callar, apenas terminaba una frase.

De hecho, con el paso de los años, ambos cónyuges cambiaron. En Cecily, la transformación se manifestó en su conducta errática. Parloteaba sin cesar o se lanzaba por la casa en arrebatos de productividad —cocinando y limpiando y reparando—, y luego, en cuanto sentía que la insoportable oscuridad se apoderaba de ella, abandonaba sus tareas y dejaba tras de sí los despojos de la vida hogareña: trozos de carne a medio freír, ropa a medio lavar en el barreño, tarros de encurtidos abiertos y llenos de hormigas...

Lo peor era la rabia. Cecily la sentía burbujear en su interior y formar espirales de ira que brotaban de su pecho; era tan intensa que la sentía arder en los dedos de los pies y en los oídos, y aunque intentaba controlarla y reprimirla, se apoderaba de ella y pedía a gritos que la liberara. Y ella la liberaba. A veces ni siquiera recordaba las cosas terribles que había dicho, sólo la satisfacción que sentía cuando el dolor se reflejaba en la cara de Gordon o de los niños. Era la desolación de los suyos lo que perduraba en ella, hasta tal punto que luego se pasaba días enteros encerrada en su habitación. Como cuando Gordon había ido a por raciones y sólo había podido llevar a casa unos testículos de toro, lo que había provocado las carcajadas infantiles de Abel. Cecily había gritado tan fuerte que el eco le retumbó en la cabeza antes de ver la cara de Abel colorearse de dolor y estupor. Más tarde, esa misma noche, se despertó y se acercó a su hijo dormido para apartarle los rizos de la cara blanca y diáfana, y lloró por todo el dolor que no podía contener. No sabía cómo decirles que su rabia no venía provocada por lo que ellos hacían, sino por lo que ella misma había hecho para que las cosas fueran como eran.

Mientras ella se llenaba de rabia, Gordon iba encogiéndose poco a poco y se le iban formando bolsas de piel flácida bajo la barbilla, los brazos, los ojos. Pero más aún que su cuerpo, fue su personalidad lo que se encogió. Gordon había sido un hombre obsesionado con ascender en las instituciones británicas y en la escala social que habían dominado su vida. Sin esas instituciones, estaba desarraigado. Aun así, a diferencia de Cecily, cumplía con su deber. Todas las mañanas se dirigía fielmente al taller de chapistería al que había sido asignado, y volvía por las noches con las manos destrozadas y una bolsa llena de raciones de carne. Pero era como si tuviera apagado un interruptor. Había dejado de dormir en la cama, y se acurrucaba en una estera al fondo de la habitación. No reaccionaba ante nada y tenía los ojos ensombrecidos. Lo único que lo mantuvo unido al mundo, al menos por un tiempo, fue Jasmin, que siempre encontraba la manera de provocar una leve sonrisa en el rostro demacrado y vacío de su padre, ya fuera subiéndose a su regazo o tarareando una canción desafinada. Así que, cuando Jasmin huyó, Gordon dejó de existir; su luz se extinguió por completo.

El médico negó con la cabeza. «Tal vez sea lo mejor», dijo, dirigiéndose a Jujube para evitar mirar a Cecily, que iba despeinada y sin ropa interior. «Así estará más tranquilo.»

Cuando empezó a toser, Gordon se preocupó: se miraba la palma de la mano o el pañuelo en busca de sangre, y se preguntaba si tendría tisis. Pero cuando se acostumbró, dejó de taparse la boca y se limitaba a dejar que el ataque de tos llegara a su sibilante y

jadeante final. Al cabo de un tiempo, la tos de Gordon se convirtió en un sonido tan familiar como las voces de los niños.

Cuando Jasmin llevaba diez días desaparecida, la sibilante respiración de Gordon se había agravado tanto que sus labios adquirieron un tinte violáceo. Él era un académico acostumbrado a las tareas administrativas y los números; los trabajos forzados no le sentaban nada bien. Su trabajo en la chapistería le había pasado factura; el hombre que antes irritaba a Cecily con su gordura y su pomposidad había desaparecido, y en su lugar sólo quedaba un espectro cansado y con dificultad para respirar. Hasta que un buen día entró en coma. Ocurrió sin grandes sobresaltos, sin estridencias, y Cecily supo que él no podía haberlo planeado.

—¿Qué quiere decir? —preguntó Jujube, siempre exacta, buscando la precisión de las palabras del médico.

Cecily observó cómo su hija mayor se pasaba la mano por los ojos sin permitirse una sola lágrima. A diferencia de sus padres, Jujube no se había derrumbado y su presencia era lo único que mantenía unido su hogar. Era ella quien encontraba el modo de llevar comida a la mesa, era ella quien había llamado al médico al ver que su padre no despertaba, era ella quien aún buscaba a Jasmin todos los días, cosa que Cecily sabía muy bien. Cecily quiso acercarse y abrazar a su hija, recordarle a Jujube que seguía siendo una niña, que tenía derecho a derrumbarse, a sufrir. Pero no lo hizo. El dolor de Jujube, como todo lo demás, era culpa de Cecily, y ningún consuelo podría aliviarla.

—Sus pulmones no funcionan bien. Así será menos doloroso y podrá estar en su casa, descansando —le dijo el médico a Jujube mientras se pasaba la mano por el pelo, reacio a decir lo que era

obvio. Cecily se dio cuenta de que, una vez más, igual que siete años atrás con Lina, iba a tener que presenciar cómo un inocente entregaba su vida, sin saberlo, a una causa que ahora ya no tenía ningún sentido para ella.

—¿Mi padre... se va a morir? —preguntó Jujube, pestañeando rápidamente.

—Sí —dijo Cecily a la vez que el médico decía:

—Procuren que esté cómodo.

Entonces el médico salió a toda prisa de aquella apestosa y agobiante casa, deseoso de perder de vista a las dos mujeres.

En coma, con el rostro cetrino rodeado de almohadas, respirando de forma irregular y silbando a través de los labios entreabiertos, Gordon parecía casi en paz. Y quizá lo estaba, pensó Cecily. Le habría gustado cambiarse por él, olvidarse de la horrible realidad de que su familia, antes formada por cinco personas, se había visto reducida a Jujube y a ella.

—¿Por qué tiene que pasarnos esto? —susurró Jujube. Esta vez no se frotó los párpados con suficiente rapidez y se le escaparon las lágrimas.

Cecily tenía la confesión en la punta de la lengua, toda la larga y tediosa historia de su traición pugnaba por salir a la luz; el dolor de su hija la impulsaba a sincerarse. Puso la punta de la lengua entre los dientes, mordió con todas sus fuerzas y notó el sabor de la sangre. No, se dijo. En tres años, su familia había perdido a tres miembros: ése había sido el coste de la mentira de una nueva Asia. Jujube jamás lo entendería.

Entonces Gordon tosió, y el sonido de su tos, fuerte y sordo, resonó en toda la habitación. Jujube se dio la vuelta.

—Papá —dijo esperanzada, deseando que su padre se despertara.

Pero los ojos de Gordon seguían cerrados, y ya no volvió a abrirlos. Ellos aún no lo sabían, pero una semana más tarde dejaría de toser y de respirar.

24

30 de agosto de 1945
Dos semanas antes de la rendición
de los japoneses en Malaya

Abel

Algunas mañanas, muy pocas, Abel lograba despertarse temprano y disfrutaba contemplando el amanecer. Era el único momento del día en que el campo de Kanchanaburi estaba tranquilo, y en el que no sentía que era una gran decepción para sí mismo y para los demás. Bebía sorbitos de la botella de *toddy* y se imaginaba que era el café amargo que su madre preparaba por las mañanas para desayunar, un café que él se bebía demasiado caliente porque era incapaz de esperar; la tortura de la quemazón en la garganta era casi un placer. A veces, en el campo, Abel sentía un escalofrío provocado por una lejana ráfaga de viento, cuyo silbido quedaba casi ahogado por el canto de los grillos. Pero esa mañana en particular lloviznaba, y unas finas gotas de lluvia le pinchaban en el cuello y la espalda. Al menos, eso le recordaba que estaba vivo.

Porque la verdad era que, aunque bebiera para olvidar su dolor, y aunque cada vez necesitara más *toddy* para alejar los recuerdos

inoportunos, no quería morir. A menudo gimoteaba y les decía a los muchachos que lo dejaran en paz para poder suicidarse, una exhortación que hacía que Freddie apartara la mirada con tristeza. Pero era mentira.

El campo de Kanchanaburi había hecho que Abel se enfrentara a su mortalidad a diario. Algunos días, cuando Akiro le había pegado más fuerte de lo normal, le habría gustado ser una de esas personas que desean quitarse la vida. No le habría costado mucho, con lo debilitado que estaba. Habría sido tan fácil como trepar a un árbol y tirarse, o cortarse las venas con algún objeto afilado de los muchos que había en el campo. Sin embargo, la incertidumbre de la muerte lo asustaba. Se preguntaba qué sería de las personas a las que dejaría atrás. Su familia lo quería; su madre más que nadie, y Abel no soportaba la idea de causarle dolor intencionadamente.

Así que el miedo a morir lo obligó a adoptar medidas básicas de supervivencia. Eso significaba acordarse de comer de vez en cuando y buscar lugares seguros donde refugiarse, lejos del peligro de los corrimientos de tierra o la caída de trozos de madera. Significaba que esa fatídica mañana en que la llovizna empañaba el cielo gris y humedecía el ambiente, Abel fue el primero en divisar los aviones, las alas que surcaban el aire en formación como una bandada de pájaros blancos contra el sol anaranjado que ascendía con esfuerzo. El *toddy* se arremolinaba en su estómago, el familiar sabor agrio le producía un nudo de gases y en su cabeza empezaba a sonar un zumbido aturdidor. Pero incluso en su confusión, lo supo. Lo supo. Su cuerpo se desenredó, decidido a sobrevivir; sus doloridas rodillas crujieron cuando se levantó y empezó a poner un pie delante del otro.

«¡Corre!», gritaba su cuerpo. «¡Corre!»

Jujube

No era exagerado afirmar que en la vida de Jujube todo estaba aniquilado por la desesperanza. Hacía casi dos semanas que Jasmin había desaparecido, y había días en que a Jujube le costaba respirar por el terror que le producía pensar en lo que pudiera haberle ocurrido a su hermana. Su padre yacía inmóvil en el lecho, en coma. El día anterior, el médico les había dicho que sólo le quedaban unos días, y cuando el doctor se marchó, Jujube veló a su padre junto a la cama; quiso hablarle, recordarle el sonido de su voz, rogarle que volviera. Pero no sabía qué decir, cómo expresar la rabia que la asfixiaba cuando se preguntaba qué había hecho su familia para merecer todo aquel sufrimiento. En lugar de eso, se quedó sentada en silencio, observando las sombras de la pared, oyendo tan sólo la jadeante respiración de su padre.

Su madre se pasaba días enteros sin decir nada, sin comer apenas, sin moverse apenas del taburete junto a la ventana de su habitación. Entonces, de repente, se ponía a hablar y soltaba un torrente incesante de información confusa y desordenada. Murmuraba de forma obsesiva; repetía una y otra vez que tenía que «ir a verlo» o «esto es lo que les hace a las mujeres». Al principio, Jujube creyó que su madre se refería a Gordon e intentó razonar con ella. «Papá está enfermo y necesita descansar», le decía. Pero ella la rechazaba con un gesto de impaciencia. «Me lo debe», murmuraba.

Y Jujube, resignada, la dejaba en su habitación y cerraba la puerta con suavidad.

Jujube abrigaba esperanzas de que, como en el pasado, su madre acabara entrando en razón. Pero esta vez las cosas parecían ir a peor. Su madre estaba cada vez más demacrada por lo poco que comía, y también ojerosa por la falta de sueño. Por la noche, Jujube la oía caminar de un lado a otro, y las tablas del suelo crujían como si hubiera ratas correteando por la casa. Al amanecer, su madre, agotada, se quedaba dormida una o dos horas antes de reanudar su vigilia junto a la ventana.

En la casa de té, Doraisamy salió de la cocina y chasqueó los dedos delante de su nariz. «Hola, hola, ¿estás ahí, Jujube? ¿Piensas hacer tu trabajo? ¿Sabes que ahí fuera hay mil chicas dispuestas a sustituirte?»

Necesitó toda su fuerza de voluntad para no lanzar un mordisco a los ensortijados dedos de Doraisamy. En lugar de eso, cogió el paño de cocina, se quitó el delantal y puso ambas cosas en las manos de su jefe.

—Lo siento, señor, tengo que volver a mi casa para preparar la comida. Volveré enseguida, señor.

—¡Te juro que te echaré! —le gritó Doraisamy mientras ella se retiraba. Luego, como si hubiera reconsiderado sus opciones, gritó —: ¡Más vale que estés de vuelta antes de una hora!

Cuando Jujube llegó a su casa, el sol caía a plomo. La blusa se le pegaba a la espalda, y unas antiestéticas manchas de sudor cubrían la tela de algodón, haciendo que la blusa, ya de por sí fina, se volviera transparente.

—i¿Mamá?! —gritó al entrar, como hacía siempre. Últimamente su madre, recluida en su dormitorio, casi nunca contestaba—. ¡Mamá, he podido salir del trabajo, voy a preparar la comida!

Jujube oyó un estruendo y se quedó inmóvil. Su madre salió de su dormitorio con una bata marrón manchada de amarillo en la parte delantera; Jujube no quería saber de qué era la mancha. Su madre olía a pescado podrido y tenía el pelo grasiento y enredado.

—Mamá —dijo Jujube. El corazón le latía muy deprisa—. Hoy has salido de la habitación. ¿Cómo te encuentras?

—Lo siento mucho, hija mía. Tengo que hablar con alguien.

—¿Hablar de qué? Mamá, por favor... —Jujube acompañó a su madre al cuarto de baño, cogió el cazo rojo e intentó sacar un poco de agua del depósito para lavarle el pelo, pero ella se escurrió con una habilidad y una fuerza sorprendentes.

—Conozco a alguien que puede encontrar a tu hermana. Todo es culpa mía. Pero él puede ayudarnos. Nos ayudará —farfulló su madre.

—Estás diciendo tonterías, mamá. Sabes que Jasmin se escapó de casa. Y la culpa es mía, no tuya. —Era la primera vez que Jujube lo admitía en voz alta. Se tragó la sensación de culpa atascada en su garganta y parpadeó para ahuyentar la imagen de la cara llorosa y suplicante de Jasmin cuando la encerró en el sótano.

—Hace años, ayudé a un hombre. Un hombre malo, Jujube. Tengo que arreglar las cosas —continuó Cecily, como si no hubiese oído a su hija.

El cansancio se apoderó de Jujube. Ya no tenía fuerzas para discutir.

—Por favor, mamá. Voy a llevarte a la cama y luego prepararé algo de comer. Basta. —Empujó a su madre por la espalda, quizá con más brusquedad de la que pretendía. Estaba muy muy cansada.

Sin previo aviso, su madre se revolvió y la empujó con fuerza contra el suelo mojado del cuarto de baño. Jujube vio las estrellas y oyó un crujido que la sacudía, pero antes de que pudiera entender que se había golpeado la cabeza contra el suelo de cemento, el mundo se desvaneció.

Cecily

El familiar olor a césped y jazmín la asaltó en cuanto se acercó a la gran casa blanca. Para ella seguía siendo la casa del antiguo residente, donde había conocido a Fujiwara como Bingley Chan. En contra de lo que cabía esperar, el aspecto de la casa no había cambiado tanto; seguía sobresaliendo por encima del resto de los edificios de las afueras del pueblo, con un camino de entrada largo y cuesta arriba y un césped bien cuidado. La fachada blanca estaba un poco ajada por el paso del tiempo, pero en general no había perdido su majestuosidad. Parecía increíble que en otros tiempos Cecily hubiera ido a esa casa como invitada del residente británico, vestida con ropa elegante; entonces era lo bastante importante como para que la agasajaran, podía salir a aquel porche e inhalar el fresco aroma de la lluvia mientras la música sonaba en los salones. Cecily se miró. Tenía la piel de los pies reseca y al descubierto en sus sandalias gastadas, y la uña del primer dedo del pie derecho estaba estriada y de un gris verdoso por una infección de hongos. Llevaba

puesta la misma bata marrón que no se había quitado desde hacía varios días, los que se había pasado meciéndose adelante y atrás en su habitación. Le llegó su propio olor corporal, un olor ácido, amargo, putrefacto; Cecily era una sombra de la mujer que Fujiwara había conocido: desaseada, histérica y descompuesta, sin el menor rastro de su tranquilidad y su fortaleza.

Como si se compadeciera de ella, el sol se ocultó tras las nubes. Cecily avanzó a grandes zancadas por el empinado camino de entrada, concebido para automóviles y no para las piernas temblorosas de una mujer destrozada. Aunque no hiciera sol, el ambiente era caluroso y la bata se le pegaba al cuerpo, llena de manchas de sudor bajo los brazos, detrás de las rodillas y entre los pechos. Una gota de sudor resbaló por su labio superior hasta su boca jadeante.

Sabía que debería haber acudido a Fujiwara mucho antes. Pero en aquel estado de confusión, el tiempo pasaba de forma extraña y los sueños lo empañaban todo. Jasmin volvería a casa pronto, muy pronto, pensaba todos los días; y a veces se engañaba a sí misma y creía oír la risa de su hija resonar por toda la casa. Pero entonces se despertaba, y la desesperación volvía a clavarla en su sitio, y recordaba una y otra vez lo que había ocurrido. Y que ella lo había provocado todo.

Llegó al final del camino de entrada y subió al porche, donde años atrás había estado escuchando la inconfundible voz de Billie Holiday.

—¿Señora? —Un criado vestido de gris salió a recibirla y miró a Cecily de arriba abajo.

—Necesito hablar con tu patrón —dijo ella. Avanzó hacia el chico, que levantó las manos como si quisiera defenderse, aunque Cecily

no supo si de ella o de su olor.

—Quieta —dijo el criado como si se dirigiese a un perro, y retrocedió hacia la casa.

Pero Cecily ya no tenía mucho que perder. Ignorándolo, avanzó hacia él y cruzó el umbral de la casa mientras el criado suplicaba: «No, no. Quieta.» Cecily se detuvo en el recibidor.

La casa parecía diferente cuando no estaba decorada y engalanada para recibir a los invitados de una gran fiesta. El techo era alto y abovedado, y una agradable brisa parecía susurrar a lo largo de las paredes, manteniendo el ambiente más fresco dentro que fuera. Era a la vez un alivio y un desagradable recordatorio de lo sucia que iba ella, pues de pronto percibió su propio olor. Cecily murmuró para sí, ensayando sus frases: «Podría ser tu hija, sangre de tu sangre. Por favor, ayúdame a encontrarla.»

Jasmin

En casa del general Fujiwara, el estómago de Jasmin y el de Yuki rugían hambrientos al unísono en la cama con dosel. Habían dormido mucho, y el día estaba ya muy avanzado. Jasmin oyó el movimiento de los jugos gástricos en sus entrañas. Yuki soltó una risita, pero Jasmin la hizo callar, preocupada por si las oían. El ambiente estaba cargado de humedad, y Yuki olía aún peor con aquella atmósfera tan viciada. Jasmin, todavía adormilada, no había decidido qué hacer con su amiga.

—Tengo hambre —dijo Yuki.

El largo corte que tenía en la pierna había dejado de sangrar y estaba empezando a cicatrizar. Jasmin apartó la mirada de su amiga. Lo sentía por Yuki, pero estaba un poco enfadada. Se había arriesgado mucho al llevarla a casa del general, y ella no le había dado las gracias ni una sola vez.

—Cállate, por favor —dijo Jasmin.

—¡Es que tengo tanta hambre que podría comerte un brazo! —replicó Yuki, y para demostrarlo se lanzó sobre la parte más carnosa del brazo derecho de Jasmin y fingió darle un mordisco—. ¡Ñam, ñam!

—¡Basta! —gritó Jasmin. No estaba de humor para las tonterías de Yuki. Había demasiado en juego; por su mente revoloteaban tantos pensamientos que no conseguía pensar con claridad. Sabía que el general no tardaría en llegar, y un temor cada vez mayor amenazaba con asfixiarla: tenía miedo de perderlos a los dos, a Yuki y al general, cuando llegara ese momento.

—¡¿Por qué eres tan antipática?! —le gritó Yuki. Los verdugones que tenía en los brazos miraban acusadoramente a Jasmin.

Cecily

Cecily oyó chillar a unas niñas. Se levantó bruscamente del sillón de mimbre y las sandalias estuvieron a punto de hacerla tropezar. Era un sonido inconfundible. No alcanzó a entender lo que decían, pero eran voces aflautadas y gorjeantes, típicamente infantiles.

El criado también las había oído; fue corriendo en dirección a Cecily con la confusión reflejada en su joven rostro.

—¿Quién hay ahí? —preguntó Cecily con voz calmada—. ¿Son niñas?

Jamás habría pensado que Fujiwara pudiese ser uno de esos hombres, como aquellos desalmados que habían ido a su casa en busca de *guniang*; no lo creía capaz de encerrar a unas niñas en su casa. El criado se apresuró por el pasillo, y Cecily lo siguió.

—¡No! —dijo el chico, agitando los brazos y añadiendo algo más, pero su inglés era demasiado precario para infundir fuerza a su advertencia.

Cecily corrió hacia el final del pasillo, hasta la habitación de donde salían los gritos, cada vez más claros. Cuando llegó ante la puerta, su ira se desbocó, y Cecily pensó que sería capaz de matar a Fujiwara. Él, que siempre dejaba un rastro de muerte a su paso. ¿Cómo podía arrebatar la inocencia de esta forma? Apretó los puños.

—¡No! —volvió a gritar el criado. Corrió para alcanzarla y le tiró de la bata.

Cecily se revolvió para apartar la mano del chico; ahora tenía un único propósito: llegar hasta las niñas. La puerta de la habitación chirrió al abrirse y bajo la blanca luz de la mañana aparecieron unos ojos y el revuelo de un camisón.

—¿Mamá?

Jujube

Jujube no sabía cuánto tiempo había estado inconsciente, pero cuando volvió en sí, su madre se había ido. Tenía la ropa mojada y el cazo rojo del agua reposaba sobre su pecho como un cráter

sangrante. Le zumbaban los oídos; se levantó del suelo resbaladizo y, tambaleándose, consiguió salir de la casa y llegar a la tienda de ultramarinos, donde encontró a tía Mui colocando tarros en los estantes y a tío Chong repintando el letrero.

—¡¿Qué ha pasado, niña? ¿Qué pasa?! —gritó tía Mui, y salió corriendo de detrás del mostrador con una agilidad asombrosa para tratarse de una anciana.

Agobiada por el mareo, el dolor y el agotamiento, Jujube se sentó en el suelo y vio caer unas gotas de sangre que formaban círculos perfectos en el piso, lo que le produjo cierta satisfacción. Tía Mui envió a su marido a la farmacia, y al cabo de un rato tío Chong volvió con una bolsa de papel llena de pomadas, cremas y gasas. Entre los dos ancianos sentaron a Jujube en un taburete, le untaron la herida de la cabeza con una pomada apestosa y le aplicaron un apósito. Tía Mui no paraba de hablar: «Tenemos que llevarte a que te vea un médico», «¿Dónde está tu madre?», «¿Has comido hoy?», pero Jujube permanecía callada, «con la cara como una máscara», como tía Mui le explicaría más tarde a todo aquel que entrase en la tienda.

Al cabo de una hora, de nuevo en la casa de té, Jujube se tocó la gasa con la que tía Mui le había tapado la herida de la cabeza; sintió cómo el vendaje absorbía las secreciones de la herida mezcladas con la pomada que le había aplicado tía Mui, y advirtió el disgusto en la cara de Doraisamy.

—¿Qué te ha pasado? Así no puedes salir a servir —le dijo su jefe.

A Jujube le pareció paradójico no poder salir a servir con una herida en la cabeza cuando, últimamente, los clientes llegaban a la casa de té con toda clase de heridas: algunas se las hacían ellos

mismos cuando iban caminando por ahí borrachos, otras eran el resultado de las incursiones de los chinos en la linde de la selva, y otras más, contusiones que se hacían en la cara cuando se peleaban entre ellos. Jujube suponía que el deseo de magullar surgía del deseo de controlar un resultado, de ver la evidencia del moratón azul que se extiende por una mejilla hinchada. Porque últimamente nadie controlaba nada: las radios daban noticias sobre rendiciones, sobre las pérdidas gigantescas sufridas en zonas ocupadas por los nazis, sobre sublevaciones en territorios japoneses. Esas escasas noticias deberían haberle infundido esperanza, pero la idea de librarse de los japoneses se había convertido en un concepto tan ajeno a ella que ya no podía imaginárselo.

Seguía adelante cada día, viva, con los miembros y el cuerpo intactos, pero cada vez le costaba más controlar su mente. Por la noche, mientras dormía, los pensamientos se agolpaban en su cabeza como termitas en una pared, sin detenerse nunca. A veces eran tan obvios que daban risa, imágenes de cuerpos destrozados que reconocía como los de sus hermanos, pero sin rostro; otras veces eran más retorcidos, palabras ininteligibles murmuradas por la radio o páginas de libros cuyas palabras no podía ver ni oír; a veces se veía a sí misma mirándose fijamente, y su reflejo parecía tan decepcionado de ella como ella misma. Pero lo que nunca había en los sueños era esperanza. Nunca dibujaban un futuro en el que su familia volvía a estar completa.

Cecily

Lo primero que pensó Cecily fue: «Esto es demasiado fácil.» Ante ella tenía a una versión aseada y feliz de su hija Jasmin que la miraba con incredulidad infantil. Hasta ese momento no se dio cuenta de lo mucho que había añorado la voz de Jasmin, su inocencia, su timbre nasal, como si siempre tuviese la nariz tapada. El mundo pareció tambalearse cuando el cuerpo de Cecily acusó, de repente, todo el dolor y el abandono que había padecido; sintió el estómago vacío y la mente nublada por una oleada de alivio y terror. Instintivamente, se agachó y abrazó a Jasmin. Cuando la tuvo entre sus brazos notó que jadeaba con furia, como si le costara respirar, pero en cuanto la soltó se dio cuenta de que en realidad estaba sollozando. Le alisó el pelo, que había crecido un poco desde la última vez que se lo había cortado, y aspiró el aroma lechoso de la piel de Jasmin, un olor que la niña no había perdido desde que era un bebé.

—Vamos —dijo con la mirada fija en el pelo de su hija—. Tenemos que marcharnos de aquí.

La asaltaron muchos interrogantes. ¿Había retenido Fujiwara a Jasmin por la fuerza? ¿Había llegado Jasmin por su propio pie? ¿Le había hecho algo a la niña? Si le había hecho algo, Cecily lo mataría. Pero antes que nada tenía que llevarse a su hija y alejarse de aquella casa.

Las sombras que cubrían las paredes indicaban que se avecinaba una tormenta vespertina. La atmósfera esperaba, cargada y quieta, y un relámpago iluminó el oscuro pasillo. Cecily vio que Jasmin se estremecía, pero no parecía tan asustada como otras veces cuando había tormenta. Su pequeña se había vuelto valiente.

Cecily no había hecho planes para más allá de ese momento. Suponía que tendría que rogar y suplicar a Fujiwara que la ayudara a encontrar a Jasmin, pero no se había imaginado que simplemente encontraría a su hija allí. Podían irse de esa maldita casa blanca sin más; no sabía cómo se escabullirían ni cómo impediría que Fujiwara fuera tras ellas, pero eso ahora no le importaba: lo único que le interesaba era su familia, y tenía que reunirla de nuevo. Jujube se alegraría mucho de ver a su hermana, pensó. Se le encogió el corazón al recordar su último enfrentamiento con su hija mayor. Sabía que no debería haber golpeado a Jujube... Estaba tan enfadada que había sido incapaz de contenerse... Pero todo se arreglaría cuando llevara a Jasmin a casa. Todo quedaría perdonado.

—Vamos —dijo otra vez, aferrando con fuerza la delgada muñeca de Jasmin—. Mamá se ocupará de todo.

Jasmin

Jasmin ya había visto a su madre en las distintas fases de una depresión. Tras la desaparición de Abel, se quedaba agazapada junto a la ventana, como un animal que aguarda el regreso de su dueño. Se sobresaltaba al oír el menor ruido, preguntaba a todos los que pasaban por la casa si habían visto u oído hablar de los chicos que habían desaparecido del pueblo. Y cuando le llegaba algún rumor —alguien había visto un camión lleno de chicos saliendo del barrio, o alguien sospechaba que un profesor de la antigua escuela de Abel había engañado a los chicos para que se fueran con los japoneses—, salía corriendo y, gesticulando frenéticamente, interrogaba a esas

dudosas fuentes de información. Pero pasaban los días y Abel no aparecía ni había noticias de él. Jasmin oía a su madre llorar en sueños; el volumen de sus sollozos oscilaba entre silenciosos gemidos y fuertes gritos que su padre hacía todo lo posible por silenciar.

Pero la falta de higiene nunca había sido un síntoma de la aflicción de su madre. Desde que Jasmin tenía uso de razón, su madre siempre se había levantado temprano por la mañana, se había vestido y aseado y había mantenido la casa en orden. A medida que avanzaba la ocupación japonesa, algunas madres del vecindario se habían vuelto más dejadas, pero su madre siempre iba sencilla, limpia y planchada. Sin embargo, ese día llevaba una bata que Jasmin nunca había visto tan sucia, y olía como los peces que a veces morían en el canal después de una tormenta.

—¿Quién es esta mujer? —murmuró Yuki detrás de ella. Jasmin empujó a Yuki hacia la parte más oscura del dormitorio para que no pudiesen verla.

El criado hizo un ruido gutural que Jasmin interpretó correctamente: «¿A quién tienes ahí?» Con ambas manos señaló muy agitado a las invitadas no deseadas, y las tres comprendieron que temía lo que diría el general si entraba por la puerta. A lo lejos, el sol se había escondido mientras el cielo se preparaba para descargar la tormenta.

—¡Te he buscado por todas partes! —dijo la madre de Jasmin con voz aguda y entrecortada. No parecía haber visto a Yuki, y entonces, ante la confusión de Jasmin, se echó a llorar y a gritar, y sus fuertes sollozos resonaron por la casa. Intentó abrazar a Jasmin, pero ella se apartó. Esa mujer olía muy mal, ¿cómo podía ser su madre?

Todos lo oyeron: una puerta que se abría y se cerraba, y luego unos pasos acercándose por el pasillo. El criado dio un respingo y corrió por el pasillo hacia su amo, soltando un torrente de palabras en japonés que Jasmin no entendió. Yuki se puso en tensión.

—Dice que hay una loca en la casa —le dijo Yuki a Jasmin en voz baja.

—No es una loca. Es mi madre —replicó Jasmin.

El general cruzó el pasillo en un par de zancadas, apartando al criado de un empujón. Se detuvo y contempló la escena que tenía ante él. Yuki se escondió detrás de Jasmin.

—Bueno, veo que ya estamos todos —dijo el general con gesto impasible y con una voz tan pausada que a Jasmin se le puso la piel de gallina. Yuki agarró con fuerza la muñeca de su amiga.

Cecily

Lo primero en lo que se fijó Cecily fue en su porte. Aunque no era alto, Fujiwara siempre se había mantenido erguido y rígido; carecía de la flexibilidad necesaria para dejarse caer lánguidamente. Era la postura de un hombre controlado, un hombre que compartimentaba y disfrutaba con el orden, un hombre con un compromiso inquebrantable con lo que fuera que lo tuviera atrapado: idealismo, aversión o fe. Pero el hombre que tenía ante ella estaba encorvado, como si alguien le hubiera dado con un destornillador en la base de la columna vertebral y hubiera aflojado la tensa cuerda que lo mantenía tieso, haciendo que sus hombros se inclinaran hacia delante. Cualquiera lo habría visto como un hombre un poco

jorobado, pero a Cecily le asombró esa curvatura, que daba a sus andares una lentitud a la que ella no estaba acostumbrada, una torpeza que la sorprendió por la fragilidad que revelaba.

Lo segundo que advirtió fue la ausencia de perfume. El olor a menta del fijador que siempre lo había acompañado y su pelo brillante y peinado habían sido una seña de identidad, algo que, por sí solo, esclavizaba a Cecily y obligaba a su cuerpo a reaccionar. Ahora, sin embargo, el único olor que los rodeaba era su propia fetidez. El general Fujiwara llevaba el pelo liso y sin peinar sobre la frente, y el flequillo le hacía parecer un niño atrapado en el cuerpo de un anciano. La miró con frialdad. Por mucho que hubiera cambiado, seguía gustándole hacer las cosas a su manera, y ella se había entrometido, había irrumpido en su casa, había traído su locura, su suciedad y su pestilencia a su territorio.

—Cecily...

Pero Cecily no estaba dispuesta a concederle el privilegio de hablar en primer lugar.

—¿Qué hace mi hija aquí? —le espetó. Cogió a la niña tirando bruscamente de ella.

—¡No, madre, no quiero! —chilló Jasmin. A Cecily le sorprendió la fuerza con la que se resistía. Era su pequeña, la misma niña que se había pasado la vida complaciendo a todos los que la rodeaban.

—Ya lo ves, yo no la he retenido. Siempre ha tenido libertad para marcharse —dijo Fujiwara.

Cecily sintió que algo se desataba en su interior, como si los finos hilos que mantenían unida su cordura se estuvieran deshaciendo; Fujiwara la había convertido en esa mujer, en esa desdichada que tan sólo albergaba gritos en su interior. Cuando se rompió el último

hilo, se abalanzó sobre Fujiwara con las manos extendidas, hecha un manojo de extremidades y pelo alborotado.

—¡No, madre! —gritó Jasmin—. ¡Él no me ha hecho nada!

Fujiwara agarró a Cecily por los brazos y la apartó de sí, sin disimular su repugnancia por el hedor que desprendía y por su execrable exhibición sentimental. El criado se acurrucó contra la pared del pasillo, chillando, desbordado por la confusión. Y a Cecily le pareció distinguir los gritos de dos niñas distintas.

—¡Basta, basta! —gritaba una de ellas.

Cecily miró a la criatura que se aferraba a su pierna y trataba de apartarla de Fujiwara y vio que no era Jasmin. Su mirada se posó en una cabecita cubierta de pelo ralo. Cuando la niña levantó la cara y miró a Cecily, vio un ojo rasgado y una mejilla pálida cubierta de profundos surcos y cicatrices irregulares. Se encontró con el rostro de un secreto que consideraba muerto hacía mucho tiempo.

Jujube

En la casa de té, Jujube se quitó la gasa con cuidado. Aunque el corte se había secado, todavía le dolía. Retiró las horquillas con que solía sujetarse el ondulado cabello y dejó que éste le tapara parcialmente la cara. Llevaba el pelo sucio y enredado, pero al menos le ocultaría la herida. Agotada por el esfuerzo, se sentó en la cocina, contemplando la raíz de tapioca que asomaba por la bolsa que había en la encimera, con su correosa piel marrón de un tono no muy distinto al de la suya.

Se sentía diferente; su mente, que desde la desaparición de Jasmin se había convertido en un pozo de agitación constante, estaba más tranquila. Era como si, al golpearse la cabeza contra el suelo de cemento del cuarto de baño, hubiera recuperado la capacidad de concentración y raciocinio que siempre la había caracterizado. Sentía que volvía a ver con claridad, que sabía cómo hacerse con el control, que podía infligir dolor a alguien, un dolor que podía presionar, palpar, observar y sujetar con sus propias manos.

Jujube creía que la inclinación al asesinato era algo gradual, una neblina que se acumulaba en la mente hasta que se volvía tan espesa que había que dejarla salir. Sin embargo, en su caso el impulso fue repentino: la golpeó sin previo aviso y se imprimió en su mente de forma tan indeleble que no podía pensar en otra cosa. Sabía, por supuesto, que matar era pecado, igual que contemplar la idea de matar. Pero esa claridad mental la estimulaba. Durante mucho tiempo había sentido que navegaba sin rumbo, consumida por la magnitud de sus emociones e incapaz de ver más allá, pero ahora todo parecía sencillo. Además, era justo. Ningún dios habría deseado que los lugareños vivieran así, concentrados día tras día únicamente en no perecer, mientras a sus opresores se les permitía la dignidad de la esperanza. Pensó con amargura en la querida Ichika del señor Takahashi, en su ambición, su ropa informal y su deseo de ayudar al prójimo, porque ella tenía la suerte de que en su corazón todavía quedaba espacio para la empatía.

Unas semanas atrás, en la casa de té, el señor Takahashi se había declarado pacifista.

—Yo no creo en sus métodos. Hay formas mejores.

—Pero, según sus métodos, ellos no creen que nosotros merezcamos vivir —había replicado Jujube.

El señor Takahashi no la había oído, o había fingido no oírla. Sopló en su taza de té.

—No puede ser que hombres blancos ganen todo.

Pero ¿qué convertía a personas como Jujube y su familia en premios que ganar, reses que sacrificar, hijas que violar, animales que matar de hambre? La esclavitud no se limitaba a que personas de distinto color se compraran y vendieran unas a otras. Si tu enemigo se parecía a ti, si te reconocías en él, era mucho peor, porque era un espejo que reflejaba toda la oscuridad que tú también albergabas. Todos los días había gente descuartizada como filetes en la calle, campos de exterminio llenos de cadáveres enterrados, prisioneros que todavía vivían cuando los arrojaban a las fosas. Tenía pesadillas en las que su hermano y su hermana intentaban abrirse paso inútilmente por un estrecho hueco entre los cadáveres, jadeando, sin aire. El agujero de su corazón amenazaba con engullirla si no hacía algo, lo que fuera, para sentir un poco de poder y recordarse a sí misma que aún tenía algo que los japoneses no podían arrebatarle.

¿Había cambiado el señor Takahashi? ¿O era ella la que había cambiado tras haber perdido todo lo que tenía? ¿O tal vez era la diferencia de fortuna —que la hija del anciano hubiese sobrevivido, mientras que a ella le habían arrebatado a otro ser querido— lo que iba a interponerse para siempre entre ambos e impedir su amistad? Tal vez el señor Takahashi era un buen hombre, pero un buen hombre que creía en algo malo era un mal hombre, y ella no sabía

cómo podría perdonarlo, cómo podría perdonar a todos sus opresores.

Cecily

La niña de la cara deformada se echó hacia atrás, con una ceja contraída hacia el centro de su rostro y la otra, la del lado arrugado, inmóvil. Cecily se fijó en que tenía los brazos cubiertos de magulladuras, cardenales y marcas de ataduras que se extendían por su pálida piel.

—¿Qué significa esto? ¿Quién es ésta? —preguntó Fujiwara.

El criado parecía asustado; probablemente estaba preocupado por la reprimenda que recibiría por haber dejado entrar no a una sino a dos salvajes en la ordenada morada del general. Fuera había empezado a caer una suave llovizna.

Cecily sabía que, en su lugar, la mayoría de la gente habría pensado con frecuencia en la criatura a la que había abandonado a su suerte y en la promesa que le había hecho a Lina en el lecho de muerte y que había incumplido. Pero si bien al principio el sentimiento de culpa había sido intenso, con el paso de los años había disminuido hasta reducirse a pequeñas punzadas que no le había costado mucho ignorar.

—Ya nos has robado demasiadas cosas. Tienes que dejarnos marchar —dijo Cecily.

—¿Robado? —Fujiwara bajó la voz peligrosamente—. Lo único que he hecho ha sido intentar mejorar el mundo. Hubo un tiempo en que tú lo entendías. —Hizo una mueca de desagrado.

De pie en el umbral de la habitación, su hija, su pequeña y delgada hija, miraba a los dos adultos con ojos llorosos y llena de confusión. El corazón de Cecily latía con fuerza. No sabía a qué estaba jugando Fujiwara, pero sí sabía que tenía que alejar a su hija de él, o Jasmin sería absorbida por el vórtice tóxico de Fujiwara, un hombre que destrozaba a las mujeres que lo amaban, convirtiéndolas en versiones distorsionadas de sí mismas, tan deformadas que ni ellas mismas se reconocían. Ella lo había considerado un transformador; creía que él le había aportado ideales, un propósito, que la había hecho crecer, pero ahora se daba cuenta de que el problema era que él también lo creía: creía haberla mejorado a ella, a Lina y al mundo que las rodeaba. El delirio de Fujiwara —su convicción de ser una buena persona, un idealista que simplemente hacía lo correcto— los había destrozado a todos. Cecily tenía que proteger de eso a su hija Jasmin, tan inocente y tan dispuesta a aceptar el amor como la mujer que había elegido su nombre años atrás.

El labio inferior de Jasmin empezó a temblar, e instintivamente Cecily se acercó a ella. Pero Fujiwara fue más rápido: abrazó a Jasmin, la apretó contra su uniforme y, con una ternura que sorprendió a Cecily, le preguntó:

—Jasmin, ¿quién es tu amiga y qué hace aquí, en mi casa?

Jasmin se separó de Fujiwara y se irguió todo lo que pudo.

—Señor general... —empezó.

A pesar de todo, la seriedad con la que Jasmin afrontaba la situación impresionó a Cecily, que esbozó una sonrisa. Entonces advirtió que Fujiwara miraba a la niña con una dulzura que nunca

había visto en su semblante. Cecily apretó los labios. No era el momento de sonreír.

—Dime, Jasmin, ¿qué puedo hacer por ti? —Fujiwara se arrodilló para colocarse a la altura de la niña y le puso dos dedos bajo la barbilla. Cecily sintió el roce de esos dedos; sabía que las durezas de las yemas contrastaban con la suavidad de la piel de las articulaciones.

—Ésta es mi amiga Yuki —dijo Jasmin, señalando a la otra niña—. Le han pasado cosas malas y yo quiero ayudarla.

Yuki. Cecily se puso a darle vueltas a ese nombre. Recogió una rodilla hacia el pecho y sólo entonces se dio cuenta de que ella también se había sentado en el suelo. La otra niña permanecía de pie y con los brazos cruzados. Fujiwara frunció el ceño, desvió la mirada hacia Yuki y se fijó en su vestido hecho jirones y en su rostro magullado.

Jasmin se apresuró a continuar:

—Vive en ese sitio de ahí, detrás del cartel de «Bienvenidos», y hay chicas por todas partes y están tristes y hay hombres y están enfadados, y a veces le hacen daño a Yuki y eso me pone muy triste y es mi mejor amiga y... ¿Puede quedarse a vivir con nosotros, por favor?

Las palabras brotaron de los labios de Jasmin al mismo tiempo que las primeras lágrimas. Se acercó a Yuki y ambas se sentaron frente a Fujiwara, con las piernas cruzadas y los dedos entrelazados, erguidas y empecinadas como dos setas.

Aquello debería haber ocurrido de otra forma: Cecily habría podido tropezarse con Yuki por la calle, mirarla a los ojos y fijarse en algún rasgo de su cara que le resultara familiar; entonces se habría

marchado a toda prisa y habría tenido que convivir el resto de sus días con ese sentimiento de culpa. O un buen día un policía habría podido llamar a su puerta con un certificado de defunción, sujetarle las manos por detrás de la espalda y detenerla. O la propia niña habría podido presentarse en su casa para preguntar por qué la habían abandonado. Pero que todo se resolviera de un modo tan ordenado y poético —en la espaciosa y blanca casa donde Cecily había conocido a Fujiwara, con las dos niñas abrazándose y proclamándose amigas íntimas— resultaba tan simple que rayaba en lo cruel; la circularidad de la narración era tan perfecta que resultaba absurda. Sin embargo, tal vez la única verdad inevitable fuera que todas las mentiras acaban encontrándose con su creador. Ante ellos había una niña destrozada, y Fujiwara y ella eran los responsables de que así fuera.

—¿Crees que se parece a Lina?

A Cecily le sorprendió la frialdad de su propia voz, la firmeza con la que pronunció las palabras que sabía que lo cambiarían todo, que romperían el sello del secreto que había mantenido oculto tanto tiempo.

—¿Te alegras de conocer por fin a tu hija?

Abel

Los rayos del sol se abrieron paso entre las espesas nubes. Abel ajustó la vista mientras corría, buscando desesperadamente a Freddie. El estruendo de los aviones se había intensificado a medida que descendían en picado, y sus vibraciones resonaban por todo el

campo. De los barracones empezaron a salir otros prisioneros que, somnolientos y confusos, miraban al cielo frotándose los ojos. Los aviones se habían colocado en perfecta formación, dibujando una ordenada V; uno de ellos pasó justo por delante del sol, provocando un eclipse mecánico.

—¡Freddie! —gritó Abel, con la voz ronca y quebradiza por la falta de uso—. ¡¡¡Freddie!!! —Pasó junto al montón de mochilas y provisiones que su amigo había hecho reunir a los chicos en el centro del campo en preparación para su partida.

—¡Al suelo, al suelo! —chilló alguien.

Abel se tiró al suelo y otros chicos que habían salido de los barracones se tumbaron a su lado. De los aviones empezaron a caer unas bolas blancas que parecían huevos, dirigidas, según comprendió Abel, a cualquier edificio visible desde el cielo. El primer blanco que alcanzaron fue su improvisado teatro de hojas de palmera, y luego una de las letrinas.

—¡Son aviones británicos! —gritó alguien—. ¡Los británicos han venido a liberarnos!

—Entonces, ¿por qué nos disparan?

—¿No han venido a sacarnos de aquí?

Rama salió corriendo de un barracón, tropezando con una sábana en la que, con barro, había escrito: «¡POW!» —prisioneros de guerra — y «¡Stop bombas! ¡Somos de vuestro bando!».

Los chicos tensaron la sábana sujetándola por las cuatro esquinas, orientando el texto hacia el cielo y rezando para que los pilotos lo vieran. Alrededor de Abel, todo empezó a llenarse de humo y fuego a medida que los huevos blancos que caían se convertían en bolas de color naranja que incendiaban cuanto tocaban. Uno de los chicos

de la cocina, un tal Davidson, se levantó y saludó con la mano. «¡Os apoyamos, os apoyamos!», gritó antes de que un cascote le cortara la voz y le atravesara un brazo. Los gritos, primero de alegría y luego de confusión, se convirtieron enseguida en alaridos de pánico. Los chicos corrían y caían mientras el suelo retumbaba bajo sus pies.

Abel seguía sin encontrar a Freddie en medio del caos. Normalmente su amigo iba de un lado a otro dando instrucciones y liderando a los muchachos con tranquilidad. Abel empezó a imaginarse lo peor. Le dolían los pies. Era como si llevara horas corriendo, aunque sabía que no podían haber transcurrido más que unos minutos. Del suelo parecía supurar una sustancia corrosiva que le quemaba; fuera lo que fuese, le había destrozado la suela de las sandalias y le había abrasado la planta de los pies.

Aun así, siguió corriendo y gritando: «¡Freddie, ¿dónde estás?!» El paisaje del campo estaba cambiando ante sus ojos. Todo estaba bañado por una luz anaranjada, casi una réplica exacta de la puesta de sol, excepto por el olor a quemado que acompañaba a la luz y las motas de ceniza que llenaban el aire y se le metían en la nariz. También le escocían los ojos a causa del humo, y todo parecía difuminado y espolvoreado con un tinte romántico, salvo que el humo provenía de los cuerpos y los edificios que se estaban quemando y del metal fundido de las vías del tren que los chicos habían tendido. Se oía un rugido ondulante; por encima del zumbido de sus oídos, pudo percibir la algarabía de gemidos y gritos. Había chicos que se doblaban por la cintura, chicos cegados que yacían en el suelo, chicos sin brazos que cojeaban entre el humo, chicos que se arrastraban ensangrentados, chicos que lloraban pidiendo ayuda a su madre, a su padre, a su hermana y a sus compañeros, con los

brazos, las piernas y el torso llenos de sangre coagulada, como mermelada demasiado cocida. Mientras Abel jadeaba a causa del esfuerzo, lo asaltó un nuevo olor, agrio, oxidado, con un toque cítrico. Llegaba de todas partes, tan abrumador que sintió el familiar revoltijo de las náuseas en el estómago, aunque en este caso, por una vez, no eran producto del alcohol.

Freddie tenía razón, como siempre: los británicos habían encontrado el campo y lo habían bombardeado para eliminar toda posibilidad de que los japoneses transportaran sus suministros. Y sin embargo, las únicas víctimas que yacían en el suelo entre montañas de cenizas y extremidades eran chicos reclutados a la fuerza que, contra todo pronóstico, habían sobrevivido a las torturas de los japoneses para acabar muriendo a manos de sus presuntos salvadores. Lo conocido se había vuelto irreconocible. Abel pasó por delante de la cantina, el escenario de tantas palizas primero y de tantas risas después, que ahora había quedado reducido a un montón de escombros humeantes. Pasó junto a la estructura derrumbada del teatro donde Freddie le había ofrecido la posibilidad de matar a Akiro. Y entonces, fuera del gallinero, vio a un chico de ojos azules al que creyó reconocer. Estaba agachado, escarbando en el suelo.

—¡Freddie! —gritó Abel, intentando que su voz atravesara el caos que los rodeaba.

Al acercarse, vio que el suelo estaba lleno de los trozos de papel de color marrón amarillento donde estaban dibujadas las caras de su familia y de los prisioneros del campo: eran los dibujos en papel higiénico que Freddie y él habían hecho de madrugada a la luz de la

luna, cuando Abel describía a sus seres queridos y Freddie les daba vida.

—¿Qué haces aquí, Freddie? ¡Rápido, tenemos que largarnos!

—Tenía que rescatar los dibujos, Abe, tenía que hacerlo, lo sabes. Para recordar... Ya te lo expliqué. —Su voz, de por sí suave, se redujo a un susurro. Estaba en cuclillas; se dejó caer hacia delante hasta que sus rodillas golpearon el suelo humedecido por el rocío de la mañana. Abel se abalanzó sobre él y lo sujetó antes de que se desplomara.

Abel vio que Freddie estaba herido. Tenía cortes en las muñecas y sangre en las palmas de las manos. Pero lo más preocupante era la gran mancha circular de su pierna derecha, que parecía húmeda y más reciente. El círculo era sorprendentemente simétrico y sus bordes, inquietantemente lisos.

—Estás sangrando, Freddie.

—Es una de esas hemorragias que no hay forma de parar, Abe.

Ningún chico del campo era médico, pero, por necesidad, todos habían aprendido a reconocer la gravedad de las lesiones y las heridas. Sabían distinguir los cortes superficiales de las heridas profundas; sabían distinguir los tipos de hematomas; habían aprendido a identificar los primeros síntomas de la sepsis. Y sabían cuándo un golpe o un corte había seccionado una arteria principal; en esos casos era inútil intentar interrumpir la hemorragia, no había nada que hacer. La herida de Freddie era de ésas: el corte era profundo, y la sangre resbalaba lánguida y constante por su pierna, sin dar señales de detenerse.

—¿Te duele?

Freddie negó con la cabeza.

—Quédate esto —le dijo con firmeza a Abel, y le dio los dibujos hechos en trozos de papel higiénico, algunos con los bordes rotos.

Abel se quedó los dibujos en la mano un momento, y luego se los guardó en la cinturilla del pantalón.

—Voy a sacarte de aquí, Freddie. Tienes que ayudarme. Tú me has arrastrado mil veces por esta pocilga, y ahora te voy a arrastrar yo a ti.

Freddie soltó una risita, pero su aliento produjo un silbido, como una tetera que lleva tanto tiempo hirviendo que se ha quedado sin agua para producir vapor.

Cecily

Cayó la noche, y el criado, siguiendo las instrucciones de Fujiwara, encendió una serie de lámparas cuya luz proyectó las alargadas sombras de sus cuerpos que gesticulaban con rabia sobre las paredes. Los grillos empezaron a chirriar y los mosquitos crearon su coro de zumbidos; uno chocó contra una ceja de Fujiwara, que le dio un manotazo, dejando una mancha de sangre en su frente. Cecily tuvo que contenerse para no alargar una mano y limpiarle la cara. Incluso ahora, incluso estando rabiosa, su cuerpo anhelaba tocarlo. Detrás de Fujiwara, las niñas, abrazadas, formaban una sola unidad amorfa.

—¡Tía Woon siempre me decía que mi padre era un hombre importante! —exclamó Yuki, que llevaba mucho rato sin decir nada. Entonces miró a Jasmin; la felicidad se reflejaba en su ojo sano—. ¡Ahora podré vivir aquí contigo! ¡Viviremos juntas toda la vida!

Fuera, como si exhalara un suspiro largamente contenido, la tormenta comenzó a descargar, pero sólo caían grandes y ruidosas gotas de lluvia y no había truenos ni relámpagos.

—No lo entiendo. Jasmin dice que esta niña —Fujiwara señaló a Yuki— vive en la estación de consuelo.

Cecily entornó los ojos mirando hacia el pasillo cada vez más oscuro y observó el rostro de Fujiwara mientras él intentaba asimilar la información que estaba recibiendo.

—¿Has dejado que mi hija se pudra en un burdel? —Su voz subió a un volumen que para la mayoría de la gente habría sido normal, pero que Cecily sabía por experiencia que podía ser una mala señal —. ¿La abandonaste allí?

—Tú la abandonaste —dijo Cecily, dejándose caer contra la pared y oyendo el sollozo que escapó de su garganta como si no saliera de ella—. Las abandonaste a las dos. A todas nosotras.

—¡No te preocupes, mamá! ¡No llores, yo cuidaré de ti! —Jasmin se abalanzó sobre Cecily y hundió la cara en su vientre, abrazándola como hacía siempre. Cecily sintió un escalofrío. Jasmin siempre quería arreglarlo todo, hasta las cosas que no entendía.

—Jasmin quiere vivir conmigo, Cecily. Yo puedo ofrecerle una vida mejor.

La voz de Fujiwara recuperó su volumen normal, que apenas superaba el susurro, por lo que todos, hasta el criado, se inclinaron involuntariamente hacia delante. Cecily comprendió que, incluso ahora, Fujiwara no era más que un torbellino de sus propios deseos, y que sólo tomaba lo que le interesaba —a Jasmin— e ignoraba a Yuki, su otra hija.

—No puedes quedarte a Jasmin. Ser padre no consiste en eso.

—Siempre he hecho las cosas bien y no ha servido de nada... —Fujiwara hizo una pausa y se llevó una mano a la frente, aplastando los restos del mosquito—. La situación ha cambiado. —Abrió un brazo, señalando a su alrededor—. Todo se acabará ahora que los americanos... ya lo sabes... Y es inevitable que uno empiece a pensar en su legado.

Jasmin giraba la cabeza de un lado a otro, mirando alternativamente a los dos adultos y tratando de descifrar lo que no estaban diciendo de forma explícita.

—¿Yo podré elegir? —preguntó—. ¿Y Yuki? ¿Podrá elegir?

A pesar de que las sombras del atardecer ocultaban en parte el rostro de Fujiwara, Cecily vio que sus ojos se llenaban de tristeza. El telón se alzó brevemente y por debajo asomó la desesperación. Por un instante, Cecily vaciló. Extendió la mano para quitar la mancha de sangre que el mosquito había dejado en la frente de Fujiwara, pero la dejó caer otra vez. Ninguno de los dos podía redimirse. La guerra los había convertido en lo que eran ahora, y el pequeño ser humano que tenían delante representaba los daños colaterales que habían infligido.

—¡No! —gritó Cecily para hacerse oír por encima de los truenos, que por fin se habían unido al aguacero—. No hay nada que elegir. Soy tu madre.

—Bueno, pues ¿quién permitirá que Yuki se quede conmigo? —Jasmin se apartó el pelo de la cara con impaciencia, pero se le escapó un mechón. Cecily sintió el impulso de recogérselo, pero antes de que tuviera tiempo de reaccionar, Yuki se abalanzó sobre el general y enterró la cara en el mismo sitio donde, poco antes, Jasmin la había apoyado cuando él la había abrazado.

—Yo lo elijo a usted, señor general —dijo Yuki con voz débil.

Jasmin

Jasmin sabía que Yuki la estaba imitando: había visto cómo el general la abrazaba y había decidido imitarla con la esperanza de que a ella le pasara lo mismo. Pero Yuki estaba equivocada. Jasmin sabía que el general no era como los otros adultos.

—¡No, Yuki, no! —gritó, tratando de apartar a su amiga del general, que miraba a Yuki con repugnancia. A Jasmin enseguida la había abrazado, y al principio había sido desagradable porque su uniforme estaba caliente y un poco áspero, pero luego, cuando ella se había dejado envolver por sus brazos, se había sentido aliviada, y todos sus miedos por lo que él pudiera decir sobre Yuki se habían desvanecido. Pero ahora Yuki estaba a punto de estropearlo todo.

—¡Suéltame! ¿Por qué tiene que ser todo para ti? —le gritó Yuki, con la voz amortiguada por el uniforme del general.

La mayoría de las veces, Jasmin tenía la impresión de que Yuki sabía mucho más que ella, pero en esta ocasión no era así. Se le aceleró el corazón; sintió miedo y se dobló por la cintura.

«¡No!», oyó decir a su madre; y luego: «¿Estás bien, Jasmin?» Iba a contestar, pero entonces oyó un zumbido que resonó por toda la habitación. Cuando levantó la cabeza, vio a Yuki tambaleándose hacia atrás con una mano en la mejilla, y a Fujiwara masajeándose la mano. Yuki se cayó al suelo y se quedó tumbada de lado. Jasmin oyó los gritos que salían por su propia boca, los sintió vibrar por su cuerpo.

Lo que más la asustó fue que Yuki ni siquiera había gritado. No dijo nada: se quedó tumbada en el suelo como si estuviera muerta, tapándose la mejilla mientras una marca roja brotaba sobre las cicatrices de su cara.

Jasmin fue corriendo hasta su amiga y se agachó a su lado.

—¡Le has pegado, has pegado a esa cría! —gritó su madre, avanzando hacia Fujiwara.

—Al menos yo no la he dejado morir como si fuera un perro callejero —dijo él.

Todo aquello era demasiado; Jasmin ya no entendía nada. A sus pies, Yuki soltó un gritito lastimero.

El criado se apresuró a traer un paño y agua tibia. Pidió permiso al general, que asintió a duras penas, y, tras ayudar a Yuki a sentarse, comenzó a darle toquecitos en la mejilla con el paño caliente.

Detrás de Jasmin, Cecily y el general estaban discutiendo. Jasmin sólo captó fragmentos de su conversación: «No tuve alternativa» y «Tú no la quisiste», decía su madre; «De todas formas ya está desgraciada», decía el general.

Jasmin ya no quería saber qué estaba pasando. Yuki se acariciaba la mejilla, que había empezado a ponerse azul. El criado hizo una seña a las niñas para que esperaran; se levantó con cuidado con el cuenco en las manos, sujetándolo con fuerza para no derramar el agua. Se dio la vuelta y regresó a la cocina.

En cuanto el chico les dio la espalda, Jasmin le dio la mano a Yuki y se la apretó. Su madre y el general seguían enfrascados en su discusión. Los vio alejarse hacia el porche hablando entre dientes. Jasmin sabía lo que tenía que hacer. Era el momento. Entrelazó el

brazo de Yuki con el suyo. Se levantaron a la vez, se recogieron el vestido y, cogidas de la mano, corrieron hacia la puerta trasera.

Abel

Abel lo intentó todo. Intentó coger en brazos a Freddie, pero no tenía suficiente fuerza, y el movimiento hizo que a su amigo le sangrara aún más la herida del muslo. Intentó arrastrarlo cogiéndolo por las axilas, pero él se puso a gritar en cuanto la pierna empezó a rozar el suelo. Intentó levantarlo y ayudarlo a andar, pero Freddie apenas podía mantenerse en pie.

—¡Tienes que moverte, Freddie! —le gritó mientras las lágrimas de frustración amenazaban con desbordarse de sus ojos—. ¿Por qué eres tan testarudo?

Freddie quiso lanzarle una mirada asesina, pero hasta eso requería demasiado esfuerzo. Sin decir nada, se dejó caer bruscamente contra la pared exterior del gallinero, dejando un rastro de sangre en el suelo. Abel miró si cerca había algún otro chico que pudiese ayudarlo a levantar a Freddie. Le pareció que los aviones volaban más bajo, pero el humo se estaba disipando. Tal vez podría salir corriendo en busca de ayuda. No le gustaba nada la idea de dejarlo solo en el gallinero, pero no había alternativa.

—Vuelvo enseguida, Freddie. No te preocupes.

Se incorporó y sintió que lo aplastaba el calor. El pánico reinaba en torno a ellos, y de pronto, en medio de los gritos, le llegó el olor a hierbas y jengibre del huerto que Rama cultivaba detrás del gallinero.

—No te vayas —dijo Freddie con una voz serena pero firme que obligó a Abel a darse la vuelta—. Por favor. No quiero estar solo.

Así que se quedaron los dos allí sentados, con la espalda pegada a la pared exterior del gallinero, el mismo gallinero que había dejado a Abel hecho pedazos y que ahora era lo único que sostenía a Freddie. Los aviones sobrevolaban el campo y un olor acre lo invadía todo, pero en su pequeño refugio disfrutaban de una extraña paz. Tal vez sería mejor morir allí, pensó Abel. La ceniza le hacía cosquillas en la nariz y en la garganta, y miró a su amigo para ver si a él también le estaba molestando. Freddie, que tenía los ojos cerrados como si durmiera plácidamente, abrió un ojo y, con un hilo de voz, dijo:

—Ya sé que soy más guapo que tú, no seas envidioso.

A pesar de todo, a pesar de la gravedad del momento, los labios de Abel se curvaron hacia arriba y la risa le contrajo el estómago. Era la primera vez que se reía en varios meses. Entonces Freddie inclinó la cabeza hacia el hombro de Abel.

—Me duele el cuello —dijo.

Abel se separó un poco de Freddie para que pudiera apoyarse mejor en su hombro. Le picaba la espalda, pegada a la rugosa pared, pero se aguantó.

—Lo siento —dijo Freddie, tosiendo.

Abel notó que su amigo le echaba saliva en el cuello. Tenía un fuerte olor agrio, pero Abel no se inmutó.

—Siento lo de Akiro. Lo hice... sólo quería... que te sintieras mejor.

—Cállate, Freddie, no hables tanto. —Abel le puso una mano en la mejilla y notó la costra de polvo y sudor que la cubría.

—Espero que mi madre esté allí, adonde sea que vayamos después de esto —dijo Freddie con voz ronca—. Tengo miedo.

—No digas más estupideces, Freddie. No te vas a ninguna parte. —Abel sintió que el delgado cuerpo que tenía sobre el hombro se estremecía, y luego notó una profunda inspiración.

—Quizá no consiga verla por culpa de lo que te hice. —La mancha de sangre del muslo de Freddie había crecido y ya no era simétrica. Abel comprendió que no tenía sentido resistirse. Se les estaba acabando el tiempo.

—*When you wish upon a star...* —empezó a cantar Abel. Era la canción favorita de Freddie. Se mordió la mejilla por dentro para evitar que un temblor revelador se apoderara de su voz. La absolución podía adoptar diferentes formas, y ahora era él quien debía absolver a Freddie.

—*Makes no difference who you are...* —susurró Freddie, y su aliento agrio rozó la mejilla de Abel.

Freddie enmudeció antes de que Abel hubiese terminado la canción. Su respiración se volvió entrecortada y áspera, pero Abel siguió cantando las canciones que les gustaban a ambos, una tras otra, componiendo una especie de himno.

Hasta que la respiración de Freddie también dejó de oírse; Abel sintió que el aliento de su amigo ya no le hacía cosquillas en el cuello, y entonces lo supo, lo supo, lo supo.

Jujube

En la casa de té, el señor Takahashi llamó a Jujube, que estaba en la cocina.

—¿Jujube?

Doraisamy se volvió y miró enojado a la chica.

—¿Estás atendiendo a los clientes?

—Sí —dijo ella. Le dolía la cabeza.

—Por favor, saca tus cosas de aquí. No quiero que me contamines la cocina —dijo.

Jujube cogió la raíz de tapioca que había dejado en la encimera y asintió, fingiendo docilidad. Tal vez debería matar también a Doraisamy, pensó; pero no, eso sería una locura, y ella no estaba loca, sólo quería vengarse. No era lo mismo. Vio alejarse a Doraisamy; el sudor dibujaba una serpiente en la espalda de su camisa blanca.

Luego salió a la sala de la casa de té, con las uñas de una mano marcando medias lunas en la palma de la otra.

—¿Quiere más té, señor? Puedo hervir más agua.

—Sí, gracias —contestó el señor Takahashi con voz alegre. No se fijó en la herida que la chica tenía en la cabeza, torpemente tapada con el pelo. Estaba distraído; esa tarde había entrado con un fajo de papeles bajo el brazo, correspondencia atrasada de Ichika que había recibido de golpe. Le explicó a Jujube que quería clasificar las cartas y leerlas por orden cronológico, porque así sería como si su hija le estuviera contando una historia con principio y fin.

De nuevo en la cocina, Jujube vertió más agua en la tetera azul y la puso en el fogón. Levantó la tapa y esperó a que empezaran a formarse burbujas, primero en los lados de la tetera y luego hacia el centro, que fueron creciendo hasta borbotear cuando el agua hirvió. Entonces echó las hojas de té y el agua empezó a volverse marrón.

Después cogió la raíz de tapioca. Se acordaba de cómo su madre hervía la raíz para eliminar el cianuro que contenía. A continuación la

mezclaba con arroz, y los cinco —cuando todavía eran una familia de cinco miembros— se comían aquella mezcla tan pegajosa que apenas podían tragar y se mentían unos a otros diciendo que estaban llenos. Luego escuchaban angustiados las noticias por la radio. La vida ya era triste y difícil entonces; lo que no sabían era hasta qué punto iba a empeorar.

Jujube aún no había decidido si se quedaría junto al cadáver, confesando el asesinato, o si huiría antes de que el cianuro surtiera efecto. Suponía que acabarían encontrándola, y sería obvio que había sido ella quien lo había envenenado. Tal vez lo más fácil sería simplemente admitirlo, ver cómo él se convulsionaba, cómo sangraba por la nariz y la boca mientras se le abrasaba el estómago, cómo la miraba y se daba cuenta de que había sido ella quien lo había hecho, cómo la esperanza se extinguía de sus ojos mientras moría, sabiendo que Ichika no volvería a verlo nunca más.

Jujube sacó del cajón un cuchillo de sierra y lo observó. Como muchas cosas, parecía mucho más peligroso de lo que era; en realidad el filo estaba muy poco afilado. No habría servido como arma de defensa, pero sí le serviría para sus intenciones. Raspó una viruta de tapioca cruda y la echó en la taza verde, la favorita del señor Takahashi, evitando que cayera nada en el platillo. Luego vertió el té en la taza, sobre la tapioca, que flotó como un barquito sin amarrar entre las hojas de té que se habían escapado por el pitorro de la tetera antes de hundirse. La retiró con una cuchara y removió los restos de polvo que habían quedado en el fondo.

Salió de la cocina con la taza verde en la mano. Los ventiladores zumbaban, la atmósfera de la casa de té estaba cargada de

humedad, un anciano golpeaba la pata de una mesa con el pie con cierta impaciencia.

Sabía perfectamente lo que tenía que hacer.

Cecily

En el porche había sillones de mimbre con mullidos cojines, pero Fujiwara se quitó las pesadas botas militares, las dejó detrás de una columna, y se agachó lentamente hasta sentarse en el suelo de madera, cruzando las piernas bajo el cuerpo. Cecily se sorprendió; creía que su enfrentamiento verbal continuaría. La tormenta también había amainado, y ahora la luz de la luna, blanca y brillante, se reflejaba en los pies descalzos de Fujiwara, que se veían pálidos y delicados salvo por una ampolla en el talón, probablemente causada por aquellas botas tan rígidas.

Fujiwara señaló el espacio que había frente a él. «Mira. Tenemos que resolver esto. No hace falta que nos vean pelear...» Su rostro estaba envuelto en sombras y tenía las mejillas hundidas. Cecily lo imitó: se sentó en el suelo y cruzó las piernas debajo del cuerpo.

Ella nunca había creído en los fantasmas. A veces la asustaban los ruidos nocturnos, los crujidos extraños y los sonidos derivados de la dilatación y contracción de las viejas casas de madera, pero no era una de esas personas que se angustian por si los muertos las vigilan. Aun así, algunas noches en que las cosas le parecían demasiado deprimentes se preguntaba si Lina rondaba entre las sombras, si la maldecía por la vida que llevaba, por el sufrimiento que había causado a sus seres queridos.

—A ver, ¿por qué antes no querías tener una familia y ahora sí? —preguntó Cecily retorciéndose los dedos.

—Creo que esto podría ser el final —dijo Fujiwara. La luna iluminaba un lado de su cara y oscurecía el otro, y su nariz se alzaba como una montaña sombreada—. El fin de todo aquello por lo que hemos trabajado. —Se recostó contra uno de los pilares del porche y suspiró quedamente, lanzando su aliento contra el aire quieto de la noche—. Es importante que un hombre deje su huella en el mundo.

—Esto no es como dijiste que sería. —Cecily estaba tan enfadada que no encontraba las palabras para expresar sus sentimientos. ¿Cómo explicar todos esos años de promesas rotas y vidas rotas? ¿Cómo explicar que nada había resultado como pretendían?

—Sólo quería saber cómo sería para mí, para nosotros, tener una familia. Pensé que, aunque sólo fuera durante unos días, podría enseñarle algo más a Jasmin. —Fujiwara hizo una pausa tan larga que Cecily se preguntó si se habría quedado dormido. Finalmente susurró—: Ella no se merece un mundo así —y antes de que Cecily pudiera replicar, añadió—: No sabía nada de la otra niña. Créeme.

Cecily se llevó las rodillas al pecho, y la bata le oprimió las piernas. Puede que aquello fuera lo más parecido a una disculpa, a una muestra de arrepentimiento. No sabía si era suficiente, pero podía detectar su amargura y el sentimiento de culpa que lo embargaba. Casi podía notar el sabor de la tristeza de ambos.

—Jasmin es una buena chica, ¿verdad? —dijo Fujiwara—. Pero la otra...

Ella examinó su rostro, aunque su cuerpo era mucho más elocuente. La luna se había ocultado casi por completo tras una nube, así que lo único que alcanzó a ver era que tenía los hombros

caídos bajo el peso que soportaba. Tal vez por primera vez, Cecily lo entendió: era un hombre que lo había tenido todo, pero al que ya no le quedaba nada.

—Quizá esto es lo que nos merecemos —dijo Cecily, señalándose a sí misma, sucia y desaliñada, y luego señalándolo a él, abatido y encorvado. Miró directamente a la luna, tan brillante que lastimaba sus ojos; era casi como mirar al sol directamente.

Él guardó silencio; sólo emitía un débil murmullo al respirar.

—Tengo que llevármelas —informó Cecily, mirando a Fujiwara a los ojos—. Necesitan un hogar.

Él asintió y, con voz serena y pausada, dijo:

—Los ingleses pronto vendrán a por mí.

Por un breve instante, pareció que hubiesen viajado al pasado y estuviesen los dos solos conversando en voz baja sobre un futuro en el que ambos creían. Fujiwara se tumbó en el porche, extendió los brazos y alzó la barbilla hacia el cielo. Cecily se levantó torpemente, sacudiendo el pie que se le había dormido.

En la casa, a sus espaldas, un grito del criado, estridente y aterrorizado, atravesó el aire nocturno.

Jujube

Las cartas de Ichika flotaban como medusas en la superficie verde azulada de la mesa de la casa de té. Jujube observó al señor Takahashi mientras extraía cuidadosamente cada carta, alisando las hojas y emparejándolas con su sobre correspondiente.

Al llevar tanto tiempo dobladas, las cartas permanecían medio plegadas sobre la mesa como pequeños acordeones. Las hojas de papel tenían distintas calidades. En algunas había manchas o tenían la tinta corrida, pero la caligrafía de Ichika, de trazos grandes y seguros, era inconfundible.

—¡Ten cuidado! —exclamó el señor Takahashi cuando Jujube fue a poner la taza encima de la mesa.

A ella le dieron ganas de derramar el té caliente sobre el señor Takahashi o sobre las cartas, pero se contuvo. No era el momento, ni tampoco lo planeado.

—Lo siento —se disculpó el anciano, dándole unas palmaditas en el brazo—. No quiero gritarte. Sólo muy emocionado. —Sonrió, y las arrugas que tenía alrededor de los ojos se hicieron más profundas.

Ella dejó la nueva taza de té en un espacio libre, lejos de las cartas; dio un paso atrás y asintió con la cabeza, aceptando las disculpas.

—Por favor —dijo él—, siéntate conmigo. —Señaló el taburete vacío que había a su lado.

Jujube titubeó. No había previsto aquella muestra de afecto. Señaló con un gesto de timidez la taza de té.

—Su té, señor.

—Si viene dueño a regañar, digo que yo he pedido —dijo él—. Por favor, siéntate. Quiero... —Hizo una pausa, buscando las palabras adecuadas—. Quiero compartir contigo. Un momento feliz.

Jujube no tenía escapatoria. Se sentó a su lado, dobló los dedos de los pies bajo el taburete y los apretó contra sus sandalias con nerviosismo. El vapor que salía de la taza ascendía rápidamente; el té pronto se enfriaría, pero el señor Takahashi estaba distraído.

—¿Por dónde empezar? —preguntó él alegremente—. Por principio, claro. —Riéndose de su propio chiste, cogió la carta que había puesto en la esquina superior izquierda de la mesa. Carraspeó y empezó a leer en voz alta.

Las cartas de Ichika eran prosaicas, llenas de detalles de la vida cotidiana.

> *Hoy he ido al hospital y los pacientes han sido amables conmigo. Un médico se ha impacientado, pero es lógico, tiene muchas preocupaciones. He ido al mercado y he podido comprar nuestro tubérculo favorito, con el que haré caldo. Hoy hacía frío porque el tiempo está cambiando. Hoy he dibujado el cielo. Quería pintar, pero no tenemos material, así que de momento me conformo con dibujar sin color.*

Ichika escribía sobre asuntos muy generales; Jujube observó con suficiencia que no era una buena escritora, capaz de evocar sentimientos y sensaciones. Sus cartas eran artificiosas e infantiles, meras exposiciones prosaicas de hechos, sin juicios, sin poesía, sin dramatismo; no describían sentimientos, sino cosas. Aun así, sin poder evitarlo, Jujube se quedó embelesada escuchando las entrecortadas traducciones del señor Takahashi: leía un par de líneas en silencio, parpadeando rápidamente, y luego, despacio, traducía una frase tras otra al inglés, tropezándose con los tiempos verbales, las contracciones y los pronombres.

Por las cartas, Jujube supo que Ichika se había mudado de Nagasaki a una ciudad más pequeña. Allí, a pesar de la guerra,

llevaba una vida tranquila y sencilla que le proporcionaba satisfacción y serenidad, y también algo que, para ella, era aún más extraño: felicidad. Jujube rellenaba los espacios en blanco de las cartas de Ichika; en su imaginación, la japonesa se levantaba todos los días a la misma hora, cuando los rayos del sol atravesaban las nubes. Vivía con una tía anciana con la que desayunaba una taza de té y verduras encurtidas con arroz; el vapor del té matizaba la acidez de los encurtidos, haciéndolos más dulces y picantes a la vez. Después, Ichika se ponía sus holgados y elegantes pantalones de hombre y se marchaba al hospital, donde se pasaba horas y horas haciendo todo tipo de cosas, desde curar las heridas de los soldados hasta leerles libros a los pacientes, pasando por llevar y traer documentos a médicos y enfermeras. Estaba cansada, le dolían las plantas de los pies cuando doblaba los dedos hacia abajo, tratando de aflojar el músculo tenso de la base. Después del trabajo, cenaba con su tía, leía sus libros, hacía sus dibujos y luego le escribía a su padre esas cartas serenas y un tanto pueriles, en las que expresaba su esperanza de volver a reunirse con él.

Jujube también se preguntaba acerca de todas las cosas que Ichika no le contaba a su padre: no le hablaba de las amigas con las que se cogía de la mano, con las que miraba nuevos diseños de vestidos, con las que se reía en los cafés cuando pasaban chicos guapos, larguiruchos y estudiosos; ni de los hombres que se detenían en la calle para piropearla por su larga melena oscura o por su nariz respingona, que daba la sensación de que siempre estuviera a punto de echarse a reír. Hasta podía sentir el cosquilleo de deseo que brotaba en el estómago de Ichika cuando la enfermera de ojos rasgados del hospital le presionaba la muñeca con la yema de los

dedos y la mantenía allí un segundo más de lo necesario, mirándola fijamente, aunque Ichika no pudiera o no quisiera levantar la vista. El dolor de cabeza de Jujube se desvaneció, sustituido por un profundo anhelo. La vida interior de Ichika estaba llena de poesía, amor, deseo, felicidad y asombro, y Jujube deseaba tener eso, todo eso.

Jasmin

Jasmin oía respirar a Yuki. Estaban tumbadas en la carretilla, a oscuras, con los brazos pegados al cuerpo y los puños apretados. Jasmin estaba segura de que los engranajes del cerebro de Yuki trabajaban a la misma velocidad que los suyos, descifrando los gritos de los adultos, el tira y afloja y las desconcertantes emociones de las últimas horas.

Era extraño que ahora no se estuvieran tocando, que no se estuvieran estrechando las manos como habían hecho durante todo el trayecto desde la casa hasta allí. Jasmin no había soltado a Yuki ni siquiera cuando los mosquitos, que aparecieron al ponerse el sol, empezaron a zumbar y a picarle en los brazos; los había ahuyentado con un brazo a la vez que sacudía enérgicamente la cabeza, hasta el punto de marearse, para que dejaran de zumbarle en la cara. Pero ahora Yuki estaba tumbada a su lado y no decía nada.

—¿Tienes hambre, Yuki? ¡Yo sí, mucha! —Se habían comido los bocaditos de pescado que les había dado el criado, pero eran ligeros y no llenaban; ella necesitaba comer algo más sólido que le pesara en la barriga y la hiciera quedarse adormilada.

Jasmin se tocó la barriga con ambas manos para enfatizar sus palabras, y entonces se dio cuenta de que Yuki no podía verla. Dejó caer las manos junto a los costados y rozó el brazo de Yuki. Pero su amiga se encogió, se tumbó de lado y se acurrucó. Jasmin notaba en su codo la curva de la espalda de Yuki.

—¿Yuki?

Su amiga permanecía callada, pero respiraba más fuerte, como si exhalara por la nariz y la boca al mismo tiempo. El sonido era una mezcla de gruñido y estornudo, algo que normalmente habría hecho reír a Jasmin, pero se contuvo para no ofender a su amiga. Cuando Yuki habló, lo hizo con una voz ronca, como la de Jasmin por la mañana cuando tenía sed o llevaba mucho tiempo sin hablar.

—¡No es justo! ¿Por qué tú tienes dos padres y una madre, y yo en cambio...? —No terminó la frase, pero añadió—: Yo, en tu lugar, no me habría escapado.

Jasmin sintió que la rabia se le subía a la cara y se le ponían las puntas de las orejas rojas. Yuki no entendía lo que significaba estar encerrada en el sótano; ni sabía cómo había cambiado todo desde la llegada de los japoneses; ni había visto cómo la tristeza se adueñaba de su hogar; ni tenía que contemplar los ojos vacíos de su madre, que se había convertido en una mujer desquiciada. Yuki no sabía lo que significaba tener que buscar la forma de entretener constantemente a todos los miembros de su familia y ser responsable de mantenerlos contentos. No sabía lo que significaba ver cómo las personas cambiaban y se convertían en pedazos rotos de sí mismas, y no poder hacer nada para remediarlo. Era demasiado difícil de explicar, demasiado terrible, demasiado enorme y demasiado doloroso. Jasmin volvió a tumbarse en la carretilla y se

apartó de Yuki. Le rugía el estómago. Detrás de ella, Yuki exhaló con rabia.

Jujube

Jujube llevaba casi cuarenta y cinco minutos sentada con el señor Takahashi. El sol había completado su descenso, y la casa de té quedó iluminada por la fría y descarnada luz de los fluorescentes. Cuando alzó la vista hacia los polvorientos tubos de luz sujetos al techo, vio pequeñas sombras negras contra la capa de fósforo blanco, los cadáveres de los insectos que habían tenido la desgracia de volar hacia la luz y quedar atrapados. Doraisamy le lanzaba miradas de reproche cada vez que salía de la cocina, porque estaba desatendiendo las otras mesas. Pero como estaba con el señor Takahashi, su cliente más asiduo, no se decidía a ordenarle que se levantara.

El señor Takahashi había terminado de leer cuatro cartas de Ichika, de varias páginas cada una, sin detenerse ni una sola vez para tomar un sorbo de té. Él no leía con la fluidez que lo hacía la madre de Jujube cuando les contaba cuentos a la hora de dormir. El señor Takahashi lo hacía con torpeza; traducía del japonés al inglés para Jujube, y su lectura era entrecortada y estaba llena de pausas. Su voz vacilaba al pronunciar palabras que le resultaban difíciles.

—Mi hija dice que hay niño que vive cerca de ella, niño vecino, que es... más que travieso. ¿Cómo se dice? Muy travieso, dice. Cree que no se puede corregir.

—Incorregible —dijo Jujube.

—Incorr... —El señor Takahashi lo intentó, pero se dio por vencido —. Muy travieso —dijo riendo—. Tú ya entiendes.

Jujube se preguntó si esa noche acabaría soñando con Ichika. Si reviviría las cartas sinceras y resueltas de Ichika, si recrearía una vida con posibilidades reales...

El señor Takahashi carraspeó.

—Tengo voz cansada. —Se señaló la garganta—. Pero me gusta leerte cartas. Son pequeña evasión, ¿verdad? —Esbozó una sonrisa temblorosa, indulgente, confiada—. Bueno, ¿qué opinas, Jujube? —preguntó.

—¿De las cartas de su hija?

—De mi hija.

Jujube se preguntó qué esperaba oír el señor Takahashi o, mejor dicho, qué quería oír. A lo mejor sólo quería que le dijera que su hija estaba bien educada, que era tan buena persona como él pensaba, que había hecho lo correcto para que su hija se convirtiera en una mujer de bien. Tal vez sólo quería asegurarse de que Ichika estaría bien, de que volvería a verla, de que la guerra no había arruinado irreparablemente su vida familiar; de que, de un modo u otro, podrían volver a estar juntos.

—Su hija es una buena persona —dijo Jujube—. Tiene usted mucha suerte.

El señor Takahashi desvió la mirada y su rostro cansado se ensombreció.

—Esta guerra... —empezó a decir—. Esta guerra...

El agujero en el pecho de Jujube, el que se había abierto desde la fuga de Jasmin, se encogió dolorosamente.

El señor Takahashi carraspeó.

—No hay justicia. No sé qué pasará con esta guerra —dijo, apretando con su mano arrugada la de ella.

—¿Qué hará si vuelve a verla? —le preguntó Jujube al tiempo que retiraba la mano. Se lo imaginó tras su reencuentro con Ichika, contándose historias el uno al otro, y Jujube reducida a un recuerdo lejano, casi olvidado.

—Espero... —empezó a decir él. Luego cogió un sobre y sonrió con nostalgia, contemplando la caligrafía de Ichika—. Espero poder montar pequeña imprenta juntos. No de libros, eso muy difícil. Quizá cuadernos, o calendarios, y dentro imprimiremos dibujos y fotografías de Ichika.

—Una vida tranquila —dijo Jujube.

—Una vida tranquila —repitió él—. No más hospitales, no más muertos.

En la cocina, Doraisamy había empezado a hacer mucho ruido. Entrechocaba los platos y lanzaba repetidamente el mango de la mopa contra la pared. Quería cerrar y marcharse a su casa.

El señor Takahashi tosió un poco y finalmente cogió la taza de té. Jujube se imaginó el cianuro serpenteando en el líquido y purificándolo con su veneno.

—Termino té y me marcho. Creo tu jefe está diciendo que me voy. —Esbozó una sonrisa—. Te pido disculpas por mi... rebato —dijo, mirándola a los ojos.

—Arrebato —lo corrigió Jujube sin darse cuenta.

—¿Qué voy hacer sin ti? —dijo el señor Takahashi, llevándose la taza a los labios. Pestañeó un poco, como si esperara recibir una nube de vapor, y entonces se dio cuenta de que el té se había enfriado. Sonrió e inclinó la taza hacia su boca.

Sin pensarlo un segundo, Jujube extendió el brazo por encima del mar de cartas. Golpeó la taza de té y ésta se tambaleó entre los dedos del anciano.

—Jujube, pero ¿qué...? —El señor Takahashi la miró alarmado.

—No —dijo ella.

Volvió a golpear la taza, y esta vez la volcó. El líquido marrón se derramó sobre los dedos del anciano y manchó una de las cartas de Ichika. Los pliegues en acordeón se aplastaron y la tinta se extendió por el papel, dejando la carta emborronada e ilegible. El señor Takahashi se levantó y se echó atrás para esquivar el chorro de té derramado que corría hacia el borde de la mesa.

—¿Qué has hecho? —dijo con voz temblorosa. Tenía las mejillas coloradas; Jujube nunca lo había visto tan furioso. Abrió tanto los ojos que la línea de nacimiento de su cabello pareció desplazarse hacia un lado de la cabeza. Extendió la mano hacia la carta mojada e intentó cogerla.

Jujube se interpuso entre él y la mesa, y el té goteó silenciosamente desde el borde hasta su falda. Levantó las manos para que el anciano no pudiera acercarse y tocar la superficie mojada.

—Lo siento —dijo. Y luego, sin saber qué más decir, añadió—: Es mejor así.

Cuando los turbios ojos marrones del señor Takahashi se encontraron con los suyos, Jujube se preguntó si él había adivinado lo que había estado a punto de hacer. Se preguntó si debería alardear, hacerle sentir el miedo que quería que sintiera, hacerle sentir el dolor con el que ella luchaba a diario. En lugar de eso, murmuró «Lo siento» una y otra vez mientras él recogía en silencio

las cartas intactas de Ichika y se las metía bajo el brazo. Cuando terminó, la miró y luego miró la carta manchada de té, con la tinta emborronada. Jujube quiso decir algo, pero no encontró las palabras adecuadas; sintió que el aire silbaba al salir por su nariz.

Él se marchó lentamente de la casa de té.

En la cocina, Doraisamy volvió a golpear en la pared con el palo de la mopa. Jujube cogió un trapo, quitó la hoja estropeada de la mesa y limpió el desastre.

Esa noche, cuando por fin salió de la casa de té, vio la luna llena colgando baja en el cielo, un círculo perfecto y orondo que la bañaba con su fría luz. Cualquier otra persona lo habría tomado como un signo de esperanza, o de absolución, o de algo bueno por llegar. Cualquier otra persona habría dirigido el rostro hacia la maravilla del esplendor inconmensurable de la luna. Pero Jujube simplemente se preguntó qué otros horrores iluminaría la luna plateada esa noche, y todas las noches futuras.

Abel

El campo se había sumido en otro tipo de caos. Los aviones habían dejado de bombardear y aterrizaron, y una vez en tierra, salieron de ellos unos hombres blancos con uniforme militar, lanzando vítores y alzando los brazos en señal de victoria. Habían llegado los británicos, pensó Abel. Japón había perdido la guerra. Los pilotos estaban tomando fotografías de la victoria y unos destellos de luz atravesaban la atmósfera cargada de ceniza. Abel los veía abrazarse y posar; formaban una pared de uniformes de la RAF, con sus amigos

muertos como telón de fondo. ¿Acaso daban por sentado que todos aquellos cadáveres eran de japoneses? ¿O no les importaba, y para ellos las víctimas no eran más que daños colaterales? Mientras sorteaban los montones de cadáveres y escombros, los soldados cantaban una canción que Abel reconoció: era el «Dios salve al Rey», el himno que el hermano Luke, entre otros, le había obligado a cantar en la escuela.

Poco después, los soldados británicos reunieron a los prisioneros que habían sobrevivido. Los chicos tenían la ropa hecha jirones, estaban flacos y ensangrentados y los ojos les lloraban por el humo y el pánico. Abel vio tropezar a Azlan, que apenas podía sostenerse. Vio que dos chicos ayudaban a andar a Rama, que cojeaba. Los soldados los pusieron en fila y les pasaron un trapo por la cara.

—¡Venid aquí y sonreíd! —gritaban—. ¡Os hemos liberado! ¡Dios salve al rey! ¿Acaso sois tan salvajes que no reconocéis la libertad cuando la veis?

Las cámaras no paraban de disparar.

Los británicos todavía no los habían visto. Cuando su amigo había muerto acurrucado junto a la pared del gallinero, Abel se había quedado sentado a su lado, casi catatónico, incapaz de moverse, decidido a sostener a Freddie y a no apartar el hombro en el que se apoyaba su cabeza. Pero al final se le había agarrotado el cuerpo, y su hombro no había podido seguir soportando el peso muerto de Freddie; cuando la cabeza de su amigo acabó resbalando, se la sujetó y la puso con cuidado en el suelo, aunque el cuello se quedó torcido. Luego Abel se arrastró a gatas hasta el gallinero para serenarse, notando en la cintura el desagradable crujido de los dibujos hechos en el papel higiénico.

Al mirar a través de la alambrada del gallinero la escena que se desarrollaba ante él, supo que sólo podía hacer una cosa: lo que habría hecho Freddie. Apretándose el cordón de los pantalones para que los dibujos quedaran bien sujetos, se puso en pie y echó a correr tan rápido y silenciosamente como pudo. Se alejó de sus amigos puestos en fila como muñecos, de los chasquidos de los objetivos de las cámaras, de los soldados británicos exultantes por la victoria, de Freddie retorcido en el suelo como una cuerda. Estaba físicamente agotado tras tantas horas sin comer nada ni beber un solo sorbo de *toddy*. Era improbable que pudiera sobrevivir; era improbable que fuera capaz siquiera de pasar entre los soldados y alcanzar la puerta; y era prácticamente imposible que encontrara la forma de atravesar Tailandia. Pero aun así, no tenía otra opción. Era hora de partir.

Jasmin

Cuando Jasmin despertó, todavía era de noche, pero Yuki se había ido.

La sábana estaba recogida y Jasmin tenía la cara húmeda de rocío y los brazos cubiertos de picaduras de mosquito. Le dolía el estómago porque lo tenía vacío. No sabía si esperaba que Yuki estuviera allí o no; se había quedado dormida con el sonido de la respiración de su amiga, y el silencio de ambas, las palabras que no habían pronunciado, había abierto un gran agujero entre ellas. Pero ahora estaba asustada. La última vez que se había despertado sola en aquella carretilla, Yuki había vuelto herida y ella había tenido que

llevarla a casa del general. Ahora no estaba segura de poder ir a casa del general. No estaba segura de tener una casa ni alguien en quien confiar. Su garganta pedía agua a gritos. Necesitaba levantarse y pensar un plan. Se puso de rodillas y apartó el resto de la sábana. El frescor húmedo de la noche le dio en la cara; todo estaba en silencio y no había nadie cerca.

Intentó ordenar sus pensamientos, que se agolpaban en su mente y le provocaban una sensación de mareo. Necesitaba encontrar a Yuki, pero también necesitaba averiguar qué le pasaba a su madre; sin embargo, tenía tanta hambre que no se sentía capaz de mantenerse erguida. Bajó de la carretilla y se miró los pies, pero estaba demasiado oscuro para ver nada. Los zapatos le apretaban tanto que se los quitó y los dejó dentro de la carretilla. Con los pies en el suelo aún frío, se acercó lentamente a una de las chozas. Tal vez encontraría algo de comer o de beber; tal vez alguna de las chicas la ayudaría. Después iría a buscar a Yuki.

Llamó tímidamente a la puerta de la primera choza. «¿Hola?», dijo en voz baja, muerta de miedo.

Oyó un murmullo en el interior; luego se encendió una luz y se abrió la puerta. En el umbral había un hombre. Era un poco más alto que el general y vestía la misma chaqueta de uniforme, aunque la suya estaba mucho más sucia y tenía menos rayas en los hombros que la del general. Jasmin se fijó en que el hombre llevaba las piernas al aire; unos pelillos negros le cubrían la parte superior de los muslos de piel rosada. Le dijo algo a Jasmin con voz somnolienta, pero ella no lo entendió porque hablaba en japonés; luego el hombre alzó la voz y, volviendo la cabeza hacia la choza, llamó a alguien. Jasmin comprendió que tenía que echar a correr. Le

dolía todo el cuerpo, pero sobre todo los pies descalzos. Se le clavaban trozos de basura, ramas y barro seco en los puntos más blandos de los arcos. Vio unos puntitos danzando ante sus ojos: primero, manchas negras sobre blanco y luego, manchas blancas sobre negro. Se detuvo, respirando con esfuerzo, sintiendo cómo el aire atravesaba dolorosamente su cuerpo.

Se apoyó en el lateral de otra choza, asegurándose de no perder de vista la puerta principal. Todos sus sentidos estaban activados, pero al mismo tiempo esa tensión la dejaba indefensa. En aquel lugar se sentía más insegura que en ningún otro sitio. En el fondo sabía que, si no seguía corriendo, si no se escondía, acabaría convertida en una niña con los ojos muertos, como todas las que había visto allí. Se sentía desesperada y sola, y muy hambrienta. Hasta Yuki la había abandonado; Yuki, cuyos deditos rechonchos aún sentía en su mano. Yuki era más alta que ella, pero tenía los dedos más cortos y las manos más pequeñas, por lo que Jasmin podía envolverle la mano por completo, y eso la hacía sentirse capacitada para cuidar de su amiga. Mientras las manchas frente a sus ojos se hacían más grandes, percibió el familiar olor del pelo grasiento de Yuki y la oyó susurrar:

—¿Dónde te habías metido? ¡Creía que te había perdido!

—Te estaba buscando —murmuró Jasmin débilmente. Se tapó la cara con ambas manos; luego se puso en cuclillas y apoyó la cabeza en las rodillas.

—He ido a la habitación privada de tía Woon y he cogido esto. —Yuki agitó un panecillo bajo la nariz de Jasmin. Jasmin lo cogió y le dio un mordisco, y al notarlo tan tierno y caliente estuvo a punto de echarse a llorar.

Entonces Jasmin alzó la vista y vio que su amiga estaba en cuclillas delante de ella con otro panecillo en las manos. Ambas masticaron rítmicamente en silencio, hasta que oyeron los gemidos de un hombre procedentes de la choza que tenían detrás. Jasmin dio un respingo y Yuki puso cara de asco.

—Eres mi hermana, ya lo sabes. Pase lo que pase. —Yuki miró fijamente a Jasmin antes de echarle los brazos al cuello.

Jasmin sintió que todo su cuerpo crecía, pero sobre todo su corazón, que estaba tan lleno de felicidad que pensó que se le saldría del pecho. Siempre lo había sabido, y ahora su convicción se confirmaba. Ya no le importaba el motivo de las peleas de los adultos. Los adultos siempre estaban preocupados e insatisfechos; por lo visto tenían tantas cosas en las que pensar que se olvidaban de lo más importante. Y lo más importante para Jasmin era lo más sencillo: que Yuki y ella siempre estarían juntas, y nada ni nadie volvería a separarlas.

Cuando se terminaron los panecillos, Yuki la ayudó a levantarse; aunque un poco tambaleante y dolorida, Jasmin se sintió mucho más fuerte después de comer. Volvieron corriendo a la carretilla y se taparon con la sábana, con los brazos y las piernas entrelazados como si fuesen una sola persona.

—Hace mucho calor —dijo Yuki, sacando un brazo para abanicarse.

A través de la fina sábana, Jasmin creyó ver una chispa, un destello naranja brillante, y entonces también sintió calor.

A su alrededor empezaron a oírse pisadas y gritos. Yuki parecía confusa; sacó la cabeza de debajo de la sábana para averiguar qué estaba pasando.

—Todos corren, Mini... —dijo en un susurro. Había tantos pies golpeando el suelo a su alrededor que la vibración hacía temblar la carretilla—. Da miedo.

—No me importa —dijo Jasmin dirigiéndose a Yuki, a todos. Cada vez hacía más calor, cada vez les costaba más respirar, el estruendo era cada vez más fuerte, pero ella estaba harta de correr, harta de contar con que los adultos harían lo que debían y que nunca lo hicieran. Tiró de Yuki hacia el suelo de la carretilla: ellas dos eran las únicas que importaban. Abrazadas, cara a cara, las niñas dejaron que el creciente y palpitante calor las adormeciera. Fuera, las llamas serpenteaban por el suelo mientras la estación de consuelo ardía como la pólvora.

Cecily

Por supuesto que las niñas se habían escapado, pensó Cecily. ¿Cuántas veces las habían decepcionado los adultos, dejándolas sumidas en su propia confusión mientras ellos perseguían egoístamente sus caprichos de adultos, la rabia, la lujuria y todo aquello con lo que pretendían enmascarar la profunda tristeza de sus vidas? Cuando el criado fue corriendo a decirles que las niñas se habían ido, ella vio, por primera vez, que el pánico y el miedo aparecían en el semblante de Fujiwara. Él sabía que el mundo que había creado no significaba nada para dos niñas que sólo buscaban amor y felicidad. Irían por el camino equivocado, tomarían las decisiones equivocadas, confiarían en las personas equivocadas. Fujiwara reprendió al pobre y desconsolado criado: en qué dirección

habían huido, cómo era posible que no se hubiera enterado de nada, cómo podía haberlas dejado marchar... Eran preguntas que deberían haberse hecho el uno al otro.

—¡¿Adónde?! —gritó Cecily—. ¿Adónde han ido?

El criado señaló a lo lejos sin mucha convicción, pero Fujiwara debió de entenderlo.

—La estación de consuelo —dijo, echando fuego por los ojos—. ¡Vamos!

Entonces, un humo acre comenzó a flotar a su alrededor y a Cecily le sorprendió lo familiar que le resultaba aquel olor: olía igual que el puerto de Lewisham años atrás. Más allá del humo, unos manojos de llamas anaranjadas salpicaban la oscuridad: un incendio como el que los japoneses habían provocado tiempo atrás en el puerto al destruir los aviones de la RAF, un incendio cada vez más grande, más brillante, más caliente, más cercano.

Miró a Fujiwara, alarmada.

—¿De dónde sale eso? ¿De dónde?

—¡Oh, no! —exclamó Fujiwara—. ¡No, no, no, no, no!

Ambos se dirigieron hacia el fuego, tosiendo a medida que el humo penetraba en sus pulmones. Cecily corría de un lado a otro caóticamente, atragantándose, forzando la voz: «¡Jasmin! ¡Yuki!» Fujiwara había logrado controlar a un grupo de jóvenes oficiales japoneses que patrullaban las calles, y todos juntos avanzaron hacia el calor, tropezándose con la masa de sudorosos vecinos de Cecily, que huían en dirección contraria en busca de aire fresco.

Jujube

Jujube vio a su madre y al hombre en la entrada de la estación de consuelo. Había corrido hacia el incendio de forma instintiva, sin saber si lo hacía por curiosidad, por el deseo de ayudar o por algún motivo completamente distinto. Pero ahora, al ver acercarse a su madre, la herida que se había hecho en la cabeza al golpearse contra el suelo del cuarto de baño volvía a latirle con furia.

—¡Dios mío, Jujube! —Su madre la miró compungida, y Jujube se preguntó si recordaba lo que le había hecho, si le dolía tanto como a ella. Pero su madre parpadeó y la oportunidad de hallar una respuesta se esfumó—. ¡Rápido, Jujube! Tenemos que encontrar a tu hermana. El general dice que podría estar aquí.

Junto a su madre había una versión avejentada del Tigre de Malaya, a quien había visto recorrer la calle, con la espalda erguida, en el desfile de bienvenida a los japoneses tres años atrás. No tenía ningún sentido. ¿Qué hacía su madre con el general?

—¡Tenemos que irnos! ¡Tenemos que salir de aquí! —gritó su madre.

El olor a carne quemada y carbonizada invadió la nariz de Jujube. El aire estaba cargado de partículas flotantes que se le metían en los ojos. Jujube corrió junto a su madre chapoteando por el barro con las sandalias. Pasó al lado de un cadáver y distinguió un pubis cubierto de vello; estaba tirado al lado del letrero de entrada de la estación de consuelo, que tenía la mitad de las letras quemadas y ya no rezaba BIENVENIDOS, sino sólo DOS.

Jujube y su madre se estaban quedando afónicas de tanto gritar «¡Jasmin! Jasmin!». Se separaron del general, que corría dando instrucciones a diestro y siniestro. No paraba de decir que no entendía cómo se había autorizado el incendio, que él no había dado

la orden, y la cantinela hizo que a Jujube le entraran ganas de empujarlo al fuego. Las excusas, los remordimientos, no eran suficientes y llegaban demasiado tarde: aquello lo habían hecho los suyos, un último acto de violencia antes de verse obligados a marcharse, como si así fueran a tapar todas las crueldades que habían cometido.

Jujube quería detenerse para recobrar el aliento; le dolía un costado, y le parecía que sus órganos estaban a punto de desprenderse de su cuerpo. Pero no se detuvo: Jasmin podía estar en cualquier sitio. Su madre y ella corrieron y corrieron, pasaron junto a chozas llenas de pantalones caqui colgados en las puertas, junto a chicas ensangrentadas, junto a chicas quemadas. Buscaban en cada rostro vivo los ojos brillantes de Jasmin, aquella sonrisa capaz de iluminar un millón de planetas. Juntas, gritaron y gritaron y gritaron.

«¡Jasmin! ¡Jasmin! ¡Jasmin!»

25

Diciembre de 1945

Llaman a la puerta principal, toc-toc-toc; al principio los golpes son tan débiles que Jujube cree que son imaginaciones suyas. Está anocheciendo, pero es difícil saberlo dentro de la casa cerrada a cal y canto, independientemente de la hora del día o de la intensidad del calor que golpea sus paredes marrones.

Toc-toc-toc, suenan los golpes en la puerta, insistentes, esta vez más fuertes. Y entonces se oye una voz: «¡Mamá! ¡Mamá!» Una pausa. «¡Jasmin!»

Es una voz ronca y quebradiza, pero inconfundible. Jujube abre la ventana para asomarse, pero antes de que pueda decir nada, su madre, que lleva tres meses sin moverse de su dormitorio, sale corriendo, descorre el pestillo de la cancela y abraza a su hijo antes de que se caiga al suelo. Abel está extremadamente flaco. Sus ojos grises y su pelo claro parecen muertos y quebradizos, las suelas de sus sandalias están desgastadas y tiene los brazos cubiertos de costras. Aun así, en los últimos días han pasado por Bintang otros muchos en peores condiciones que él. Desde el final de la guerra, hace tres meses, han llegado al pueblo todo tipo de personas destrozadas y jadeantes, cansadas y ensangrentadas. Jujube sale

corriendo a ayudar a su madre, y juntas levantan a Abel, cuyos huesos se curvan de manera caprichosa en la espalda y los hombros, abultando bajo la piel en ángulos tan extraños que Jujube piensa que es un milagro que su hermano haya conseguido mantenerse en pie.

Las dos mujeres lavan a Abel en silencio. Jujube se horroriza al ver la cantidad de cortes y llagas que recorren el cuerpo de su hermano; es como si le hubieran picado cien mosquitos. Parece más alto que hace ocho meses; Jujube no sabe si es porque ha adelgazado mucho o porque, a pesar de todo, ha conseguido crecer. Cuando ella y su madre terminan, Jujube intenta preguntarle a Abel qué le ha pasado.

—¿Dónde has estado? —suplica—. ¿Cómo has llegado a casa? —Pero su madre le tapa la boca con la mano, y Jujube retrocede. Cuando su madre la toca, siempre se acuerda del día en que la empujó en el cuarto de baño y se hizo una herida en la cabeza.

Abel duerme una semana seguida. Se despierta para comer un poco, pero no habla, sólo duerme.

Freddie aparece en los sueños de Abel. A veces esos sueños son tan vívidos que se despierta sobresaltado, convencido de que su amigo está tarareando a su lado. Pero entonces ve en su lugar la habitación desnuda, y los ojos preocupados de su madre y su hermana que lo observan. Finalmente, hace la pregunta cuya respuesta ya conoce:

—¿Dónde está Jasmin?

Jujube se muerde el labio con tanta fuerza que se hace una herida, y Abel ve brotar una gota de sangre.

—Lo que importa es que has vuelto —dice su hermana—. Jasmin y papá se alegrarían.

Abel se pregunta quién tiene derecho a tomar este tipo de decisiones, quién ha podido idear esta aritmética de alma por alma en la que él, un borracho despreciable, un asesino, un cobarde, ha sido autorizado a sobrevivir. Quién tiene derecho a decidir el precio de la vida de una hermana y un padre. Él tuvo muchas oportunidades de morir cuando, durante semanas, anduvo caminando por un terreno muy difícil, hasta que se le rompieron las sandalias y cruzó a gatas la frontera tailandesa con Malaya. A su alrededor, los rezagados caían, los heridos pasaban hambre y los hambrientos morían cual ejército de seres maltrechos. Sin embargo, aunque le costara creerlo, él había sido uno de los pocos en lograrlo.

Siente frío pese a que la tarde es tremendamente calurosa. Mira a su alrededor, presa del pánico.

—¡Los dibujos! —grita—. ¿Dónde están?

Otra vez Jujube:

—Lo siento, Abe. Están aquí.

Jujube los había juntado en una pila ordenada a los pies de la cama de su hermano. Le da los trozos de papel higiénico, los toscos bocetos ya secos, marrones y manchados, que huelen a moho.

Abel le enseña a Jujube uno de los bocetos que Freddie dibujó a partir de sus recuerdos.

—¿Se parece a Jasmin? —le pregunta.

Los rasgos de la cara de su hermanita se han vuelto tan distantes que teme no ser capaz de conservar su recuerdo. Jujube asiente, y

por un momento a Abel lo invade la esperanza. Quiere recordar; quiere que ella recuerde por él. Pero antes de que pueda decir nada más, Jujube se desploma en el suelo, con el labio inferior tembloroso. Su madre sale tambaleándose de la habitación. Abel ya ha notado que ambas cargan con un intenso sufrimiento. El dolor aplasta a su madre, que ya no se mantiene erguida y tiene los hombros caídos, como si el más mínimo peso fuera a derribarla. A Jujube el sufrimiento le oprime la cara, y tiene los ojos hinchados y entornados por la tristeza.

Entonces Abel comprende que Jujube miente, que simplemente lo está complaciendo, que el boceto no se parece a Jasmin, que ya no recuerda cómo era su hermana menor.

Las heridas de Abel acaban curándose, pero no así la mirada atormentada de sus ojos. Cuando se siente capaz de andar, se agarra al brazo de Jujube y cojea por el pueblo. Tropieza a menudo y le clava los dedos. Le deja marcas en el brazo, pequeños moratones, pero a ella no le importa. Son las marcas de los vivos, la prueba de que él está ahí. A veces se sorprende mirándolo fijamente. Cuando parpadea, teme abrir los ojos y que él ya no esté.

—Deja de mirarme —murmura él.

Mientras pasean por Bintang, Jujube le señala a su hermano lugares conocidos.

—Mira, ahí estaba la tienda de ultramarinos. El hijo de los Chong se alistó voluntariamente para luchar contra los japoneses, y nadie pensó que sobreviviría, pero lo logró, aunque perdió los dos pulgares...

»Mira, eso es la escuela, ya la han abierto otra vez. Deberías volver; te aceptarían.

Él no presta atención. En vez de eso, va preguntando a todos los que encuentra si conocen a un chico llamado Freddie de otra familia euroasiática. Cuando le piden que lo describa, Abel se agarra al brazo de Jujube y evoca unos ojos de un azul brillante, un carácter serio y una canción favorita sobre una estrella que concede deseos. Cuando se corre la voz, todo tipo de gente empieza a acudir a la casa de los Alcantara. Afirman ser la madre, el padre, primos o parientes lejanos de Freddie. El rostro de Abel se llena de esperanza: necesita encontrar a la familia de ese chico, dice. Los desconocidos entran por la cancela, se agachan para pasar por el umbral y aseguran conocer a un niño de ojos azules. Miran a Abel con ilusión, creyendo que les ofrecerá dinero u otro tipo de recompensa. Pero cuando Abel les muestra los bocetos sucios de papel higiénico, se marchan asqueados.

Y entonces amanece un nuevo año, 1946. En enero, el monzón trae lluvia todos los días, como si quisiera borrar fragmentos de historia. En los días previos a lo que habría sido el octavo cumpleaños de Jasmin y Yuki, Cecily sueña con ellas, dos niñas espectrales. Sueña con llamas que lamen las puntas de los codos, con camisones blancos que arden. A veces sueña que las niñas cantan canciones absurdas, pero rápidamente aparecen escenas en las que se ve a sí misma corriendo por la estación de consuelo gritando sus nombres, mientras la rodea el hedor de la desesperanza. Revive la punzada de dolor que la paralizó cuando se dio cuenta de que el precio de esa

guerra era la inocencia, y que las niñas lo habían pagado sin saber por qué.

Con Jujube y Abel, entierra los trocitos de hueso y ceniza que encuentran entre los escombros de la estación de consuelo, sin saber si son los huesos y la ceniza de Jasmin o de Yuki, o de ninguna de las dos. Al final, las dos niñas son indistinguibles, hermanas separadas en vida, pero juntas en la muerte. Entre los vecinos de etnia china, existe una tradición que consiste en que, después de incinerar los cuerpos de los difuntos, los vivos utilizan palillos para extraer con cuidado los fragmentos más pequeños de hueso, meterlos en una urna y enterrarlos con los otros miembros de la familia, de modo que estén todos juntos en el más allá.

Cecily y su familia no son chinos, pero hacen algo parecido. Confiando en que sean de las niñas, meten algunos fragmentos de huesos en los huecos del tablero de *congkak* favorito de Jasmin y lo entierran bajo la buganvilia. Y, aunque parezca morboso, Cecily no puede evitarlo: guarda un fragmento de hueso en una latita de Horlicks que coloca en el alféizar de la ventana, donde brilla bajo la luz plateada cuando hay luna llena. Le gusta imaginar a Jasmin y a Yuki contemplando el cielo nocturno, con sus caritas iluminadas por la luz de la luna, con los brazos entrelazados y los camisones blancos enredados, riéndose de cualquier tontería. En cierto modo, eso también es un recordatorio constante de que su familia nunca obtendrá la absolución.

Se celebra una ceremonia, por supuesto. Se arría la bandera japonesa y se iza de nuevo la Union Jack. Ese día, el aire está quieto y cargado de humedad, lo que hace que la bandera azul, blanca y roja cuelgue flácida del mástil. Cecily y sus vecinos se encuentran en

un descampado donde no hay sombra. El sol les pega en la nuca mientras esperan frente a una tosca plataforma de madera.

Por fin comienza la ceremonia. Cecily no reconoce a los dos primeros oficiales japoneses a los que conducen hacia la Union Jack. Les ordenan que entreguen sus fusiles a los oficiales británicos como símbolo de rendición, y ellos obedecen mostrando el debido arrepentimiento, cabizbajos. A su alrededor, la gente aplaude; se supone que los habitantes de Bintang se alegran del regreso de sus benévolos colonizadores.

—Mamá —oye susurrar a Jujube. Su hija mueve discretamente la cabeza, indicándole que aplauda.

Cecily aprieta los dientes. Siente tanta rabia que le duele la mandíbula, pero hace lo que se supone que debe hacer: junta las palmas de las manos y finge un aplauso agradecido.

Cuando Fujiwara aparece en la plataforma, Cecily tarda en reconocerlo porque tiene la nariz rota y eso hace que su rostro parezca desencajado. No ha vuelto a verlo desde aquella terrible noche en la estación de consuelo. Tiene recuerdos inconexos de él gritando: «¡¿Quién ha autorizado este asalto?!» y «¡Encontrad a la niña!», pero enseguida se separaron.

Mira a su alrededor y ve que Jujube la observa. Su hija nunca le ha preguntado por qué Fujiwara y ella estaban juntos aquella noche, pero hoy Jujube la mira fijamente, y por primera vez desde aquella horrible noche, Cecily siente algo más que desconsuelo. Siente miedo. Su hija no debe enterarse nunca. Así que Cecily agacha la cabeza, no levanta la vista hacia la plataforma, no deja que su rostro la traicione. Oye el ruido que hace Fujiwara al entregar su fusil, oye sus pisadas por la desvencijada plataforma y observa sus tobillos

cuando se lo llevan. Más tarde se entera de que, en los meses siguientes, será juzgado y luego ahorcado por crímenes de guerra en Filipinas, pero ese día, por primera vez en su vida, no lo mira a los ojos.

Cuando por fin levanta la vista, Jujube ya no la está observando. Los ojos de su hija están fijos en otra parte. Cecily ve que está mirando a su hijo: Abel sostiene la lata de Horlicks cerca de su cara y le susurra:

«Están arrestando a los malos, hermanita. Ojalá estuvieras aquí.»

Los huesos de dos niñas escuchan.

Cuando regresan a la casa, cae una llovizna que se convertirá rápidamente en tormenta. Ven que ha pasado el cartero. Junto a la cancela hay un paquete maltrecho atado con una cuerda y empapado por la lluvia. Abel levanta las cejas porque la dirección del remitente y los sellos son japoneses, y el paquete fue enviado más de tres meses atrás, alrededor de la fecha de la rendición de los japoneses. Jujube y su madre se miran extrañadas y se encogen de hombros; no tienen ni idea de lo que puede ser ni de quién puede haberlo enviado.

Tras recoger el paquete mojado y entrar en la casa, se quedan mirando cómo gotea sobre la mesa. Abel es el primero en darse cuenta. Deja la lata de Horlicks y estira la mano para rasgar tira a tira el húmedo papel marrón del envoltorio, como si estuviera pelando una pieza de fruta. Saca algo que parece un libro encuadernado y, al abrir la cubierta, ven que es un calendario. Cada mes está ilustrado con una fotografía de una flor: girasoles,

campanillas, flores de loto, flores de lavanda, crisantemos, camelias, flores de cerezo, tulipanes y otras que no pueden identificar. Cada día tiene un número y, junto a él, su equivalente en *kanji*. El papel es grueso, de excelente calidad, las imágenes nítidas, los pétalos tan brillantes que invitan a acercarse a la página para estudiar cada flor.

—¿Qué es esto? —pregunta la madre de Jujube.

Jujube no le contesta; le tiemblan tanto las manos que apenas puede sujetar el calendario. Su intuición le dice lo que puede ser, pero quiere asegurarse. Busca una carta, una nota, algo que explique el calendario de flores, y entonces las ve: unas letras temblorosas en el interior de la cubierta:

Takahashi e Hija, Impresores

La lluvia empieza a amainar, y por detrás de las nubes asoma un creciente de luna. Ha pasado otro día. Jujube cuelga el calendario junto a la ventana y Abel coloca al lado la lata de Horlicks de Jasmin y Yuki. Su madre gira ambos objetos hacia la luz de la luna.

Agradecimientos

A mi familia, sin la cual no soy nada. A mi difunta madre, Diane, que hizo el esfuerzo de leer los primeros pasajes de esta novela, que yo publicaba furtivamente en Instagram y que, avergonzada, borraba al cabo de una hora, y que me enseñó que la vida sólo merece la pena si se vive intensamente. A mi padre, Lawrence, que me enseñó a leer y a amar los libros y contribuyó de forma decisiva a verificar los hechos de esta novela. A mi tía Bernie, que me enseñó a ser graciosa y que siempre ha estado orgullosa de mí, incluso antes de que yo aprendiera a andar. A mi tío Henry, que me envió por correo un libro de fotografías antiguas de Malasia cuando se enteró de que estaba escribiendo una novela histórica. A mi abuelo, que me llevaba y me traía de las clases de literatura inglesa y que siempre creyó en mí. A mi abuela, que me contaba y escribía las historias que inspiraron esta novela.

A mis agentes, Stephanie Delman y Michelle Brower, cuyos entusiastas comentarios sobre este libro siempre me inspirarán y que son mis más formidables defensoras. A todo el equipo de Trellis, incluida Allison Malecha, que se ha encargado de vender este libro en todo el mundo. A Nat Edwards y Khalid McCalla.

A mi editora, Marysue Rucci, por aceptar las imperfecciones tanto de mis personajes como de mi libro y hacerlos infinitamente

mejores, y también, debo reconocerlo, por cambiarme la vida al decidir publicar esta historia. A Andy Tang, por tu ayuda con este libro, pero también por tu amistad, tus mensajes y tu risa. Es una gran suerte haberte conocido.

A los equipos de Marysue Rucci Books, Scribner, Simon Element, y Simon & Schuster, incluidos Clare Maurer, Jessica Preeg, Elizabeth Breeden, Ingrid Carabulea y Jason Chappell. Al equipo de audio. A Michael Taeckens. A todos los que hacen posible que un libro se convierta en realidad.

A los equipos de Hodder & Stoughton en el Reino Unido, entre ellos Lily Cooper, Maria Garbutt-Lucero, Alana Gaglio, Alice Morley y muchos más.

A Samantha Tan, que ha dado vida a la versión para audio de este libro manteniendo intactos todos los matices malayos.

A Fadilah Karim, Vi-An Nguyen y TAKSU Gallery por el extraordinario diseño de la cubierta. A Jon Gray por la impresionante cubierta del Reino Unido.

A los equipos internacionales de todo el mundo y a los traductores que están dando vida a este libro en tantos idiomas: siempre estaré en deuda con vosotros.

A Gina Chung, que siempre está dispuesta a gritar, que me despertó en mitad de la noche porque no podía esperar hasta la mañana siguiente para decirme lo mucho que le había gustado este libro. A Katie Devine, por las innumerables charlas motivadoras, las sesiones de desahogo, por leerme desde el principio y a menudo, por entender cómo escribir sobre y a través del dolor. A Jemimah Wei y Grace Liew, mis hermanas del alma de SEA, que me recuerdan que debo escribir sobre nuestra patria con orgullo.

A la New School, donde conocí a algunos de mis primeros amigos escritores: Kate Tooley, Lauren Browne, Vic Dillman, John Kazanjian, que escribieron y crearon conmigo en los tiempos más extraños y sombríos.

A Mira Jacob, que me enseñó a escribir, pero también a convertirme en escritora y a vivir en este mundo de palabras, gracias por ser mi mentora y amiga. A Marie-Helene Bertino, que me ayudó a empezar este libro y luego me animó a protegerlo siempre. A Alexandra Kleeman, que leyó los toscos capítulos iniciales y aun así encontró cosas preciosas que decir.

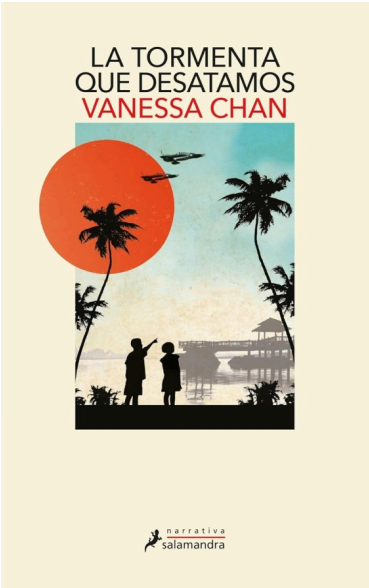
Al Sewanee Writers Workshop y a los maravillosos amigos que conocí allí: Marcela Fuentes, Jamila Minnicks, Kirstin Chen, Jon Hickey, Angeline Stevens, Mary South, Nancy Nguyen, David Villaverde, Alysia Sawchin y tantos otros. Al Tin House Summer Workshop, especialmente al taller de Nicole Dennis-Benn, cuyos participantes leyeron el primer capítulo de esta novela. A Alexander Chee, que fue la voz firme que necesitaba para soltar mi novela.

A Seyron Foo, Vaughn Villaverde, Charmaine Wong, Kena Peay, Stephen Downey, Rosalyn Lau, Sonny Nguyen, Jerome Sicat, Diana Halog, Carlo Delacruz, Chris Juan, Jamil Walker, Elisabeth Diana, Alan Williams: gracias por ser mis amigos en California mientras yo descubría quién era. A Yves Gleichman, por decidir hace tantos años, incluso antes de que yo lo supiera, que sería escritora, y por su amistad y aliento mientras aprendía a serlo. A Aram Mrjoian, por los juegos de palabras y por nuestros momentos en TriQuarterly. A Alan Karras, Kevin Kwan, K-Ming Chang, Jenny Tinghui Zhang, Jami Nakamura Lin, Jessamine Chan, Dawnie Walton, Jessica George, Rowan Hisayo-Buchanan, Tracy Chevalier, Nguyê˜n Phan Quê Mai,

Daphne Palasi Andreades, Qian Julie Wang, Michelle Young: gracias por haber contribuido de muy distintas formas a la creación de este libro.

A Malasia, por ser el peculiar lugar donde nací, y por ser siempre una inspiración literaria.

Malasia, 1945. Mientras la Segunda Guerra Mundial hace estragos, ¿las decisiones del pasado que tomó una madre afectarán a sus hijos para siempre?



Bintang Estate, Malasia, 1945: la familia de Cecily Alcántara corre un gran peligro: su hijo de quince años ha desaparecido, su hija mayor está cada día más enfadada y la pequeña está escondida en el sótano para evitar que se la lleven a uno de los burdeles de guerra para soldados japoneses. Cecily sólo está segura de dos cosas: que todo es culpa suya y que su familia nunca debe saber por qué.

Una década antes, Cecily buscaba desesperadamente una vida mejor en la Malaya (Malasia) colonizada por los británicos. Un día, un encuentro en apariencia casual con el carismático general Fujiwara la despierta de su letargo y la arrastra enseguida a una

vorágine de espionaje y pasión en la que, por primera vez, se siente protagonista de un gran sueño: el de devolver «Asia a los asiáticos». Al convertirse en espía personal de Fujiwara, cambia de forma involuntaria el destino de su país al acoger una forma de dictadura japonesa en la Segunda Guerra Mundial.

¿Podrá Cecily enfrentarse a su pasado para salvar a sus hijos? ¿O ya es demasiado tarde?

«Valiente e inmensamente conmovedor, *La tormenta que desatamos* es uno de los debuts más poderosos y seguros que he leído jamás. Ha nacido una estrella de la narrativa.» Tracy Chevalier

«Magnífica. Una maravilla narrativa hermosa, centelleante, devastadora y profundamente conmovedora. ¡Léanla!» Chris Whitaker

«Combinando la grandeza cinematográfica con una narración llena de matices, *La tormenta que desatamos* ofrece la historia oculta que sólo la ficción puede revelar: los anhelos cotidianos de las personas que sobreviven a una ocupación brutal, los niños que intentan dar sentido a lo indecible y la búsqueda del amor. Nunca olvidaré este libro.» Jessamine Chan

«Una de las mejores novelas de espionaje que he leído». *CrimeReads*

«Esta cautivadora historia arroja luz sobre los peligros de la guerra y hasta dónde podemos llegar para salvar a nuestros seres queridos.»

Revista Woman's World

«Una novela con una prosa envolvente que te enseña más que cualquier lección de historia.» *The Bookseller*

«La prosa de Vanessa Chan es capaz de transportarte por completo a otro tiempo y lugar.» *Good Morning America*, GMA Book Club Pick

«Chan retrata sus personajes con una precisión que no rehúye la brutalidad de la guerra ni ignora la humanidad que encierra.» *Elle*

Vanessa Chan nació en Malasia y vive en la actualidad en Brooklyn. Es autora de *La tormenta que desatamos*, un éxito internacional en curso de traducción a más de veinte idiomas, seleccionado por el club de lectura de «Good Morning America» y el de BBC Radio 2, elegido como uno de los libros del año por *The New York Times* y considerado entre los mejores del año por NPR, Amazon, *Elle* y Goodreads, entre otros.



Título original: *The Storm We Made*

Primera edición: junio de 2026

© 2024, Vanessa Chan
© 2026, Penguin Random House Grupo Editorial, S.A.U.
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona
© 2026, Gemma Rovira Ortega, por la traducción
© 2023, Jeffrey L. Ward, por el mapa del inicio de la obra

Adaptación de la cubierta de Penguin Random House Grupo Editorial basada en el diseño de Jo Myler
Imágenes de la cubierta: © Penta Springs Limited / Alamy Stock Photo, Shutterstock.com

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección de la propiedad intelectual. La propiedad intelectual estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes de propiedad intelectual al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Ninguna parte de este libro puede ser utilizada o reproducida con el propósito de entrenar tecnologías o sistemas de inteligencia artificial. PRHGE se reserva expresamente la reproducción, la extracción y el uso de esta obra y de cualquiera de sus elementos para fines de minería de textos y datos y el uso a medios de lectura mecánica u otros medios que resulten adecuados (art. 67.3 del Real Decreto Ley 24/2021). Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, http://www.cedro.org) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

En caso de necesidad, contacte con: seguridadproductos@penguinrandomhouse.com

ISBN: 978-84-19456-70-0

Compuesto en: Comptex&Ass., S.L.

Facebook: PenguinEbooks
Facebook: Salamandraed
X: @SalamandraEd
Instagram: @SalamandraEd
YouTube: penguinlibros
Spotify: penguinlibros

«Para viajar lejos no hay mejor nave que un libro».

EMILY DICKINSON

Gracias por tu lectura de este libro.

En **penguinlibros.club** encontrarás las mejores recomendaciones de lectura.

Únete a nuestra comunidad y viaja con nosotros.

penguinlibros.club

Penguin Random House Grupo Editorial

penguinlibros

Índice

La tormenta que desatamos
Cronología
Capítulo 1. Cecily
Capítulo 2. Cecily
Capítulo 3. Abel
Capítulo 4. Jujube
Capítulo 5. Jasmin
Capítulo 6. Cecily
Capítulo 7. Abel
Capítulo 8. Jasmin
Capítulo 9. Jujube
Capítulo 10. Cecily
Capítulo 11. Abel
Capítulo 12. Cecily
Capítulo 13. Jasmin
Capítulo 14. Jujube
Capítulo 15. Cecily
Capítulo 16. Abel
Capítulo 17. Cecily
Capítulo 18. Jujube
Capítulo 19. Cecily
Capítulo 20. Abel
Capítulo 21. Jasmin
Capítulo 22. Cecily
Capítulo 23. Cecily
Capítulo 24. Cecily
Capítulo 25. Cecily
Agradecimientos
Sobre este libro
Sobre Vanessa Chan

Créditos